

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

U A N L

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

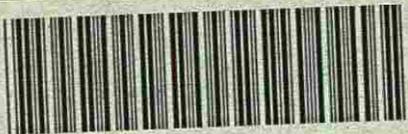
CENTRO DE INVESTIGACIONES Y BIBLIOTECA

1981

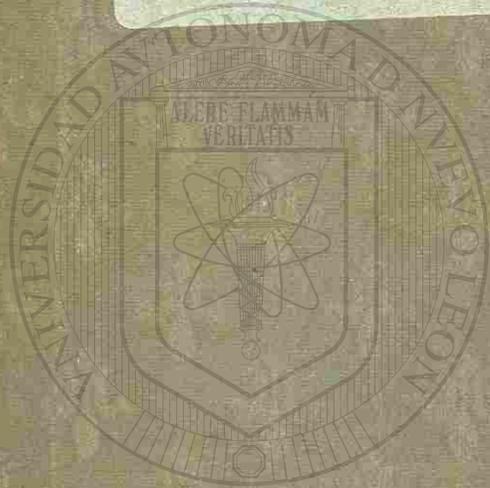
MEROUVE

EL BAZAR
de San Geron

RALE
PQ2625
.E53
B38



1020027052

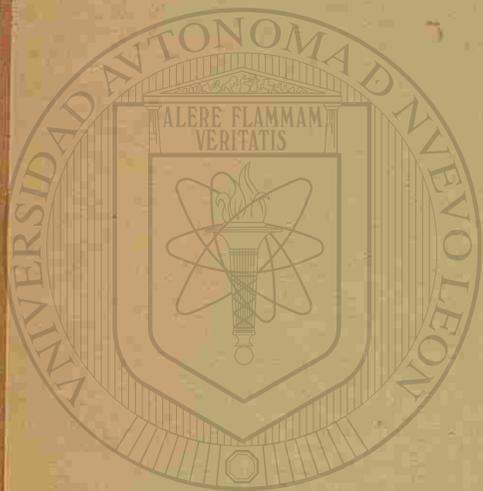


UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS





Num. Clas. _____
Núm. Autor _____
Núm. Adg. **30573**
Procedencia **-8-**
Precio _____
Fecha _____
Clasific. _____
Catálogo _____

BIBLIOTECA CALLEJA

OBRAS LITERARIAS

DE

AUTORES CELEBRES

XIII

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

DIRECTOR:

RAFAEL CALLEJA GUTIÉRREZ,

30573

CHARLES MEROUVEL

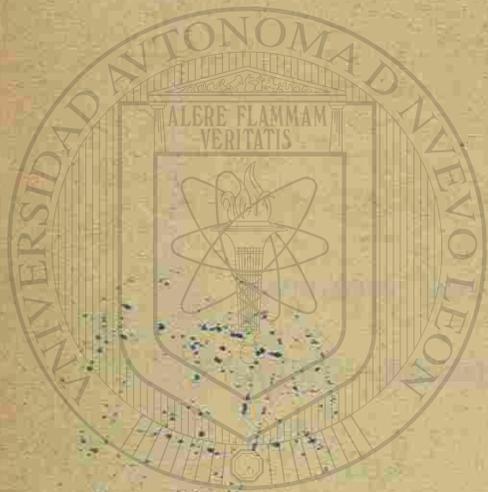
EL
BAZAR DE SAN GERMÁN

NOVELA TRADUCIDA DEL FRANCÉS

POR

MANUEL GUTIÉRREZ

ILUSTRACIONES DE M. G. G.



UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
ALFONSO X
Apto. 2023 MONTERREY, MEXICO
85543

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE N

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

MADRID

SATURNINO CALLEJA FERNANDEZ

Calle de Valencia, 28.

México: Herrero Hermanos, Sucesores.

30573

843

PA 2625

M.

ES3

B38



El Editor ha adquirido el
 derecho exclusivo de publi-
 car esta obra en castellano.

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
 "ALFONSO REYES"
 FONDO RICARDO COVARRUBIAS

Imprenta de T. Rey.—Palma Alta, 87.



UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
 BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
 "ALFONSO REYES"
 1625 MONTERREY, MEXICO

EL
 BAZAR DE SAN GERMÁN

I

EL SEÑOR PERROLET

Las siete de la mañana de un día de media-
 dos de Junio de 1881, día primaveral, de
 cielo azul luminoso, se paseaba impaciente, como
 quien espera a alguien que se retrasa, bajo los ár-
 boles que sombrean la terraza de las Tullerías y
 frente a la calle de San Roque, un caballero cuya
 edad parecía fluctuar entre los cuarenta y los cua-
 renta y cinco años, vestido de negro, con la ele-
 gancia de quien puede pagarse un buen sastre y
 que además no carece de buen gusto

Tenía en la mano un junco delgado y flexible, con el puño, de asta de búfalo, en forma de muleta, y sujeto á él por una virola de oro.

El retrato de este paseante matutino podría trazarse en cuatro pinceladas.

Rostro en el que se traslucía el cansancio, pero no desprovisto de distinción; al propio tiempo le caracterizaba una cierta timidez modesta; nariz aguileña, labios finos y un poco pálidos; las mejillas cuidadosamente afeitadas, hermosos dientes y pelo crespo, ya gris, mezclado con mechones de un blanco de plata, que acusaban una vejez precoz, debida al exceso de un trabajo constante, realizado en lugar donde el aire está viciado; era de mediana estatura, pero de figura bien proporcionada.

Unos ojos oscuros, brillantes y expresivos, bajo unas cejas pobladas, iluminaban su inteligente fisonomía.

¿Cuál era la profesión de este paseante impaciente é inquieto?

Era muy difícil decirlo.

Con la uniformidad del traje moderno, un ministro y un duque, un procurador y un par—si hubiese todavía pares,— un senador y un zapatero de moda, visten de la misma manera y presentan á la vista poco más ó menos el mismo aspecto.

Con frecuencia sucede que la figura del zapatero es mejor que la del senador.

Nada les diferencia al primer golpe de vista, y no hay cosa más fácil que equivocarse de clase.

El desconocido era de porte distinguido. No parecía un cualquiera, y, en efecto, podía alabarse de no serlo.

El señor don Antonio José Perrolet es uno de

los principales socios de la casa Bouret, que, con el título de *El Bazar de San Germán*, figura como uno de los almacenes más importantes del mundo.

Esta casa, cuya fundación data de treinta y cinco años solamente, no era en un principio más que una tienda de novedades, de décimo orden, en un todo igual á otras tantas que ocupaban un espacio muy pequeño en un barrio extraviado, y en el rincón del cuadrilátero que formaban viejas construcciones medio hundidas por el tiempo y que á duras penas se sostenían entre sí, verdaderos cascos de arrabal, que se extendía entre cuatro calles hacia las alturas de la en crucijada de la Cruz Roja y del boulevard San Germán, antes de haber sido abierta esta gran arteria en el aristocrático barrio.

Poco á poco, de mes en mes, la tienda fué agrandándose; invadió las vecinas, acaparó las plantas bajas y los sótanos, expulsando los estancos, las tabernillas y prenderías á medida que terminaban los arrendamientos de los vecinos. Se convirtió en la propietaria del barrio en donde tiene, como los piñones en una piña, numerosas sucursales, y así, amigablemente, expropió cuanto le estorbaba; primero al nivel de las aceras, después subiendo á los pisos superiores, y llegando á los tejados, derribando tabiques y pisos, y, finalmente, reemplazando las casas desaparecidas con un monumental y suntuoso edificio, admiración de los parisienses y objeto de curiosidad para los extranjeros, que ningún turista deja de visitar durante su estancia en la gran capital.

El señor Perrolet no es el jefe de esta colosal creación del genio de la industria.

El solo dueño, el verdadero autócrata que tiene

bajo sus órdenes el ejército de tres mil soldados, cabos, oficiales, generales de brigada ó de división, que se mueven, se agitan, quieren ú odian, sufren ó se divierten en las entrañas de este Leviathan de escamas doradas, de este palacio soberbio, con sus techos iguales á los de los palacios reales, con mil colores brillantes, refulgentes y variados como los matices de un gigantesco calidoscopio, ó como los macizos de flores de un parterre, es el señor don Vicente Bouret.

Todo le pertenece, todo le está sometido incondicionalmente.

Pero, á la vez que hombre muy hábil, es muy modesto, para no rodearse de consejeros, y sabe escoger sus lugartenientes.

Bouret ha elegido entre sus dependientes una docena de los que sobresalan por sus aptitudes y los ha colocado al frente de los demás, haciendo de ellos una especie de gobernadores, encargándoles de la administración de los distintos departamentos de su reino.

Cada uno de ellos tiene atribuciones especiales y autónomas en su provincia; la dirige á su gusto bajo la mirada vigilante del jefe supremo.

El señor Perrolet es uno de esos subjefes cuyo puesto excita grandes envidias á su alrededor.

Envidias aún más enconadas porque se halla al frente del departamento más aristocrático de la casa.

Cada departamento está compuesto de varios ramos de artículos, y cada ramo está dirigido por otros tantos subgobiernos, con sus funcionarios especiales.

Mientras que el señor Martial, otro gobernador de departamento, el señor Baudricourt, don An-

selmo Ferrouillat y el señor Rodinet, son los jefes de los departamentos del calzado de mujer, del de los paraguas, pañuelos de bolsillo, mercería, paños, algodones, indianas ó botonería, el señor Perrolet, favorecido por la suerte, dirige con toda independencia los encajes, los trajes, y, en fin, ¡suprema alegría!, ¡elegancia de elegancias!, las modas, las deliciosas modas, los sombreros, las plumas, las flores, las cintas, las tocas, las capotas, todo, ayudado por un batallón de señoritas, unas más graciosas que otras, y todas vestidas con trajes negros, bien peinadas, de una finura exquisita y donde él solo impone la dirección y el gusto.

Bajo la autoridad de Perrolet, estas señoritas venden las delicadas mercancías, en verdaderos salones, alfombrados con mullidos tapiques, amueblados con mostradores, verdaderas obras maestras de ebanistería, y con grandes armarios de espejos, donde se admiran al pasar, cuando las clientes las dejan lugar para ello, lo que sucede raras veces.

El señor Perrolet era un hombre muy ocupado, muy absorbido por su trabajo, pero también era un hombre feliz, adulado por aquellas lindas muchachas que procuraban alcanzar su protección, porque en los célebres almacenes de San Germán, lo mismo que en el Ejército, los ascensos se dan algunas veces por antigüedad, pero más á menudo por elección, y tenía á gala ser un patrón incorruptible y hallarse acorazado contra ciertos manejos, discretas sonrisas, dulces miradas que se filtraban por entre largas pestañas más negras todavía que los cabellos—lo que por sí sólo es una belleza,—y otras cualidades realmente temi-

bles que desde Friné á acá han amansado á los jueces más feroces.

Además, el señor Perrolet estaba favorecido por la suerte. La fortuna tenía para él rayos fecundantes, como los del sol de Mayo para los campos de cereales.

No gastaba nada; y ya fuese bueno ó malo el año, añadía á su capital un centenar de miles de francos, con los beneficios que tenía en la casa Bouret, sin contar los intereses de sus antiguas economías.

¡No tenía necesidad de cansarse tanto para ganar dinero!

Con dar un paseo por entre aquella constelación de lindas muchachas, dirigiendo miradas animosas á una, una palabra de cariño á otra, ó enderezando tal morigerada reprensión á la desgraciada que había hecho un movimiento de mal humor contra una cliente pesada, ó que acababa de estropear una venta fácil de realizar con habilidad ó paciencia, ya tenía bastante.

De buen carácter, dotado de una gran benevolencia, sensible bajo un exterior severo, justo y compasivo, dispuesto á hacer un favor en cualquier ocasión, no faltando nunca á su palabra, era, en suma, mejor que la mayor parte de las gentes que van y vienen por las aceras de París.

Perrolet disfrutaba de una ventaja excepcional para excitar el cariño de sus oficiales.

No estaba casado, lo que le aseguraba desde varios puntos de vista una superioridad marcada sobre sus colegas, y le proporcionaba mil ocasiones de buena suerte, con cada una de las seiscientas señoritas del almacén que podían esperar que su elección se fijase en ellas, y aspirando á

hacer la conquista del jefe, como todo buen diputado la de la cartera para la que tiene menos aptitudes.

Es justo reconocer que no se aprovechaba de aquella favorable situación.

Su buena fortuna en el Bazar de San Germán la debía á la circunstancia de ser del mismo pueblo que el ilustre Vicente Bouret.

Habían nacido los dos en San Lorenzo de Ormes, una aldea de la Sarthe, y, en cuanto á la modestia de su origen, no tuvieron que envidiarse nada el uno al otro.

Perrolet había venido á París diez años después que su paisano; había debutado en el comercio, y habiéndolo encontrado Vicente de simple dependiente en una tienda, con un sueldo muy mezquino, hacia el año 1855, le había recogido con un entusiasmo de corazón generoso que era una de sus mejores cualidades. Desde entonces no se habían separado.

En aquella época comenzaba la era de prosperidad para el bazar de San Germán.

Bouret, varios años antes, compró con la ayuda de un amigo, que había comprendido lo que valía, el comercio *La Sirena*, una tienda, en donde no vestían más que maritornes y hortelanas.

El nuevo propietario empezó por suprimir lo de Sirena, que le parecía demasiado mitológico y pasado de moda, y puso á su tienda un nombre relacionado con la solidez de la casa que se proponía establecer: el *Bazar de San Germán*.

Tan enérgico y emprendedor como Perrolet tímido y temeroso, desde su encuentro, los dos paisanos se profesaron una gran amistad.

Perrolet había trabajado con verdadero ardor

por el éxito de su amigo, y—hay que decirlo—había consumido mucha vida en veintisiete años de trabajo de todos los días, aun cuando no llevaba la parte más pesada de esta importante empresa.

Necesitaba descansar; pero se sentía sujeto en el edificio del poderoso comerciante, como un crustáceo entre las grietas de una roca; le era imposible desprenderse; formaba parte de la construcción; vegetaba como un viejo sicomoro en las ruinas. Aquel lujoso bazar era su patria. Allí estaba tan á gusto como un pez rojo en un vasto *aquarium*.

Su más viva satisfacción consistía en los amistosos saludos y en las deferencias que el personal no le regateaba, primero por su carácter benevolente y justo, y segundo porque era el íntimo, el alma, el familiar del gran jefe, del verdadero dueño y señor.

El señor Perrolet, campesino é hijo de modestos campesinos, hoy dos veces millonario, no se podía quejar.

Y sin embargo, aquella mañana, y bajo los árboles de la terraza de las Tullerías, se le veía agitado, como el que tiene una inquietud, alguna pena que le molesta y le pone nervioso.

A cada momento consultaba su reloj, subía hacia la plaza de la Concordia, después volvía bruscamente hacia la avenida que va á las ruinas de las Tullerías, dando en el suelo ó en las puntas de sus botas con su bastón, y pasándose los dedos por la frente, como un hombre preocupado.

Cien veces volvía la cabeza hacia la calle de Rivoli, como si esperase por ese lado á alguien que tardaba en venir.

Las puertas del Bazar de San Germán se abren á las ocho. Sus empleados tienen que estar en sus puestos al dar la última campanada.

El señor Perrolet miró por última vez su reloj. La aguja señalaba las siete y treinta y dos.

—No puede retrasarse mucho—pensó.—Es una empleado modelo y muy exacta.

Su cara descolorida, como si hubiese estado empolvada, se animó.

Por fin iba á verla, á hablarla quizá, si se atrevía, porque á su lado sentía una timidez verdaderamente ridícula.

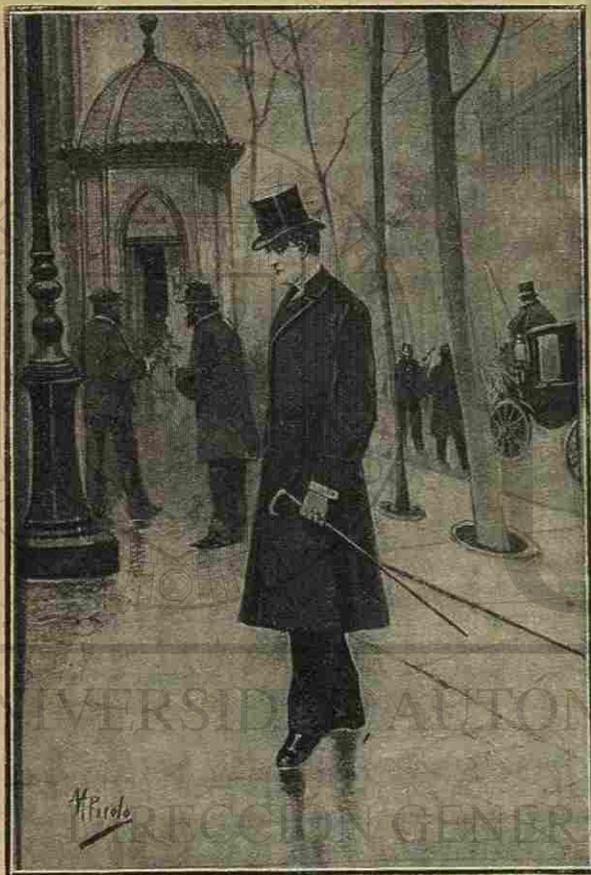
Ridícula, sí, ciertamente. Así se lo decía él y se excitaba, quería cobrar osadía, se daba los mejores consejos, pero no lograba dominar su timidez. Sólo desde lejos se sentía completamente decidido y con un valor increíble.

Después de todo, cuando se llama uno Antonio José Perrolet, y se es persona influyente en el Bazar de San Germán, la primera casa del mundo; cuando se han realizado economías soberbias, dos millones, que se multiplican y producen réditos con una fecundidad extraordinaria, no es muy difícil abordar á una encantadora muchacha de veinticuatro años, subordinada suya, la segunda en la sección de modas, cuando hay interés por decirla:

—Señorita, la amo, y desearía casarme con usted.

Seguramente no.

Así pensando y razonando tan bonitamente tomaba una resolución enérgica, preparaba sus frases un cuarto de hora antes; pero, en cuanto la veía aproximarse, se le paralizaba la sangre, su laringe sufría extrañas contracciones, semejantes



No puede retrasarse mucho — pensó el señor Perrolet.
Es un empleado modelo.

á la de un ahogado que descende á treinta pies de profundidad en el agua salada, y se quedaba tan mudo como una carpa.

Si estaba en el almacén, se miraba en el espejo, y ante el espectáculo de su pelo blanco, de su cara, aunque joven, sin embargo ya surcada por algunas arrugas — hay que convenirlo, — encontraba su pretensión absurda y encerraba el secreto en lo más hondo de su pecho, lo encadenaba y se volvía de espaldas, como si su confesión fuese á provocar una explosión de hilaridad en la muchacha.

El jardín ofrecía un golpe de vista magnífico; las flores, regadas durante la noche por una lluvia fina y fertilizadora, se erguían orgullosas en sus tallos; los arbustos de rojas campanulas, los heliotropos, las verbenas, los geranios, formaban un lindo mosaico en derredor de los macizos.

Los grandes castaños de Indias entrelazaban sus ramas, entonces en toda su plenitud primaveral, y sobre este fondo de fresco follaje, de un verde obscuro y vigoroso, destacaba el verde claro de los fresnos, las plateadas hojas de los arces y de las sóforas del jardín reservado: el conjunto servía para realzar la blancura de las estatuas de mármol.

M. Perrolet se dejaba llevar, á pesar suyo, por el encanto de esta mañana deliciosa, cuando, de pronto, salió de su distracción por la aparición de un paseante que desembocaba por la avenida del lado de Pont-Royal, delante del pabellón de Flora, y se dirigía hacia él con paso precipitado.

II

CAPRICHOS

El señor Perrolet se puso su binóculo, un magnífico binóculo de oro, sobre la nariz y se escondió en un paseo lateral.

— ¡Tate! — pensó. — ¿Josselin el cajero? ¿Qué viene á buscar en este sitio? Vive en la calle de Vaneau. ¿Por qué toma el camino de los colegiales?

Andrés Josselin era, en efecto, cajero en la casa Bouret.

Joven de veintisiete á veintiocho años, vestía bien, tenía el pelo negro, abundante y rizado; de ojos negros, llenos de vida; con barba espesa, cuidada y rizada; cabeza distinguida, alto, robusto, como los habitantes de los Pirineos ó de los Alpes, enérgicamente desarrollado y de varoniles movimientos.

Josselin cuidaba mucho de su persona y del arreglo de la misma, y por su figura, así como algunos otros camaradas suyos, podía codearse con más de un hijo de brillante familia, sobresaliendo entre la multitud de los empleados del Bazar de San Germán, como un caballo de pura sangre en una feria de percherones.

Josselin era, como su patrón, hijo de campesinos, menos que labradores; su padre, cazador furtivo, vivía del merodeo y del contrabando.

Este pequeño salvaje había venido al mundo en una cabaña; tenía la sangre ardiente y la imaginación viva.

El cura de su pueblo, que le había tomado cariño, le enseñó las primeras letras y preliminares del latín, y le hizo entrar en el seminario de Ancey, donde continuó sus estudios.

Pero el mundo le atraía como el imán, y decidió no ordenarse.

Buscando una posición social, llamó á muchas puertas sin éxito.

Rechazado en todas partes, entró por fin, gracias á un amigo del dueño que le había recomendado con verdadero interés, en casa del señor Bouret.

Josselin sabía todo lo que se aprende en el seminario: el latín, el griego y lo demás; pero nada de lo que sirve para poder ganarse la vida, palabra triste, aunque expresiva.

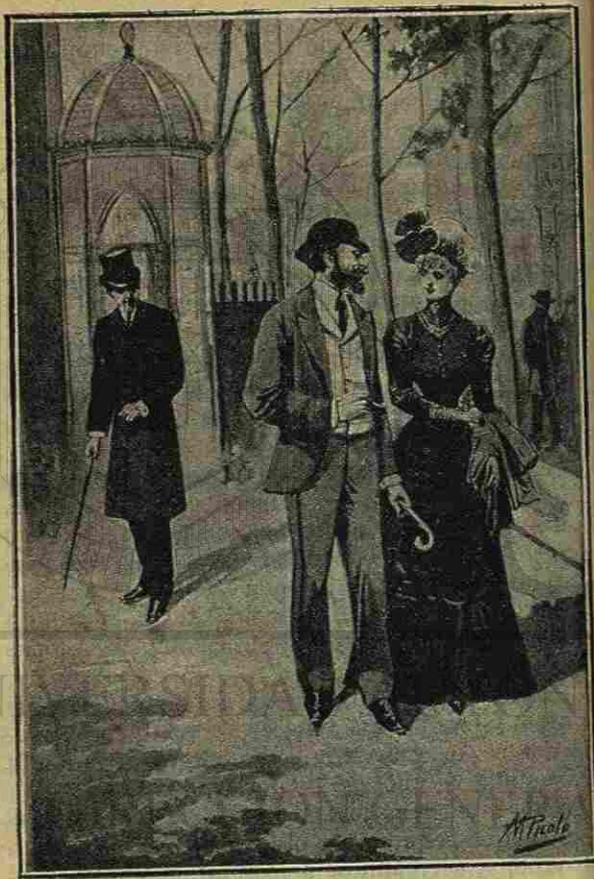
En pocos días, con la energía de montañés que le distinguía, se puso al corriente de su tarea, puesta la mira en aspiraciones más altas, y se encontró dichoso, bien tratado en aquella casa hospitalaria y grandiosa, donde estaba perfectamente alimentado y recibía al final de cada mes un sueldo que era suficiente para subvenir á todas sus necesidades.

M. Perrolet, oculto detrás de un pedestal, se preguntaba qué iría á hacer el cajero en las Tullerías, y por qué venía de aquel lado, cuando la casualidad se encargó de darle la respuesta.

Una muchacha joven, vestida de negro, apareció casi en seguida por el lado de la calle de San Roque, y, acercándose á Josselin, le tendió amistosamente la mano.

El señor Perrolet se tambaleó como si un rayo hubiese caído á sus pies.

La muchacha que se acababa de reunir con el



Vió al cajero y á su compañera dirigirse hacia el naranjal
y ganar el malecón.

cajero era alta, esbelta. Llevaba en el brazo una especie de abrigo negro.

Un sombrero redondo de paja oscura, levantado en los lados, con una hermosa pluma gris por todo adorno, cubría su hermosa cabellera, de un rubio ceniciento, rizada sobre la frente.

Sus ojos azules, de franca mirada, reflejaban la pureza del cielo. Sus facciones tenían, en conjunto, un encanto grande.

Se hubiese dicho que era una duquesa, y no una señorita empleada en un comercio femenino.

Su blanco cutis, demasiado brillante quizás, lo que no deja de ser un gran atractivo, indicaba que padecía esa enfermedad que se llama anemia, y que no es más que falta del aire fortificante del campo ó los perfumes salinos del mar.

Su traje negro, de cachemir muy flexible, con algunos adornos de seda, daba á su grácil figura una elegancia suprema.

Llevaba guantes grises sin botones, y tenía en la mano una sombrilla enrollada, muy sencilla.

Los transeuntes se volvían para admirar su graciosa cabeza y su boca, que aspiraba á plenos pulmones los frescos perfumes del jardín, con esa energía de la juventud que no pide más que vivir y que sonríe á la primavera.

El señor Perrolet, clavado al pie de su escondite, vió al cajero y á su compañera dirigirse hacia el naranjal y ganar el malecón.

Largo rato les siguió con la vista.

Su frente se arrugó bajo el peso de una contrariedad violenta, y una luz sombría brilló en sus pupilas oscuras hundidas bajo el arco de sus cejas espesas y grises.

En cuanto los dos jóvenes desaparecieron, al

volver al puente Royal, se dirigió hacia el mismo punto, pues faltaba pocos minutos para las ocho.

En la avenida que conduce al malecón, el movimiento se iba haciendo grande.

Los ómnibus de Vaugirard pasaban llenos de empleados, que se dirigían al Bazar de San Germán, donde desembarcaban de los cuatro extremos de París.

El señor Perrolet caminaba con las manos atrás, según su costumbre, y con el paso tranquilo que correspondía á un personaje de su importancia.

A cada paso tenía la satisfacción de contestar á los saludos de los empleados que se le adelantaban.

A veces, algunos se atrevían á decirle con tono á la vez respetuoso y familiar:

—Buenos días, señor Perrolet.

Generalmente, sonreía y contestaba con un amistoso movimiento de cabeza á estas amabilidades, pero aquel día iba completamente preocupado. Lo que acababa de ver le atormentaba, le exasperaba, y los que le saludaron perdieron el tiempo.

Al pasar bajo el reloj neumático, al lado del pabellón de Flora, vió á Josselin y á la muchacha, que, parados sobre el puente, cambiaban un íntimo apretón de manos y se separaban de prisa dirigiéndose hacia la calle del Bac.

Al mismo tiempo un señor viejo, calvo, adornado con una barba espesa ligeramente rizada y completamente gris, de ojos claros, y vistiendo de un modo irreprochable, abordó al señor Perrolet y con su voz de carraca le dijo:

—Cómo, ¿es usted, señor Perrolet?

—Yo soy, señor Labievre—dijo el paseante, á quien arrancaban de ese modo á sus reflexiones.

—¿Toma usted un poco el fresco antes de ir á encajonarse en la tienda? ¡Buena idea! Excelente precaución. Á propósito, ¿ha visto usted la escena?

—¿Cuál, señor Labievre?

El inspector del bazar le miró con asombro, pero Perrolet tuvo tiempo de reponerse.

—¡Ah! Creía—contestó...—Había supuesto que estaba usted mirando aquella interesante pareja que coqueteaba ahí, en la avenida. ¡Dos enamorados! ¡Se casan muchos de la casa desde hace algún tiempo! Es natural; el trato engendra cariño entre los muchachos de la confección de ropa blanca y de los trajes. He ahí las modas que se mezclan; debe usted de saber algo: Germana, nuestra Benjamina, el mimo de la casa, querrá imitar á las demás; ¿no opina usted que ésas son cosas de chicos y propias de la edad? En la primavera esas ideas revolotean en el aire con los perfumes de las rosas.

Perrolet hubiese arrojado al inspector al Sena con su alegría intempestiva, que le crispaba los nervios; tenía ganas de mandarle al diablo, pero no se atrevió.

—¿Es Germana aquella señorita que va por allí, señor Labievre?

—Sí, por cierto; es Germana en persona. ¿Se le debilita la vista, señor Perrolet?

—Lo temo.

—¡Es posible! ¡desgraciadamente, es posible!; hay muchas causas, señor Perrolet. Primeramente el polvo, el eterno polvo, el espantoso polvo,

nuestro enemigo, que se posa en todas partes, que no respeta nada; esas señoritas se quejan mucho de ello; las alfombras lo conservan; habría que sacudir las más á menudo.

—¿A las señoritas, señor Labievre?—dijo maquinalmente Perrolet distraído.

—¡Agradable broma, señor Perrolet! No; á las alfombras; además el gas; el gas es desastroso para los ojos. Hace falta, lo sé muy bien, los negocios lo imponen, pero es muy cansado para la vista; debería usted descansar, señor Perrolet. Es ya tiempo de que disfrute usted de su posición; tiene usted buenos subordinados. La presencia del jefe es precisa, convengo en ello; pero el gran La Fontaine lo ha dicho, y no era un tonto: ¡no se tiene otra cosa tan estimable como la salud! Hay que cuidarla. No podemos sustituirla.

Los dos amigos seguían la calle del Bac, uno al lado del otro.

—¿Está usted seguro de que era Germana la que pasó por allí, señor Labievre?—preguntó Perrolet.

—Segurísimo, amigo mío.

—Me pareció también que la reconocía. ¿Y con quién hablaba, pues había alguien con ella, no es cierto?

—Sí, con el señor Josselin, ¿recuerda usted?, ¡ese joven alto, medio italiano, nuestro cajero en las secciones de encajes y vestidos, que está en la casa hace ya seis ó siete años! ¡Cómo pasa el tiempo! Un bachiller, muy instruído, un poco violento en ciertos momentos. Guapo muchacho, sobre todo para las que les gustan los morenos. Excelente empleado. Nunca se retrasa, y muestra talento cuando es menester.

—Un fénix entonces—dijo Perrolet, molesto por estas alabanzas.—¿Antes hablaba usted de una boda?

—Sí, hace la corte á nuestra Germana. ¡Ha embrujado á todo el mundo esa jovencita! Por algo la han puesto el sobrenombre de *Capricho*. Todas las señoras quieren dirigirse á esa hechicera; pero me parece que, á su vez, va á dejarse fascinar por ese saboyano; ésa es la voz que corre por la tienda; la niña es un buen partido; una segunda con buen sueldo, mucha bondad, y entendida en la venta; no pierde su tiempo el cajero.

El inspector hizo oír un chasquido con la lengua, acompañado de una mueca de admiración grandísima por las cualidades físicas y morales de Germana; efectivamente, la segunda encargada de la sección de modas era un gran partido.

—Me gustaría más otro marido para ella—dijo Perrolet con tono áspero.—Un cajero es poco, y no tiene porvenir entre nosotros.

Los dos hombres habían atravesado el boulevard San Germán. Llegaban á la tienda. Veían reflejar el sol, que iba calentando cada vez más, sobre las marquesinas de la calle de Sèvres, con sus dorados, y la puerta monumental, por donde entraban legiones de empleados, decorada por Perrey con esculturas grandiosas.

En los ángulos del edificio se elevaban cuatro cúpulas con sus adornos de plomo labrado, y por todas partes, sobre las fachadas, se leían los nombres de las ciudades manufactureras de Francia y de Europa: Amiens, Lille, Roubaix, Lyon, Sedan, Rouen, Cholet, Bilbao, Barcelona, etc.

Estatuas, cuernos de la abundancia, bajos relieve alegóricos, mosaicos, decoraban las pare-

des, donde se abrían ventanas espaciosas, y por donde entraba un torrente de luz hasta los últimos rincones del interior.

—Vamos, señor Perrolet—dijo el inspector;—se siente uno orgulloso con pertenecer á una casa de esta categoría y de haber contribuido con su grano de arena á su creación. El señor Bouret debe estar contento de su obra. No á todo el mundo le está permitido ir á Corinto, como diría el bachiller amigo de Germana, que es un letrado. Todavía le está menos permitido á nadie el construir un bazar con arreglo á este modelo. La pequeña *Sirena* ha crecido y seducido á mucha gente. ¡Y cuando pienso en que es usted uno de los lugartenientes y amigo del jefe, que es usted rico como un Crespo y que no tendrá hijos á quienes dejar lo que ha ganado!... ¿Sabe usted lo que pienso que debía hacer?

—No.

—Casarse.

—¿Qué dice usted!

—Una cosa razonable.

—¿Dónde está la mujer que quería una ruina como yo, señor Labievre?

—¿Dónde? Aquí, á dos pasos. Todas estas señoritas, y además todas las jóvenes del mundo. Se habla mucho de millones, pero no andan tan fácilmente por las calles, señor Perrolet.

—¿Con mi pelo gris?

—Parece que está empolvado: ¡antes la moda era ponerse polvos! Si la moda vuelve, no se lo tendrá que empolvar; eso es todo.

—Tengo cuarenta y siete años, y parece que tengo sesenta.

—Exagera usted. Y, además, eso es honroso. Eso demuestra que la actividad, el trabajo, le han envejecido un poco, consiguiendo la debida recompensa. Posee usted una buena fortuna. Tiene usted que disfrutar de su capital y hacerlo disfrutar á una mujercita gentil.

—¡Vamos!

—Germana, por ejemplo.

—¿Pero no se va á casar?

—Eso es un rumor; pero no hay nada decidido. Además, del plato á la boca... ¡señor Perrolet!

Los dos amigos estaban ya debajo de la marquesina del almacén.

En la acera, un hombre de estatura muy elevada, de cara imponente, grave como un senador romano, y envuelto en su ancha levita como en una toga, se apoyaba en un pilar de la puerta, examinando, sin hacer un gesto, el personal, que desfilaba por delante de él.

Cuando vió á su paisano, se sonrió y le dió la mano.

—Buenos días, Perrolet—le dijo.

Y tornó de nuevo á la misma actitud, impassible y taciturno, como un general encargado de velar por el estado del ejército que manda.

Era Vicente Bouret.

Todavía faltaban algunos minutos para las ocho. Perrolet cogió al inspector por la manga.

—¿Decía usted que no hay nada decidido entre esa muchacha y Josselin?—preguntó.

—Sin duda. Lo primero es que ella se lo hubiera advertido á usted, puesto que le debe todo lo que es.

—Las mujeres son muy olvidadizas, mi buen amigo; uo se acuerdan del bien que se les ha he-

cho cuando están enamoradas; cierto que merecía que se ocupasen de ella, porque es muy inteligente y trabajadora; después de todo, nada tiene que agradecerme.

—Si por cierto; bien lo sabe ella; tanto, que así me lo ha repetido varias veces. Le está muy agradecida. Gana ocho ó nueve mil francos por año; un sueldo muy bonito para una muchachita á quien le daban cincuenta francos al mes en casa de las señoritas Claudart por adornar sombreros; es una perla, se lo aseguro.

—No quiero casarme—dijo rápidamente Perrolet.—Yo ya no soy más que un viejo, y, por otra parte, estoy acostumbrado á vivir solo como un oso. Me conozco. Moriré como he vivido.

—Nadie puede decir de esta agua no beberé, y no desespero de ir á su boda. Si es usted feliz, esto agrada á nuestro amigo Vicente, que es el rey de los hombres, y á mí, que soy el más viejo inspector de la casa, y á todo el mundo.

—No verá usted esa fiesta, mi pobre Labievre—dijo Perrolet.—Soy tan salvaje como un lobo, y compadecería á la desgraciada que se condenase á vivir en compañía de un animal viejo como yo. —¡Caramba, es ya la hora!—dijo mirando su reloj.—Nos van á dar una mala nota como á simples aprendices.

Cambiaron un saludo afectuoso, y, siguiendo á la multitud que se precipitaba en los almacenes, entraron por la puerta principal, que era amplia y suntuosa como la de un palacio.

III

EN EL BAZAR DE SAN GERMÁN

DESDE la entrada del edificio se disfrutaba de un golpe de vista, único en el mundo.

Escaleras de una increíble ligereza iban desde la planta baja hasta lo más alto del edificio, lanzadas en el espacio con un atrevimiento sorprendente.

Sus mesetas interminables se alargaban en inmensas galerías, suspendidas como los jardines de Semíramis.

Tan lejos como podía alcanzar la vista, se veía sobre los mostradores, sobre las escaleras, sobre las columnas de las estanterías enormes cantidades de sedería, de telas de todas las procedencias; muebles raros, bronces, perfumería, cofres, jarrones de China ó del Japón, alfombras de Oriente, todo puesto aquí y allí en un premeditado pintoresco desorden, ó tirado con estudio sobre las barandillas artísticas, como los vemos en los tapices de los grandes maestros italianos Leonardo de Vinci ó el Ticiano.

Este bazar no parecía una tienda, sino un espacioso palacio, en donde todas las riquezas decorativas del universo se habían reunido para formar un cuadro digno de la coquetería femenina. Allí los colores se mezclaban armoniosamente en un prodigioso enredo, y, aparentando que debía ser difícil entenderse, reinaba el orden más perfecto.

cho cuando están enamoradas; cierto que merecía que se ocupasen de ella, porque es muy inteligente y trabajadora; después de todo, nada tiene que agradecerme.

—Si por cierto; bien lo sabe ella; tanto, que así me lo ha repetido varias veces. Le está muy agradecida. Gana ocho ó nueve mil francos por año; un sueldo muy bonito para una muchachita á quien le daban cincuenta francos al mes en casa de las señoritas Claudart por adornar sombreros; es una perla, se lo aseguro.

—No quiero casarme—dijo rápidamente Perrolet.—Yo ya no soy más que un viejo, y, por otra parte, estoy acostumbrado á vivir solo como un oso. Me conozco. Moriré como he vivido.

—Nadie puede decir de esta agua no beberé, y no desespero de ir á su boda. Si es usted feliz, esto agrada á nuestro amigo Vicente, que es el rey de los hombres, y á mí, que soy el más viejo inspector de la casa, y á todo el mundo.

—No verá usted esa fiesta, mi pobre Labievre—dijo Perrolet.—Soy tan salvaje como un lobo, y compadecería á la desgraciada que se condenase á vivir en compañía de un animal viejo como yo. —¡Caramba, es ya la hora!—dijo mirando su reloj.—Nos van á dar una mala nota como á simples aprendices.

Cambiaron un saludo afectuoso, y, siguiendo á la multitud que se precipitaba en los almacenes, entraron por la puerta principal, que era amplia y suntuosa como la de un palacio.

III

EN EL BAZAR DE SAN GERMÁN

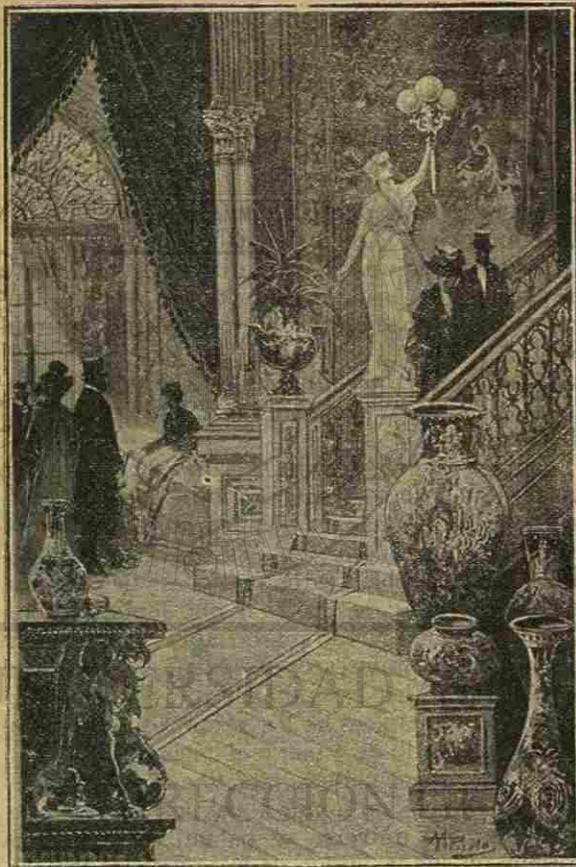
DESDE la entrada del edificio se disfrutaba de un golpe de vista, único en el mundo.

Escaleras de una increíble ligereza iban desde la planta baja hasta lo más alto del edificio, lanzadas en el espacio con un atrevimiento sorprendente.

Sus mesetas interminables se alargaban en inmensas galerías, suspendidas como los jardines de Semíramis.

Tan lejos como podía alcanzar la vista, se veía sobre los mostradores, sobre las escaleras, sobre las columnas de las estanterías enormes cantidades de sedería, de telas de todas las procedencias; muebles raros, bronces, perfumería, cofres, jarrones de China ó del Japón, alfombras de Oriente, todo puesto aquí y allí en un premeditado pintoresco desorden, ó tirado con estudio sobre las barandillas artísticas, como los vemos en los tapices de los grandes maestros italianos Leonardo de Vinci ó el Ticiano.

Este bazar no parecía una tienda, sino un espacioso palacio, en donde todas las riquezas decorativas del universo se habían reunido para formar un cuadro digno de la coquetería femenina. Allí los colores se mezclaban armoniosamente en un prodigioso enredo, y, aparentando que debía ser difícil entenderse, reinaba el orden más perfecto.



Este bazar no parecía una tienda, sino un espacioso palacio.

Torrentes de luz entraban por las vidrieras que iluminaban estos mercados extraños y espléndidos.

Los inspectores, con su corbata blanca, iban por entre los grupos vigilando los mostradores despojados de sus fundas, especie de sábanas, bajo las cuales se guardaban las fruslerías que cotidianamente excitaban la curiosidad y los deseos de las hijas de Eva.

Sobre los peldaños de las escaleras, como los cien guardias en las escaleras de las Tullerías, en el tiempo de los reyes de Francia, y en las entradas de los departamentos, muchachos con libreas esperaban, dispuestos para informar á los clientes que empezaban á afluir de todas partes.

Los empleados, todavía soñolientos, preparaban sus mercancías con coquetería, dando el último toque á los montones de pañuelos, á las bandejas de los encajes, á las cintas, á los montones de sombrillas, ahuecando sobre los maniques las telas de los trajes, como si fuesen doncellas que arreglasen las faldas de sus señoras antes de que éstas saliesen á recibir ó á paseo.

El movimiento era continuo en los sótanos, de los cuales salían telas de todas clases, con las que se podría vestir una provincia, y objetos innumerables que se llevaban á todos los pisos del bazar.

Al pasar por los corredores ó al amparo de una fila de paños y de telas, las muchachas dirigían al descuido miradas incendiarias á sus novios, cuidando de no ser vistas por un superior ó por el patrón, y sobre todo por el riguroso señor Valichon, un meridional moreno y rígido, acérrimo partidario de la disciplina, quien al sorprender la mi-

rada, menos indulgente que el señor Labievre, reprendía de una manera terrible á la delincuente, aterrorizándola con amenazas que raramente se llevaban á ejecución.

En una palabra, el gigantesco horniguero había adquirido su acostumbrada actividad; las abejas trabajadoras zumbaban en sus panales, pero sin ruido, sin gritos, sin estrépito. Todo se ejecutaba en silencio, con una uniformidad perfecta; las órdenes se daban en voz baja, el trabajo se distribuía con anticipación y cada uno sabía lo que le correspondía hacer.

El jefe de la casa, rodeado de sus diez asesores que constituían el consejo supremo, como en un tiempo, en la ciudad de las lagunas, el Dux se rodeaba de sus diez patricios, daba las instrucciones que, transmitiéndose gradualmente hasta los últimos subalternos, pasaban del general á los más insignificantes empleados, sin entorpecimiento ni réplica.

Fuera del edificio, largas filas de coches enganchados con soberbios caballos, bastante numerosos para cubrir todas las plazas de un regimiento de dragones, venían á colocarse en fila dispuestos á llevar á los barrios más extremos paquetes de todos tamaños, mientras que un ómnibus con los colores del Bazar de San Germán, amaranto y oro viejo, transportaba una nube de representantes, que iban á repartirse por las grandes fábricas para escoger los objetos destinados á abastecer los departamentos de esta casa sin rival.

En los últimos pisos, ya junto al tejado, los obreros cortadores preparaban las piezas de muselina y de batista que servían para confeccionar las diferentes prendas de ropa blanca vendidas cada

día por millares. Y en la vecindad, unos cuarenta cocineros con gorros blancos, mozos de fregadero, desplumadores de aves y mondadores de legumbres, en cocinas cuyo servicio se hacía por un pequeño camino de hierro aéreo y en comedores inmensos, preparaban la comida, colocaban sobre las mesas los tres mil cubiertos para los tres mil empleados de la casa, y acomodaban en los hornos un rebaño de la Beauce, ó bueyes enteros, en cacerolas enormes, ó vituallas de cuya cantidad apenas darían una vaga idea las bodas de Camacho.

De arriba á abajo de este edificio monstruoso, que solamente una capital podría sostener, se percibía el rumor característico del movimiento y del trabajo de sus afanosos habitantes: empleados que van de un lado para otro, el *frou-frou* de las sedas arrastrando sobre la alfombra, palabras cambiadas en voz baja, y á veces la música estridente del oro cayendo en las cajas, esa especie de sordo rumor que delata la existencia de una ciudad laboriosa y activa y que se oye desde muy lejos.

Perrolet estaba ya en su puesto, en las galerías del segundo piso, como un profesor que ha empezado su clase y dicta su deber á los discípulos.

Alrededor suyo, los vestidos, puestos sobre maniqués de mimbres, de engañadoras formas, los trajes de lana ó de satén, de granadina ó terciopelo, aparecían colocados del modo más atractivo para llamar la atención.

Perrolet, desde su observatorio, dominaba una vasta extensión del terreno, como el turista que desde la cumbre de una colina tuviese ante sus ojos las lejanías de un paisaje pintoresco.

Era un parque donde se complacía en pasear de ordinario, y donde pasaba las horas contemplando aquel espectáculo siempre distinto y siempre el mismo, y que, semejante al mar, no se cansa uno de contemplarlo.

A Perrolet le distraía mucho en otras ocasiones semejante cuadro; pero aquel día distraía otro asunto su atención.

A su derecha, en una galería paralela á las de los trajes, miraba atentamente á las empleadas de las modas que arreglaban en sus armarios ó sobre perchas de pie, enfrente de los espejos, de manera que resaltasen más graciosamente sus formas y sus colores, los unos sobre los otros, los sombreros, con toda su extraordinaria variedad, ordenados por una escala de precios, desde los más modestos á los más lujosos.

Germana estaba también allí muy activa, muy tranquila y con cierto aire de coquetería graciosa.

Perrolet la llamó con un gesto y una palabra.

—¡Señorita!

Fué en seguida, medio seria, medio sonriente.

Verdaderamente estaba muy bonita y tenía bien puesto su mote de *Capricho*.

Nada más fresco que aquella fisonomía á la vez dulce y modestamente reservada, franca y por lo mismo enigmática, escondiendo un pensamiento que guardaba para sí, como todas las mujeres.

¡Qué boca encantadora y suave ornada de bellísimos dientes; qué ojos chispeantes de gracia y de talento! ¡Qué hoyuelos en aquellas mejillas! El conjunto puro, de una distinción exquisita y cuya característica era sobre todo una bondad

absoluta, la bondad de la mujer, unida á un poquito de malicia y de coquetería, tan disculpable en una hermosura perfecta, á la que realza más y la hace aún más atractiva.

¡Y qué cuerpo tan gentil, tan esbelto y de líneas tan puras y elegantes!

Perrolet tenía la frente cubierta de sudor.

Estaba sobre ascuas, y no sabía por dónde empezar su conversación.

No parecía prestar la menor atención á los detalles de aquella hermosura que hubiesen entusiasmado á un artista, y, sin embargo, no dejaba de admirarlos.

Desde las primeras palabras no hizo uso de su finura característica.

—Están muy descuidados en las modas, señorita—dijo frunciendo el entrecejo.

—Señor, aseguro á usted que todo marcha como de costumbre.

—Entonces, todo va mal; polvo por todas partes, poco gusto en la disposición de las cosas, falta de atención con las señoras...

—Pero, si hoy no ha venido todavía nadie, no ha habido ocasión de ser incorrecto.

—¡Ah! ¿Lo cree usted así?...—dijo el patrón, que se distraía por momentos.—Entonces, yo no sé lo que me digo. ¿Es esto lo que quiere usted decir?

—¡Oh, no, señor Perrolet!

—Márchese, no quiero disgustarla más, pero lo que pasa es intolerable, positivamente. ¿En qué piensa usted, señorita?

—¡Ah, señor Perrolet!—dijo la joven ante estos reproches inmerecidos; es usted muy severo... esta mañana,

—¡Bueno! ¿Y por qué esta mañana?—preguntó asombrado, percibiendo una intención burlona sobre la cara de su subordinada.

—No lo sé—dijo ella.

—Usted ha querido decir otra cosa.

—Habrá usted dado sin duda un mal paseo.

—¿Dónde?

—En las Tullerías, por ejemplo; me ha parecido verle al pasar. ¡Examinaba usted una estatua... con tanta atención!... El tiempo estaba muy hermoso, ¿no es verdad?

Ella le tendió el anzuelo sin querer.

Y Perrolet se agarró á él, como el que se ahoga, á un clavo ardiendo.

—En efecto, ahora recuerdo que he ido á dar una vuelta por allí, á tomar el aire; está muy bonito ese jardín, y encontré á mi amigo el señor Labievre; pero esto no es un motivo para tratarme de severo, riguroso, insoportable, injusto acaso. Dice usted que soy injusto—añadió animándose,— que critico sin razón.

—¡Ah, señor Perrolet!

—Sí, repítalo; no se atreve, lo sé; pero lo leo en su pensamiento; está usted demasiado bien educada para declararlo; pero lo adivino. No se me engaña; soy un ser taciturno, odioso; un déspota.

—¡Oh, señor Perrolet!

—En fin, basta; su cometido es vigilar. Y la hago responsable de las faltas que puedan ocurrir en las modas. ¿Me ha entendido usted?

—Sí, señor Perrolet.

—¿Está usted descontenta de su situación?

—No, señor Perrolet.

—¡Sin embargo, algo le faltará cuando pretenda cambiar de estado!

El patrón se frotó las manos; estaba encantado. Acababa de encontrar la transición, tras de la que corría desde hacía un instante.

IV

LAS TEORÍAS DEL SEÑOR PERROLET

GERMANA se ruborizó.

—¿Cómo, señor Perrolet?—preguntó.

—Sin duda. ¿Sabe usted lo que me ha dicho Labievre?

—No, señor.

—¿Ni lo sospecha?

Germana meneó la cabeza con un gesto coquetón.

—Pues todo el tiempo ha venido hablándome de usted.

—¿Y qué le ha dicho el señor Labievre?

—Que se va usted á casar, y no es él solo quien lo dice; ese rumor corre por todo el establecimiento.

—En absoluto, no hay nada de eso.

—¡Qué disimulada es usted y qué bien finge!

—Ahora no; nada de eso, señor Perrolet; ahora no, se lo aseguro.

—¿Es decir, más tarde; dentro de quince días, de ocho, mañana tal vez, piensa usted realizar ese propósito como una cosa posible, apremiante quizá?

Germana se había puesto encarnada.

—¡Bueno! ¿Y por qué esta mañana?—preguntó asombrado, percibiendo una intención burlona sobre la cara de su subordinada.

—No lo sé—dijo ella.

—Usted ha querido decir otra cosa.

—Habrá usted dado sin duda un mal paseo.

—¿Dónde?

—En las Tullerías, por ejemplo; me ha parecido verle al pasar. ¡Examinaba usted una estatua... con tanta atención!... El tiempo estaba muy hermoso, ¿no es verdad?

Ella le tendió el anzuelo sin querer.

Y Perrolet se agarró á él, como el que se ahoga, á un clavo ardiendo.

—En efecto, ahora recuerdo que he ido á dar una vuelta por allí, á tomar el aire; está muy bonito ese jardín, y encontré á mi amigo el señor Labievre; pero esto no es un motivo para tratarme de severo, riguroso, insoportable, injusto acaso. Dice usted que soy injusto—añadió animándose,— que critico sin razón.

—¡Ah, señor Perrolet!

—Sí, repítalo; no se atreve, lo sé; pero lo leo en su pensamiento; está usted demasiado bien educada para declararlo; pero lo adivino. No se me engaña; soy un ser taciturno, odioso; un déspota.

—¡Oh, señor Perrolet!

—En fin, basta; su cometido es vigilar. Y la hago responsable de las faltas que puedan ocurrir en las modas. ¿Me ha entendido usted?

—Sí, señor Perrolet.

—¿Está usted descontenta de su situación?

—No, señor Perrolet.

—¡Sin embargo, algo le faltará cuando pretenda cambiar de estado!

El patrón se frotó las manos; estaba encantado. Acababa de encontrar la transición, tras de la que corría desde hacía un instante.

IV

LAS TEORÍAS DEL SEÑOR PERROLET

GERMANA se ruborizó.

—¿Cómo, señor Perrolet?—preguntó.

—Sin duda. ¿Sabe usted lo que me ha dicho Labievre?

—No, señor.

—¿Ni lo sospecha?

Germana meneó la cabeza con un gesto coquetón.

—Pues todo el tiempo ha venido hablándome de usted.

—¿Y qué le ha dicho el señor Labievre?

—Que se va usted á casar, y no es él solo quien lo dice; ese rumor corre por todo el establecimiento.

—En absoluto, no hay nada de eso.

—¡Qué disimulada es usted y qué bien finge!

—Ahora no; nada de eso, señor Perrolet; ahora no, se lo aseguro.

—¿Es decir, más tarde; dentro de quince días, de ocho, mañana tal vez, piensa usted realizar ese propósito como una cosa posible, apremiante quizá?

Germana se había puesto encarnada.

Perrolet tenía la manía de las frases solemnes, sonoras.

Le gustaba extenderse en los discursos, de los que sus colegas huían, pero que sus empleados estaban obligados á soportar.

Nadie es perfecto, y Perrolet no tenía esa pretensión.

—Veo que el señor Labievre tenía razón—dijo, atreviéndose á mirar á Germana, porque ésta había bajado la cabeza.

Y de pronto preguntó con impetuosidad:

—¿Sabe usted lo que es el matrimonio, señorita?

Perrolet había hablado con tanta vehemencia, que sudaba, y tuvo que secarse la frente.

Un ligero temblor agitaba todo su cuerpo; tanto era el miedo que tenía de no expresarse con la precisa elocuencia.

—Mira al patrón cómo fastidia con su discurso á *Capricho*—dijo á Josefa la criolla, la pequeña Cipriana, una traviesa criatura de veinte años, dependiente de las modas, que acababa de casarse con un joven empleado en la sección de paraguas, Sostene Benoit, y que tenía la manía de hacer señas á su marido de un extremo á otro del almacén, por encima de las barandillas, con gran admiración de las señoritas de la ropa blanca y de la zapatería, que se burlaban de estas manifestaciones que tan frecuentemente hacía la recién casada.

Cipriana no se equivocaba.

El patrón había empezado una substanciosa conferencia sobre los inconvenientes de las bodas, sobre todo cuando no se cuenta con el primer elemento de la felicidad, según la opinión del señor Perrolet: la fortuna.

¿Es que no tenía el buen sentido de comprender que en su posición disfrutaba de una libertad y una independencia absoluta, el más raro de todos los bienes? ¿Es que su seguridad no era completa? ¿Temía que la abandonasen, cosa que no podía ser sino por faltas graves, muy graves, en las que no había ni que pensar? Para desechar todo temor sobre esto, ¿no estaba allí él, que la había protegido—como era justo—por su inteligencia, su distinción y su exactitud, y porque era honrada y buena persona?

¿No disfrutaba de una libertad envidiable? ¿No ganaba, sin grandes esfuerzos, ocho ó nueve mil francos? ¿No significaba esto nada? ¿No tenía él allí medios para asegurar la felicidad de una buena muchacha, sencilla en sus gustos? Más adelante ascendería, cosa de que no había que dudar; con el tiempo podía esperar á ser la primera; una docena de miles de francos de beneficio, no era una cosa imposible; ¿qué era lo que la apremiaba para querer casarse? Y ante todo, era muy joven; tenía veinticuatro años, á lo sumo.

—Veinticinco, señor Perrolet—dijo tímidamente Germana.

—¡Veinticinco, sea! Un año de más ó de menos, no vale la pena de discutirlo; ésa es la buena edad: la de la primavera y las flores. ¡La boda sería el otoño con sus frutos!

Aquí hizo un gesto sumamente expresivo. Su labio superior tenía la forma de un acento circunflejo.

¡Los frutos! Esta palabra debía hacerla meditar; eran buenos en el campo, en el verjel de un castillo ó en el huerto de una quinta; pero en casa de su amigo Bouret, en una tienda, serían

una molesta impedimenta, un estorbo inereñible, Germana. Y de la vigilancia de las modas, ¿quién se iba á encargar?

Habría una interina molesta, muy molesta, que se renovaría á menudo; hay que pensar en todo, su ascenso se retrasaría; ¡las cosas pequeñas se notan, pero ésa era de gravedad! ¿Es que las primeras no se casan? ¡Sí, cuando ya son muchachas serias! Allí estaba la señorita Merlin, por ejemplo, en la lencería, que tenía treinta y seis años y que era guapa y rica; ¿tenía aire de contrariedad porque estaba soltera? ¿se había oído siquiera decir nunca que pensase en tal cosa? ¡Ésa era una muchacha inteligente y digna de ser imitada! El mismo Perrolet ¿tenía tampoco pensamiento de casarse?: hay que pensar primero en lo práctico, lo mismo que él había hecho; después sería tiempo de pensar en buscar un marido ó una mujer.

M. Perrolet continuaba siempre.

—Mira el chorro suelto—dijo Cipriana, que les observaba con el rabo del ojo.—¡Cuidado con la inundación! ¡Capricho tiene aire de haberse entontecido!

En efecto, Germana estaba de pie, en la actitud de una pecadora arrepentida. Perrolet le hizo una indicación y se sentó á su lado en un diván circular, destinado á las clientes, adornado de tapices antiguos del Daghestan; y, bajando la voz, continuó:

—¿Y qué compensaciones tendría usted á cambio de esas pérdidas de dinero, de libertad y de encantos, acaso de salud, pues nada hay más seguro que, estando obligada á continuar trabajando, el casamiento no sea la causa de una altera-

ción para esa hermosura, de la que está usted tan orgullosa?, convenga conmigo...

—Pero le aseguro, señor Perrolet...

—Déjeme concluir—interrumpió él.

La pequeña Cipriana tiró del vestido á una de sus amigas de trabajo.

—Mirad el cajero allá abajo—dijo maliciosamente.—¡Cómo mira, qué ojos tan furibundos; tiene miedo que el patrón le robe su adorada!

Mientras tanto él continuaba:

—Tendrá usted penas, en las que no tiene que pensar estando sola; hecha la *toilette*, todo queda concluído; mientras que con un marido tendría usted que ocuparse de la casa, de una casa modesta de empleados, y por la noche, rendida por el trabajo, someterse á las exigencias del dueño, satisfacer los caprichos del tirano, atender durante el día á las premuras de la tienda, y por la noche—al pensar esto le subían á la cabeza oleadas de calor, como de un vapor ardiente,—por la noche obedecer al déspota, al que tendría en absoluto el derecho de disponer de usted. ¿Y los niños? Tendría que pagar las mensualidades á las mercenarias en cuyas manos habría que abandonarlos; vendrían los meses sin ingresos por la imposibilidad de cumplir con su obligación en la tienda. ¡Pérdidas por todas partes! ¡un desastre! ¿y por qué?: por unos días de luna de miel, bien breves por cierto, bastante ilusorios, señorita Germana.

—Pero las demás se casan, sin embargo, señor Perrolet.

—Las otras, la multitud, la plebe, sin duda ninguna, porque son muchachas sin juicio, sin porvenir, bohemias que viven un día y no ven

R 30573

UNIVERSIDAD DE MONTEVIDEO
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"VALERIO LEYVA"
MONTAÑA 215, MONTEVIDEO, MEXICO

más que la fiesta que se celebra en aquel momento.

Estuvo á punto de irritarse.

Esta observación le asombró en boca de una muchacha tan distinguida, y no lo disimuló.

—Y, además, las otras ¿qué me importan?— dijo.—¿Es que yo me ocupo de las otras? No sé lo que hacen ni cómo son.

Germana levantó los ojos, sorprendida por esta salida.

Perrolet tuvo miedo de haberse expresado demasiado claramente y retrocedió, como un cangrejo que ve al pescador.

—Quiero decir, que no me ocupo más que de las mías, de las que están bajo mi protección directa; cada cual gobierna su negocio á su manera.

Y volviendo sobre el asunto, como un orador que tiene que desenvolver un tercer punto, añadió:

—Si todavía fuera con un hombre rico, con un rentista, con uno de esos hombres de edad madura, razonable, que se encontraría muy dichoso con enlazarse á una muchacha tan graciosa, entonces perfectamente; pero lo que usted busca— no lo quería saber— será más bien un muchacho, uno de esos jóvenes sin práctica de la vida, ó algún mocetón con aire trágico y fatal; uno de esos elegantes prendidos con cuatro alfileres, que brillan como el plaqué, y que no cuentan con más que con sus mezquinos sueldos; un dependiente de mostrador ó un cajero; y porque tienen aire poético y ponen los ojos en blanco mirando al techo, ó llevan el bigote rizado como un oficial de caballería y miran fijamente y dan suspiros de baritono, ya no pueden ustedes resistir y los aman...



El señor Perrolet le hizo una indicación,
y se sentó á su lado...

Es verdad que le digo á usted esto por hablar, pues yo no he visto nada; no me ocupo de esas miserias, ni de las voces que corren; fuera de la tienda, de mis encajes, de mis vestidos y de mis modas, no me mezelo en nada.

Pero me han conmovido algunas palabras de personas que demostraban interés por la linda Germana, y he creído deber mío dar á usted un buen consejo, puesto que le tengo amistad, nada más que amistad, sencillamente amistad.

Esta palabra la repitió cuatro veces.

¡Pobre hombre!

Y sobre el mismo tema continuó hablando durante tres cuartos de hora.

La muchacha le escuchaba con los ojos fijos en la alfombra.

No sabía por qué, pero no se encontraba á gusto; había en el tono del señor Perrolet cierta amargura mal disimulada, y á veces un acento como de ternura que sobresalía sobre la brusquedad de sus frases.

Hacía ya un momento que no hablaba, y la joven creía oírle todavía.

Se había marchado y la joven continuaba pensativa en el mismo sitio.

De su meditación la sacó un empleado que venía escoltando á un señor y á una señora, muy elegantes los dos; y como viese ocupadas á todas las modistas, gritó:

—¡Sombreros, señoritas!

V

INVASIÓN EN EL APRISCO

GERMANA era la única que estaba libre. Se acercó á sus clientes, y se encontró frente á una señora morena, de una hermosura ideal.

Era el tipo verdadero, característico, y la más perfecta encarnación de la belleza italiana. Grandes ojos negros, llenos de luz, rasgados como los de los orientales, labios encarnados como el corazón de una granada, el pelo negro brillante, el color moreno, y el cutis aterciopelado.

La dama era alta, gentil, elegante, y se hallaba en el apogeo de su hermosura.

Germana, á pesar de la costumbre que tenía de ver y tratar á la multitud de gentes de todas clases y condiciones, de todos rangos y de todos caracteres, que á diario invadía los almacenes del señor Perrolet, se sintió azorada en presencia de aquella mujer.

La desconocida tenía un aire de altanería insostenible en sus modales, en su mirada y en su gesto.

Si indicaba algo con el dedo, parecía que os aplastaba; dando una ligera entonación á la palabra más correcta, os humillaba; con un gesto imperceptible, os tenía á distancia.

El joven que iba acompañándola contribuía á hacer perder la serenidad á la modista por la

Es verdad que le digo á usted esto por hablar, pues yo no he visto nada; no me ocupo de esas miserias, ni de las voces que corren; fuera de la tienda, de mis encajes, de mis vestidos y de mis modas, no me mezelo en nada.

Pero me han conmovido algunas palabras de personas que demostraban interés por la linda Germana, y he creído deber mío dar á usted un buen consejo, puesto que le tengo amistad, nada más que amistad, sencillamente amistad.

Esta palabra la repitió cuatro veces.

¡Pobre hombre!

Y sobre el mismo tema continuó hablando durante tres cuartos de hora.

La muchacha le escuchaba con los ojos fijos en la alfombra.

No sabía por qué, pero no se encontraba á gusto; había en el tono del señor Perrolet cierta amargura mal disimulada, y á veces un acento como de ternura que sobresalía sobre la brusquedad de sus frases.

Hacía ya un momento que no hablaba, y la joven creía oírle todavía.

Se había marchado y la joven continuaba pensativa en el mismo sitio.

De su meditación la sacó un empleado que venía escoltando á un señor y á una señora, muy elegantes los dos; y como viese ocupadas á todas las modistas, gritó:

—¡Sombreros, señoritas!

V

INVASIÓN EN EL APRISCO

GERMANA era la única que estaba libre. Se acercó á sus clientes, y se encontró frente á una señora morena, de una hermosura ideal.

Era el tipo verdadero, característico, y la más perfecta encarnación de la belleza italiana. Grandes ojos negros, llenos de luz, rasgados como los de los orientales, labios encarnados como el corazón de una granada, el pelo negro brillante, el color moreno, y el cutis aterciopelado.

La dama era alta, gentil, elegante, y se hallaba en el apogeo de su hermosura.

Germana, á pesar de la costumbre que tenía de ver y tratar á la multitud de gentes de todas clases y condiciones, de todos rangos y de todos caracteres, que á diario invadía los almacenes del señor Perrolet, se sintió azorada en presencia de aquella mujer.

La desconocida tenía un aire de altanería insostenible en sus modales, en su mirada y en su gesto.

Si indicaba algo con el dedo, parecía que os aplastaba; dando una ligera entonación á la palabra más correcta, os humillaba; con un gesto imperceptible, os tenía á distancia.

El joven que iba acompañándola contribuía á hacer perder la serenidad á la modista por la

pertinaz insistencia con que clavaba en ella su vista.

Sentado en el diván de donde Germana se había levantado, con los ojos medio cerrados y protegidos por los lentes, la miraba simulando una gran curiosidad, admirando sus pies pequeños, que salían debajo de la falda negra, su pelo rubio ceniciento, que le caía rizado sobre la frente. No hubiera reparado más un troneo que pensase comprar en casa de cualquier tratante de caballos de los Campos Eliseos.

Evidentemente la muchacha había producido una gran impresión en el visitante, que debía de ser un *amateur* del bello sexo.

—¿La señora desea un sombrero?—preguntó Germana.

—Sí, ó mejor, no—dijo la señora con acento italiano muy marcado.—Deseo ver los de la casa; mi sombrerera es Fanny Claude; ya sabe usted quién es Fanny Claude, la modista de la calle de la Paix.

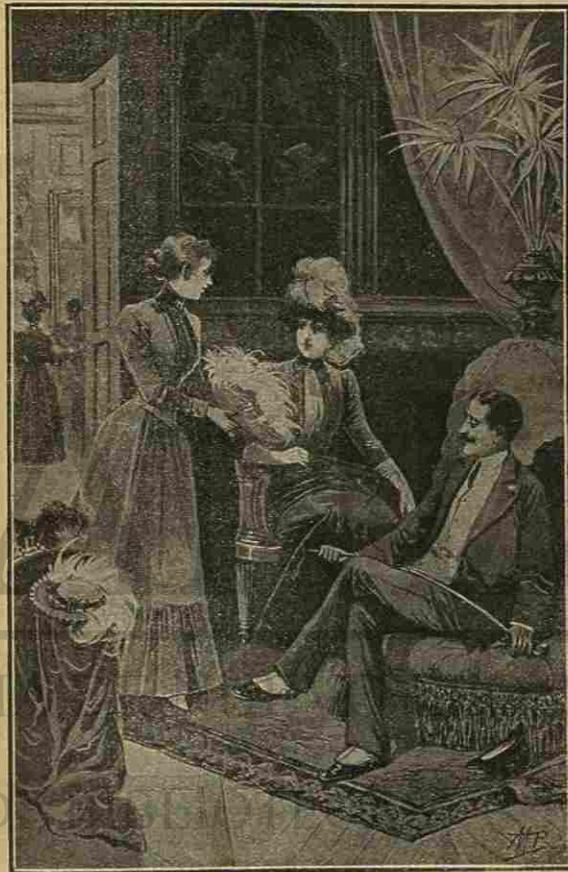
Una verdadera artista, ¡con un arte y un estilo! Mis amigas, la marquesa de Raiville, la duquesa de Arcos y otras muchas, me han alabado los de aquí; están verdaderamente entusiasmadas; pero yo soy muy incrédula, y he querido verlos; enséñeme lo que tenga.

Ante el deber, la muchacha se repuso de su azoramiento.

Escogió rápidamente los modelos más bonitos y se los llevó á la encopetada cliente.

Pero no obtuvo éxito.

—Horrorosos, verdaderamente horribles—dijo la señora, rechazándolos con un gesto de desprecio.—Quite usted eso de ahí. ¡Son horribles!



—¿La señora desea un sombrero?—preguntó Germana.

Por fin se dignó humanizarse, vencida por la paciencia de la segunda de las modas.

—Mira, Fernando—dijo,—¡qué bien, qué bien le sienta este sombrero á la señorita! Éste es perfecto. ¿No te parece? No lo hay más bonito en casa de Fanny.

Germana sonrió, y con razón.

Fanny Claude, la gran artista como decía la señora morena, era una de las tributarias del señor Bouret; había ofrecido sus servicios á la casa y trabajaba mucho más para el Bazar que para las señoras aristócratas.

El sombrero tan elogiado era uno de sus modelos.

—Hay gran parte de prejuicio en todas las cosas, señora—dijo dulcemente Germana.—La etiqueta es á veces más buscada que el mismo objeto que la tiene; sin embargo, nosotros no la contamos al hacer la factura.

El caballero á quien la señora había llamado Fernando, se acercó con indolencia.

Á decir verdad, miraba mucho más á la vendedora que al sombrero.

—Di, Fernando—repitió la señora.

—Yo, querida mía, los encuentro adorables cuando se los prueba esta señorita. En una cabeza tan bonita, no puede resultar feo ninguno. Mira á Enriqueta—esta Enriqueta era la marquesa de Raiville;—nunca los compra en otra parte. La señorita tiene razón, hay mucho de prejuicio; es menester que los sombreros lleven la etiqueta de Tuvéé, Virot ó Fanny Claude; fuera de esos modistos no hay salvación; quiero decir, no hay sombreros bonitos; yo, en tu lugar, me haría cliente de la señorita.

Y se volvió de nuevo al diván á continuar su observación.

Hacía un gran contraste con su mujer, pues era á su mujer á quien acompañaba.

Era esbelto, fino y rubio; sus ojos de un azul de mayólica, tenían una dulzura inexplicable, con cierta mezcla de ironía; su pelo de color indeciso, castaño claro, le encuadraba el rostro, que tenía el sello de la verdadera nobleza; sumamente distinguido, parecía un escéptico, como quieren parecerlo todos los jóvenes del siglo; se adivinaba en él algo como cansancio; sus músculos parecían distendidos quizás por arrastrar una vida ociosa, entregada al juego, á la mesa, etc.; en una palabra, era interesante, seducía, su misma palidez atraía, sus manos eran maravillosas.

Llevaba desnuda la derecha, con la que empuñaba el guante de color gris, y un delgado junquillo con puño de amatista.

Vestía de azul; el traje era de un paño muy ligero: en la *boutonniere* lucía una roseta microscópica.

La señora llevaba un traje de mañana, de lana y seda, verdadera obra de arte del modisto.

Cubría su cabeza un sombrero Rembrandt que contorneaba una pluma de avestruz.

El cuerpo del vestido tenía la forma de un figaro, con cuello de terciopelo obscuro, y parecía dibujado por Grévin sobre el busto de la dama.

El marido debía tener unos treinta años; ella, veinticinco á veintisiete.

Realmente formaban una pareja soberbia, pero de desigual salud: debilidad elegante por un lado; vida exuberante y espléndida por el otro.

Germana había oído con una paciencia inalterable las críticas de aquella cliente indecisa y difícil de contentar.

—Quisiera un sombrero...

—Extravagante—silbó el marido.

—Un sombrero...

—¿Como éste, señora?—dijo Germana.

—No; como uno que no exista—dijo el marido en voz baja.

—Si te aburres aquí, nada te obliga á esperarme.

—No, no me aburro—contestó dirigiendo una mirada á Germana, que lo comprendió y volvió la cabeza.

La pobre muchacha estaba en cuerpo y alma en su negocio.

Quería vender sombreros á tan altiva señora.

Su amor propio de comerciante estaba interesado, y lo consiguió, pero á costa de bastante tiempo.

Al cabo de una hora, la hermosa morena se marchaba del salón.

Había comprado dos sombreros, más caro uno que el otro.

Lo mejor que había en el fondo de los armarios, lo último de los caprichos de la moda, creaciones verdaderamente encantadoras.

Se marcharon, con gran pesar del marido.

—¡Ya!—dijo.—¿Tan pronto los has elegido?

Hubiese querido que se llevase toda la tienda, con tal de poder estar allí más tiempo.

Cuando Germana preguntó á la caja, desde donde Josselin había seguido todas las maniobras de aquel galante comprador, las señas de la cliente para enviarle los sombreros, el caballero, con la

indolencia natural en él, cogió una tarjeta que sacó de una cartera de piel de Rusia, con cantoneras de oro, y se la dió acompañada de una sonrisa.

En la tarjeta se leía:

DUQUE DE ROCHEBONNE

Y más abajo:

Boulevard San Germán.

El señor Perrolet había imitado á Josselin; no había perdido de vista los manejos del duque.

Se acercó á Germana.

—Otro admirador—le dijo.

Pero ella no se dió por entendida.

—Una venta difícil, señor Perrolet. ¡Esta señora tiene un carácter tan seco! En fin, ya está hecho.

—Felicito á usted, hija mía; he visto cómo ha trabajado usted. ¿Qué somos nosotros? Comerciantes. ¿Cuál es nuestro objeto? Vender. No se cazan moscas con vinagre; es menester que el cliente quede satisfecho y haga su compra; todo consiste en eso. ¿Cuántos sombreros?

—Dos.

—¿Total?

—Doscientos sesenta francos.

—Mi enhorabuena.

—Es una señora que nos honrará como cliente.

—¿Su nombre?

—La duquesa de Rochebonne.

—Mi vecina; vivo al lado de su hotel; una italiana; la hija de la princesa Trani. El duque se

ha casado con ella por su hermosura, pues no tiene un cuarto. Él es inmensamente rico, pero en cambio goza de poca salud; ha tenido una juventud muy borrascosa; pero esto no nos importa; y además, puede ser que no sea verdad lo que cuentan. Vaya usted á almorzar, hija mía.

La joven se alejó rápidamente.

El señor Perrolet le siguió con la vista mientras ella subía las escaleras que conducen al último piso donde están los comedores.

—Tenía razón ese señor de Rochebonne al mirarla — pensaba. — Es mucho más guapa que la duquesa, que tiene en toda Europa fama de ello.

Para Perrolet, todas las reputaciones tenían que ser europeas. La del Bazar de San Germán era universal.

—Germana es más guapa porque es rubia. ¡Y pensar que esa chiquilla se resigna á ser toda la vida una vendedora en una tienda de novedades, mientras que otras, feas hasta asustar, tienen hoteles, alhajas, caballos, coches y llevan una vida alegre y divertida! Se condena á madrugar, á acostarse tarde, á trabajar continuamente, cuando no faltarían duques como ése, ó rentistas, que estarían dispuestos á colocarla en el sitio que la corresponde y á asegurarla un buen porvenir. ¡Nunca se queja! ¡Siempre dispuesta para todo, siempre de buen humor!

Las reflexiones del patrón de Germana fueron interrumpidas por una campanada.

Era la llamada para la comida de los jefes; se dirigió muy despacio hacia el confortable comedor, donde el sanhedrín de los notables podía hablar de los negocios entre plato y plato.

En el momento en que llegaba al umbral, lo

invadió una bandada de jóvenes que iban en sentido contrario.

Un muchacho alto, el que hemos visto en las Tullerías, pasó al lado del señor Perrolet y le tropezó involuntariamente. Por primera vez, desde que había entrado en la casa, el patrón tuvo un movimiento de mal humor, que procedía de causa distinta del servicio ó de los modales de los empleados.

—¡Tenga usted cuidado! — dijo con dureza. Pero el cajero estaba ya lejos.

VI

UN HOGAR REGIO

DECLINADOS en la victoria que los conducía, volvían á su hotel los duques, por el camino de los colegiales, con objeto de prolongar el paseo: la duquesa, mirando á los ojos á su marido, le interpeló diciendo:

—Fernando, has mirado mucho á la muchacha que me enseñaba los sombreros.

—No lo niego.

—Por lo menos, eres franco.

—¿Por qué no serlo? Es una muchacha de lo más perfecto que he visto en su tipo.

—Según tu opinión.

—Completamente sincera.

—Pues si tanto te gustan las rubias, ¿por qué te has casado conmigo?

ha casado con ella por su hermosura, pues no tiene un cuarto. Él es inmensamente rico, pero en cambio goza de poca salud; ha tenido una juventud muy borrascosa; pero esto no nos importa; y además, puede ser que no sea verdad lo que cuentan. Vaya usted á almorzar, hija mía.

La joven se alejó rápidamente.

El señor Perrolet le siguió con la vista mientras ella subía las escaleras que conducen al último piso donde están los comedores.

—Tenía razón ese señor de Rochebonne al mirarla — pensaba. — Es mucho más guapa que la duquesa, que tiene en toda Europa fama de ello.

Para Perrolet, todas las reputaciones tenían que ser europeas. La del Bazar de San Germán era universal.

—Germana es más guapa porque es rubia. ¡Y pensar que esa chiquilla se resigna á ser toda la vida una vendedora en una tienda de novedades, mientras que otras, feas hasta asustar, tienen hoteles, alhajas, caballos, coches y llevan una vida alegre y divertida! Se condena á madrugar, á acostarse tarde, á trabajar continuamente, cuando no faltarían duques como ése, ó rentistas, que estarían dispuestos á colocarla en el sitio que la corresponde y á asegurarla un buen porvenir. ¡Nunca se queja! ¡Siempre dispuesta para todo, siempre de buen humor!

Las reflexiones del patrón de Germana fueron interrumpidas por una campanada.

Era la llamada para la comida de los jefes; se dirigió muy despacio hacia el confortable comedor, donde el sanhedrín de los notables podía hablar de los negocios entre plato y plato.

En el momento en que llegaba al umbral, lo

invadió una bandada de jóvenes que iban en sentido contrario.

Un muchacho alto, el que hemos visto en las Tullerías, pasó al lado del señor Perrolet y le tropezó involuntariamente. Por primera vez, desde que había entrado en la casa, el patrón tuvo un movimiento de mal humor, que procedía de causa distinta del servicio ó de los modales de los empleados.

—¡Tenga usted cuidado! — dijo con dureza. Pero el cajero estaba ya lejos.

VI

UN HOGAR REGIO

DECLINADOS en la victoria que los conducía, volvían á su hotel los duques, por el camino de los colegiales, con objeto de prolongar el paseo: la duquesa, mirando á los ojos á su marido, le interpeló diciendo:

—Fernando, has mirado mucho á la muchacha que me enseñaba los sombreros.

—No lo niego.

—Por lo menos, eres franco.

—¿Por qué no serlo? Es una muchacha de lo más perfecto que he visto en su tipo.

—Según tu opinión.

—Completamente sincera.

—Pues si tanto te gustan las rubias, ¿por qué te has casado conmigo?

—Porque te prefería á todas las mujeres del mundo, Giuseppina.

—Sí, al principio; pero ese cariño se ha extinguido; eres veleidoso, y el menor viento te hace girar como á las veletas.

—Eso es una calumnia, lo sabes perfectamente.

—¿Entonces sigues queriéndome siempre, Fernando?

—¡Bonita pregunta! Más que nunca; pero eres tan impetuosa, que es preciso decírtelo á todas horas; ya sabes que detesto las demostraciones excesivas. Tengo horror á todo lo que sea agitación, que emocione y que turbe la vida; me he casado, Giuseppa, lo primero por amor. Eres tan extraordinariamente hermosa, que no hay medio de no estar enamorado de tí; pero me he casado para vivir tranquilo; si el casamiento no es un puerto, un refugio contra las tormentas, ¿de qué sirve?, dímelo; desde que me has hecho el honor de creer en mis protestas de cariño y de aceptar... —¿cómo se dice eso?— mi mano, mi dicha es tan grande, que no me queda nada que desear.

La duquesa le miró cariñosamente y le dijo: —Te quiero tanto, Fernando, que si me engañases...

—¿Qué harías, Giuseppina?

—Me vengaría.

—Ya sé que eso es propio de tu país. ¡Vengarse! ¡qué idea tan original!: ¿y por qué te vengarías?

—Por vengarme, ¿no lo comprendes?

—En absoluto.

—¡Oh, estos corazones de hielo!

—¿Cómo te vengarías, Giuseppina?

—Confiesa que esa muchacha —dijo la duquesa— te ha impresionado, y que piensas en ella.

El duque se encogió de hombros.

—¡Es lo bastante guapa para despertar los celos de cualquiera mujer!—añadió la duquesa.—Ni en nuestro mundo conozco una rubia que la iguale. ¡Es cosa de preguntarse dónde ha adquirido esa muchacha ese aire tan distinguido! Esto prueba hasta qué punto nos engañamos.

—¡Siempre con tus ideas negras! ¡Eres ridícula, Giuseppina! ¿Quién piensa en engañarte?

Los caballos se pararon delante de la verja del hotel de Rochebonne, uno de los más hermosos del barrio y de París.

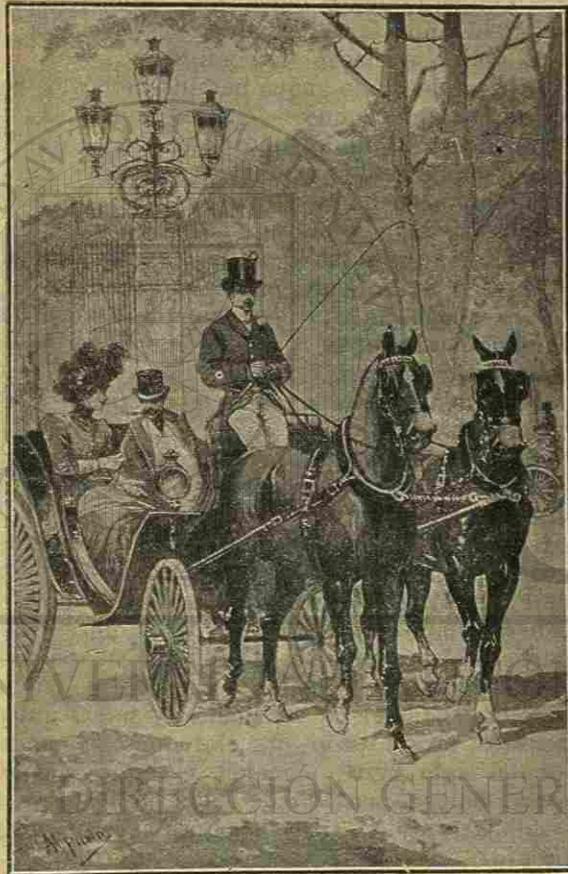
Fernando dió la mano á la duquesa, y se apearon.

El duque estaba casado hacía cinco años; pero su anhelo, que era tener sucesión, no lo había visto logrado.

La casa Rochebonne es una de las más antiguas de Francia. Un Rochebonne peleó al lado de Felipe Augusto en la batalla de Bouvines, y el heredero de tantos caballeros y paladines se angustiaba al ver que en él se extinguía su apellido. A Guiseppina no le había concedido el cielo la hermosa cualidad de ser madre, y había quien pensaba, no sin razón, que el duque ó sus abuelos del siglo XVIII, ó mejor, el uno como los otros, habían pensado de sobra en lo terreno, y que la raza de los Rochebannes se extinguiría pronto.

El célebre doctor Guerin, miembro del Instituto y médico de la familia, había explicado varias teorías sobre este punto, verdaderamente tristes.

El último heredero de esta línea, que, según las



— Confiesa que esa muchacha — dijo la duquesa —
te ha impresionado...

crónicas, se remonta á Simeón Rochebonne, escudero de Luis VII, había sido de sobra concupiscente, y su naturaleza, al fin, se había debilitado y su sangre se había empobrecido.

Un día encontró en los salones del gran mundo á Giuseppina Trani, descendiente de los Doria de Génova y de los Albani de Milán.

La hermosa Giuseppina era la estrella de la colonia italiana; la citaban como una maravilla, y tenían razón.

Todos alababan su hermosura.

Se presentaban muchos pretendientes, pero ningún marido.

Era pobre, pobre como Job; las ruinas de un palacio hundido en Milán era cuanto le quedaba, juntamente con una hermanita de trece años, verdadero retrato suyo, pero en rubio, y linda como un amorcillo. Las protegía una tía que vivía mezquinamente, en un cuarto de mil quinientos francos, en un piso cuarto de la calle de Ponthieu.

Esta pobreza llamó la atención de Rochebonne, á quien, á pesar de sus defectos, le quedaba la caballerosidad de sus antepasados.

La sola esperanza de la tía de las jóvenes Trani consistía en encontrar un hombre bastante desinteresado que quisiera casarse con Giuseppina sin dote.

Cuando comprendió la pasión que su sobrina inspiraba á Rochebonne, se creyó salvada.

Era una suerte inesperada, inmensa.

En aquella familia, acostumbrada al fausto y á la vida llena de grandezas, propias del medio en que habían vivido desde su nacimiento, las pretensiones de Rochebonne, que pidió solemnemente la mano de Giuseppina, fueron acogidas con

extraordinario gusto. No sólo se trataba de un casamiento igual por la alcurnia, sino también el retorno á un mundo que habían tenido que abandonar por penuria absoluta.

Al cabo de seis semanas el duque la conocía á fondo.

Giuseppina, la hermosa Giuseppina, era altiva, caprichosa, celosa, fantástica y pródiga. No poseía ni una sombra de orden, y abrigaba un incesante deseo de placeres.

Sin embargo, tenía dos virtudes: su hermosura atractiva, real, indiscutible, y un amor violento, enérgico, apasionado, casi salvaje, cuyo único objeto parecía hasta entonces ser su marido.

Rochebonne procuraba calmarla con razonamientos; pero esto no era más que un paliativo, al que no se sometía sin protestar.

El duque tomó el partido de hacerse filósofo.

Asistía á las escenas que le hacía su mujer, como un espectador que toma asiento en las butacas de orquesta; aplaudía en las escenas buenas; hacía sus críticas cuando Giuseppina no tenía razón.

Las hostilidades se limitaban á ligeras escaramuzas, gracias á la reserva del marido, á su paciencia, á su extremada educación, y también, hay que decirlo, gracias á la hermosura tan deslumbradora de la italiana, que hacía que las causas de las discordias se deshiciesen como en el fuego se derrite la cera; Fernando cedía entonces, porque sentía que se despertaba el grande amor que por ella sentía.

En este estado estaban las cosas, cuando fueron á visitar los almacenes de M. Bouret.

Les sirvieron el almuerzo en el espléndido co-

medor del hotel, una suntuosa y vasta pieza, artesonada, con una altura de techo como la de los refectorios conventuales de la Edad Media, y cuyas tallas habían costado al artista que lo ornamentara una vida de trabajo.

Desde las repisas de los artesones colgaban grandes tapices, representando escenas de la historia de los Rochebannes. Oelet de Rochebonne, llevando el oriflama al lado de San Luis, sobre el puente de Taillebourg, y Santiago de Rochebonne, armado caballero por Luis XI en el castillo de Plessis.

Esta sala se abría sobre una galería de hierro que bajaba al jardín.

La mesa de los duques quedaba como perdida en esta pieza, donde podían comer cómodamente cien convidados.

Una araña, admirable, de bronce, artísticamente trabajada, bajaba del centro del techo, que estaba dividido en casetones sembrados de flores de lis sobre fondo azul.

En los aparadores y trincheros se veían porcelanas, de Saxe y de Sèvres, y mezcladas la magnífica cristalería con los servicios de plata antigua y vermeil, de brillantes reflejos.

En la comedia de Meilhac y de Halevy, representada en el Palais-Royal, y titulada *La Pelota*, hay una escena graciosísima, la del almuerzo.

El duque y la italiana la representaban casi todos los días, con ligeras variaciones, debidas á la imaginación de los actores.

Al sentarse en ese día á la mesa, Fernando, que adoptara rápidamente su plan, entusiasmado por la hermosura de Germana, que le ofrecía un motivo de distracción, no se olvidó de su papel.

Empezó por extender un periódico entre él y la altiva Giuseppina.

La *Unión*, la pobre y vieja *Unión*, fué el primero que le vino á la mano, y el motivo de discordia.

—¿Te vas á enterrar detrás de ese biombo, querido?— preguntó la duquesa con tono agri-dulce.

—¿Por qué no? Hemos recorrido tiendas toda la mañana. ¿No quieres que me ponga al corriente de lo que sucede en mi país?

—Encantadora historia; hablemos.

—En ese particular te haré las concesiones que quieras.

—Entonces será la primera vez.

—¿La primera vez? Eres injusta; mi vida ¿no es toda ella una concesión perpetua? ¿tienes algún deseo que no me apresure á satisfacer?: me has llevado toda la mañana de tiendas; ¿quieres que volvamos esta tarde? Estoy dispuesto.

—Ya comprendo el motivo.

—¡Ah!

—No te desagradaría volver á ver...

—¿Á quién?

—Á tu sombrerera.

—Te ha llegado al corazón.

—Mucho menos que á ti, amigo mío.

—Puede que tengas razón.

—Debes convenir conmigo en que la has encontrado agradable.

—Lo confieso.

—¡Ya lo ves!

—¿No ha hecho el Creador las caras bonitas para recreo de los ojos? Me conformo con estas vistas; pero si prefieres una conferencia en la Sor-

bonne, sobre las lenguas sagradas del Indostán, ¡dímelo!

—¡Te burlas!

La conversación se suspendió un momento. Los nobles hambrientos estaban *vis à vis* con unos huevos pasados por agua.

Se puede nacer duque ó príncipe, haber tenido abuelos en la segunda Cruzada, y contar entre sus ascendientes escuderos de Luis de Hutin, pero no se puede vivir sólo con trufas y faisanes; es preciso divertirse.

Aquel silencio era muy del gusto de Fernando; Germana seguía la expresión de sus quejas. Estaba encantado de poder pensar con tranquilidad en el pelo rubio de la sombrerera; su capricho aumentaba por minutos; el cutis satinado, la perfección de las facciones de Germana, sus grandes ojos azules, tan dulces cuanto los de Giuseppina le parecían hornos encendidos, producían en él á cada momento mayor emoción.

—¿Será posible que sea yo capaz de enamorarme?— se preguntaba.

Puso de nuevo la antigua gaceta entre él y la duquesa, como una barrera.

Parecía entregado completamente al profundo estudio de la política contemporánea; pero, en realidad, era su meditación retrospectiva la que le ensimismaba, y también una galantina que estaba delicadamente hecha.

—¡Pensar que una criatura tan adorable está vendiendo sombreros á marquesas como algunas que yo conozco!—decía.—¡Lo que es la suerte!

Sintió grandes ganas de arreglar los caprichos del destino.

Al cabo de un momento echó una mirada por encima del improvisado biombo.

—Giuseppina—dijo con amabilidad.

—¿Has terminado ya de leer?—contestó ella.

—Sí, habladurías sin importancia; nada de nuevo.

—Entonces, hazme el favor de quitar ese estorbo.

Rochebonne tiró al suelo su muralla de papel para complacer á su esposa.

—Me parece que hace mucho tiempo que no hemos visto á Pradine.

—¿El príncipe?

—Sí, el príncipe; no hay dos Nicolás Pradine.

¿Qué edad tiene?

—Unos treinta años.

—Es un ser encantador, gran señor en toda la extensión de la palabra. ¡El verdadero tipo de un hombre galante! Si hubiese sido mujer, hubiese hecho toda clase de locuras.

—¿Te gusta?

—Es el único gentilhombre de esta época; ese ruso me hace decir: he aquí un hombre que tiene lo que nos falta á nosotros, á los nerviosos, á los raquíticos, á los reblandecidos.

—¿El qué?

—La juventud de una raza, el vigor de la sangre. Y cambiaron de conversación.

—Vas á poner en práctica tus proyectos de viaje, querida Giuseppina?

—¿Adónde?

—A Milán, al lado de tu augusta tía.

—No lo sé.

—Según parece, la restauración de tu palacio está casi terminada.

—Gracias á ti, Fernando.

—Mi apoderado grita un poco.

—¿Por qué?

—Por las cuentas; hacen bien las cosas; una verdadera restauración; aquí entre nosotros, su estado era peligroso, pues no había más que ruinas en aquel palacio; ya era tiempo de que acudiésemos en su socorro.

—¿Me reprocharías esta generosidad?

—¡Qué cosas tienes! Soy muy feliz en poderle ser agradable á la buena tía Estefanía; pero deberías ir á verla para darte cuenta del estado de los trabajos.

—¿Me acompañarás, Fernando?

—¿Allí?, no. ¡Mi salud está tan delicada!

—Hacer ese viaje sola...

—Que te acompañe Pradine. ¡Sería tan feliz! Además, es tu *cavalier-servant*; nos tiene algo olvidados desde hace algún tiempo.

—Amigo mío, renuncio á mi viaje; puedes estar seguro de que no iré á Italia en esta temporada.

Y después de callar breves momentos, añadió, dirigiéndose á su marido:

—Esperaré al otoño; entonces podrás venir conmigo; no tendrás por qué temer á ese polvo fatigante de las «estepas» de la Provenza, como tú dices. Ahora no quiero dejarte.

—¡Carifiosa resolución!

—¡Y después de lo que he visto hace poco! ¡Ah, no creas que se me engaña tan fácilmente!

—Ten cuidado, querida niña—dijo el duque tratando de contenerla;—vas á decir enormidades, según tu costumbre.

Pero Giuseppina se enfadaba, y cuando empezaba iba hasta al fin.

—Sí—dijo ella,—te he comprendido con tus actitudes sentimentales; querías trastornar la cabeza á esa muchacha. ¡Debes de haberle producido efecto! ¡Todo un duque de Rochebonne que se entusiasma y mira embobado á una tendera! Ha debido sentir vértigos, á menos que no se burle de ti, que todo es posible; francamente, ¿qué crees?, ¡seductor! ¡Si yo lo supiera! ¡Una señorita de tienda! ¿Qué pensarías de mí si en virtud de la ley del Tali6n te pagase con la misma moneda y te engañase con un compañero de esa linda muchacha?

—¡Permíteme!, es que... hay una diferencia, *carissima*.

—No la hay. Pero tranquilízate; no tienes nada que temer por ese lado.

—¿Y por los otros, Giuseppina?

—No confíes tanto en 6sos.

Los esposos estaban solos; no había sobre la mesa más que un azucarero de vermeil y la cafetera, dos alhajas Luis XVI, y las tazas de Saxe, de las que salía un aroma exquisito.

—¿Crees que puedo obtener todavía triunfos de esa especie?

—¿Por qué no?

—Estoy en ruinas, como tu palacio de Milán.

—¡Pues yo te he querido, Fernando!

—No me conocías—dijo con finura.

—Es verdad; desde ciertos puntos de vista, algunas ilusiones se pierden; hablem6s de la muchacha de antes, por ejemplo; es guapa, debe de estar orgullosa. Vegetar en una tienda, por muy brillante que sea, recibir observaciones mortificantes á veces, obedecer, volver por la noche á una casa pobre, rendida, con la preocupaci6n de

que tiene que empezar de nuevo todos los días, en el mismo sitio, no es una vida agradable, hay que desengañarse. Eres noble, eres muy distinguido, Fernando; esto no es todo, pero ya es algo. Un admirador como tú, galante, amable, que vaya á depositar sus homenajes á los pies de esa muchacha bonita, con palabras halagüeñas, como las tuyas, Fernando, con tu apellido, ¿cómo no ha de sentirse orgullosa al ver que la solicitas? Se precipitará á capitular, con ciertas condiciones que dependerán de su talento; rigurosas, si es astuta; fáciles, si, como pienso, es más apasionada que interesada, y coloca el amor por encima del interés.

—Estimas poco á las mujeres—dijo Rochebonne.

—¿Y tú?

—Eso depende de ellas.

—¿Saldremos esta tarde?—preguntó ella cambiando de conversaci6n.

—Si quieres. Tú lo dirás.

—A las cinco, entonces. Hasta esa hora descansaba, hermoso anémico.

—¡Anémico!—dijo el duque.—¡Es mucha verdad!

—Entendámonos—dijo ella levantándose.—Transijo con las carreras, los círculos, las apuestas, el juego, pero nada más, ó ten cuidado. ¡Me vengaré!

—Es la tercera vez que lo dices.

—¡Lo repito!

—¡Eres una verdadera italiana, pequeña Borgia!

Ella le amenazó con el dedo y desapareció.

Fernando pasó á la galería, encendió un ciga-

rro y extendiéndose sobre un sofá de mimbre, que le servía de cama, contempló durante un instante el hermoso jardín que poseía en el corazón de París, lleno de sombra y de misterio, pues los ruidos de fuera llegaban muy dulcificados por la distancia, como el sonido de la música de un baile oído desde la calle.

Fijó sus ojos lánguidamente sobre las flores del parterre, y poco á poco dejó caer el cigarro de entre las manos y se quedó medio dormido.

Entre una especie de niebla vió flotar la imagen borrosa de Germana, igual á la Margarita del *Fausto*, llena de esa coquetería y gracia espiritual y fina propia de las parisienses.

Colocó las manos sobre los ojos, y sin embargo la seguía viendo, cual si su imagen tuviese el don de atravesar las más espesas tinieblas con las claridades que de ella emanaban.

Oía una voz misteriosa que le murmuraba estas palabras:

«Encontrar una mujer buena, cariñosa y fiel, ¿no es ésa la felicidad? Tu existencia está vacía como el cráneo de un bufón enterrado bajo la tierra hace cien años; tu corazón es árido como la arena del Sahara; tus ojos están cansados del torbellino en que vives, sin que se fijen en ninguna parte; tu italiana no sabrá comprenderte nunca; vuestras caricias son mentiras; vuestras palabras, supercherías; necesitas un sostén para tu debilidad, una brújula para guiarte, una confidente para tu alma, una fidelidad para tu hogar. ¿Qué es la vida, sin una afección verdadera, sino un fuego donde uno se consume, una noche en que uno se pierde, un infierno donde se sufre?»

Y la cara de Germana se le aparecía de nuevo,

huyendo en el espacio con su angélica sonrisa.

—Esta visión tiene razón—pensó.—De ella depende la felicidad de otro. Yo no tengo derecho de pensar en ello.

Salió de su ensimismamiento, encendió de nuevo un cigarro y volvió á la realidad de su existencia mundana.

—¡La felicidad! Una palabra hueca y vacía. ¿Quién será el que la conozca de cuantos componen la sociedad en que se vive? ¿Dónde hallarla? ¡El placer! ¡La alegría! Los he experimentado todos. ¡Germana es un ángel! ¡Ah! ¡Como las demás! Dispuesta á engañar, ligera y débil. Ya se verá.

No era de los que saben resistir á una tentación y privarse de satisfacerla. ¿Para qué servirían los millones, si fuese menester vivir como un cenobita ó un hombre desgraciado? Aquella sombrerera era realmente de una hermosura prodigiosa. No había nadie como él para descubrir esas perlas ocultas. Sus amigos del Jokey rabiarían de envidia cuando la presentase en alguna fiesta.

Oyó un ruido ligero en el primer piso, y entornó los ojos; en una ventana vislumbró á Giuseppina entre las cortinas de brocafel, que le contemplaba con cariño—mezclado con un átomo de decepción—por su debilidad lánguida y su naturaleza nerviosa y decaída.

Lo que hubiese necesitado la hermosa morena italiana, de cutis dorado y ojos negros, era una constante y apasionada adoración.

Una sonrisa amarga salió de los labios de Rochebonne.

Tan guapa era la una como la otra; pero, entre

él y Giuseppina, la alianza era disparatada y desigual.

Cuando las cortinas cayeron sobre la ventana, se levantó, cogió su sombrero y sus guantes y salió al boulevard en busca de informes acerca del objeto que ocupaba su atención.

VII

IDILIO

Dois días después de estos sucesos, era domingo, y por lo tanto fiesta para los empleados de todas clases.

En esos días, las calles que rodean el Bazar de San Germán están desiertas; parece que se ha trasladado uno á un barrio de Londres ó á una ciudad muerta; al tumulto que reina allí durante la semana, sucede un silencio de claustro; las puertas de hierro de la tienda están cerradas; no se ven, á través de las grandes lunas de los escaparates, telas brillantes, ni en las aceras se instalan vendedores; todo está callado. Por la noche, alguna que otra luz sale por las ventanas de los tejados.

En las galerías desiertas, los muchachos y los bomberos de guardia se pasean, como guardias de Orden público aburridos, con las linternas en la mano, haciendo la ronda con una puntualidad militar; la libertad de los demás compañeros les hace parecer más triste la casa. El almacén, con

sus pesadas puertas y sus cerrojos echados, se asemeja á una prisión.

* Pero, aparte de estos prisioneros del deber, el enjambre de dependientes, de patronos, de inspectores y de señoritas se dirige hacia los bosques de Meudon, de Ermenonville, de Montmorency ó de Suresnes y de Saint-Cloud, para respirar el aire puro y perfumado de los campos.

La mañana en que el señor Perrolet esperaba á Germana en las Tullerías, y donde vió que Josselin le tomara la delantera, el cajero había dicho á la joven:

—Quiero hablar con usted; me ha hecho usted concebir la esperanza de que me escucharía; concédame el favor de pasar el domingo conmigo.

—¿En dónde?

—Donde usted quiera, siempre que estemos solos, donde podamos explicarnos claramente y con libertad; le contaré mi historia; ya sé la de usted. Le diré mis proyectos; después decidirá usted de mi suerte. Si usted quiere, seremos amigos toda la vida.

—¿Pero no lo somos ya, Andrés?

—Pero no lo bastante.

Sus miradas suplicantes terminaron de explicar su pensamiento. Hacía mucho tiempo ya que se explicaba con demasiada vivacidad, y Germana lo había comprendido.

Ella le prometió acceder á lo que quería.

Además, un paseo por el campo con él, en día de vacación, no la comprometía á nada.

Después de todo, ella estaba indecisa. ¡Los ojos de Josselin la turbaban! Aquel muchacho moreno, de buena figura, á veces un poco triste, le interesaba. Ella sabía el afecto con que la dis-

él y Giuseppina, la alianza era disparatada y desigual.

Cuando las cortinas cayeron sobre la ventana, se levantó, cogió su sombrero y sus guantes y salió al boulevard en busca de informes acerca del objeto que ocupaba su atención.

VII

IDILIO

Los días después de estos sucesos, era domingo, y por lo tanto fiesta para los empleados de todas clases.

En esos días, las calles que rodean el Bazar de San Germán están desiertas; parece que se ha trasladado uno á un barrio de Londres ó á una ciudad muerta; al tumulto que reina allí durante la semana, sucede un silencio de claustro; las puertas de hierro de la tienda están cerradas; no se ven, á través de las grandes lunas de los escaparates, telas brillantes, ni en las aceras se instalan vendedores; todo está callado. Por la noche, alguna que otra luz sale por las ventanas de los tejados.

En las galerías desiertas, los muchachos y los bomberos de guardia se pasean, como guardias de Orden público aburridos, con las linternas en la mano, haciendo la ronda con una puntualidad militar; la libertad de los demás compañeros les hace parecer más triste la casa. El almacén, con

sus pesadas puertas y sus cerrojos echados, se asemeja á una prisión.

* Pero, aparte de estos prisioneros del deber, el enjambre de dependientes, de patrones, de inspectores y de señoritas se dirige hacia los bosques de Meudon, de Ermenonville, de Montmorency ó de Suresnes y de Saint-Cloud, para respirar el aire puro y perfumado de los campos.

La mañana en que el señor Perrolet esperaba á Germana en las Tullerías, y donde vió que Josselin le tomara la delantera, el cajero había dicho á la joven:

—Quiero hablar con usted; me ha hecho usted concebir la esperanza de que me escucharía; concédame el favor de pasar el domingo conmigo.

—¿En dónde?

—Donde usted quiera, siempre que estemos solos, donde podamos explicarnos claramente y con libertad; le contaré mi historia; ya sé la de usted. Le diré mis proyectos; después decidirá usted de mi suerte. Si usted quiere, seremos amigos toda la vida.

—¿Pero no lo somos ya, Andrés?

—Pero no lo bastante.

Sus miradas suplicantes terminaron de explicar su pensamiento. Hacía mucho tiempo ya que se explicaba con demasiada vivacidad, y Germana lo había comprendido.

Ella le prometió acceder á lo que quería.

Además, un paseo por el campo con él, en día de vacación, no la comprometía á nada.

Después de todo, ella estaba indecisa. ¡Los ojos de Josselin la turbaban! Aquel muchacho moreno, de buena figura, á veces un poco triste, le interesaba. Ella sabía el afecto con que la dis-

tinguía; cierto que por su parte no sentía ninguna pasión por él; pero, en fin, todavía no sabía lo que era el amor, aun cuando pudiera suceder que su amistad por el cajero se pareciese bastante á esa pasión. ¡Había estado tan ocupada hasta entonces, que no había tenido tiempo de pensar en ello!

Así, pues, el domingo, esbelta y graciosa, con su vestido gris—un capricho de muchacha, ¡el negro durante toda la semana era tan monótono!—muy sencillo, con un sombrero grande, obscuro, levantado en un lado y adornado con una pluma gris; unos guantes de piel de Suecia, largos hasta el codo, y en el brazo izquierdo una pulsera de plata, de la que pendía un *porte-bonheur*; zapatos de charol y medias del mismo color que el traje, y una mantilla en el brazo, llegaba á la estación del Norte un poco retrasada, pero con la fisonomía alegre y adivinándose el buen humor en toda su persona.

Hay días en que todo se ve de color de rosa, y aquel domingo era para Germana uno de ellos.

En la puerta de la estación la esperaba Josselin, con los billetes en la mano.

—¡Ah—dijo,—tenía miedo!

Germana se disculpó. ¡El coche que la había llevado había ido tan despacio! Además, las mujeres muy raras veces saben la hora en que viven; dan vueltas sin pensar en ello; en parte tenía ella la culpa.

El cajero iba vestido como un elegante que va á las carreras.

Llevaba un chaquet negro, pantalón gris, sombrero redondo y guantes.

Pretendía agradar y no había descuidado ni un detalle.

De sus grandes ojos se escapaban destellos como flechas, capaces de traspasar un corazón de diez y ocho años.

Pero Germana tenía veinticinco; á esa edad se es menos tierna y más positivista.

Echó una mirada en derredor suyo, para asegurarse que no era objeto de ninguna vigilancia intempestiva.

¡Si algún Argos del Bazar de San Germán hubiese estado allí!

Cierto que no hacía nada malo, pero le hubiese molestado que el señor Perrolet se enterase de aquella escapatoria.

¡Pero nada! No había nadie conocido.

—¡Qué buena es usted por haber venido!—dijo Josselin, olvidándose de la hora del tren mientras la contemplaba.

—¿No se lo había prometido?

—¡Y qué guapa está usted!

—¿Se lo parezco?

—¡Ya lo creo!

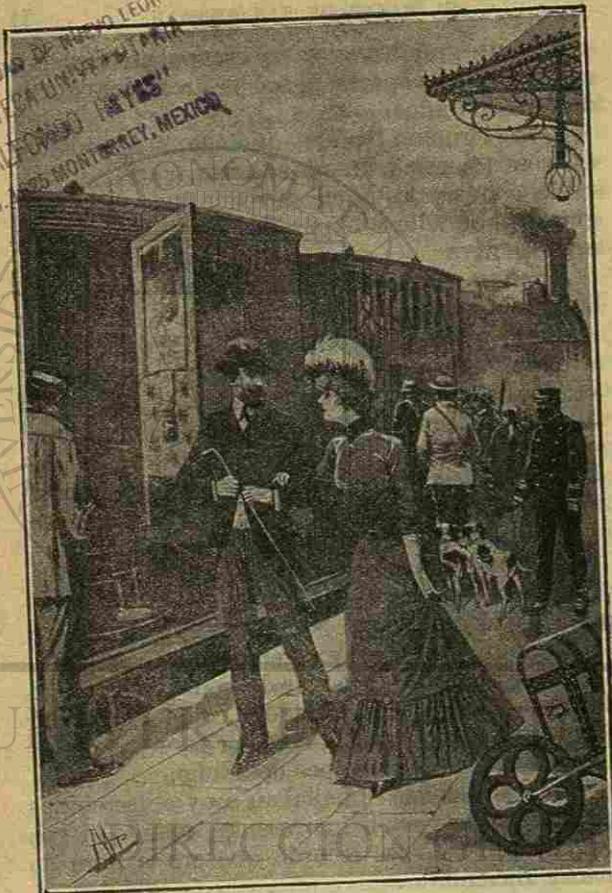
El cumplido no era exagerado.

La segunda de las modas del señor Perrolet estaba sencillamente encantadora, como para tentar á un millonario y hacer cometer las mayores locuras á todos los príncipes del globo.

Los dos jóvenes se hallaban muy entretenidos en una conversación interesante, cuando la voz de un empleado les recordó que era la hora de partir, diciendo:

—¡Señores viajeros para Chantilly, al tren!

Al oír la campana se precipitaron y se metieron en el primer compartimento de primera que encontraron, y en el cual sólo había dos sitios, separados el uno del otro.



—¡Qué buena es usted por haber venido!—
dijo Josselin...

Germana tuvo que sentarse lejos del cajero, quien á su vez ocupó un asiento en el fondo del wagón.

Un viajero, delgado y rubio, ofreció finamente la ventanilla á la muchacha, obligándole á aceptar.

Cuando el tren se puso en marcha y ella se hubo sentado, después de arreglar la falda sobre sus zapatos, levantó los ojos para dar las gracias á su vecino. Era el duque de Rochebonne.

En seguida le reconoció.

Á pesar del innumerable público que circula diariamente por la tienda del señor Bouret, Germana, que tenía una excelente memoria, recordó la figura del duque, pues no era de las que se olvidan tan fácilmente.

En efecto, allí estaba, con su aire cansado y burlón.

Germana se ruborizó, y sus mejillas se inflamaron.

Una oleada de sangre le subió á la cabeza, y, sin saber á qué causa atribuirlo, se arrepintió de haber aceptado la invitación del cajero. Tenía allí un testigo que le molestaba.

¿Por qué, si casi no conocía al duque?

Su nombre no había llegado hasta ella más que por una simple casualidad, y, por su parte, él no parecía que se ocupase de ella; le había cedido la ventanilla, pero ¿sabía el duque quién era y qué motivo la llevaba?

No lo sabía, y sin embargo estaba turbada, inquieta, como una mujer infiel, sorprendida por su amante en flagrante delito de flirteo. Se sentía molesta por circunstancia tan insignificante, y tenía el presentimiento de que resul-

taría de aquel paseo alguna cosa desagradable para ella.

La mirada de Rochebonne iba de Josselin á la joven.

No dudó un momento. Eran dos enamorados que iban á pasar el día en el campo.

Sintió á la vez enojo y contento.

La conquista de la modista no le sería ya tan difícil; era menos huraña de lo que él creía, si él fuese capaz de creer que una mujer se le resistiese; este secreto ya descubierto, le serviría de precedente para sus futuros planes.

—No he visto á usted más que un momento, señorita —dijo á Germana, —y la he reconocido en seguida. ¿Está usted libre hoy y aprovecha usted el día?

Ella quiso demostrarle que tenía tan buena memoria como él.

—Sí, señor duque —le contestó.

—Realmente es mucho su mérito al hacer una vida tan cansada como la que hace, encerrada siempre en el fondo de una tienda —le dijo en voz baja.

Ella no contestó.

—¿El señor es hermano de usted? —la preguntó.

Hizo un gesto negativo.

—¿Tendrán ustedes pensamiento de casarse?

—Puede ser. Al menos es un proyecto.

Hubo un momento de silencio.

Después continuó:

—¿Van á Chantilly? Es un paseo muy agradable. Yo también voy á casa de un amigo, y no puede usted figurarse lo feliz que me ha hecho con ocurrírsele la idea de convidarme hoy.

De roja que estaba, Germana se volvió pálida.

Había un cierto temblor en la voz del duque que la conmovía, despertando un eco en lo más profundo de su corazón.

Se calló, y desde este momento no le dirigió más la palabra; pero á veces, al abrigo de su periódico, la dirigía una mirada, que explicaba lo que sentía mejor que ninguna frase banal podría haberlo hecho.

Por su parte, Josselin, metido en su rincón, estaba muy contrariado.

Desde hacía mucho tiempo ocultaba su amor por Germana, y, cuanto más aumentaba este amor, más celoso y exclusivista se volvía.

El joven, medio salvaje, educado en una choza, salido de las montañas de Saboya, con aspiraciones elevadas y sin dinero para satisfacerlas, tenía dos ilusiones: una el amor, la otra la ambición, y su energía de fiera puesta al servicio de ambas.

En el bazar de M. Bouret aspiraba en secreto á una cartera.

La cartera de Hacienda, la grande y sólida caja que encerraba los tesoros de aquel pequeño Estado. La administración de las cuentas debía pertenecerle por derecho propio. Á fuerza de asiduidad, de exactitud y de inteligencia, esperaba conseguir su deseo y llegar al primer puesto. Este deseo no tenía nada de censurable.

Codicias de esta naturaleza las hay en todas las administraciones.

En el Bazar de San Germán existían también.

Se sostienen luchas interiores, y como sucede fuera, en las luchas políticas, la ambición no abdica sus derechos.

Josselin esperaba llegar al pináculo con dignidad y con el tiempo, cuando sus superiores dejasen sitio á los más jóvenes.

Su instrucción y su talento le hacían comprender que con paciencia llegaría.

Entonces, confiando en el porvenir, había buscado alrededor suyo una mujer digna de ser asociada en sus altos destinos, como el subteniente que, seguro de llegar al grado de general, quiere una compañera que le haga honor en ese cargo elevado que piensa en poseer.

¿Quién mejor que Germana, la protegida del amo, el hada de la casa, realizaría tan completamente las perfecciones del tipo que se había imaginado?

La había contemplado primero en silencio, y poco á poco, con la tenacidad de su carácter, se había encariñado con la idea de que los destinos del uno y del otro estaban indisolublemente unidos.

Cada vez que la casualidad de la vida común los acercaba, tenía para ella atenciones delicadas, palabras cariñosas, agasajos á los cuales la joven no había correspondido.

En la caja, desde por la mañana hasta la noche, seguía á Germana, que iba y venía por el salón de las modas; su pasión se había exaltado por la continua presencia de la que era su objeto, por la vecindad constante de aquella encantadora muchacha, por su hermosura, por su elegancia natural, aumentada en el ambiente donde se pasaba Germana la vida.

Había llegado á tal punto, que casi la consideraba como suya, que era toda para él; se sentía dispuesto á cometer un crimen para recuperarla,

si se la hubiesen disputado, sobre todo desde que Germana, compadecida por las continuas pruebas de simpatía que el cajero le daba, pero sin compartir su pasión, le había permitido una especie de familiaridad amistosa, dejándose acompañar por él, todas las noches, hasta la puerta de su casa; le confiaba sus preocupaciones, tratándole públicamente como preferido á todos y dándole continuamente muestras de estimación y afecto.

En la tienda hablaban de su boda, como cosa segura, faltando solamente fijar la fecha.

Germana no consideraba la cosa como imposible.

El señor Labievre no había engañado á Perrolet y no se había equivocado tampoco.

Josselin ya no dudaba del consentimiento de la muchacha, aunque no había abordado claramente este punto todavía.

Y, sin embargo, la vista de aquel desconocido de aire distinguido, modales sueltos y aspecto elegante, le abrumaba; todas sus dudas volvían á atormentarle; ya no estaba tan seguro de la voluntad de Germana.

Josselin sentía rabia contra aquel desconocido tan insolente y altivo y que hablaba á su amada con tanta despreocupación.

Ignoraba el sentido de sus palabras; pero la muchacha parecía confusa.

¡Le conocía! ¡Le había visto antes! ¿Dónde? ¿Cuándo? ¿Por qué?

Evidentemente ese personaje pertenecía á la más alta aristocracia.

Todo lo indicaba en él, sobre todo la seguridad de sus maneras.

Y, á juicio de Josselin, no se podía ver á Germana sin descarla.

¡Si fuera un rival!

Se puede ser inteligente, atrevido, independiente de carácter; pero hay una majestad ante la cual se encuentra uno empequeñecido, y de la que, á pesar nuestro, se sufre el ascendiente: esa majestad es la del dinero.

Josselin se sentía débil y un no sé qué más poderoso que él le tenía clavado en su sitio. Estaba encolerizado contra el duque, contra Germana y contra sí mismo.

Deseaba llegar á Chantilly, para reunirse con su amada y aclarar el misterio.

El tren iba á gran velocidad, atravesando los campos verdes llenos de alfalfa, cebada y avena.

Después vino un desfile de pueblecitos.

Luego se entrevieron á lo lejos los estanques de Commelles y el palacio de la reina Blanca.

Por fin llegaron á una estación, donde se paró el tren.

—¡Chantilly!

Germana iba á bajarse, cuando el duque, que se había anticipado y estaba en el andén, le dió la mano.

No podía rehusar.

Aceptó y la pareció—¿ó era una ilusión?—que Rochebonne le apretaba ligeramente los dedos.

La saludó profundamente, como lo hubiese hecho á una princesa, y se alejó.

Una bonita victoria, enganchada con un tronco de alazanes que piafaban impacientemente, le esperaba fuera.

La señora de los dos sombreros, la duquesa, estaba reclinada en los almohadones del coche.

Al ver que su marido daba la mano á Germana, se estremeció.

¿Qué significaba este encuentro?

Se inclinó hacia un *groom* que estaba al lado del estribo, un mulato de unos quince años, y le dictó rápidamente una orden.

Josselin se alejaba, llevando del brazo á Germana.

—Sigue á esa señora y ese caballero que la acompaña hasta París si es menester. Quiero saber los nombres de los dos, dónde viven y lo que hacen en Chantilly. ¿Comprendes? Vete.

El *groom* se inclinó, dijo unas palabras en inglés al cochero y se perdió entre la turba de gente que bajaba del tren y que se diseminaba alejándose en todas direcciones.

El duque, antes de subirse al coche, miró con una sonrisa enigmática á Germana, que se volvía, y desapareció en medio de una nube de polvo al dar la vuelta al camino que conduce al castillo.

Josselin, cogiendo el brazo de Germana, lo pasó debajo del suyo; ella estaba pensativa; él, en vez de la alegría con que había contado, experimentaba un gran desencanto mezclado de cólera.

Se quedó callado, y duró tanto tiempo su silencio que por fin, al llegar al bosque, Germana lo rompió, y le dijo:

—¿En qué piensa usted?

—Pensaba en ese caballero que se ha mostrado tan solícito con usted—dijo Josselin.—¿Le conoce usted hace mucho?

—¿Yo? ¡No!

—Es muy raro. ¿Cómo le ha consentido entonces que la tratara con tanta familiaridad?

Como todo buen celoso, Josselin no perdía una ocasión de decir alguna tontería.

—No ha estado sino galante. Se ve que eso es en él muy natural. Es un hombre de mundo. No hay posibilidad de equivocarse en esto.

—Probablemente no se habrá tomado más trabajo que el de nacer. ¡Verdaderamente es hermoso el ser rico, en seguida se hace uno agradable á las mujeres!

—¿Le he dicho por ventura que me gusta?

—Por lo menos usted no ocultaba sus impresiones, y por su parte él tampoco escondía las suyas. ¡Dichoso encuentro! Parecía que se conocían ustedes desde hace más de diez años.

—Vamos, no se enfade, Otelo—dijo Germana con una lágrima en los ojos.

Interiormente se acordaba de las teorías de Perrolet, y no le parecían en aquel momento tan descabelladas cuando criticaba el matrimonio y sus cadenas.

—¿Es que no le he visto nunca?—añadió ella.—¡Quería ponerle á usted á prueba! ¡Y ha salido bien de ella! ¡Este *debut* promete! ¡Será usted un hombre insoportable! Su mujer va muy á menudo á la tienda y él la acompaña casi siempre.

—¡Ah! ¿Está casado?—dijo Josselin, respirando.

—Sí, la duquesa nos compra los sombreros.

—Es un duque entonces.

—Sí.

—¿Se llama?

—El duque de Rochebonne.

—¡Ah!—dijo entonces amargamente el cajero.—¡Un señor con título, un nabab! Es una gran ventaja la que tiene sobre nosotros.

—¿Es culpa suya y debo devolverle un bofetón por una frase amable? ¿Sería conveniente? ¿Qué hubiera dicho M. Bouret? ¡Ya ve usted que no tiene razón!

—Es verdad—dijo Josselin, más tranquilo por el aire dulce de Germana, y avergonzado por su violencia.—No me odie. ¡La quiero tanto! Me parecía que me hubiesen robado algo que la perteneciera. ¡Estaba tan disgustado por no ir á su lado!

Después de esta explicación volvió la alegría.

—¡Qué día tan hermoso vamos á pasar—dijo él,—y qué agradecido la estaré toda la vida!...

Se internaron en los senderos del bosque.

El bosque estaba lleno de pájaros, de nidos y de canciones.

De cuando en cuando una liebre se paraba delante de ellos, en medio de los senderos, enderezando las orejas para escuchar el ruido de sus pasos; otras veces era un corzo que aparecía en el talud de una zanja, alargando el cuello, y que, al ver á los paseantes, atravesaba de un salto el camino y se perdía entre la arboleda.

Josselin no hablaba; escuchaba á su corazón, que cantaba el himno de la primavera, y de tiempo en tiempo contemplaba amorosamente á la hermosa joven.

Germana tenía la imaginación más libre. Ella fué la que abordó la pregunta grave á la que él no sabía cómo llegar.

—Tiene usted una confidencia que hacerme—le dijo.—Por lo menos así me lo ha anunciado. Yo tengo hambre, y me parece que hablaremos mejor en la mesa.—¿Qué le parecería que fuéramos á almorzar?

Él la miró con estupefacción.

Germana estaba tan linda, que Josselin no pudo menos de decir:

—Es usted un ángel.

—Convenido; pero un ángel que tiene buen apetito.

Esta réplica escandalizó al cajero.

¡Tenía hambre! Era un horror, una abominación. ¿Pensaba él en la comida? Su corazón desbordaba de pensamientos, que se rompían como las olas de una marea viva contra las rocas; pero ni uno solo de esos pensamientos era extraño al amor loco que le abrasaba.

Los merenderos más confortables con las mantelerías resplandecientes de blancura; las cristalerías, que la luz irisaba; la plata y las porcelanas, no le hubiesen tentado.

El olor de las trufas, las aves doradas asándose en las cocinas en grandes cacerolas, los vinos más generosos de color de rubí ó de topacio, no le hubiesen distraído un momento de la contemplación de su amada ni del delicioso soñar en que le sumía el dulce calor que sentía en su brazo.

Pero había que rendirse á la evidencia.

Ella tenía hambre.

La hermosa no quería como él locamente, perdidamente, únicamente, puesto que descendía á esos detalles vulgares y sentía la necesidad de las cosas terrestres, y le sacaba á él de su suelo por los espacios para traerle á la realidad de las cosas prosaicas, por él olvidada.

El cajero conocía mal Chantilly.

Algunos camaradas, los chicos *sportsmens* empleados en la sección de los paraguas, le habían

dado ligeras explicaciones acerca de los merenderos del lugar.

Emprendió un viaje de exploración á través de las «villas» modernas, con sus jardines florecientes; recorrió las calles antiguas que databan de los tiempos del gran Condé, y acabó por descubrir un restaurant, de buena apariencia, á la vuelta de un paseo.

El pueblo estaba casi desierto en esta época del año.

El mundo hípico estaba ocupado en otra parte.

Para Chantilly, la época de las carreras había terminado. El Derby se había corrido tres semanas antes.

Chantilly tenía algunos días de tranquilidad en perspectiva.

Un rótulo que brillaba al sol se balanceaba en la puerta del restaurant.

Un pintor, inferior á Neuville ó Detaille, había pintado un caballo que parecía un animal de la Apocalipsis; plantas trepadoras subían por las paredes, enredándose en los balcones de madera, y lo tapizaban todo hasta cerca de las chimeneas.

Tenía un aspecto alegre. En los cristales de los balcones no se veía ni la más ligera señal de polvo; en el interior, las mesas estaban cubiertas con manteles blanquísimos.

—Esto es bonito—dijo Germana:—¡si nos quedásemos aquí!

De la cocina, cuya batería brillaba como el oro, se escapaban apetitosos olores de asados y guisados.

Los dos amigos entraron.

En el jardín se habían instalado media docena de bebedores de cerveza.

En sus pantalones estrechos, en sus piernas largas, un poco torcidas, en sus bustos delgados, en sus gorras escocesas, se adivinaba que eran gente de caballos, picadores ó jockeys.

Josselin y Germana divisaron en uno de los bajos una salita desierta, decorada con un papel de grandes ramajes, donde se podían seguir las peripecias de una caza fantástica.

Si el autor la hubiese expuesto en el salón, sin ninguna duda hubiese obtenido una medalla, como superior á sus compañeros de la escuela de Manet.

Era, sin duda ninguna, un impresionista de los más distinguidos. Si el ilustre jefe de esta tribu célebre hubiese visto aquella pintura, hubiera sentido celos.

Los caballos eran azules, los árboles de un encarnado fuerte, los perros rosa, y el cielo de un amarillo botón de oro.

Pero, en cambio, el ciervo, que corría más ligero que el viento, era de un color violeta pálido, capaz de avergonzar á las lilas primaverales.

En suma, todo el conjunto convidaba á una dulce hilaridad.

—Estaremos bien aquí—suspiró el cajero.

—¡Aquí encerrados!—objetó Germana.

—¡Estaremos solos!

La razón era indiscutible y decisiva.

Una criada amable y fresca recibió las órdenes de los jóvenes.

Germana devoraba todo lo que caía bajo su mano.

Josselin sentía unas palpitaciones demasiado fuertes para poderla imitar. Se contentaba con contemplar sus encantos.

Apenas tocó á las chuletas, y hasta el vino, que debía de ser de Suresnes y algo añejo, lo miraba con el más profundo desprecio; en cambio, Germana le encontraba cualidades superiores.

Mientras que la modista comía de todo, con un entusiasmo que probaba que no pensaba exclusivamente en el amor, Josselin se armaba de valor y quiso comenzar á explicarle sus proyectos.

—¿Por qué no come usted?—le preguntó la muchacha interrumpiéndose en la tarea de engullir.

—¡Porque la amo!

Germana se echó á reír.

—Eso no es una razón. Se puede adorar á la gente y no morir de hambre.

Diciendo esto le dirigió una mirada de reojo, como para animarle.

Quería—y esto se veía claro—forzarle á quemar sus naves y á que descargase lo que tenía sobre el corazón.

Entonces Josselin puso los codos sobre la mesa, y, una vez lanzado, no se detuvo.

La quería como un loco, desde el día en que le habían colocado en la caja, cerca de ella. Una noche, al ir á comer, se cruzara con ella en un pasillo, y desde entonces no la había olvidado un segundo. La adoraba con la pasión de un montañés, que no ha querido á nadie antes que á ella; con la violencia de la gente de su país, que por una palabra ó un gesto mortificante devuelven una puñalada. Los de su país no son como los del Norte, que tienen la sangre helada. Cuando se dan, se entregan enteramente. Cuando quieren, es toda la vida, hasta la muerte.

—Somos salvajes—dijo,—pero tenemos co-

razón. En Saint-Gervais, en la garganta de Anterne, en las Duches, en Servoz, en todas partes, cuando los marmolistas se reúnen para jugar al *tarrau*, colocan sobre la mesa su puñal y se sirven de él, á la menor injusticia; pero son valientes y por un amigo se dejarían matar, sin dudarlo ni un segundo.

Germana escuchaba atentamente. Sintió un estremecimiento desagradable. Estas historias de puñales colocados sobre la mesa al alcance de la mano, en disposición de poder hacer uso de ellos, la hacían temblar.

El acento apasionado del cajero la dejaba fría, y se asombraba de ello, pues creía que le quería, pero sin violencia, como quieren los del Norte, de los que él hablaba con tanto desprecio.

El cajero, animándose, continuó:

—Ahora no vivo más que para usted y por usted. Me parece que es usted mía. Si llegara á perderla me mataría, sí, la verdad, y eso lo haría sin vacilar. No conozco nada tan hermoso como mi Germana. Es usted mi sueño, mi vanidad, mi orgullo, mi ambición. En la tienda dicen que nos vamos á casar. ¡Qué triunfo para mí, el poder llevarla del brazo ante todo el mundo y poder decir: Es mi mujer. Me pertenece. Es mía!

Después entró en detalles que la hicieron sonreír.

—No sabe— la dijo — los errores que me hace cometer en las cuentas. Me cuesta cara. Todo se me enreda, y me siento turbado cuando por casualidad la veo en su galería. No hay ningún día en que no me equivoque, yo que antes era tan fuerte como Barême. Las cifras parece que dan vueltas bajo mi pluma; y antes jugaba con ellas,

como miss Schœffer en el circo, con todo lo que quiere. Con sólo pasar la pluma por una columna, ya me encontraba hecho el total al pie de la suma. ¡Se hacía solo! Pero ahora es muy diferente; todo depende de usted, solamente de usted, el que me vuelva la tranquilidad y me ponga á cubierto de las multas.

—¿Y qué hay que hacer, señor Josselin?

—Diga usted Andrés solamente, es más breve, ¿quiere usted?

—Todavía no hemos llegado á tanto.

—Se lo suplico.

—Acérqueme esa galantina, de la que no toma. Debe estar muy buena.

—¡Ah!

—Écheme un poco de vino mientras tanto... También es muy bueno. Me parece muy divertido almorzar en una floresta tan bella de color y hablar... ¿De qué hablábamos?...

—De amor.

—Entonces conteste á lo que le había preguntado.

—¿Qué era lo que tenía que decirle en definitiva?

Dudó. Le pareció que había en los labios de Germana una intención burlona. Un fuerte calor le subió á la cabeza.

—Vamos, valor— le dijo ella.

—Tiene usted que casarse conmigo.

—Eso es muy grave, ¿sabe usted?

—¿Me rechaza usted?

—No digo eso, pero, ¡vamos!; ¡contestar sí, en seguida, sin preparación!... No se terminan estos asuntos en un día. Se trata de una cosa para toda la vida.

La sirvienta había traído un plato de fresas.

Germana, con la punta de los dedos, espolvoreaba con azúcar las que había puesto en su plato. Tenía una expresión finamente burlona y en su rostro resplandecía la alegría del pájaro que ha recobrado su vuelo por los campos y se goza en su libertad, en aspirar el aire puro, en el olor sano de los bosques y del heno recién cortado.

Germana era allí, en el campo, una mujer completamente diferente de la parisién, pálida, dulce, fina y reservada del bazar de Bouret.

No estaba bonita; estaba hermosa, y tenía otro aspecto.

Se adivinaba en ella como una alegría interior que se traslucía en su cara, como la luz de un cuarto que alumbra de noche y sale por las ventanas. ¿De dónde venía? ¿Era únicamente la alegría de correr todo el día por el campo como una colegiala que se olvida de su encerrona en el colegio?

Josselin continuó:

—Y la consagraría una vida de adoración. Ser su marido, eso sería el cielo en la tierra. Yo quisiera hacerla la más feliz de las mujeres, y haría en todo su voluntad; me pondría de rodillas á sus pies. El mundo tendría celos de mí.

—¿Y usted no tendría celos de los otros, como esta mañana?—dijo maliciosamente Germana.

—Sea, seré franco; sí.

—¡Eso sería divertido!

—¿Es que yo debería sufrir que cualquiera la hablase descaradamente, como ese señor, el duque de antes, ó que la mirase con ese atrevimiento?

—Es decir, que está usted por el sistema de los cerrojos y las cadenas.

—¿Pero los celos, Germana, no demuestran exceso de amor? ¿Se puede querer sin tener el temor de perder lo que se quiere?

—¡Eso prueba desconfianza, un carácter salvaje! Tome esas fresas—le dijo; y le tendió el plato.—Las he preparado para usted.

Las puso á un lado, y continuó:

—No desconfiaría de usted, Germana, pero sí de los otros. ¡Es usted tan guapa!

—Sí, un fénix—dijo ella burlándose.

—¡Hay tantas gentes ávidas que dan vueltas en alrededor de usted!

—¿Quiénes son esas gentes ávidas?

—El señor Perrolet, por ejemplo.

Germana exhibió dos hileras de perlas deslumbradoras, soltando una carcajada.

—¡El señor Perrolet! Buena historia. ¿Pero está usted loco, amigo mío? ¿Es que el señor Perrolet piensa únicamente en mí? ¡Debía pensar en que ya no es joven!

—No tiene más que cuarenta y cinco años.

—¿Y eso no es nada?

—Es un patrón. Tiene derecho sobre usted...

—¡De amo, puede ser!

—Y es rico.

—Es verdad, ¡nosotros no lo seremos!

Esta reflexión le lastimó. Calló.

Y con un suspiro, pellizcando las rojas fresas que cogía con los dedos, los codos apoyados sobre la mesa, añadió:

—¡Vea cómo ya es injusto! Calumnia hasta á ese hombre de mazapán que se llama Perrolet, el mejor de los seres, el más dulce, el más discreto, el más honrado; el que, á pesar de sus derechos sobre nosotras, como decís, no se permite una pa-

labra dudosa, ni siquiera una broma. Perrolet es para nosotras un padre más bien que un jefe. ¿Y sabe—dijo animándose á su vez—lo que pasa fuera, usted, que es celoso, sabe lo que pasa muy á menudo? ¿Sabe lo que me ha sucedido á mi en otra casa? Un día, y sin yo pretenderlo, y con un pretexto, me llamaron y me ofrecieron una plaza mejor que la mía de casa de Bouret, pero había una condieión.

Enrojeció y sus ojos se llenaron de lágrimas.

—Había que soportar los caprichos del amo que me hablaba; pero no solamente los suyos, sino los de los otros; obedecer sin réplica, ¿me entiendo?, á los caprichos de todos los que tenían autoridad sobre nosotras. Las desgraciadas que no tienen más que sus plazas para vivir, están obligadas á someterse á esas exigencias infames, so pena de perder su puesto. ¡Ah!, ¡no es un misterio! Si el señor Bouret supiese que semejantes infamias pasaban en su casa, aplastaría al miserable que abusaba de su autoridad con tan odiosas proposiciones. En el otro lado rige la ley contraria. Me lo han hecho comprender sencillamente. Ni siquiera se han tomado el trabajo de disimularlo.

Yo le arrojé á la cara esta injuria: ¡Canalla!, y me fui llorando de cólera y de vergüenza.

—¡Dígame usted su nombre!

—¿Para que promueva usted un escándalo? No. Pero acusar á Perrolet, á ese cordero de Dios? Demuestra muy bien que es usted de su país, del país de las montañas, de las energías violentas, de amores rabiosos, de celos brutales, y—es usted el que lo ha añadido—de las puñaladas. ¡Es para echarse á temblar! ¡Qué sería si estuviésemos ca-

sados! ¿Sufriría usted que tuviesen la audacia de mirarme? Entonces sería cuando las cifras de sus cuentas bailarían una verdadera zarabanda y no sabría dónde estaba... Nosotras nos hallamos expuestas á miles impertinencias que no se pueden evitar. Hay señores que pasan por el bazar, gentes de todos los países, que nos analizan como á las cosas puestas para la venta. ¿Saltaría de cólera? ¡Sería lo mismo! Nosotras somos las que debemos defendernos. No se obtiene de una muchacha honrada lo que ella no quiere. Además, esas insolencias de los clientes son rara vez lo suficientemente graves para que una tenga razón para ofenderse. Lo mejor es reirse, y es lo que se hace. Pero usted vería un pretexto para armar un alboroto en la más ligera mirada ó en la más banal galantería. Puesto que se vive de un oficio, hay que soportar sus inconvenientes. ¿Es que no habló como un libro abierto?

—Sí. Por eso quisiera ser bastante rico, para arrancarla de ese sitio, de ese trabajo de todos los días, y rodearla del bienestar necesario, como con el dulce calor de las *serres* en que viven las plantas de los trópicos, pues es usted una planta preciosa, Germána.

—Sí, entendido.

—¡Qué ridículo debo parecerla á usted! Ya no sé lo que me digo. Veo que no puedo convencerla. Duda usted de mí, de mi amor. No tiene usted razón. No sabe hasta qué punto la pertenezco. Hará de mí lo que quiera. Ordenará; la obedeceré como un esclavo. ¿Qué es lo que yo quiero? Que sea usted rica, feliz, que viva usted tranquila. Si la perdiese, me sería imposible la vida. Me volvería loco. No pasa ninguna noche que no la vea

en mis sueños. Me acuerdo de sus palabras, de cómo habla usted, de sus gestos durante el día. Es usted el único rayo de sol que ha alumbrado mi vida. Cuando me mira un segundo, se ilumina mi alma. En el universo no hay para mí más que una sola dicha, la de usted; vago errante por la noche para ver un poco de luz, una silueta que se dibuja en las cortinas blancas de su cuarto. Lo es usted todo para mí, Germana, ¡lo demás no es nada!

—Pero eso es poesía.

—No, es amor; amor verdadero, exclusivo, entero, sumiso; amor que me matará si usted me rechaza, y que me colmaría de una felicidad sin igual si me tendiese la mano.

Germana se mordía los labios, no sabiendo qué contestar á este caudal de palabras, y con su voz clara dijo:

—Deme usted un poco de café.

El cajero sintió como una quemadura en el pecho.

Esta frase, que cortó su éxtasis, sonaba como una burla en medio de la cantilena que cantaba á su adorada.

—¡Ah, no me ama usted!— exclamó él.

Levantó los ojos y la miró con ansiedad, esperando su contestación como un condenado; pero ella estaba tranquila, con su expresión dulce.

—Todavía no— dijo ella.— Pero desde luego afirmo que yo querré de otra manera, y me parecerá que quiero tan bien como usted si llega el caso.

Una lágrima de despecho asomó á los ojos de Josselin.

—En estos últimos días me había figurado— balbuceó— que me tenía más cariño.

Lo había creído con razón.

Otras veces, Germana iba hacia él llevada por la corriente invisible que empuja dos seres, el uno hacia el otro, y cuya esencia es igual. Le quería casi, aunque sin entusiasmo, con sinceridad. Estaba dispuesta á corresponder á lo que llamaban en otro tiempo su llama, no sin exactitud, puesto que el amor es la llama que nos alumbraba, nos calienta y nos devora. El amor es la antorcha de la vida, el hogar del universo.

Pero desde hacía unos días se había operado en ella un cambio súbito. Germana cesó de ver claro en la límpida transparencia de su alma, sencilla y buena, que ninguna pasión había alterado, y cuya superficie tranquila no agitara la más ligera brisa, y ahora se encontraba sumida en una obscuridad súbita, como si un viento de tormenta hubiese apagado bruscamente la luz que la dirigía.

Ya no sabía adónde iba.

Esta turbación databa del momento en que el duque de Rochebonne había ido á sentarse cerca de ella y la había mirado con una fijeza que rayaba en insolencia, pero demostrándole con su mirada una admiración profunda.

Desde aquel momento se habían abierto ante su vista nuevos horizontes. Las malas pasiones que existen en el fondo de las almas más honradas fermentaban en ella.

Cierto que no amaba al duque, pero él ejercía ya sobre su vida una misteriosa influencia, como la del invisible cometa cuya proximidad se revela á los astrónomos por extrañas perturbacio-

nes en las inmensidades del cielo. Por algo perturbaba su vida, aun cuando ignorando su existencia ocho días antes.

Allí estaba Josselin, procurando conmovérsela con sus apasionadas palabras, y era al duque al que escuchaba, murmurándole á su oído aquellas palabras insignificantes en apariencia, cuyo sentido es sabido y que encanta como una sonrisa divina.

Si Josselin hubiese obtenido de ella aquel paseo dos días antes de la aparición del duque de Rochebonne en la tienda de M. Bouret, Germana hubiese acogido con alegría la confesión del entusiasta joven que la adoraba de un modo tan apasionado.

Ahora ya era demasiado tarde. Dudaba inconscientemente. Había bastado una palabra, una mirada de aquel desconocido, para cambiar el curso de sus ideas, como basta con un pedrusco en un arroyo para cambiar su corriente, cuando el pedrusco se interpone á dos pasos del manantial.

La cara de Josselin expresaba tal desesperación, que la bondad de Germana se despertó; tuvo piedad de él.

—Veamos, Andrés, razenemos. Le profeso una buena amistad, una amistad grande. No lo dude. Créame que su demanda me llega al corazón. No estoy acostumbrada á tantos cuidados y miramientos. Mi juventud ha sido triste, se lo aseguro. He tenido contrariedades grandes, me han lastimado, me han herido en todas partes. Ahora mi situación es pasable. ¿No comprende que he de tener miedo de perderla? Figúrese una mujer que ha hecho una travesía de seis meses siempre mareada, con tormentas, vaivenes del barco, acomé-

tida por la fiebre y que ahora descansa tranquilamente en tierra. Si la proponen embarcarse de nuevo, ¿tendrá nada de extraño que dude en volver á ponerse en viaje? Mi historia es sencilla. No tiene nada de alegre. No conocí á mi padre, ¿no se lo han dicho? Mi madre murió joven; mi padre, á quien jamás vi, me hizo educar en un convento. Después entré de aprendiz en la calle de Bac—había que trabajar para vivir,—hasta llegar adonde felizmente he llegado.

Bouret ha sido muy bueno conmigo. Sin su protección, ¿qué hubiese sido de mí? ¿Dónde puede ganar una mujer lo suficiente para vivir, sin ir á caer en ciertas cloacas? Ahí estoy como en un refugio que no dejaré. Mi ambición es no abandonar el almacén. Perrolet, á quien desacredita usted—aquí, entre nosotros, no sé por qué,—es un buen hombre. Bajo su brusquedad hay más dulzura que en las palabras azucaradas de muchos otros. Hagamos, pues, causa común. Sostengámonos. Como yo, usted no puede contar más que con su empleo. Querámonos como buenos amigos. No nos comprometamos. Deme un plazo, quiero reflexionar. El casamiento me asusta. ¿Es culpa mía? Es una cadena. Puede hacer todos los gestos que quiera con la cabeza y las manos, pero es una cadena y la temo. Además, no podría cuidar á mis hijos, no podría ser una buena madre y continuar con mi plaza en el almacén. ¿No ve usted en esto dificultades, pero muy grandes? No tome lo que le digo por una negativa. Andrés, soy su amiga, se lo juro, pero tenemos tiempo por delante. ¿Qué edad tiene usted?

—Veintiocho años.

—Yo veinticinco, todavía no, el 20 de Julio los cumplo. Bien ve usted que podemos esperar. ¿Verdad que sí? Nos veremos á menudo, por la noche. Hablaremos de vez en cuando. ¿Esto no le basta?

—Es un suplicio lo que me impone. Es usted fría como el hielo. ¿No comprende que tenerla cerca de mí, contemplarla y desear su asentimiento en vano, es superior á mis fuerzas?

—Yo soy del Norte—dijo ella sacudiendo la cabeza.—Pero consuélase, la vida es larga.

—¿Quién sabe! Al contrario, es corta. Tantos días como esperemos, otros tantos serán perdidos para la felicidad.

—Los alcanzaremos.

—¿Es usted cruel!—gritó Josselin.

—Pues bien—dijo Germana apoyándose resueltamente sobre la mesa, hagamos un pacto.

—Un pacto—dijo el cajero sorprendido.

—Sí, un trato, un arreglo.

—¿Cuál?

—Aquí está. Concédame dos meses.

—¿Tanto tiempo?

—Es muy poco, dos meses, una miseria.

—¿Es una eternidad!

—¡Siempre sus impaciencias y sus exageradas frases! ¡Esta gente de las montañas!

—¡Hay tan pocos días felices, Germana! No conozco más que los pasados á su lado.

—Pues bien, no le envío al Polo Norte. Seguirá en la caja, cerca de mí. No hay por qué gritar.

—Se lo suplico, déjenos disfrutar de lo que tenemos en nuestra mano. El porvenir no nos pertenece.

—Sí; estoy segura de que estaremos muy bue-

nos dentro de dos meses. Deje sus quimeras y descienda de sus alturas. Según todas las probabilidades, tenemos cada uno por delante treinta años, si Dios quiere y Él no permite que sobrevenga algún accidente imprevisto, como un hundimiento, una epidemia, un incendio ó un rayo; pero hay pararrayos sobre la casa y una infinidad de tomas de agua y bombas, sin contar los bomberos, que llegarían regularmente un poco tarde. ¿Qué son dos meses, sobre treinta años? ¿Nada, verdad? Francamente, puede usted concederme lo que le pido.

—¿Quiere usted reflexionar?

—Ciertamente.

—¿Para qué?

—Pero...

—¿Dónde está el hombre que le ofrezca un cariño tan absoluto, tan tierno como el mío?

—Lo ignoro. Si me apura, podría sostener que existe; pero le doy mi palabra de no buscarle. Si por un caso fortuito viene á mí, si me cae de las nubes en este intervalo que le propongo, ¿será culpa mía? Y si le acepto, no será una prueba de que no le haya querido bien. Pero no vendrá; esté usted tranquilo, amigo mío. Se forja muchas ilusiones acerca de la suerte de las pobres muchachas como yo. Cuando tienen la desgracia de ser guapas, lo que las ofrecen no es muy tentador. Yo ignoro si lo soy.

—Sí, usted es...

—Una perla, un ángel, una planta rara, lo ha dicho ya.

—Tengo miedo de que otro la lleve.

—Sí, ya sé, el señor Perrolet, por ejemplo. Ya conozco esa música.

—Ó ese duque de Rochebonne, ese gran señor. Es un rival peligroso para pobres empleados, como nosotros.

Germana se sintió contrariada.

—Dejemos en paz á ese duque—dijo ella vivamente—y volvamos á nuestro contrato. Dos meses. Durante este tiempo no me hablará más de ese ardiente amor que le consume, como á la paja seca. Usted se entregará también á sus meditaciones y pensará qué es lo que vale más, si seguir libre ó aceptar una medianía, en la que vegetamos mal, sometiéndonos á las eventualidades, sonrientes para los privilegiados, funestas para los empleados, que, como usted sabe, necesitan fuerza y salud para seguir sus laboriosas carreras. ¿No le parece estar oyendo á uno de los siete sabios de Grecia?

El cajero bajó la cabeza, devorando su desconcierto.

—Está convenido—dijo ella.

—Si así lo exige, sea; pero esperaba algo mejor, lo confieso.

—¿Qué quería? ¿Que las amonestaciones se publicasen mañana, y que dentro de tres ó cuatro días fuésemos á la alcaldía y á la iglesia?

—¡Su alegría me hace daño!

—¡Es que son asombrosos los hombres! ¿Que perdemos las mujeres en un casamiento, en el que ustedes ganan una soberanía? Todo. ¿Qué nos dan ustedes? Nada. ¿Y no quieren permitirnos siquiera el pensarlo? Cuando ya están ustedes dispuestos y nos han significado su deseo, es cosa ya de llevar el equipo, la canastilla é inclinarse con una bonita reverencia, diciéndoles con aire de vasallo ante su soberano: ¡Demasiado

honrada, señor!: á vuestras órdenes. ¡Estos despotas!

—¡Cómo se ríe usted!

—Es que quería alegrarme. ¡En cambio, usted vuelve al melodrama, amigo mío!

—Me muero por su amor.

—No se lo prohibo—dijo ella, poniendo su mano sobre la del cajero; pero ¿es usted tan exigente que haya motivo para poder concebir esa pena?

Él no replicó.

Germana tiró la servilleta sobre la mesa, se puso su gran sombrero sobre su hermoso bosque de cabellos cenicientos, metió sus dedos en el agua fresca de su vaso, se puso sus guantes con un cuidado de coqueta, se arregló las faldas y se dispuso á salir.

Andrés se había quedado en su sitio con la cabeza entre las manos.

Había en el cambio de la muchacha un misterio que se le escapaba.

—¿Quién me la ha quitado?—se preguntaba.

—¿Viene usted, Andrés?—preguntó ella.

El cajero llamó á la sirvienta, que estaba charlando con los bebedores de cerveza, bajo el emparrado.

Mientras él pagaba la cuenta, Germana no se atrevía á decirse por qué unos días antes estaba dispuesta á casarse con él, y ahora no sentía por él más que compasión, y la hubiese sido imposible sostener sin repugnancia la promesa que con tanto agrado había hecho en el jardín de las Tullerías.

Dejaron el restaurant,

Se cogió con negligencia del brazo del cajero.

El sol se había ocultado bajo plateadas nubes. Atravesaron el gran prado de las carreras, casi sin decir una palabra; la situación de ambos era violenta.

Los paseantes, al verlos, se volvían diciendo:
—¡Qué bonita mujer!

En efecto, estaba guapa con los colores de rosa que subían á sus mejillas, ordinariamente pálidas, cual si estuviesen invadidas por un principio de clorosis.

Germana sentía temblar el brazo de Josselin.

—¿Sabe usted — le dijo ella — que me da usted miedo con sus aires de Otelo y sus historias de piemonteses jugando al *tarraus*? Me parece usted un actor de tragedia en sus furioses. ¡Tenga cuidado!

Estaba tan sumamente abatido, que no replicó.

No reconocía ya á su Germana de por las noches, cuando dejaban juntos la tienda, entre la turba de los empleados que salían por la puerta grande, brillantemente iluminada.

¡Cuántas veces había aceptado sus citas en sitios retirados, á lo largo de los muelles, ó hasta algún paseo en coche por el Bois, para poder hablar! ¡Cuántas veces se la habían escapado á ella también acentos emocionados! Había creído sentir latirle el corazón en el pecho y ver cómo su seno se levantaba bajo su traje obscuro, cuando en términos acalorados, casi elocuentes, la contaba las miserias de su juventud, su infancia de mendigo, corriendo con los pies descalzos por la montaña, siguiendo á su padre en los ventisqueros, adonde iba á buscar cabras monteses para vendérselas á los burgueses de Módena, viviendo

con un pedazo de pan de centeno, duro como una piedra, y bebiendo agua de la nieve derretida, durmiendo sobre la paja, en la choza paterna, en donde entraba la lluvia por el techo medio hundido; después su estancia en el seminario, donde estudiaba, siendo á la vez criado y escolar; luego sus dudas, la invencible atracción que sobre él ejercían el mundo y las mujeres, que veía en sueños y le llamaban; después su llegada á París, cargado con un bagaje inútil de griego y latín, y muy ligero de bolsillo; su entrada al servicio de Bouret, y por fin la aparición deslumbradora de Germana, de la que había hecho su esperanza, su *Madona*, á la que había dedicado todos sus actos, y que era para él el término, el objeto de su vida.

Fué inútil que tratase de recordarla todas sus conversaciones y sus proyectos.

Hubiesen tomado un cuartito pequeño en el barrio. Tenía ya algunas economías. Todas las emplearía en prepararla un nido caliente, digno de ella, todo *capitoné*. Acaso fuese esto una locura, pero ¿había algo que fuese demasiado bueno para ella?

El porvenir lo tenían asegurado.

Bouret quería á sus empleados. No los despedía sin una razón verdaderamente seria. Seguramente no era él el que merecería reproches; ella todavía menos. Ella llegaría á ser primera un día ú otro; entonces sería una lluvia de oro, pues estando al servicio del señor Bouret, cuando se trabaja no se pierde el tiempo.

Con los años él también ascendería y trabajaría con encarnizamiento. ¿No le recompensaría Germana con una mirada ó con una sonrisa?

Todavía serían jóvenes cuando pudiesen retirarse á un rincón de su país, y lo bastante ricos para no envidiar á nadie. Conocía él sitios admirables donde vivirían como señores con sus rentas; pueblos pintorescos, sitios deliciosos que tienen por fondo verdes bosques hacia Sallanches ó Domancy, al pie de las montañas, con lagos azules, torrentes llenos de truchas y tierras fértiles que parecen jardines, en donde construirían su nido.

Pero Germana no escuchaba; aparecía indiferente y distraída.

Con la punta de su sombrilla iba dando en la arena de las avenidas.

A cada paso le interrumpía para obligarle á fijarse en algún detalle del paisaje, ó en una escultura, ó en la silueta de alguna estatua.

Habían bajado pasando por las cuadras casi reales de Chantilly, y á orilla de los vastos estanques, en donde las carpas en bandadas venían á flor del agua; estanques que forman alrededor del castillo un cerco de fosos, verdadera fortificación, adorno y defensa de la vieja y soberbia residencia de los Condé.

Desde el prado se atraviesa un puente tendido sobre el canal y se llega al castillo.

Á la derecha está el pabellón de Enghien, destinado á los convidados del príncipe; á la izquierda el admirable castillo, recientemente restaurado por el duque de Aumale, con sus jardines, sus rampas, sus escaleras y sus juegos de agua que le rodean y que son de un efecto tan grandioso.

Enfrente se abre una avenida ancha, en cuya entrada hay dos leones colosales, que parecen guardarla.

Josselin y Germana subieron muy despacio la rampa de frente al pabellón de Enghien, y la muchacha entusiasmada gritó:

—¿Verdad que esto es deslumbrador? ¡Verdaderamente eran unos grandes señores aquellas gentes! Mire usted, ¿en qué piensa?

—Pienso en usted—la contestó.

—Ya he oído eso—dijo ella,—pero no sé en dónde. ¡Ah!, sí, en una canción antigua que cantaban en el convento. Sobre ese aire había variaciones de Rosellen para piano, pero eran demasiado difíciles. Yo nunca pude cantarlas... Vamos á ver el campo.

¿Era tan sólo el campo lo que le comunicaba tanta animación?

Más de una vez el cajero se había hecho esta pregunta.

—Vamos á ver los bosques—ordenó de nuevo.

En este momento, en una ventana del pabellón de Enghien, por delante de la cual pasaban, apareció una figura.

Era la del duque de Rochebonne.

Josselin hubiera querido encontrarse á cien leguas de allí. ¡Todavía el molesto personaje, al cual instintivamente le atribuía una funesta influencia y como un don de *jettatura*!

Germana, á quien toda la sangre se le agolpara al corazón, se sintió arrastrada por el cajero hacia la avenida.

Cuando llegaron á los Leones, ya estaba completamente repuesta de la emoción.

Manifestaba una alegría febril al ver las maravillas que descubría; parecía que trataba de aturdirse.

Josselin, con el corazón oprimido, descontento

to del día, irritado á pesar de la jovialidad y la gracia de su compañera, veía su esperanza alejarse cuando había creído estar tan cerca del puerto.

Marchaba lentamente, no atreviéndose á despegar los labios, y entregado por completo á sus reflexiones tristes.

A su mente acudían pensamientos de odio contra todos los que rodeaban á Germana. Odiaba mortalmente al duque de Rochebonne.

Acusaba al señor Perrolet de oponerse á sus deseos. Le había visto hablando largamente en la tienda con Germana. Debía haber hablado de los rumores que corrían acerca de su proyecto. Adornarían á Perrolet toda clase de buenas cualidades, pero no por eso dejaba de ser hombre. Á los ojos de Josselin, todo hombre que viviese cerca de Germana no podía substraerse á su influencia y no podía dejar de amarla. Perrolet había hecho desistir de su matrimonio á la segunda de las modas, porque le contrariaba. Con su oratoria, tan temida por todos los empleados, le había abrumado, detallándole los inconvenientes del matrimonio, haciéndole objeciones que ella á su vez repetiría en el restaurant, y que antes nunca le habían pasado por la imaginación.

Empezaba á roerle una rabia sorda. Se parecía á un perro dogo al que le arrancan la presa con que contaba y que tenía ya entre las mandíbulas. El cazador furtivo de Servoz se despertaba con el solo pensamiento de que esta muchacha tan linda, tan dulce, tan envidiada de todos se le escapaba, y que él sería el objeto de irrisión, después de haber sido envidiado por todos sus camaradas.

Envolvía á Germana en su cólera; la tachaba de caprichosa y de cruel.

Cuando, sentado al lado de ella en el vagón que los conducía á París, se le presentaba la ocasión de persuadirla, dulcificando su actitud, hizo todo lo contrario, guardando un silencio feroz. No volvió á decirle ni una palabra, á pesar de las frases cariñosas de la adorable muchacha, que quería hacerse perdonar su excitación, su negativa, que acaso obedecía á su instinto, á la lucha entre sus sentimientos humanos, de los que era juguete y de los que debía de ser la víctima.

Cuando llegaron, á eso de las diez de la noche, á la puerta de su casa, un antiguo hotel de la calle de Sourdiere, en el momento de separarse, fue ella la que con voz cariñosa dijo:

— Buenas noches, Andrés.

Él contestó secamente:

— Buenas noches, señorita.

VIII

DIPLOMACIA DE UN NEGRO

SI, al bajarse del tren en la estación del Norte, los dos paseantes hubiesen estado menos preocupados, podrían haberse fijado en un criado del color de una estatua de bronce, vestido con librea oscura, el cual, después de haberlos esperado en Chantilly, había tomado un billete para París, subiéndose en el vagón vecino, colocándo-

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA DE LA FACULTAD DE CIENCIAS Y LETRAS
FALFAÚN N.º 123
Apto. 1150 MONTERREY, MEXICO

to del día, irritado á pesar de la jovialidad y la gracia de su compañera, veía su esperanza alejarse cuando había creído estar tan cerca del puerto.

Marchaba lentamente, no atreviéndose á despegar los labios, y entregado por completo á sus reflexiones tristes.

A su mente acudían pensamientos de odio contra todos los que rodeaban á Germana. Odiaba mortalmente al duque de Rochebonne.

Acusaba al señor Perrolet de oponerse á sus deseos. Le había visto hablando largamente en la tienda con Germana. Debía haber hablado de los rumores que corrían acerca de su proyecto. Adornarían á Perrolet toda clase de buenas cualidades, pero no por eso dejaba de ser hombre. Á los ojos de Josselin, todo hombre que viviese cerca de Germana no podía substraerse á su influencia y no podía dejar de amarla. Perrolet había hecho desistir de su matrimonio á la segunda de las modas, porque le contrariaba. Con su oratoria, tan temida por todos los empleados, le había abrumado, detallándole los inconvenientes del matrimonio, haciéndole objeciones que ella á su vez repetiría en el restaurant, y que antes nunca le habían pasado por la imaginación.

Empezaba á roerle una rabia sorda. Se parecía á un perro dogo al que le arrancan la presa con que contaba y que tenía ya entre las mandíbulas. El cazador furtivo de Servoz se despertaba con el solo pensamiento de que esta muchacha tan linda, tan dulce, tan envidiada de todos se le escapaba, y que él sería el objeto de irrisión, después de haber sido envidiado por todos sus camaradas.

Envolvía á Germana en su cólera; la tachaba de caprichosa y de cruel.

Cuando, sentado al lado de ella en el vagón que los conducía á París, se le presentaba la ocasión de persuadirla, dulcificando su actitud, hizo todo lo contrario, guardando un silencio feroz. No volvió á decirle ni una palabra, á pesar de las frases cariñosas de la adorable muchacha, que quería hacerse perdonar su excitación, su negativa, que acaso obedecía á su instinto, á la lucha entre sus sentimientos humanos, de los que era juguete y de los que debía de ser la víctima.

Cuando llegaron, á eso de las diez de la noche, á la puerta de su casa, un antiguo hotel de la calle de Sourdiere, en el momento de separarse, fue ella la que con voz cariñosa dijo:

— Buenas noches, Andrés.

Él contestó secamente:

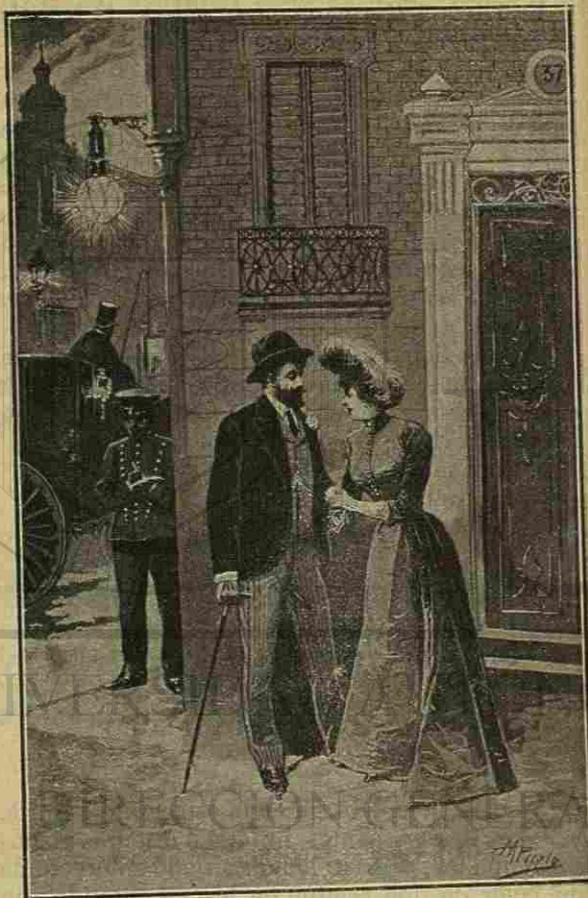
— Buenas noches, señorita.

VIII

DIPLOMACIA DE UN NEGRO

SI, al bajarse del tren en la estación del Norte, los dos paseantes hubiesen estado menos preocupados, podrían haberse fijado en un criado del color de una estatua de bronce, vestido con librea oscura, el cual, después de haberlos esperado en Chantilly, había tomado un billete para París, subiéndose en el vagón vecino, colocándo-

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA DE LA FACULTAD DE CIENCIAS Y LETRAS
VALBUENA 12-123
Apto. 1150 MONTERREY, MEXICO



... les había visto bajar del tren y les fué siguiendo á distancia.

se en la portezuela. Al llegar á París, les había visto bajar del tren y les fué siguiendo á distancia, como una barca llevada á remolque por un vapor.

Este lacayo tenía una fisonomía de garduña con aires de simio, y en cuyas facciones, que parecían de un engendro, se adivinaban la truhanería y las disposiciones más excelentes para la intriga.

Adicto en cuerpo y alma á la duquesa, á quien servía con la fidelidad de un perro, lo había traído de Constantinopla á Milán el padre de la italiana, adonde fueron con una misión secreta en los momentos de la guerra de Rusia.

Aquel tunante no se sabía de dónde venía. Él mismo lo ignoraba. Desde su primera juventud anduvo errante por las calles de Constantinopla, como uno de esos perros abandonados que pululan por bandadas en aquella inmensa y sucia ciudad.

Creía acordarse que había nacido en el fondo de la Persia, en esas regiones indecisas que confinan con la India inglesa, pero no estaba seguro. Hablaba corrientemente toda clase de lenguas y no sabía ninguna. Ignoraba su edad y no podía decir si tenía quince años ó cuarenta. Era imposible decir cuántos lustros habían pasado por aquella cara arrugada, alumbrada por dos ojos negros, que por la noche tenían un reflejo de fuego, casi fosfóricos como los de los felinos.

Era realmente feo, y, sin embargo, todos se acostumbraban muy pronto al trato de este ser en quien la inteligencia se veía en una mirada, que parecía comprenderlo todo y decirlo todo, sin recurrir á la palabra.

Su dueña le había puesto el nombre de Yago, no se sabe por qué, sin razón, por capricho, acaso por su aire de pequeño traidor de comedia.

Yago vió distintamente á Germana pararse enfrente de su casa, cambiar dos palabras con su acompañante y desaparecer por la puerta cochera, que se cerró detrás de ella.

Yago escribió rápidamente sobre su carnet:

—Calle de la Sourdiere, 37.

Después, con un cigarrillo entre los labios, cuyo extremo encendido brillaba sobre su cara como un carbón en una caverna, adoptando el aspecto de un paseante que vaga por las calles, volvió á emprender su camino á treinta pasos de Josselin.

Josselin marchaba lentamente con la cabeza baja; parecía que iba hablando consigo mismo.

No hay nada más lúgubre que París los domingos en las horas avanzadas de la noche, durante las cuales parece que el gas alumbraba menos que los demás días de la semana.

Veíase á los paseantes rendidos por el cansancio entrar en sus casas medio á oscuras, solos ó en pequeños grupos, llevando el marido en sus brazos al niño, al único niño que alegra el hogar de los empleados parisienses, dormido profundamente y en una postura de laxitud y abandono completos.

De trecho en trecho aparecía un borracho golpeándose contra las paredes, en ese estado de embrutecimiento humillante del ser que no sabe ni adónde va ni lo que hace.

A Josselin le producía profundo disgusto el espectáculo que le ofrecían aquellas gentes de aire cansado y derrengadas que no se hablaban casi

más que por monosílabos, con el mal humor que sigue á una decepción.

También él venía de sufrir una muy amarga.

Había salido lleno de alegría, enajenado ante la perspectiva de un paseo delicioso, en compañía de una muchacha hermosa, con la mano de ella entre las suyas, sintiendo ambos los mismos deseos, ambos con las mismas aspiraciones, dispuesto á ser su sostén y á asociarse á su destino para toda la vida. Al menos él lo había supuesto.

Y volvía, como los otros, deshecho, anonadado.

Aquella Germana que había juzgado tan buena, tan amante, tan sencilla y dispuesta á casarse, para evitarle un tormento, una pena, se parecía á las otras.

Estaba hecha del mismo barro que todas. Aquella criatura angelical era como las quinientas muchachas de la tienda, como todas las mujeres de París y del globo, ligera, coqueta. Aquella mariposa de alas brillantes iba hacia las llamas de las luces, como sus iguales, como las falenas, esas mariposas nocturnas que se debaten contra los vidrios como idiotas.

Sin embargo, aquella Germana se reservaba algo íntimo. Los deberes del matrimonio, el temor de una vida modesta, la asustaban. Hacía dengues; calculaba; tenía puestas más altas sus miras.

No recorría el velo de sus ambiciones, pero la tenía secretas.

Todos los planes de Josselin, todos sus proyectos se habían venido á tierra. Su cántaro de leche, lo mismo que el de Perrette, se había roto. Había edificado sobre arena el castillo de sus ilusiones, y se hundía.

Volvió la calle del Bac, entró en la de Varennes, y de allí ganó la extremidad de la calle de Vancau.

Se paró enfrente de una casa antigua de modesta apariencia.

Eran las once. La puerta estaba todavía abierta.

Yago esperó un momento en la acera de enfrente, vió al cajero coger su palmatoria, saludar á la portera, que estaba sentada tomando el fresco, y subir las escaleras.

Entonces entró en la casa.

Llevaba en la mano un pañuelo blanco.

—Un señor acaba de entrar aquí—dijo.

La portera era una mujer vieja. Levantó las gafas y examinó al *groom*.

—En efecto, un señor joven: ¿qué le quieres?

—Me he encontrado este pañuelo en la puerta, algunos pasos detrás de él.

—¡Ah!

—¿Quiere usted entregárselo?

—Dámelo.

—¿Cómo se llama?

—¿A ti qué te importa eso?

—Es por las iniciales, una G y una R.

—No es suyo. Se llama Andrés Josselin.

Y prudentemente dijo:

—Dámelo de todos modos.

Examinó la batista, que era de la mayor finura.

—¡Peste!—dijo ella.—¡Un pañuelo de príncipe! ¡Y una corona! No es de él; el señor Josselin no tiene corona. Muchas gracias, pequeño. Siempre me servirá para alguna cosa. ¿Estás colocado?

—Sí.

—¿En casa de quién?

—En casa de una duquesa.

—¿Se llama?

—¡Se lo diré! ¡No soy tan reservado como usted! Es la señora duquesa de Rochebonne, en el boulevard San Germán.

—Que yo sepa, no hay dos—dijo la portera engallándose;—no necesitas darme las señas. La conozco tan bien como tú.

—¡Ah!—dijo Yago intrigado.

—¡Buena casa, pequeño, buena casa! No la dejes ni por otra mejor. Mi marido fué portero del hotel mientras vivió el duque viejo. Ya se han muerto los dos. Siempre se acaba por ahí, que sea blanca como una parisienne ó negra como tu piel. Desde entonces me han metido en esta choza. Esta casa es del señor duque.

—¡Qué casualidad!—pensó Yago.

Y dijo en voz alta:

—Verdaderamente es gracioso lo que me sucede; ¡entrar en una de nuestras casas! Ya volveré á verla, señora...

—Señora Joseph. Muchas gracias por tu pañuelo, pequeño; pero no es de M. Josselin. ¡Figúrate! ¡Un cajero! ¡Si tuviese el dinero de su patrón; enhorabuena!

—¿Quién es su patrón?

El señor Bouret, el del Bazar de San Germán. Un millonario. No hay más que éstos que hagan negocio. Debían de llamar su tienda ¡*La Gran Ganancia!* Siempre sucederá lo mismo. Á los pequeños se los tragarán los grandes, como los peces por los tiburones. Buenas noches. Voy á cerrar la portería. Todo el mundo ha entrado ya, y el que se retrase, peor para él. Llamarán, y si no estoy muy dormida, tiraré del cordón. Ven por aquí. Hablaremos del duque y de la señora. ¡Bue-

na gente y muy rica! ¡Esos no tienen necesidad de poner achicorias en el café! ¡Buenas noches, negro!

—Buenas noches, señora Joseph.

Yago se marchó alegre, casi orgulloso. Había cumplido su misión satisfactoriamente.

Esta coincidencia agradaría á su ama, que debía tener sus miras particulares. No sabía cuáles, no se preocupaba en averiguarlas; pero, fuesen cuales fueren, le obedecía ciegamente.

Se puso debajo de un mechero de gas y escribió para no olvidarlo:

Calle Veneau, 86.

Andrés Josselin.

Cajero en casa del señor Bouret.

Y con paso ligero fué á meterse en su cama, en el quinto piso, debajo del tejado, en el magnífico hotel de sus amos, en donde se durmió con el sueño de los justos después de un día bien empleado.

IX

LA CARTA

GERMANA entró en su habitación. La portera le había entregado una carta, llegada en el último correo dos horas antes que la muchacha.

Germana había mirado el sobre y no reconocía la letra.

¿De dónde vendría aquel billete? Tenía pocas relaciones, y éstas escribían rara vez. La colocó sobre la chimenea, no atreviéndose apenas á tocarla, como si adivinase en su contenido alguna desgracia.

Después de encender una lámpara, cuya luz atenuaba una pantalla de encaje crudo, se desnudó sin darse prisa.

El cuarto de Germana estaba en el cuarto piso de una casa antigua, cuya construcción debía remontarse á los días de la Fronda, en los tiempos del cardenal Mazarino.

En aquella época construían bien.

La escalera de piedra, cuyos peldaños estaban gastados en el centro por el uso centenario, era de tales proporciones, que se hubieran podido hacer habitaciones en los descansillos.

Los pisos tenían, por lo menos, quince pies de elevación; y si bajaban en el tercero, era con dignidad y sin perder diez y ocho pulgadas de su altura.

Por la puerta del cuarto de Germana hubiera podido pasar cualquier matrona del siglo XIV con el más descomunal tocado de los que llevaban las damas de entonces, sin tener que inclinarse.

La madera de la puerta era de roble macizo y de un espesor capaz de resistir á los ultrajes del tiempo y á las acometidas de la polilla que atacaban las construcciones de carpintería ligera.

La casa se componía de dos piezas: el cuarto de dormir y un espacioso gabinete-tocador, donde se hubiese podido alojar una familia.

Todo estaba amueblado con sencillez: una cama

na gente y muy rica! ¡Esos no tienen necesidad de poner achicorias en el café! ¡Buenas noches, negro!

—Buenas noches, señora Joseph.

Yago se marchó alegre, casi orgulloso. Había cumplido su misión satisfactoriamente.

Esta coincidencia agradaría á su ama, que debía tener sus miras particulares. No sabía cuáles, no se preocupaba en averiguarlas; pero, fuesen cuales fueren, le obedecía ciegamente.

Se puso debajo de un mechero de gas y escribió para no olvidarlo:

Calle Veneau, 86.

Andrés Josselin.

Cajero en casa del señor Bouret.

Y con paso ligero fué á meterse en su cama, en el quinto piso, debajo del tejado, en el magnífico hotel de sus amos, en donde se durmió con el sueño de los justos después de un día bien empleado.

IX

LA CARTA

GERMANA entró en su habitación. La portera le había entregado una carta, llegada en el último correo dos horas antes que la muchacha.

Germana había mirado el sobre y no reconocía la letra.

¿De dónde vendría aquel billete? Tenía pocas relaciones, y éstas escribían rara vez. La colocó sobre la chimenea, no atreviéndose apenas á tocarla, como si adivinase en su contenido alguna desgracia.

Después de encender una lámpara, cuya luz atenuaba una pantalla de encaje crudo, se desnudó sin darse prisa.

El cuarto de Germana estaba en el cuarto piso de una casa antigua, cuya construcción debía remontarse á los días de la Fronda, en los tiempos del cardenal Mazarino.

En aquella época construían bien.

La escalera de piedra, cuyos peldaños estaban gastados en el centro por el uso centenario, era de tales proporciones, que se hubieran podido hacer habitaciones en los descansillos.

Los pisos tenían, por lo menos, quince pies de elevación; y si bajaban en el tercero, era con dignidad y sin perder diez y ocho pulgadas de su altura.

Por la puerta del cuarto de Germana hubiera podido pasar cualquier matrona del siglo XIV con el más descomunal tocado de los que llevaban las damas de entonces, sin tener que inclinarse.

La madera de la puerta era de roble macizo y de un espesor capaz de resistir á los ultrajes del tiempo y á las acometidas de la polilla que atacaban las construcciones de carpintería ligera.

La casa se componía de dos piezas: el cuarto de dormir y un espacioso gabinete-tocador, donde se hubiese podido alojar una familia.

Todo estaba amueblado con sencillez: una cama

baja con un pabellón de cretona rosa pálido sobre fondo gris; la tela era bastante tosca, pero un amigo—de la sección de tapicería—se había excedido y lo había colgado artísticamente. Una ó dos butacas iguales y algunas sillas tapizadas; una mesa de nogal, con las patas de forma salomónica, para escribir; un armario de espejo de madera igual á la cama, era todo el mobiliario, juntamente con un pequeño escritorio práctico y cómodo para su uso.

En las paredes había tres fotograbados: *El matrimonio de razón*, de Loustannau; *Frailes jugando á la gallina ciega*, de Frappa, y un retrato del señor Bouret, el patrón.

Germana se había proporcionado este mobiliario sencillo, pero elegante, con sus ahorros, el primer año en que ascendiera al grado de segunda, tan pronto como obtuvo permiso para vivir sola por haber alcanzado la mayor edad.

Había gastado unos tres mil francos, y este gasto le proporcionaba un manantial de alegrías cotidianas. Se encantaba en su habitación tan alegre.

Dicha vivienda representaba su primer bienestar, su primera hora de libertad desde que naciera, su primer lujo, su primera riqueza.

Allí era ella dueña é independiente, y se creía tan rica como una burguesa.

Y así era en efecto; ocho mil francos por año, eran una fortuna con que ella no había soñado.

El gabinete, inmediato al cuarto de dormir, revelaba sus instintos de mujer de gustos refinados.

Un inmenso tocador de mármol blanco con llaves de metal y una enorme jofaina de porcelana con sus iniciales adornaba el testero principal.

Estaba lleno de frascos de formas variadas. Los había azules, rosa, blancos.

En un armario, tan grande como una alcoba, estaban colgados sus trajes. La ropa blanca la guardaba en una gran cómoda.

Una alfombra cubría el suelo, y las cortinas adornaban la única ventana.

Por seiscientos francos de alquiler, disfrutaba Germana de aquellas magnificencias. Se sentía verdaderamente dichosa en esta habitación coqueta, en donde su tranquilidad era completa, antes de las obsesiones de Josselin.

En el inventario de los muebles, habíamos omitido una pequeña biblioteca de palo rosa, donde se veían esparcidas por los estantes varias novelas, y en los que aún quedaba sitio para poder colocar otras.

Feuillet ocupaba, al parecer, el sitio de honor con Jules Sandeau. Se veían también *La Pequeña Fadette*, los *Cuentos de Bretaña*, de Paul Féval, comedias de Augier, de Sardou y Topffer, y otros, clásicos en su mayoría.

La muchacha estaba encantadora con un peinador azul, adornado con encajes grises. Iba de un mueble á otro, contemplándolos con la satisfacción de un propietario novel que recorre sus nuevos dominios. Diez veces se acercó á la ventana y levantó las cortinas para mirar á la calle.

Quizá esperaba ver todavía, paseando por la acera, al pretendiente que casi se arrepentía de haber despreciado.

Las mujeres, verdaderamente dignas de ese nombre, se hallan siempre dispuestas á compadecer al hombre que las quiere con sinceridad, aun cuando no les guste.

Por fin fué hacia la carta colocada sobre la chimenea, en donde faltaba un reloj, regalo que pensaba hacerse más adelante, y cuyo sitio ocupaba un despertador.

Aquella carta le daba miedo. Se parecía á Cleopatra recibiendo al esclavo que le traía el áspid. También la hermosa reina debió mirar varias veces el reptil antes de aproximarle el brazo.

La letra de la dirección era larga y fina, enérgica, y estaba rápidamente trazada. Era una letra grande inglesa, falsa como la de una mujer.

No había duda; era su nombre el escrito con gran limpieza en el sobre: en éste se leía:

SEÑORITA GERMANA BERANGER

37, calle de la Sourdière.

PARÍS.

De pronto un rayo de luz brotó en su mente.

El timbre llevaba esta indicación: *Chantilly*.

Era el duque de Rochebonne el que la escribía.

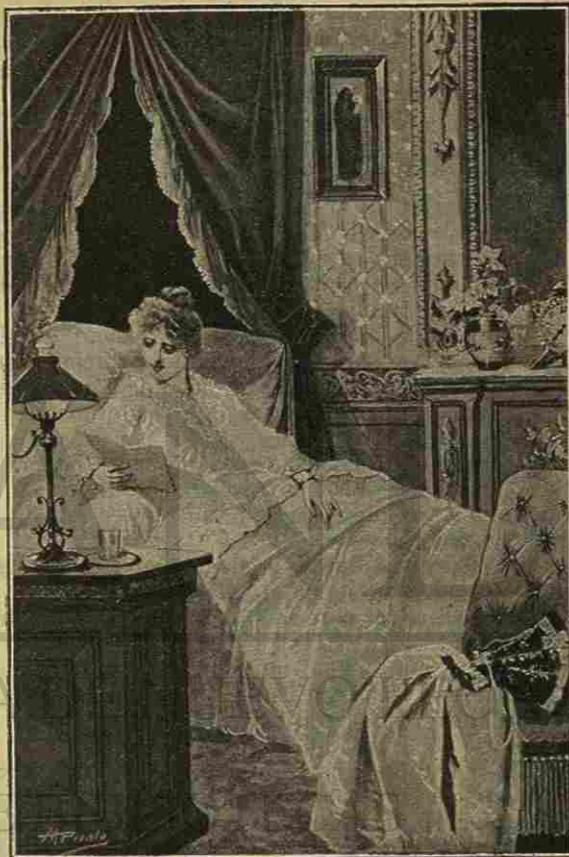
Entonces se metió en la cama, se apoyó cómodamente sobre sus almohadas, rompió el sobre y leyó lo que sigue:

«Señorita:

La he dejado muy pronto. Desde hace dos días no hago más que pensar en usted. La casualidad, que nos ha reunido esta mañana, me parece una advertencia de lo que los antiguos llamaban el destino y los excéntricos la casualidad».

Germana se detuvo.

Sobre el papel, en el encabezamiento estaba



... se apoyó cómodamente sobre las almohadas, rompió el sobre y leyó.

representado, al agua fuerte, el pabellón de Condé, á la orilla del agua. La carta estaba escrita en el castillo de Chantilly, en donde ella había visto al duque por la mañana.

Continuó su lectura con el corazón oprimido, sin mirar la firma. ¿Para qué?

«No la diré nada de nuevo al decirle que estoy casado y que no he encontrado la felicidad en una de esas uniones de conveniencia en donde se unen los apellidos sin contar con los sentimientos sobre los cuales se funda la felicidad de los amantes.

Tengo una gran fortuna y me felicito de ello, puesto que me hace independiente y dueño de mis acciones. Nunca como ahora debo de dar gracias á la casualidad por ello, pues me permitirá arreglar una vida según mis gustos y hacer por usted lo que la suerte ó la Providencia no han querido hacer.

¿Tendré necesidad de revelarla la impresión repentina y profunda que ha producido en mí?

¡No, no es preciso!

Me ha adivinado desde el momento en que mis ojos se encontraron con los suyos.

Nunca me ha parecido nada tan perfecto como usted.

No hay mujer en el mundo que no la envidie el encanto que emana de usted.

Mi alma va hacia la suya sin esfuerzo, y que lo quiera ó no, están indisolublemente unidas.

Mi espíritu se subleva al pensar que usted, el modelo de elegancia más completo, gasta su hermosura, fatiga su debilidad en condiciones que la hacen inferior á una turba de mujeres indignas de tocarla con la punta del dedo y la somete á las exigencias de hombres de los cuales estoy forzosamente celoso, puesto que se pueden acercar, verla á todas horas, y á los que está usted obligada á obedecer.

Perdóneme esta comparación: no se emplea un

caballo de pura sangre en el trabajo como un perchero ó un boloñés.

Está usted fuera de su sitio, en ese medio que la ofende.

Esta mañana, al divisarla, se apoderó de mí una alegría divina. He pasado á su lado la hora más encantadora de mi vida.

Quizá me crea usted muy feliz. Es la opinión de las gentes; pero se equivocan.

Mi primera felicidad me la proporcionará usted, si me escucha.

Si lo digo, no es por un estúpido orgullo.

Pero el amor llama al amor cuando son dos seres jóvenes y de la misma naturaleza los que lo experimentan.

Escúcheme, pues, Germana, y piense que soy sincero y verdadero.

¿Por qué la engañaría? ¿Por la satisfacción de un capricho? ¿Por una fantasía culpable que me llevaría á trastornar su tranquilidad, que casi es el único bien de que disfruta?

Si así fuese, me tendría por el más odioso de los hombres.

Lo que la ofrezco no es una parte de mí mismo, una de esas fiestas efímeras que buscan los ociosos y desocupados; sería conocerla mal, y la he juzgado de otra manera.

Soy yo; es mi amor para toda la vida; lo que tengo de alma, de afecto y de fuerza para querer.

¡Piense en esto, Germana, y vea qué existencia más encantadora tendríamos!

Escondidos de las miradas del mundo si lo desea, en apariencia indiferentes el uno per el otro delante de la multitud que la envidiaría por su elegancia y su lujo, disfrutaremos de una felicidad sin límites y de una dicha secreta verdaderamente incomparable.

Jóvenes, sin preocupaciones por el porvenir, sin inquietudes del presente, dominando los hombres y las cosas, independientes y fuertes, porque el diner)

es el mayor poder del siglo, haremos lo que nos plazca, sin inclinarnos ante la opinión del mundo, que lo perdona todo á los poderosos y audaces.

Tendrá en mí al ser más adicto y el más seguro, como yo tendré en usted la amiga más encantadora y perfecta.

No rehuse un amor como el que me lleva hacia usted.

Á partir desde este día, Germana, me pertenece, es usted mía.

Mi corazón oye los latidos del suyo.

Todo lo ha comprendido usted esta mañana en una sola mirada. Estoy seguro de ello.

Por mi parte hubiera dado todo cuanto me hubiesen pedido por haber podido prolongar encuentro tan agradable.

Pero no se ha perdido nada; tenemos por delante tiempo, espacio y grandes esperanzas, si el presente se nos escapa.

Medite en lo que la escribo.

Piense en la soledad de su cuartito, en donde esta mensajera la esperará, que el único objeto de mi vida es su amor, el más preciado que hay en el mundo.

Buenas noches, adorada mía.

Duerma tranquilamente, y en sus sueños procure volver á ver á su amigo, que quiere darla toda la felicidad.

FERNANDO.

Estaba firmada con todas sus letras.

El duque había juzgado bien á Germana.

Sabía que podía tener confianza en aquella naturaleza recta y leal.

Sus grandes ojos azules, por donde asomaba un alma tierna y dulce, ignoraban la falsedad.

Quizá ella le rechazaría; pero no le haría traición. El duque no mentía en su carta.

Lo que le había decidido á escribirla había sido el encuentro de Germana por la mañana. Al verla acompañada de Josselin había pensado que se trataba de casamiento ó de una unión más ligera, pero de la cual los preliminares no estaban terminados.

Era preciso interrumpirlos atravesándose en medio de esta intriga naciente.

Rochebonne tenía buen golpe de vista y era pronto en sus decisiones.

Antes de escribir esta carta banal, pero con la cual la inexperiencia de una muchacha joven podía y debía ilusionarse, no estaba seguro de que quería realmente á Germana. Iba á lo más urgente. Lo primero era detener al pretendiente en sus propósitos. Después sería tiempo de reflexionar. De todos modos, la muchacha valía la pena de que se ocupasen de ella. Le había gustado. Su género de hermosura era tan diferente del de las muchachas atrevidas, descaradas, libertinas, que había conocido ó que veía con sus amigos y que, sin embargo, le habían encantado.

Por el momento sentía una agitación febril, una pasión morbosa, como la que le había hecho sentir, algunos años antes, aquella italiana superiormente hermosa, de la que no estaba más que medio desencantado y sobre la cual tenía proyectos realmente diabólicos: estas ideas llevaban una sonrisa de fauno á sus labios; para ciertos planes, Germana no le sería inútil.

Germana, con aquella lectura que le conmoviera hasta el fondo de su ser, experimentó una alegría mezclada de terror.

Le parecía oír una voz que ella conocía, dulce, llena de caricias y juramentos y cuyos acentos la

llegaban al alma, mientras que los de Josselin más apasionados, la dejaban casi indiferente.

A la luz de la lámpara que le alumbraba, su cara pálida se había puesto más blanca todavía.

Inmóvil, con los labios apretados, los ojos húmedos, las facciones contraídas, oprimía entre sus manos aquella carta fatal, que, abriéndole nuevas perspectivas, venía como una tentación á murmurarla al oído ofertas corruptoras, que no había oído hasta entonces.

Esta caricia de la fortuna, adquirida al precio del honor, la deslumbraba y la daba miedo.

¡Ser libre, no depender de nadie, pasear su existencia por un jardín encantado en donde todas las flores están al alcance de las manos, con sus brillantes colores y sus exquisitos perfumes!

¡Y querer! ¡Ser querida por un hombre colocado por su nacimiento por encima de las miserias implacables que torturan á los desgraciados sujetos á la gleba, encorvados sobre el suelo por la mano feroz de la necesidad!

¡Era un sueño resplandeciente!

Pero, en cambio, oía el murmullo de la multitud que volvía la cabeza á su paso.

No se atrevía á levantar los ojos sobre sus camaradas, sus amigos, sus jefes.

La cara bondadosa y paternal del señor Perrolet había tomado un aspecto de severidad, de tristeza más bien. La parecía que estaba allí y que la miraba.

El excelente señor Labievre, el inspector bromista y bondadoso, siempre lleno de indulgencia para las pequeñas debilidades de sus señoritas, sacudiendo la cabeza al acercarse, dirigiéndola una reprimenda silenciosa, solamente por haber

tenido el pensamiento de abandonar una casa en donde tenía una familia tan numerosa, en donde todo el mundo la quería, en donde la cuidaban como una niña mimada, ¡qué diría!

Oía voces burlonas que la gritaban desde un extremo al otro de la galería:

—¿Cómo, *Capricho*, te quieres ir? ¡Tú tan buena, tan honrada, te has vuelto una cualquiera!

También veía á Andrés Josselin, su pretendiente, que la amaba y podía casarse.

Ella no se atrevía á volverse hacia él, ¡tan feroz le parecía en su enojo, tan llena de desprecio era la mirada que le dirigía!

Estas visiones se entrecrocaban en su cerebro enfermo.

Hubiera querido borrar esos tres días últimos de su pasado, pero era imposible.

Habían existido. Los había vivido, y su vida estaba trastornada.

Las dos sonaron en Saint-Roch y todavía estaba sin dormirse, amodorrada en su cama, con la carta entre sus dedos.

Al ruido de las campanadas dejó caer la carta sobre la alfombra, apagó la lámpara y se encontró sumida en la mayor obscuridad.

Pero no se durmió.

Vió pasar ante los ojos de su imaginación su infancia, abandonada en un pueblo de las afueras de París, en Sannois, entre los jardineros, entre aquel movimiento de carretas que van y vienen sin descanso durante la noche, mientras los trabajadores del campo duermen profundamente.

Vió á una cabra al borde del camino, atada, prisionera también, en vez de vagabundear por las laderas floridas, entre las malezas y las hier-

bas aromáticas de las montañas; este animalito la había dado su leche para criarla, y al mismo tiempo oía la voz ronca de la mujer á la cual estaba confiada y que la maltrataba, asombrándose de que fuese tan blanca y delicada, á pesar del aire libre y del sol; se acordaba de los apóstrofes de esta madrastra, no más mala que otras, pero áspera en sumo grado, dura en el trabajo, y la hacía sentir la irregularidad de su nacimiento con palabras de una trivialidad étnica que la doblegaban como si fuesen latigazos.

Llegó un día en que le vistieron un trajecito negro. Había muerto su madre.

Lloró mucho sin saber por qué, pues apenas la conocía. La había visto una ó dos veces, como un pájaro que pasa á nuestro lado, en la primavera, posándose en los cercados, llevado al azar por el vuelo de sus matizadas alas.

Iba en un coche con un señor grave, de más edad que ella.

Apenas se detuvieron para besarla, y se fueron en seguida.

Todavía sentía aquel beso sobre sus mejillas de niña; era el único dulce recuerdo que le quedara.

Más tarde, una criada de unos cincuenta años, una especie de aya, desagradable, había ido á recogerla á casa de su guardiana, y, sin entrar en París, la llevó con su pequeño equipaje de niña á un convento de Boulogne-sur-Mer, de donde no salió hasta los diez y seis años.

Jamás había recibido visita ni carta alguna; nunca había oído hablar de su madre.

Todas sus compañeras tenían una familia; les llevaban dulces; los días de salida iban á casa de

sus padres, y desde por la mañana estaban dando voces de alegría por los pasillos ante la perspectiva de una salida de veinticuatro horas. También había vacaciones, en las que pensaban dos meses antes con delicia y ansia.

Pero para ella no había nada.

Y cuando las niñas le preguntaban:

—¿Tú no tienes padres? ¿Están muy lejos?

Bajaba la cabeza, sus labios se crispaban y se ponía á llorar.

¡Triste historia, siempre la misma y siempre lastimosa la de los niños abandonados!

En fin, á la salida del convento la habían colocado—no había visto más que al ama seca—de aprendiz en casa de unas señoritas viejas, muy respetables, del faubourg de San Germán.

No había perdido el tiempo en el convento de Boulogne.

Hablaba admirablemente el inglés, un poco el alemán. Sus estudios eran completos. Había obtenido un título de institutriz.

Se acordaba todavía de las palabras del inspector á sus colegas:

—¡Pobre muchacha! ¡Un título le hará falta! Además, era tan inteligente como un hada.

Las ancianas maestras en cuya casa entrara, le cobraron afecto muy pronto. Al cabo de dos años tenía fama por su habilidad sin igual.

Hacía un sombrero como nadie; las cintas y las plumas adquirían en sus manos una elegancia incomparable.

Una mañana, un señor de buenos modales, generoso como un príncipe—cuando los príncipes son generosos,—envuelto como un caballero de Van-Dyk en su capa, entró en el obrador de las

viejas modistas, con las que sostenía relaciones amistosas.

Llamaron á Mademoiselle Germana al saloncito, y el señor le dijo:

—¿Qué edad tiene usted, hija mía?

—Diez y nueve años.

—¿Quiere usted entrar en mi casa? Me han hablado tan bien de usted, que me interesa su porvenir. Venga. La constituiré una buena posición, que será digna de usted con el tiempo.

Este personaje, de figura imponente y cortés, era el ilustre Vicente Bouret, el fundador del Bazar de San Germán, el primer almacén del mundo, probablemente.

—Según parece, no tiene usted familia—había añadido con una bondad emocionante.—Allí la tendrá muy numerosa. Trataremos de reemplazar la que ha perdido.

Ella aceptó.

El señor Bouret se la presentó á su amigo Perrolet, al que habló en voz baja, y á las órdenes del cual quedó destinada.

Así había vivido seis años muy dichosa.

Cuando Bouret iba al departamento, le dirigía una mirada paternal, sin decirle nada, acompañada de un movimiento de cabeza amistoso, y pasaba.

Solamente alguna vez la preguntaba con una sola palabra:

—¿Cómo va?

Ella se sonreía y todo quedaba dicho entre los dos.

Veía todo este pasado tan claramente, como si lo hubiese vivido de nuevo.

El patrón cumplió su palabra.

Era segunda, llevaba una vida feliz con su trabajo; pero el mismo patrón ¿no trabajaba? ¿No estaba allí desde la mañana á la noche, á pesar de su inmensa fortuna, dominando con su mirada penetrante aquella colmena dorada llena de abejas laboriosas?

Pero aquella carta le había robado la tranquilidad con la cual era tan feliz.

¿Qué se había hecho de sus años tranquilos? Se resistiese ó no, su vida estaba ya envenenada. Tenía que elegir entre el remordimiento ó el pesar.

Le atacaban por varios lados.

Josselin, con su amor salvaje, le inquietaba; ni veía muy claro la aversión y los reproches del señor Perrolet contra el matrimonio que proyectaba.

¿Qué hacer? ¿Por qué decidirse?

Cansada, oprimida, concluyó por dormirse. Pero apenas cediera al sueño pesado y agitado que sigue á las sacudidas violentas, cuando se despertó sobresaltada.

Era el despertador que comenzaba con su música.

Daban las seis.

Á las ocho tenía que estar en su puesto, so pena de una mala nota, cosa que no había merecido hasta entonces.

Rendida y dolorida saltó de la cama y empezó su *toilette*.

X

ANSIEDADES

QUINCE días habían transcurrido desde el paseo por Chantilly.

Germana no había vuelto á recuperar su perdida alegría.

Se mostraba tan activa como otras veces, solamente que se advertía un poco de agitación y de calentura en esta actividad.

Para las señoras, de cualquier clase que fuesen, desde la más humilde jornalera del barrio hasta las condesas que llegaban acompañadas por lacayos empolvados, estaba más amable que nunca.

Ponía toda su atención en el negocio de su ramo, tratando de distraerse con el trabajo; pero interiormente se sentía presa de las fatigas, del cansancio, del fastidio, de los descorazonamientos, que imprimían visibles huellas sobre su rostro.

Cuando por casualidad pasaba por delante de la caja de Josselin, ó cuando le encontraba en los pasillos á las horas de las comidas, bajaba los ojos y fingía no verle.

Si él la reconvenía por la distracción, enrojecía como una colegiala cogida en falta y se excusaba balbuceando:

—¡Perdón! Pensaba en un olvido que he tenido.

Otras veces decía:

—Tengo jaqueca; no distingo nada.

A veces, cuando él podía detener un momento á la segunda, la decía:

—Cuento los días: no faltan más que cuarenta y tres.

Ella hacía un ligero gesto, un poco triste, se encogía de hombros y se iba.

En varias ocasiones la había esperado por la noche á la salida de la tienda.

Era una procesión original la del personal, saliendo del enorme bazar, cuyas ventanas resplandecían con el gas y la luz eléctrica, y cuyos rayos iluminaban las aceras y las calles vecinas, como el resplandor de un palacio en fiesta.

A las ocho en punto se oía en todo el barrio un ruido estridente.

Era el de las pesadas armaduras de hierro, parecidas á las antiguas compuertas de las fortalezas, que se cerraban rechinando en las cuatro fachadas del monumental edificio.

Las aceras se quedan sumidas en la obscuridad, mientras que la iluminación continúa en los pisos superiores.

Por los grandes vanos se veía desde fuera un hormiguero de empleados, que se apresuran á arreglar los paquetes, doblar las telas y cubrirlas.

Entonces empezaba el desfile por el grandioso portal de la calle de Sévres, que sigue iluminado, en presencia de los patrones de servicio.

Parecen batallones que se suceden á intervalos desiguales, bajo las órdenes de los oficiales que mandan su compañía de empleados.

Hay especialidades más favorecidas las unas que las otras.

El recoger es más largo para las de la lencería que para las señoritas de los vestidos, para los jóvenes de las indianas que para los de los pañuelos.

Los prisioneros salen y emprenden sin tardanza su vuelo; en la calle los esperan los amigos, y tal es la exuberancia de vida de esta juventud, que á pesar del cansancio de todo un día de pie, sin otro descanso que el de las horas del almuerzo y de la cena, todavía se encuentran dispuestos para el placer, y en lugar de irse á dormir van á pasear, á jugar ó á divertirse de la manera que más les place.

Á muchos empleados en los días de prisas, de exposición ó de renovación de escaparates, no les dan la salida hasta las nueve, y á veces hasta las nueve y media; y esos días se suceden con frecuencia.

Durante una hora, lo menos, las calles vecinas se llenan de empleados.

Su desfile parece el de un ejército.

Es una barahunda de gente joven que sale riendo, charlando, bromeando, ó que se marcha del brazo hablando de sus negocios.

Las muchachas salen juntas y se dispersan á medida que se alejan del barrio, desgranándose como un rosario del que se sueltan las cuentas.

Las que no tienen familia en París están obligadas, hasta llegar á cierta edad, á vivir en las dependencias de la casa. Hay en ella hileras de cuartos cuidadosamente amueblados, donde tienen un albergue menos peligroso para su virtud que el que ellas pudieran tomar en la gran capital.

Josselin había espiado á Germana con frecuencia, tratando de romper el convenio que le había sido impuesto en Chantilly.

Pero ella había puesto el dedo sobre sus labios, y con un tono de reproche le había dicho:

—¿Qué es lo que me ha prometido?

Lo que había de cierto es que ella no quería oír hablar de amor.

En medio de aquel conflicto de pretendientes, confusa, insegura, tomó el partido de no escuchar á nadie.

Tampoco había contestado á la carta del duque.

Éste no se había dado por ofendido y le había escrito otra.

En términos, ya ligeros ó irónicos, ya conmovedores y apasionados, le describía sus sentimientos, defendiendo su causa con tal ardor, que empezaba á producir su efecto.

Cierto que el duque tenía en Germana misma un auxiliar que le prestaba un apoyo más poderoso que su elocuencia.

Estaba Germana en esa edad en que la mujer siente una necesidad irresistible de amar. La vida de Germana, vida de fatigas, de trabajo y de asiduidad; una vida casi monástica, exenta de alegrías, había podido retardar, pero no reprimir para siempre, la explosión de deseos de un poder irresistible.

«¿Qué sería de usted — la escribía Rochebonne — si me rechazara? Se casaría con uno de sus camaradas. Sin ninguna duda, estará usted solicitada por un gran número. Porque ¿quién será el que no se enorgullezca con poseerla? Pero al cabo de varios días, aunque ceda con placer á sus instancias, comprenderá al fin el engaño de que ha sido víctima. Daría un tesoro inestimable, y ¿qué recibiría en cambio? La mediocridad, á la cual se quiere condenar, es indigna de usted, y no tardaría en sentir sus sinsabores. Nacida para habitar palacios, vegetaría en el hogar de un

pobre; cuando con su distinción suprema podría sostener su rango en todas partes. El hombre, exceptuando algunos casos muy raros, adquiere el porte del medio en que ha sido educado ó en que vive, y usted se vería lastimada en su delicadeza al unirse con una naturaleza grosera, como lastima y aja á la sensitiva el contacto de un cuerpo extraño, ó las caricias de un escarabajo que se posa sobre su corola».

Y seguían juramentos de fidelidad, protestas de cariño, de ternura infinita; todas las frases engañadoras de los amantes que se ponen á los pies de la mujer á quien quieren arrancar el consentimiento, y á la que tratan despóticamente al día siguiente de su caída; declaraciones doblemente peligrosas por dirigirse á una pobre muchacha vencida á medias por el tedio de su soledad, y porque provenían de un hombre cuyas miradas le habían emocionado profundamente desde el primer instante, y al cual, en la inocencia de su admiración, estaba agradecida, por descender hasta ella para elevarla hasta él.

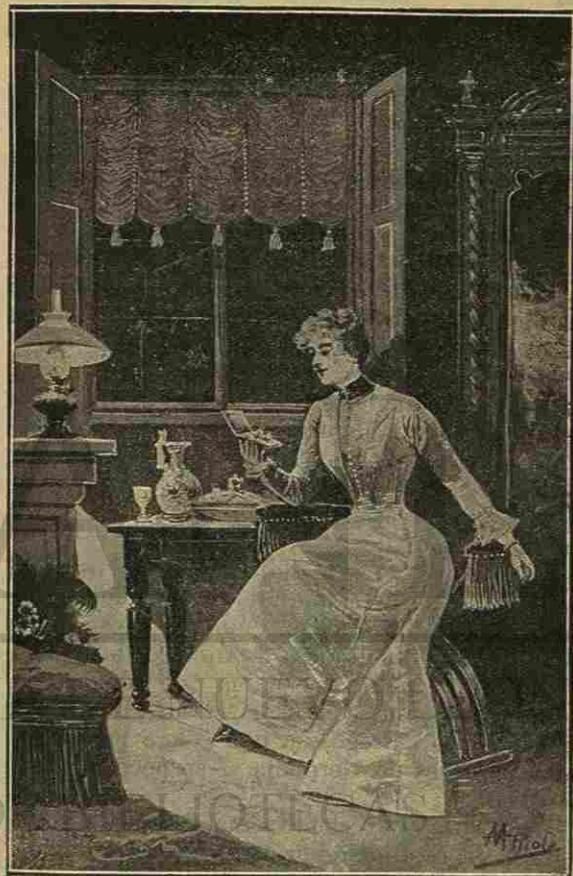
Una noche la portera la entregó, en vez de una carta, una cajita con su dirección; la caja tenía un aspecto modesto, con su envoltura de papel gris.

La cogió y se la llevó, haciendo cálculos acerca de lo que sería.

Pero, ya en su cuarto, vió que era un estuche de terciopelo azul, con la etiqueta de Fontana, y que contenía un par de solitarios para las orejas.

Los brillantes eran soberbios; el duque debía de haber pagado por ellos lo menos diez mil francos.

Entonces, en la soledad de aquel cuartito, se reprodujo esa escena eterna y verdadera en la



... y que contenía un par de solitarios para las orejas,

que Margarita se prueba á solas en su cabaña las joyas del seductor.

Se contempló al espejo adornada con aquellos brillantes. En efecto, realzaban singularmente su hermosura. Con tales adornos, ¿es posible no parecer bonita? Veía chispear los brillantes en el espejo, á la luz de las bujías, y la daban escalofríos de placer. Por un instante sintió envidia de todas las mujeres que tienen el derecho de adornarse con esas brillantes y caras futesas y de brillar á los ojos de las otras, ante todo el mundo, sin que nadie las pueda criticar.

Exhaló un suspiro, y encerró los brillantes en su nido, proponiéndose devolverlos al que había tenido la audacia de ofrecérselos.

La audacia, sí: la palabra no era demasiado fuerte.

Se los devolvería.

Pero ¿cómo?

¿Á su hotel? ¿Y si la duquesa cogía el estuche? ¡Qué escándalo! ¡La duquesa podía volver al departamento de las modas! Compraba desde hacía algún tiempo un número asombroso de sombreros. Era una cliente que había que atender. Imperiosa, violenta, como ella la suponía, era de temer que se entregase á una cólera perjudicial á los intereses de Germana si sospechaba alguna cosa.

¿Qué diría el excelente señor Perrolet si sobreviniese un escándalo por causa de su protegida? ¿Y el señor Bouret, el dueño, tan bueno para ella?

Valía más esperar una ocasión para devolverlos; después de todo, la cosa no urgía.

Pudiera suceder que ella volviese á ver al duque, y entonces le entregaría su magnífico pre-

sente; magnífico — ¡verdaderamente magnífico y de príncipe!, — haciéndole comprender su impertinencia.

¿Es que la creía capaz de ser vencida por unas joyas?

No; ella era una muchacha honrada, que no tenía de qué avergonzarse. ¡No quería sucumbir! ¿Era culpa suya si aquel ocioso se empeñaba en perseguirla, en escribirla y en turbar su reposo?

¿Le había autorizado con una sola palabra, con un solo gesto, para que él se condujese de aquel modo?

Ni pensarlo.

Había estado atenta con él, y esto era todo, ¡pues nadie se enfada por una palabra galante! Sería demasiado ridículo.

Tiró los brillantes en el fondo de un cajón y no pensó más en ello.

Un día, á mediados de Julio, Germana salía de la tienda á la caída de la tarde.

Apenas serían las nueve. El cielo estaba sereno y estrellado; la temperatura era de una dulzura excepcional. Marchaba sola por el boulevard San Germán, y llegaba á la esquina de la calle Solferino, para ganar el puente, cuando vió una sombra en el rincón del malecón de Ors-ay, que se acercaba á ella.

No tuvo miedo, pues á la orilla del agua, bajo los árboles, había paseantes que respiraban el aire fresco, bañándose en la humedad de la noche, que caía como una verdadera lluvia, desquitándose de los ardores del día.

La sombra no parecía animada de malas intenciones, y no tenía el aspecto de esos rateros y pillos que desvalijan á los transeuntes solitarios.

Por el contrario, parecía elegante, bien vestida, con guantes de color claro y con un sombrero de última moda.

Cuando se encontró á dos pasos de la muchacha, la empleada del señor Perrolet se volvió involuntariamente y se estremeció, como si la hubiesen puesto en contacto con una pila eléctrica.

—Germana—dijo la sombra,—¿es que la asusto?

Era la voz del duque de Rochebonne.

XI

POSTRACIÓN

EL duque estaba delante de ella con la sonrisa en los labios, enseñando sus bonitos dientes blancos, y con un ligero bastón con puño de amatista, con el cual jugaba tranquilamente.

—Cójase usted de mi brazo—la dijo,—pues nos observan, y no quiero comprometerla.

¿Qué hacer?

Por los dos lados los grupos se acercaban.

Lo mejor era aceptar el ofrecimiento del duque y explicarse.

Y hacerlo en seguida y quitarle todas las esperanzas, que ella no quería autorizar.

Pasó su brazo bajo el del duque, y balbuceó algunas palabras en voz débil:

—Lo hago á pesar mío, señor... estoy desolada... Pero por un minuto solamente...

El duque le interrumpió:

—¿Por qué no me ha contestado?

—¿Cómo quería que lo hubiese hecho? Y además, ¿debía hacerlo?

—Habermé dirigido su respuesta á mi casa sencillamente.

Y añadió riéndose:

—Ya sabe usted dónde vivo, puesto que allí envía sus sombreros.

—No quise hacerlo. ¿Por qué se obstina en perderme? ¿Es eso generoso? ¿Es que no hay otras que serian felices aceptando sus ofrecimientos y sus regalos también? ¿Adónde se los debo mandar, pues ya comprenderá que no pienso quedarme con ellos? ¡Oh, no, de ningún modo! ¿Es que yo soy mujer para llevar brillantes?

—Son muy bonitos, ¿no es verdad, Germana? ¡Y qué bien la deben de estar!

Ella mintió; pero ¿quién no hubiese hecho otro tanto?

—No sé—contestó.—Pero esos brillantes no son más que para princesas.

—¿No es usted la mía? La quiero ver más guapa y más brillante que las otras.

—¡No! Yo seguiré siendo lo que soy, nada más; aunque tuviese ganas de ellos, no quiero parecer mejor que otras; esas alhajas se quedan para las que pueden llevarlas.

Se reponía poco á poco. La emoción que la había causado el encuentro que esperaba desde hacía algún tiempo, empezaba á desaparecer.

El duque la había ido llevando muy despacio hasta la calle de Poitiers, que en aquella hora estaba muy oscura.

—Dejemos esa miseria—la dijo—y esas chiquilladas, Germana. He querido tener esta entre-

Por el contrario, parecía elegante, bien vestida, con guantes de color claro y con un sombrero de última moda.

Cuando se encontró á dos pasos de la muchacha, la empleada del señor Perrolet se volvió involuntariamente y se estremeció, como si la hubiesen puesto en contacto con una pila eléctrica.

—Germana—dijo la sombra,—¿es que la asusto?

Era la voz del duque de Rochebonne.

XI

POSTRACIÓN

EL duque estaba delante de ella con la sonrisa en los labios, enseñando sus bonitos dientes blancos, y con un ligero bastón con puño de amatista, con el cual jugaba tranquilamente.

—Cójase usted de mi brazo—la dijo,—pues nos observan, y no quiero comprometerla.

¿Qué hacer?

Por los dos lados los grupos se acercaban.

Lo mejor era aceptar el ofrecimiento del duque y explicarse.

Y hacerlo en seguida y quitarle todas las esperanzas, que ella no quería autorizar.

Pasó su brazo bajo el del duque, y balbuceó algunas palabras en voz débil:

—Lo hago á pesar mío, señor... estoy desolada... Pero por un minuto solamente...

El duque le interrumpió:

—¿Por qué no me ha contestado?

—¿Cómo quería que lo hubiese hecho? Y además, ¿debía hacerlo?

—Habermé dirigido su respuesta á mi casa sencillamente.

Y añadió riéndose:

—Ya sabe usted dónde vivo, puesto que allí envía sus sombreros.

—No quise hacerlo. ¿Por qué se obstina en perderme? ¿Es eso generoso? ¿Es que no hay otras que serian felices aceptando sus ofrecimientos y sus regalos también? ¿Adónde se los debo mandar, pues ya comprenderá que no pienso quedarme con ellos? ¡Oh, no, de ningún modo! ¿Es que yo soy mujer para llevar brillantes?

—Son muy bonitos, ¿no es verdad, Germana? ¡Y qué bien la deben de estar!

Ella mintió; pero ¿quién no hubiese hecho otro tanto?

—No sé—contestó.—Pero esos brillantes no son más que para princesas.

—¿No es usted la mía? La quiero ver más guapa y más brillante que las otras.

—¡No! Yo seguiré siendo lo que soy, nada más; aunque tuviese ganas de ellos, no quiero parecer mejor que otras; esas alhajas se quedan para las que pueden llevarlas.

Se reponía poco á poco. La emoción que la había causado el encuentro que esperaba desde hacía algún tiempo, empezaba á desaparecer.

El duque la había ido llevando muy despacio hasta la calle de Poitiers, que en aquella hora estaba muy oscura.

—Dejemos esa miseria—la dijo—y esas chiquilladas, Germana. He querido tener esta entre-

vista con usted, que decidirá su porvenir y el mío. Fíese en mí. No abusaré nunca de su bondad. No quiero obtener nada de usted sino por usted misma. La quiero con pasión, y la respeto más todavía. Sobre todo, no hablemos más de esa futesa que he tenido mucho gusto en ofrecerla. La quiero brillante, rica, tranquila. Deseo la felicidad para usted y para mí completa, escondida si quiere, con el fin de que la maldad de los otros no tenga influencia sobre ella; pero tan grande, que no nos quede nada que ambicionar.

Llegaban á la esquina de la calle de Verneuil.

Un coche tirado por un tronco de caballos castaños impacientes y soberbios, contenidos por el cochero, estaba estacionado en el ángulo de la acera.

Un lacayo abrió la portezuela, mientras que el duque levantaba casi á Germana, que se encontró sentada sobre los cojines sin saber cómo y sin pensar en resistirse á la voluntad de Rochebonne.

Cuando la portezuela se hubo cerrado, con un ruido sordo, los caballos se dirigieron hacia los Champs-Elysees, siguiendo por el barrio, como si la orden estuviese dada con anterioridad.

Entonces Germana experimentó una sensación desconocida.

Mecida por el balanceo regular de la berlina, se quedó anonadada, en un estado de postración y de debilidad rayano en el desmayo.

Casi había perdido el conocimiento.

Los doctores llaman á este estado hipnotismo. Si hubiesen encontrado una palabra más fea, la hubiesen elegido.

Para afirmar su ciencia inventan una infini-

dad de nombres oscuros y raros, con la ayuda de los cuales bautizan las enfermedades que inventan; mejor harían en buscar un remedio para la jaqueca, que no curan nunca.

La muchacha vió desfilar como en una pesadilla las grandes verjas que rodean al jardín del presidente de la Cámara, el Ministerio de Negocios extranjeros, de cuyos patios salían tenues resplandores; después las aguas del río, sembradas de luces que danzaban en todas direcciones y que temblaban debajo del puente de los Inválidos.

En los Champs-Elysees, al dar la vuelta, vió desde lejos el resplandor que lanzaban los cordones de gas de los cafés cantantes, y el follaje de los tilos alumbrado por esta iluminación de feria.

Al subir hacia el Arco de la Estrella no distinguió más que los miles de linternas de los coches que se cruzaban con el suyo ó le adelantaban, pues los caballos habían acertado el paso, y por los cristales de las portezuelas divisó como una nube de parejas en coches de punto descubiertos.

Rochebonne, inclinado hacia ella, estaba suspenso, inquieto por el desfallecimiento súbito en que había caído Germana.

Contemplaba ávidamente su cabeza encantadora, y la veía con los ojos medio cerrados y con la frente inclinada, agobiada ante el imperio de un penoso sentimiento de vergüenza y de sufrimiento.

Su pelo en desorden, después de todo un día de fatiga, se escapaba en mechones por debajo de su sombrero, caído hacia un lado.

Su traje negro, con un encaje rodeado al cuello, acentuaba la palidez de su piel de nieve.

El duque respiraba los perfumes ligeros, dulces como los de la violeta, que se escapaban de aquella mujer joven y fresca como la primavera.

Él, el escéptico, el disoluto, se volvía casi tímido, se sentía paralizado enfrente de aquella debilidad que se le entregaba en un momento de locura inconsciente.

Poco á poco, sin embargo, se enardeció.

—Germana—murmuró á su oído con voz acariciadora.

Ella no contestó, pero fijó sobre él sus ojos extraviados, abiertos como si estuviese poseída de terror.

Él la cogió la mano.

Ella la dejó entre las suyas sin resistencia ninguna.

Él se inclinó sobre su hombro, murmuró en su oído frases melodiosas y apasionadas.

El duque era demasiado caballeroso para abusar de aquel estado de abatimiento de Germana.

La llamaba con palabras cariñosas, palabras que servirán eternamente al eterno amor y que han sido repetidas por todos los labios, desde que el Creador lanzó nuestro planeta en los espacios sin límites.

Pero ella no oía.

Por su cabeza pasaban mil pensamientos tumultuosos, indescifrables y vagos, sin forma, como las siluetas de los árboles que ella veía en la obscuridad, que iba aumentando, desde que el coche rodaba en las avenidas del *Bois*.

De pronto, bruscamente, los caballos se pararon para dejar pasar á otro coche que corría á toda prisa y desembocaba de una avenida transversal,

Germana, sacudida por este cambio brusco de movimiento, recuperó el sentido.

Pasó una mano por sus ojos, miró alrededor suyo y pareció muy asombrada al verse al lado de Rochebonne.

—¿Dónde estamos?—preguntó ella.—¿Hace mucho que estoy con usted? Sí, ya me acuerdo, hace un momento, ¿no es verdad? Me ha obligado á subirme en el coche.

—Hace solamente unos momentos.

—¿Dónde vamos?

—Á el *Bois*; estamos ya.

—Volvámonos, se lo suplico.

—Todavía no, el aire la repondrá. Estaba usted casi desvanecida. ¿Que tiene?

—Una emoción demasiado fuerte. ¿Por qué me persigue así?

—¡Porque la quiero y deseo ser querido por usted!

—Ya sabe que es imposible.

Y de pronto, al cabo de un momento de silencio:

—¿Qué es eso?—dijo ella señalando un pabellón brillantemente alumbrado, delante del cual se paraba el coche.

—La Cascada—dijo el duque.

—¿Quiere usted bajar?

—Sin duda. Usted también, venga conmigo.

—¡Oh, no! Se lo suplico: ¿si nos viesen?

—¿Quién?

—Esos señores, alguno de la casa. ¡Estaría perdida!

—¡Perdida!—dijo él sonriéndose.—No tenga miedo. Es usted una niña. ¿Puede estar perdida ahora? ¿No estoy yo aquí?

El lacayo había abierto la portezuela.

—Esté usted tranquila, amor mío—añadió el duque: los otros no han venido tan de prisa como nosotros.

Germana cedió, y del brazo del duque entró en el salón bajo, por entre grupos de gente sentada fuera.

En efecto, allí no había nadie que la conociese.

¡Se tranquilizó!

Los mozos se apresuraron á salir al encuentro de los recién llegados.

El duque era uno de los asiduos en la casa.

Se fué á sentar en el fondo en un ángulo y pidió helados.

—Debía estar orgulloso—dijo á Germana;—provoca usted una admiración que se traduce claramente. No hay una mujer que no se muera de envidia por parecerse á usted. ¡Y qué razón tienen!

—Me alaba usted, pero no soy crédula, y todavía estoy menos tranquila.

—¿Por qué?

—¡Lo que hago está tan mal! En fin, me ha querido usted hablar, y aquí estoy.

—¿No me ha oído antes?

—¿En dónde?

—En el coche.

—No. No sé lo que he experimentado. Un mal-estar muy raro. Mi vida se iba. Me era imposible hacer ningún movimiento y, sin embargo, distinguía los sonidos y veía claridades y formas. Ya todo pasó.

—Pues bien, la he dicho todo con dos palabras: la quiero.

—Lo que significa que es usted rico, noble y

que revolotea alrededor de las pobres muchachas que, como yo, están obligadas á trabajar para vivir, y que tiene usted un capricho. Se aburre á veces y ha pensado en mí. Al verme por casualidad se ha hecho esta reflexión: He aquí una mujer que me hará pasar ocho días divertidos. ¿No es verdad?

Estaba jovial, encantadora.

Sacaba partido de una aventura que, después de todo, no ofrecía graves peligros.

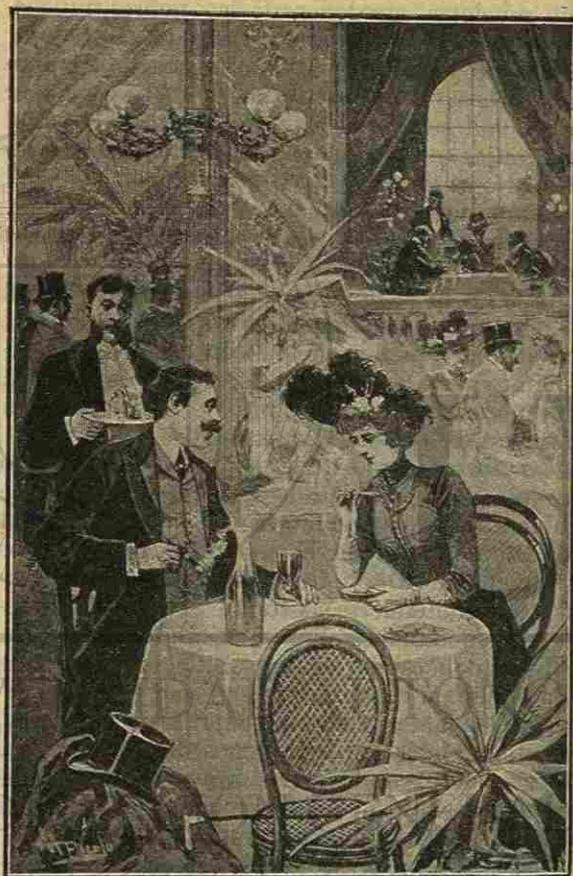
Bajo las luces de las arañas, su espíritu volvía á encontrar su libertad. Todo aquel mundo que le rodeaba, aquellos criados con libreas que esperaban, aquella barahunda de coches, de lacayos, de señores y mujeres, los lujosos trenes que iban y venían, la volvían á la realidad.

Ya no tenía miedo. Encontraba hasta cierto encanto en la sociedad de aquel hombre, al que hubiera deseado poder querer, y que realizaba tan maravillosamente el tipo ideal de sus sueños de muchacha. Desde luego, ella era bastante sensata para defenderse, bastante fuerte para resistir á sus debilidades, si se presentaban.

Fernando estaba en éxtasis, y mientras que ella tomaba á cucharaditas su helado con los bordes de los labios, como un pajarito que picotea, la contemplaba con ojos llenos de ternura y de deseos, sobreexcitados por el atractivo que se desprendía de aquella adorable muchacha. Al oír las palabras de Germana había movido la cabeza.

—No es un capricho lo que usted me inspira—la dijo.—Ya lo sabe. Es una pasión sin límites y que durará tanto como yo.

—¡Cuántas veces ha repetido estas cosas!—dijo ella con malicia.



... y mientras que ella tomaba á cucharaditas su helado con los bordes de los labios!

—Nunca.

—Júremelo.

—Por todo lo que le plazca.

—¡Juramentos que se hacen para no cumplir!

—Germana—dijo dando su mano á la muchacha,—¿qué es menester que haga para probarla mi lealtad? Ordene usted; cualquiera que sea su voluntad, me conformaré.

Ella bajó los ojos.

Fernando había encontrado el camino de su alma.

Un combate peligroso se libraba entre ellos.

En su ignorancia imprudente, ella jugaba con el fuego.

Rochebonne tenía por aliados en esta lucha las debilidades de la mujer y su coquetería, manantial de celestes alegrías para el hombre á quien se escucha y que subyuga.

Sin embargo, se repuso por un esfuerzo de voluntad.

—Señor duque—dijo con gravedad,—no le oculto que me hace desgraciada. Acaso, y á pesar mío, me vería demasiado dispuesta á escucharle. Pero hay un obstáculo entre los dos. Mi resolución de seguir siendo lo que soy, una pobre y honrada muchacha. Soy sincera. Muchas veces he visto á mis iguales que se han dejado llevar, como yo podría hacerlo, y que han caído como podría caer yo. Su lujo y su vida no me tientan. Mi carrera está trazada, la seguiré. Hay una cosa que estimo por encima de todo. No es el honor. El honor es una palabra que cambia según las condiciones, y no lo entiendo como todo el mundo. Hay el honor de los hombres y el de las mu-

ieres. Un hombre no pierde nada de su honor ni aun cometiendo los mayores desafueros contra la moral. A la mujer se la desprecia por la debilidad de un día. Esto es injusto y despótico. En mis largas noches de insomnio y soledad he reflexionado sobre estas ideas del mundo; yo tengo las mías. Lo que me detiene es la estimación de las gentes que me han ayudado, y á las que debo el modesto empleo de que vivo. Esta estimación la pongo por encima de todo; la colocó antes de la felicidad de ser querida por un hombre como usted. Antes que tener motivo para sonrojarme delante de ellos, me tiraría por la ventana sobre el empedrado de la calle, ó al Sena desde lo alto del puente Royal.

He aquí mi confesión. Yo he cometido una torpeza aceptando este paseo. ¿Qué pensarían de mí al verme con usted? ¿Qué pensaría el señor Bouret si supiese que su protegida ha venido aquí en un coche con usted? Mañana, ¿qué dirían mis compañeras si les contasen que *Capricho* ha pasado la noche *vis-à-vis* con el señor duque de Rochebonne? No habría una que no sospechase todo lo que usted debe figurarse. Se equivocarían; pero no por eso estaría menos perdida ante sus ojos. ¿El mundo? No me ocupo de él más que lo que él se ocupa de una muchacha como yo; pero mis camaradas, esa familia de la que formo parte, y esos jefes, en éstos es en lo que pienso. Felizmente, mi locura de esta noche pasará desconocida y no volveré á cometerla.

—¿Me aborrece usted?— preguntó Rochebonne.

—¡Ah! ¡No, Dios mío!— contestó ella traicionándose.—¡Al contrario! Le quiero por su bon-

dad. ¿Hay mujer alguna que pueda odiar á nadie por la amistad que le demuestran, por débil que esa amistad sea? Yo no lo creo. La de usted me conmueve, y la agradezco. No he encontrado más que tres hombres que me hayan demostrado un poco de afecto: mis dos jefes, y, por último, usted. Pero—añadió riéndose—no ha sido por el mismo motivo.

El duque se acercó, apoyándose sobre la mesa que les separaba.

—¿Y su amigo de Chantilly?—la dijo.

Se sonrojó ligeramente.

—¡Oh! Él—dijo ella—es un exaltado, un salvaje.

—Entonces eso no es amistad.

—Es frenesí. Su temperamento es el de un italiano.

—Confíeselo: ¿le quiere usted?

—Quizá debiera quererle.

—¿Pero?...

—¡Me asusta! Y, sin embargo, él se quiere casar conmigo. ¡Pobre muchacho!

—¿Es alguno de sus camaradas, de los que tiene en tanto su estimación?

—Sin duda ninguna.

—¿Y estaba usted decidida á casarse?

—Dudaba, se lo confieso.

—¿Y ahora?

—Ya no dudo.

—¿Entonces consiente usted?

—No—contestó sencillamente.—Ahora ya no quiero casarme.

El duque la apretó la mano y sonrió.

Pero ella completó el pensamiento adivinando la intención de Rochebonne:

—Ya no quiero interesarme por nadie. ¡Se sufre demasiado!

Una lágrima asomó en sus ojos. Acaso aquella felicidad que ella rehusaba la tenía más interesada de lo que pensaba.

El duque la contemplaba ávidamente. Su cara franca, con sus grandes ojos azules, en donde se reflejaba la pureza de un alma sencilla y dulce; sus mejillas aterciopeladas; su linda boca, de labios de púrpura, exaltaban el deseo que había concebido en una hora de ocio. Empezaba á querer sinceramente á esta muchacha sin cálculo, que se revelaba leal y desinteresada.

De pronto ella se levantó y un susto repentino se dibujó en su cara.

—¡Ah! ¡Dios mío!—murmuró.—¿Por dónde huir?

—¿Qué pasa?—preguntó el duque sin levantarse de su silla.

—Mire ahí fuera en ese coche.

Una espléndida victoria se paraba en la escalinata del café. Estaba enganchada á dos caballos americanos negros como el azabache.

Dos señores de cierta edad bajaron.

El uno tenía una rosa en el ojal de la chaqueta; era alto y fuerte, rayando en colosal, de fisonomía en que se veían el hábito de la autoridad y al propio tiempo la bondad. El otro era menos alto, con el pelo gris, de aspecto cortés y servicial; su figura casi desaparecía al lado de la imponente de su compañero.

—¡Mis jefes!—balbuceó Germana aterrada.

Rochebonne hizo una seña al camarero que les servía.

—Pedro—dijo con precipitación el duque,—

conduzca á la señora á mi coche por la sala del fondo y digan que me esperen delante de la Cascada.

Ya era tiempo.

Bouret y su fiel Perrolet habían hecho su entrada en el pabellón. Aquél echó una mirada en derredor suyo.

Buscaba tan solo una mesa para sentarse con su colaborador.

Los mozos se apresuraron á ir á su encuentro, como habían hecho con el duque.

La aristocracia del comercio obtiene los mismos miramientos que la de la sangre.

El señor Bouret era todo un personaje. Se puede añadir que era una gran figura de su tiempo, y su celebridad parisién estaba más extendida que la de un gran número de ilustraciones políticas que continuamente se atropellan, cogen por asalto los Ministerios y ganan, por haber ocupado el puesto breves días y haberlo hecho mal además, el derecho de poner en sus tarjetas este título de incapacidad: *ex-ministro*.

El señor Bouret era universalmente conocido.

Los favores que se le piden son incalculables.

Y lo que él reparte entre los pobres no se puede contar.

Es verdad que un río de arenas de oro corre por sus cajas y que acumula montones del precioso metal.

El Sr. Bouret está tan orgulloso de su nombre como Anjo podía estarlo del suyo, ó Santiago Cœur de su renombre; y además, entre las fortunas que se hacen rápidamente y crecen de la noche á la mañana como los criptógamos, la suya

es de una limpieza en su origen que cualquiera podía examinarla á fondo.

No hay nadie que no le haya visto por la mañana de pie, al lado de la escalera monumental que conduce á los pisos superiores de sus almacenes, dominando con su gran figura la multitud de cabezas humanas que llegan en nutridas filas por la calle de Sèvres y se dispersan por todas partes en el laberinto del bazar.

Entonces tiene el aire de un señor feudal, pasando revista á sus terratenientes, y no habrá existido ningún señor de vasallos del siglo xv que haya llevado mejor que este Porthos bondadoso la coraza repujada, ó sostenido mejor la pesada espada entre sus manos.

Si Diógenes le hubiese encontrado y examinado con su linterna, hubiese pensado que *era un hombre* de esos que en estos tiempos de seres débiles, anémicos y raquíticos no son comunes.

El Sr. Bouret vió á Germana, que se alejaba rápidamente, con su talle flexible y sus cabellos desordenados, cayendo sobre su cuello, blanco como la nieve.

Dió un golpecito en el hombro á Perrolet y se la enseñó.

—¡Bonita mujer!—le dijo.

El patrón de las modas miró al fondo del pa-bellón.

XII

LAS INCERTIDUMBRES DEL SR. PERROLET

EL señor Perrolet había visto un cuerpo bonito y un gran sombrero obscuro sobre un pelo de un rubio ceniciento; pero, no felizmente, la cara.

La muchacha no se volvió.

Se había quedado petrificada.

—Sí, bonita mujer—repitió Perrolet como un eco; pero á veces las apariencias engañan. Hubiese debido enseñarnos la cara.

—¿Qué nos importa eso? Somos demasiado viejos para ocuparnos de las caritas de esas señoritas. Nuestros borregos grandes están vendidos, como dicen en Maine.

Los caballos del tendero piafaban de impaciencia debajo de los candelabros de la terraza.

—Tienes los más hermosos animales que hay aquí esta noche—observó Perrolet.

—¡Es posible! ¡Ah!, amigo mío, ¿quién hubiese predicho, allá, en el pueblo, cuando éramos unos chicos que llevábamos zuecos, que algún día tendríamos caballos de ese precio para conducirnos y que vendríamos por la noche á flanear y á tomar un helado á la Cascada? ¡La casualidad nos ha protegido! Y tu pelota ¿cómo está?

—No va mal. Se redondea.

—¿Cuánto?

—Dos millones.

—Es una buena cantidad.

es de una limpieza en su origen que cualquiera podía examinarla á fondo.

No hay nadie que no le haya visto por la mañana de pie, al lado de la escalera monumental que conduce á los pisos superiores de sus almacenes, dominando con su gran figura la multitud de cabezas humanas que llegan en nutridas filas por la calle de Sèvres y se dispersan por todas partes en el laberinto del bazar.

Entonces tiene el aire de un señor feudal, pasando revista á sus terratenientes, y no habrá existido ningún señor de vasallos del siglo xv que haya llevado mejor que este Porthos bondadoso la coraza repujada, ó sostenido mejor la pesada espada entre sus manos.

Si Diógenes le hubiese encontrado y examinado con su linterna, hubiese pensado que *era un hombre* de esos que en estos tiempos de seres débiles, anémicos y raquíticos no son comunes.

El Sr. Bouret vió á Germana, que se alejaba rápidamente, con su talle flexible y sus cabellos desordenados, cayendo sobre su cuello, blanco como la nieve.

Dió un golpecito en el hombro á Perrolet y se la enseñó.

—¡Bonita mujer!—le dijo.

El patrón de las modas miró al fondo del pa-bellón.

XII

LAS INCERTIDUMBRES DEL SR. PERROLET

EL señor Perrolet había visto un cuerpo bonito y un gran sombrero obscuro sobre un pelo de un rubio ceniciento; pero, no felizmente, la cara.

La muchacha no se volvió.

Se había quedado petrificada.

—Sí, bonita mujer—repitió Perrolet como un eco; pero á veces las apariencias engañan. Hubiese debido enseñarnos la cara.

—¿Qué nos importa eso? Somos demasiado viejos para ocuparnos de las caritas de esas señoritas. Nuestros borregos grandes están vendidos, como dicen en Maine.

Los caballos del tendero piafaban de impaciencia debajo de los candelabros de la terraza.

—Tienes los más hermosos animales que hay aquí esta noche—observó Perrolet.

—¡Es posible! ¡Ah!, amigo mío, ¿quién hubiese predicho, allá, en el pueblo, cuando éramos unos chicos que llevábamos zuecos, que algún día tendríamos caballos de ese precio para conducirnos y que vendríamos por la noche á flanear y á tomar un helado á la Cascada? ¡La casualidad nos ha protegido! Y tu pelota ¿cómo está?

—No va mal. Se redondea.

—¿Cuánto?

—Dos millones.

—Es una buena cantidad.

—¡Gracias á ti!

—¿Eres tonto? Te he ayudado, tú me has ayudado á mí, estamos correspondidos y somos buenos amigos. Mira, Josephin, yo he visto muchas cosas en este mundo, y empiezo á conocer que una buena amistad es lo mejor que hay. Lo demás nos engaña, nos causa molestias del diablo, decepciones á cada momento. La amistad, la verdadera, la buena como la nuestra, mi viejo Josephin, nunca.

El señor Bouret se quedó silencioso un momento. Una arruga se había formado en su frente. Siempre hay en el corazón del hombre más feliz en apariencia un punto sobre el que no se puede profundizar.

Se sacudió, al cabo de un momento, de su meditación.

—¿Sabes por qué te he traído aquí esta noche?—dijo bruscamente á Perrolet.

—Para tomar el fresco.

—Eso primero, y después para otra cosa.

—Y esa otra cosa ¿cuál es?

Desde hace varias semanas he notado que estás muy raro. Noto en ti algo extraño. Francamente, ¿qué tienes?

—Nada.

—¿Te aburres?

—¿Se tiene tiempo para eso?

—¿Te cansas?

—Soy tan sólido como el Pont-Neuf.

—¿Piensas retirarte?

—¿Retirarme? ¿Para ir adónde?

—Podrías tener tu idea. ¡Dos millones! ¡Si juzgas que es bastante!

—Sin la tienda, ¿qué sería de mí? Ya estoy

acostumbrado á su trajín. Además, me gusta estar entre toda esa gente. ¡El tiempo se pasa tan pronto! Es tan bonito ver esa multitud de extranjeros que vienen del Norte ó del Sur, mujeres, compradores de todas partes. En fin, ¿podrías dejarte á ti, Vicente? ¿Es que piensas tú en retirarte?

—No.

—No podrías.

—Es verdad.

—Perecerías de aburrimiento si te arrancasen de tu tienda para trasplantarte fuera.

El señor Bouret se irguió.

—Dime, Perrolet—dijo frunciendo las cejas,—¿no podrías ser más respetuoso para la casa, amigo mío? ¡Una tienda! ¡Demontres!

—Sí, la vanidad se mezcla en ello—repuso Perrolet riendo.—¡Tú te vuelves orgulloso!

—¡Ah!—exclamó Bouret con su bondad acostumbrada,—me coge á veces esa vanidad. Aquí, entre nosotros, cuando doy vuelta alrededor de ese monumento que he elevado al comercio; cuando recorro sus galerías doradas, suspendidas en el vacío; cuando paso revista á mi ejército de empleados y calculo las enormes masas de mercancías que están entre sus manos, me suben oleadas de orgullo á la cabeza. Me hincho como una rana que se ha tragado un buey, ó se lo imagina. Es verdad que no me dura, felizmente. Me digo que no soy yo el que ha construido la casa, sino tú, los otros, el público, todo el mundo. Hace falta más de un caballo para mover un camión cargado de pedruscos. Nosotros estamos para algo. Los clientes, los empleados, tus señoritas, tu pequeño escuadrón de señoritas. En fin, la suerte; ¡ya ves

tú, Josephin, también hay suerte! Entra en todo, como el agua destilada en las drogas de un farmacéutico, por sus noventa centésimas partes. Es la masa, lo demás no se cuenta. Hay desgraciados que no ganan nunca á la lotería. Aunque tomasen todos los billetes, si dejasen uno, el premio gordo caería en ese. Así, pues, en el fondo, la vanidad sería una imbecilidad: yo no tengo más que una pretensión, amigo mío, como tú, como los otros: la de no ser un imbécil.

Tomó una gran parte de su helado, que se había deshecho durante su discurso, en el que se había retratado de cuerpo entero.

En seguida volvió á su primera idea.

—¿Conque no te aburrés?

—No.

—¿No quieres dejarme?

—No.

—Estás triste. Hay alguna otra cosa. ¿Tienes molestias con tu personal?

—¿A propósito de qué?

—A propósito de todo. Amigo mío, esas muchachas de las modas y de los vestidos son, como las compañías de opereta, buenas para trastornar la cabeza á la orquesta. Tú estás en el puesto del que lleva la batuta. ¡A fe mía, las hay muy monas! ¿Cómo te encuentras con tu pequeña Germana?

Perrolet tuvo como un sobresalto, que no pasó inadvertido para su amigo. Bouret había puesto el dedo en la llaga.

—Siempre la misma, amigo mío; buena persona, seria.

—¿No me han contado algo respecto á ella?

—¿El qué?

—¡Ah!, ya me acuerdo; que se quiere casar.

—¿Con quién?

—No te hagas el ignorante. Estás en el secreto. Con un cajero. ¡Es un ramo de rosas esa Germana! ¿Y tú no has sentido palpar algo debajo de tu chaleco al tener conocimiento de esa boda?

Perrolet hizo un esfuerzo sobrehumano.

—No—contestó.

—Pues bien, querido, eres más fuerte que yo. Cada vez que llega la ocasión á una de esas personitas, que casi he educado, á las que tenemos costumbre de vigilar, de ver tan rozagantes, frescas y coquetas, y que considero casi como hijas mías, que se lanzan á lo desconocido de una unión, en donde no encontrarán más que una parte de lo que buscan, siento una opresión en el corazón, un átomo de celos de padre, contra ese ser barbudo y feo—porque los hombres somos feos, Perrolet,—grosero, rudo, que viene á cogerla para hacer lo que quiera de una muchacha dulce y buena, criatura que ha educado durante veinte años, rodeándola de cuidados, cultivándola con el amor que un holandés cultiva sus tulipanes. ¿No te produce esa impresión á ti? ¡Eres de madera, una piedra! ¿No te parece que ese cajero te roba algo de tu reino?

—¡A fe mía sí!—dijo Perrolet reventando, engañado por la sencillez de su amigo Bouret.—¡Es verdad lo que dices!

—Mozo, otros helados—pidió el patrón del bazar de San Germán.

—Pero—continuó Perrolet—me parece que te habrán contado una novela, una fábula. Confieso que me apenaría el que esa niña hiciese una boda tan modesta.

—Sin embargo, no puede casarse con un príncipe.

—En efecto.

—La juventud tienta á la juventud. Esas chiquitas acaban por aburrirse solas en sus cuartos. Están hechas para querer como las otras. Es bonito el pasarse todo el tiempo vendiendo sombreros ó lencería ó vestidos; pero siempre les quedan diez minutos para pensar que tienen algo en el lado izquierdo y que las canastillas están para algo. ¿Qué edad tiene?

—Cerca de veinticinco años.

—Ya ves. Es mucho que haya esperado hasta ahora. ¡Tan mona como es! Él no hace nada de más en querer á esa pequeña. ¡No se es de hierro! Escucha lo que te voy á decir, Perrolet: es muy profundo, amigo mío. En las mujeres, es cierto que nuestro Creador—tú puedes ser un odioso ateo, Perrolet, pero yo no—ha puesto una pasión poderosa que las empuja—sígueme bien—á dejarse llevar de una manera irresistible, ¿me entiendes? Si no, ¿cómo se entregarían á unos monos mal formados como los hombres? Entre nosotros, mírate en un espejo, mírame á mí si quieres, es igual, y opinarás lo mismo que yo. Ellas lo pierden todo; su esbeltez, su elegancia, su frescura, por cinco minutos de goces dudosos; hasta su honor, según el mundo, á menos de legitimarlo con un matrimonio verificado ante el juez y el vicario; en fin, todo. Y, sin embargo, ¿conoces alguna que resista mucho tiempo? Si ellas no pueden resistir, ¿son por eso culpables? No. Es sencillamente tonto lo que te digo, pero es lógico. Pues Germana...

Á pesar de la gran deferencia que Perrolet tenía á su amigo Vicente, apenas le escuchaba.

Se hallaba absorto con un pensamiento que le había asaltado de repente.

Desde hacía algunos minutos estaba contemplando al duque, que se había quedado solo en la mesa, y al cual reconoció por haberle visto en su departamento acompañando á la duquesa.

Por su lado, Rochebonne examinaba al patrón del bazar de San Germán y á su amigo.

Perrolet se asombraba de que la señora vestida de negro, que había salido, como si huyese, cuando ellos entraban, no volviese.

Al hablar Bouret de Germana, sin querer había atraído su atención sobre este punto.

Germana se parecía, en la figura, á la desconocida, á la que no había visto más que de espaldas. Ese día llevaba un traje igual, un sombrero idéntico con una pluma gris.

¡Si fuese ella!...

Una sospecha, punzante como la punta de un estilete, se clavaba en el corazón de aquel enamorado, que desde hacía años estaba apasionado de su empleada y no se atrevía á decírselo.

El duque pareció comprender la duda del patrón de Germana.

Encendió un cigarro, se levantó tranquilamente y salió por el mismo sitio por donde había entrado.

El señor Perrolet tenía unas ganas furiosas de seguirle, de saber adónde iba á encontrarse con la mujer que le había dejado tan bruscamente; pero la presencia de su amigo le detuvo en su sitio.

Se quedó, pues, con los ojos fijos sobre la terraza, esperando á ver pasar al duque con la mu- chacha; pero su espera fué inútil.

Rochebonne se fué solo, fumando su cigarro, y desapareció por el lado del grupo de rocas del que tomara su nombre aquel restaurant elegante.

El señor Bouret observaba con curiosidad los síntomas de impaciencia y de contrariedad muy visibles en la fisonomía de su compañero.

Los atribuía á algo relacionado con Germana.

—Mi pobre Perrolet, ya ves que tengo razón. Tú no estás tranquilo. No. Sé franco. Confiesa que esa muchacha te hace perder la cabeza. Estás celoso, pero celoso como un tigre. ¿Es verdad?

—Sí, es verdad. No sé lo que me ha hecho; me ha embrujado.

—Por fin. ¡Gracias á Dios! Eso es lo que yo quería hacerte confesar. ¿En dónde está el mal en todo esto? ¿en que hay que decirselo? ¿Quieres que me encargue de tu asunto?

—Déjame reflexionar.

—¿Crearás que haría un mal embajador?

—No tengo intención de casarme.

—Entonces no hablemos más.

—Tú comprendes: ¡dos carcamales como nosotros!

—Habla por ti, amigo mío.

—Pues sí: un carcamal como yo. ¡Sería ridículo á mi edad!

—Bien, ¡entonces yo! ¿Tú te figuras que no tengo mis pretensiones? Además, eres rico, ¡qué diantre! Es tu empleada. Debe halagarle el casarse con su patrón.

—Decididamente no. Ya hablaremos más tarde.

—¡Ten cuidado, Perrolet!, ¡ten cuidado, amigo mío! Esperando demasiado, se expone uno á verse burlado. Otros se darán más prisa, y ella puede

ponerse de su parte. ¿Quién es capaz de saber qué ideas son las que revolotean en una cabeza de... ¿cuántos has dicho? ¿Veinticuatro años?

—Veinticinco.

—¡Todavía peor! Á esa edad ninguna muchacha quiere quedar para vestir imágenes, y escoge al primero que la viene á las manos.

—¿Qué quieres? Estoy acostumbrado á esta vida. Tengo mis manías de solterón. Ya veré; todavía no está casada. Acaso sea una falsa alarma. Me encuentro bien como estoy. Ahora me puedo figurar que no le soy desagradable; mientras que si la hago la pregunta y me contesta rechazándome, como es probable, me quedaré desolado, despechado, furioso.

—Ya comprendo; eres medio feliz y te conformas. ¡Filósofo!

—En fin—dijo Perrolet,—si ella quiere ya á alguien, sería demasiado tarde para presentarme. Si, por fin, me decidiese á casarme, no me entusiasmaría hacerlo con una mujer que pensara en otro, aunque no fuese más que para sentirlo.

—Hablas como un ángel, Josephin; pero me disgusta que seas así. Vámonos á dormir; mañana hay que bregar, como de costumbre.

El señor Bouret salió, echando antes dos monedas de cinco francos sobre el mármol y sin esperar la vuelta. Y del brazo de su amigo se subió al coche, cuyos caballos se impacientaban contenidos por el cochera.

En este mismo momento el coche del duque de Rochebonne bajaba al trote largo por la avenida de los Champs-Elysees.

Germana había rogado al duque que la llevase lo antes posible á su casa.

—Condúzcame cerca de mi casa, á las Tullerías, se lo suplico.

—¿Me quiere usted dejar ya?

—Sí.

—¡Pero si la quiero tanto!

—¡Qué miedo he tenido! ¡Todavía estoy temblando!

—¡Qué niña es usted!

Empleó las súplicas más vivas, las más apremiantes.

No pudo conseguir nada.

—No estoy en París más que por usted—la dijo.—Debía estar en el campo desde hace seis semanas. Siempre estoy poniendo por pretexto los negocios; pero mi único asunto es usted. Dígame, al menos, que me quiere.

—Sí, pero separémonos.

—Con la condición de que me permitirá verla pronto. La adoro, la quiero. ¿Me amará usted algún día?

—Puede ser, pero adiós.

—Prométame que me concederá el pasar un día entero conmigo, el primero que tenga libre, el domingo, por ejemplo.

—¡Sí, es preciso! ¡ya veremos!

—Todo esto me lo dice para que la deje, ¿no es verdad? Todo para que nos separemos. ¡Malal!

Se echó ella á reír, pero tenía el corazón angustiado. Las emociones de la noche eran demasiado fuertes para ella. No tenía más deseo que el de encerrarse en su cuarto y echar los cerrojos, para estar segura y tranquila.

En el momento de separarse el duque, la dijo:

—¿Cuándo volveré á verla?

—No lo sé.

—El domingo, está convenido. ¿Quiere usted? Después todo concluirá, si usted lo exige. Me lo negará todo, nos separaremos para no volvernos á ver, si esa es su voluntad; pero, al menos, que yo la pueda hablar con el corazón en la mano, libremente.

—¿Después no me atormentará más?

—Se lo juro.

—Pues bien—dijo ella abriendo la portezuela sin esperar al lacayo;—si puedo, lo pensaré. Adiós.

—No, hasta la vista.

—Eso es, hasta la vista.

Echó á correr; el duque la enviaba el último saludo con la mano. En la esquina de la calle Saint-Honoré, ella se volvió y vió que él la miraba todavía.

XIII

POR CAMINOS DE TRAVESÍA

EL recibimiento del hotel de Rochebonne estaba brillantemente alumbrado. Los candelabros de bronce florentino, sostenidos por las estatuas de mármol colocadas al pie de la escalinata de doble subida, iluminaban con sus treinta lámparas los pasamanos de hierro forjado, que un criado, dedicado exclusivamente á cuidar de su limpieza, tenía siempre brillantes.

Los lacayos empolvados, vestidos de calzón

—Condúzcame cerca de mi casa, á las Tullerías, se lo suplico.

—¿Me quiere usted dejar ya?

—Sí.

—¡Pero si la quiero tanto!

—¡Qué miedo he tenido! ¡Todavía estoy temblando!

—¡Qué niña es usted!

Empleó las súplicas más vivas, las más apremiantes.

No pudo conseguir nada.

—No estoy en París más que por usted—la dijo.—Debía estar en el campo desde hace seis semanas. Siempre estoy poniendo por pretexto los negocios; pero mi único asunto es usted. Dígame, al menos, que me quiere.

—Sí, pero separémonos.

—Con la condición de que me permitirá verla pronto. La adoro, la quiero. ¿Me amará usted algún día?

—Puede ser, pero adiós.

—Prométame que me concederá el pasar un día entero conmigo, el primero que tenga libre, el domingo, por ejemplo.

—¡Sí, es preciso! ¡ya veremos!

—Todo esto me lo dice para que la deje, ¿no es verdad? Todo para que nos separemos. ¡Malal!

Se echó ella á reír, pero tenía el corazón angustiado. Las emociones de la noche eran demasiado fuertes para ella. No tenía más deseo que el de encerrarse en su cuarto y echar los cerrojos, para estar segura y tranquila.

En el momento de separarse el duque, la dijo:

—¿Cuándo volveré á verla?

—No lo sé.

—El domingo, está convenido. ¿Quiere usted? Después todo concluirá, si usted lo exige. Me lo negará todo, nos separaremos para no volvernos á ver, si esa es su voluntad; pero, al menos, que yo la pueda hablar con el corazón en la mano, libremente.

—¿Después no me atormentará más?

—Se lo juro.

—Pues bien—dijo ella abriendo la portezuela sin esperar al lacayo;—si puedo, lo pensaré. Adiós.

—No, hasta la vista.

—Eso es, hasta la vista.

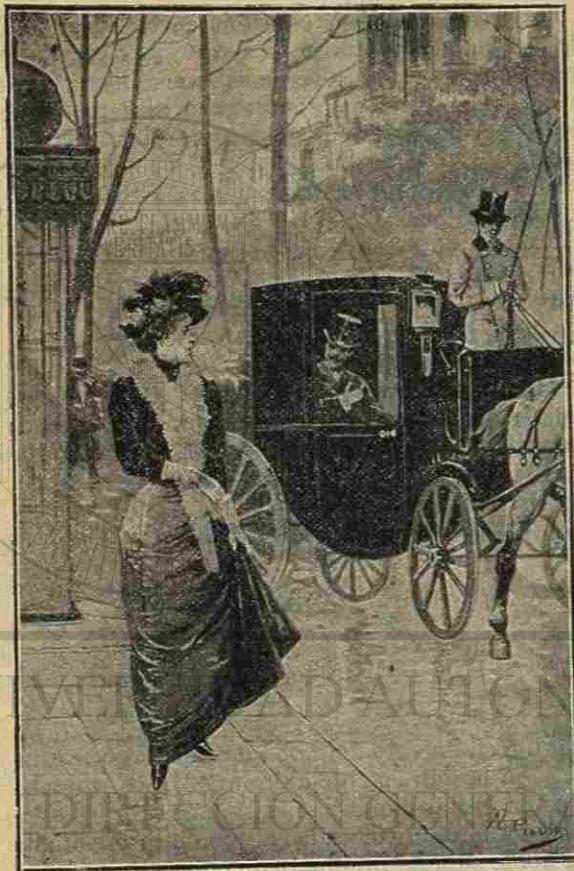
Echó á correr; el duque la enviaba el último saludo con la mano. En la esquina de la calle Saint-Honoré, ella se volvió y vió que él la miraba todavía.

XIII

POR CAMINOS DE TRAVESÍA

EL recibimiento del hotel de Rochebonne estaba brillantemente alumbrado. Los candelabros de bronce florentino, sostenidos por las estatuas de mármol colocadas al pie de la escalinata de doble subida, iluminaban con sus treinta lámparas los pasamanos de hierro forjado, que un criado, dedicado exclusivamente á cuidar de su limpieza, tenía siempre brillantes.

Los lacayos empolvados, vestidos de calzón



El duque la enviaba el último saludo
con la mano

corto de paná de color de oro, sentados en banquetas forradas de terciopelo nacarado y pies dorados; la alabarda todavía en un rincón, aun cuando el actual duque había suprimido el suizo; los inmensos salones, unos á continuación de los otros; la galería de los espejos que se abría sobre el gran rellano de la escalera en el primer piso; el conjunto, en fin, con sus hermosas líneas sobrias de ornamentación, indicaban á los visitantes que no entraban en la casa de un advenedizo.

En el mismo momento en que el duque se quedaba solo en su mesa en la Cascada, por la huida de Germana, la duquesa se encontraba vistiéndose en un gabinete tan grande como el salón de un agente de cambio, y frente á un espejo donde se miraba con complacencia.

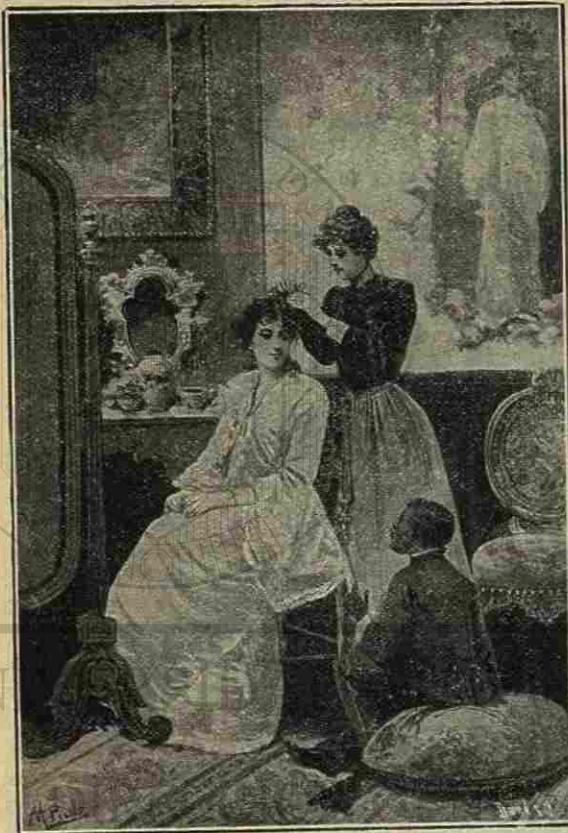
Dos candelabros de plata repujada, de un trabajo maravilloso, la alumbraban completamente.

Su doncella, una milanese de ojos negros, morena como un bandido de la Calabria, acababa de peinarla, y salía para traerle su traje de teatro, cuando volvió á entrar y levantando la cortina de damasco, pesada como una capa pluvial, dijo:

—Yago pregunta si puede ver á la señora duquesa.

—¡Yago! Sin duda ninguna, que entre. Te puedes quedar, Lucía. No tengo secretos para ti.

El duque tenía criados que se dejarían cortar en pedazos por él, lo que es muy raro en los tiempos que corremos. Pero era porque en casa de los Rochebonne los criados heredaban su puesto de padres á hijos, como los notarios ó los abogados. Por su parte, la duquesa podía contar con Lucía y Yago, que se lo debían todo á los Trani y se habían agregado á Giuseppina y á su partido.



Su doncella, una milanesa de ojos negros...
acababa de peinarla.

El *groom* esperaba en la puerta.

—Entra, Yago—dijo la doncella.

El negro se deslizó sin meter ruido á los pies de la duquesa.

Giuseppina estaba realmente hermosa. Se hallaba en el esplendor de su belleza pujante y floreciente, en la exuberancia atractiva de una salud que desbordaba.

Su cuello escultural sostenía una cabeza desdenosa y altiva, ante la cual se sentían unas ganas locas de dominarla. Y la coronaba una diadema de pelo negro con reflejos de púrpura, rizados y retorcidos. Sus ojos brillaban un poco hundidos bajo las cejas, que parecían sembradas con polvos de diamante, y mordía continuamente sus labios para que estuviesen más encarnados.

Á la duquesa le divertía ver la admiración extática que producía en Yago, en aquel ser, hombre por la inteligencia, casi un mono por la figura, que se emborrachaba con los olores que se escapaban de los mil frascos destapados de los perfumados *sachets* de seda bordada, de los cajones y de los vestidos de su hermosa dueña.

Allí disfrutaba como un perro faldero sobre las rodillas ó en la cama de una reina.

—¿Qué hay?—le dijo ella á media voz.

—La ha visto.

—¿En dónde?

—Cerca de aquí, en el malecón.

—¿La ha hablado?

—Más todavía.

—¿El qué?

—La ha llevado en su coche.

—¿Adónde han ido?

—Hacia los Champs-Elysees.

- ¡Debías haberles seguido!
 — Me fué imposible encontrar un carruaje.
 — Está bien.

Su cara demostraba una violenta contrariedad, sus ojos centelleaban, pero se calló.

Al cabo de un momento, Yago, viendo que su ama no se ocupaba de él, se levantó perezosamente como un perro al que le echan de la habitación. Pero la duquesa le hizo señas de que se quedase.

- ¿Cómo iba vestida?
 — Traje negro, sombrero negro, muy sencilla.
 — ¿Eso es todo?
 — Sí, mi ama.
 — Vete.

Se alejaba, echando á la duquesa una mirada tan suplicante, que ella le volvió á llamar.

— Quédate — le dijo. — Cuando oigas el coche saldrás.

No contestó, pero una sonrisa de triunfo alegró su cara de macaco.

Se puso á los pies de la italiana, mientras que ella dejaba caer sus faldas, tan indiferente á su presencia como si en efecto hubiese sido un gorila ó un perro de aguas.

— La señora duquesa está guapísima esta noche — dijo la doncella.

— ¡Ah!

— Sí, la señora duquesa llamará asombrosamente la atención en la Ópera.

— Si me lo permite mi marido. Me parece que se retrasa mucho. ¡Las diez y veinte!

En aquel momento se oyó el ruido de un coche que se paraba debajo de la marquesina.

Yago había desaparecido como una sombra.

El duque llamó discretamente á la puerta del gabinete.

— ¿Se puede entrar?

La doncella levantó la cortina.

— ¿Estás ya dispuesta, Giuseppina? — preguntó Rochebonne.

— ¿Y tú?

— ¡Oh!, yo en un momento estoy á tus órdenes. El tiempo de ponerme el frac. ¿No te estorbo?

— No. Parece que tienes buen humor esta noche, amigo mío.

Rochebonne se puso los dedos en las escotaduras del chaleco, y al mismo tiempo que hacía un guiño admirativo con los ojos dijo:

— ¡No lo he de tener, viendo una belleza tan atractiva!

— Deja las galanterías — dijo la duquesa con tono un poco agrio. — ¿De qué sirve la mejor comida cuando falta...?

— ¿El estómago? — dijo Rochebonne.

— No, el apetito — contestó la duquesa.

— ¡Tate! ¡Tate! — pensó el duque, que volvió la espalda á su mujer, mientras que la milanesa daba los últimos toques al vestido de su ama, un soberbio traje de raso amarillo cubierto de encajes, que valían una fortuna. — ¿Sospechará algo? ¿Me habrá hecho espiar por ese tunante de Yago? ¡Pues bien! Mucho mejor. ¡Estoy encantado, mi palabra, estoy entusiasmado!

Se apresuró á vestirse.

Eran casi las once cuando el coche los llevaba á la Ópera, por el mismo camino que el duque había recorrido, después de haber dejado á Germana.

—¿Has ganado en el juego esta noche?— preguntó la duquesa.

El duque había preparado sus baterías.

—Vamos, Giuseppina, nada de niñerías, ¿verdad?... Tus criados no están ahora presentes. Puedes ser franca. Sabes muy bien que no he ido al Círculo.

—Y ¿cómo lo había de saber?

—Por tu emisario Yago, ese traidor de comedia que no se separa de mí más que mi sombra y te da cuenta de mis actos y de mis acciones.

—Te aseguro...— balbuceó la duquesa.

—No te tomes ese trabajo. He ido al *Bois* á respirar el aire; lo prefiero á nuestro teatro, en donde se oye una música detestable, cantada por marrachos.

—Eres muy exigente, esposo mío, para la Ópera.

—La aborrezco, ya lo sabes. Necesito aire para mis pulmones enfermos, pues estoy en ruinas, verdaderamente en ruinas.

—¿Por qué no nos vamos al campo... á Rochebonne?

—No quiero privarte de París. Aquí tienes todas tus amistades.

—Di que te detienen las tuyas.

—Es posible. Prefiero el arroyo de la calle de Bac. Es una de mis debilidades.

—¿Estabas sólo en el *Bois*?

—No me acuerdo ya; de verdad.

—¿Tan pronto?

—¡Tengo poca memoria!

—¿Está debilitada?

—Te lo suplico, Giuseppina, no me abrumes.

¿En la Ópera veremos al príncipe Pradine?

La duquesa sintió el golpe y se puso á la defensa.

—No lo sé. Esta noche hay una fiesta en la Embajada de Rusia. Me figuro que estará en ella.

—No; estoy seguro de que no estará.

—Y ¿por qué?

El duque fijó sus ojos en los de Giuseppina.

—Porque está enamorado como un loco, como un salvaje... de la música. Se entusiasma con Gounod; para él, Meyerbeer es un Dios. ¡Simpatizáis maravillosamente!

—El príncipe es un gran amigo tuyo, y yo no tengo razón ninguna para ponerle mala cara.

—¡Mala cara á Pradine, el mejor de mis amigos, el primer *gentlemen*!... ¿Quieres regañar conmigo, Guiseppina? Los Pradine son lo que hay de mejor como raza. Si no han reinado, ha sido culpa de ellos. ¿Mala cara á Pradine? ¿En qué piensas, hija mía? Sin embargo, mirándole bien, tiene un defecto. Compromete á las mujeres. Es verdad que es á ellas mismas á quien se debe acusar. Corren detrás de él, sin recatarse. Están locas por su buena figura. Aquí, acuérdate, gusta el misterio. Pecado oculto... ya sabes lo demás...

La duquesa se había replegado sobre sí misma. Se preguntaba adónde querría ir á parar su marido.

Desde su boda no había tenido ocasión de caer. En los primeros tiempos, el duque estuvo tan solícito con ella, que no le había sido posible aburrirse ni un momento. Estaba deslumbrada por su nueva fortuna. Fernando no la contrariaba nunca y daba rienda suelta á sus caprichos.

Únicamente á partir de la fecha de su encuen-

tro con Germana era desde cuando el duque había vuelto á sus antiguos hábitos de independencia, y, por decirlo así, empujado también á la duquesa por el camino en que entraba él. Tenía demasiada experiencia de la vida mundana para no comprender á qué represalias se exponía, y para no estar seguro de que encontraría á su tiempo uno cualquiera que le tomase la plaza que él dejaba abierta sin guarnición y á disposición de los invasores... La presa era demasiado tentadora para no atraer á los corsarios, y el príncipe de Pradine, que efectivamente estaba enamorado de la duquesa, abría cada día nuevas brechas alrededor de la ciudadela de donde el duque se alejaba con ostentación, dejando la llave en la cerradura.

El coche se paró delante de la fachada de la Ópera, entre los dos municipales, inmóviles como legionarios romanos, con sus cascos que brillaban al herirlos la blanca claridad de la luz eléctrica.

El duque subió, con su paso de cansancio, la escalera; atravesaron los corredores y entraron en el palco, uno de los más envidiados de la sala.

El duque se sentó en un rincón, después de haber mirado con sus gemelos á las butacas de orquesta y á los palcos más lejanos del suyo.

—Ya sabía yo que el príncipe estaría aquí— dijo á Giuseppina, —y me felicito.

El cuarto acto iba á terminar, cuando la duquesa, sentándose á su lado, le dijo con voz dulce:

—Hablemos un momento, Fernando.

—Con el acompañamiento de los violines. Me parece una buena idea, Giuseppina.

—Me has propuesto un pacto el otro día, ¿te acuerdas?

—Perfectamente, lo tengo anotado.

—Entonces, ¿es formal?

—Completamente.

—¿Con quién estabas en el *Bois*? ¿Con una mujer?

—¿Qué significan esas preguntas? ¿Te pregunto alguna vez algo de los amigos que recibes ó de los que vas á visitar?

—Si me quisieras, Fernando, ¿me hablarías así?—le dijo, fijando en él sus ojos angustiados.

—¡Si te quisiera, *carissima*! Me parece que no hago otra cosa desde nuestro matrimonio. ¿Te he contrariado en ninguna circunstancia, ó negado alguna cosa? Sería bien á pesar mío, Giuseppina; pero debías haberte quejado. Repararía el mal que, sin pensar, te hubiese hecho; te lo aseguro.

—Tienes razón, soy completamente libre; pero esta libertad ¿qué me prueba sino tu indiferencia?

—Verdaderamente, Giuseppina, eres injusta. ¿Cómo se podría ser indiferente al lado de una mujer tan deliciosamente atrayente como tú? ¿Dónde hay unos hombros más bonitos, un pelo igual, una piel más fresca y más perfumada? ¡Esa indiferencia sería una burla! Perdería la ocasión de gozar de las más raras alegrías. ¿Me acusarás de no tener buen gusto?

Alguien ha dicho que la adulación es el camino más seguro para llegar al corazón de la mujer.

En otra ocasión, empleando las acariciadoras palabras que el duque decía con la mayor seriedad del mundo, hubiese logrado, si la duquesa no hubiese tenido más que sospechas, desvane-

cerlas; pero las noticias de Yago la habían dado la seguridad, y los cumplidos de su marido la abofeteaban como una burla irónica.

Sin embargo, se calló.

—Las italianas—continuó Rochebonne,—nacidas bajo un sol ardiente, tenéis la cabeza como vuestras tierras, abrasadas. Las francesas del Norte son infinitamente más tranquilas. He creído que te parecerías á ellas, puesto que vivías entre nosotros, y te he tratado como á una parisién. La parisién, hija mía, engaña algunas veces á su marido, pero no le espía. Hablo de las de nuestro mundo. Vive de reticencias y de sobrentendidos. Se venga ella también, pero siempre evita las escenas domésticas. Hace lo que le parece, pero sin ruido, discretamente; si su marido tiene un amor, ella tiene otro, pero lo escoge con discernimiento, mejor de lo que lo hacen las extranjeras; lo hace con tanto talento que ni sus criados lo sospechan. En una palabra, es páfida, pero lista; libertina, pero decente; cuanto más coqueta es con los otros, más agradable está con su marido, y muchas veces sucede que éste, después de haber recorrido todos los tocadores, reducido por la gracia de su mujer, á la que había abandonado un momento por el estúpido deseo de ver cosas nuevas, vuelve como el pichón de la fábula, diciendo que no ha encontrado en otras mujeres la cuarta parte de méritos de todas las que posee la suya.

En fin, la parisién tiene demasiada inteligencia para no exigir de su marido más de lo que puede darle, y, entre otras cosas, una fidelidad eterna que no se halla ni en las novelas donde se encuentra tanta idealidad, á veces hasta el absur-

do. Entendámonos, yo hablo de los demás y no de nosotros... Siempre que una mujer de mundo tenga sus coches elegantes, sus caballos, sus criados, cuenta abierta en el modisto, en la lencería, en la modista, y para todo lo demás—y lo que es más grave—en casa del joyero, se estima feliz, y su independencia la basta. Me figuraba que nada te faltaba para tu felicidad. He unido á estas ventajas las formas más respetuosas, un cariño solamente mitigado por las exigencias de mi salud, y he creído que nuestro cielo estaría sin nubes.

El duque tuvo una frase desgraciada. ¿Fué con intención?

—Mira—la dijo;—para terminar, un ejemplo. La semana pasada has comprado un collar de mil quinientos francos para tu perrito King-Lois. ¿Quieres uno de mil escudos?

—¡Ah!—exclamó ella,—decididamente, no sé lo que quieres de mí. Quiero comprenderte y no puedo. ¿Por qué me desprecias de ese modo?

—No puede uno reirse sin molestarte. ¡Qué sensitiva! ¡Una mujer como tú es una joya para un hombre como yo. ¿Desprecias acaso tus brillantes, Giuseppina?

El acto se terminó.

Las últimas notas de los violines vibraban bajo la bóveda de la sala cuando llegaron á la puerta del palco.

Entró un coloso con barba rubia, con tinte sonrosado, con un tipo de eslavo muy acentuado, y con aire plácido y bonachón.

Rochebonne, sin levantarse del sofá en el que estaba echado, tendió indolentemente la mano al visitante.

—Buenas noches, querido amigo—le dijo, y

colocándose en la postura del que se prepara á dormir la siesta.

—¿Me permite usted?—preguntó.—Estoy horriblemente cansado. La duquesa le hará compañía.

El príncipe Pradine, antítesis viviente de la gracia traviesa del duque de Rochebonne, recuerda por su figura á los bárbaros del Norte del tiempo de Atila.

Es un atleta robusto é imponente, con cara simpática, con ojos de un azul pálido, dulces y soñadores.

Es un polaco, prodigiosamente rico, que los judíos todavía no habían devorado, cosa bien rara. Es verdad que tiene minas de plata, de cobre aurífero, explotadas por ingenieros ingleses; que sus dominios son vastos como provincias; que ha aprendido la contabilidad en París; que no ha entrado nunca en la Bolsa y que detesta el *baccarat* y las carreras.

Por lo que atañe á las mujeres, sin estar precisamente desprovisto de cortesía á su manera, no las trataba sino con una gran reserva, defendiéndose contra sus seducciones por la pasión profunda y respetuosa, con algo de la idolatría de los salvajes hacia los fetiches, y eso le inspiraba la duquesa.

Esta espléndida hermosura meridional atraía con poder irresistible á Pradine, la encarnación viva del hombre del Norte, tan opuesto á ella.

Giuseppina le retenía en su órbita, como un satélite que no puede substraerse á su influencia.

Con una palabra suya Pradine hubiese hecho todo lo que ella hubiera querido, hasta las más absurdas hazafas de los caballeros andantes. Su fe-

licidad consistía en verla; su placer en obedecerla en todo, y, sin embargo, hasta entonces no había conseguido más que esos favores preliminares insignificantes que no comprometen á nada y que una mujer se divierte en conceder á sus íntimos.

Pradine se contentaba con eso.

En su manera de ser había algo de la naturaleza de los paladines antiguos.

Tenía la inocencia honrosa de creer que para obtener una mujer hay que merecerla, y las que son débiles después de un cuarto de hora de conversación, no valen el dinero que cuestan ó el ramo de flores que se las lleva.

—¿Viene al *foyer*, príncipe?—preguntó Giuseppina.

—El duque duerme—dijo Pradine.

—Dejémosle dormir y deme el brazo. ¡Está tan delicado!—dijo ella envolviendo á Fernando en una mirada de conmiseración cariñosa.

Mientras que el príncipe, en el colmo de la alegría, paseaba bajo las arañas del *foyer* á esta duquesa, envidiada por todas y admirada por todos, el doctor Guerin, que desde su butaca viera al duque, su cliente, solo en el palco, había subido á visitarle.

Fernando estaba muy delicado de salud; pero á pesar de eso podría vivir ochenta años, con algunos cuidados. Así lo afirmaba el doctor.

Y así lo esperaba Rochebonne.

—¿Tira usted todos los días á las armas?

—Siempre. Es uno de mis entretenimientos.

Y le contó que la víspera había tirado con un célebre maestro italiano, y que lo había hecho bastante bien.

—Hay que saber defender la piel y la mujer amada —terminó diciendo el duque.

Después hablaron de la duquesa.

—¡Y nada de esperanzas de un heredero!— dijo Rochebonne con desaliento.

—Es culpa de sus abuelos de usted.

—Sí, ya lo sé. Nada de fuerza en la sangre.

¿Entonces no hay ninguna esperanza?

El sabio movió lentamente de izquierda á derecha su cabeza gris y astuta.

—A propósito—dijo el ilustre sabio,—he visto á Saville y me ha preguntado por su salud.

—¡Naturalmente!

—Nunca se le olvida preguntarme por usted cuando me ve.

—¡Excelente primo!—dijo el duque.

—Se interesa mucho por usted.

—¡Ya lo creo, como que es mi heredero!

El marqués de Saville es, en efecto, el pariente más cercano de Rochebonne, más joven que su primo. Es fino, correcto en todo, frío, muy amigo de sus intereses, con modales de austero moralista. No se enfadaría por recoger una de las más hermosas fortunas de Francia, pero comete la torpeza de que, aunque él es muy rico, deja traslucir su deseo.

—Saville—dijo el duque—es mi pesadilla. Ver que mis bienes han de ir á parar á esos seres fríos, puntuales, razonables ó razonadores, con cabeza de abogados ó de ujieres, que él procrea en abundancia, es mi desesperación. ¿Quién me evitará esa horrible desventura? No puedo, sin embargo, desheredarle. Su madre era una Rochebonne. ¿Dónde habría robado ese aborto de hombre con aire de curial? Vamos, doctor, ¿para qué sirve

la ciencia? No puede impedir la muerte y no da la vida. ¿Qué hace entonces con sus prescripciones facultativas?

La duquesa entraba del brazo de Pradine.

El doctor se fijó en el duque con una mirada enigmática, á la cual Fernando contestó con un gesto de resignación.

Se habían comprendido.

El telón se levantaba dejando ver la decoración del manzanillo.

Todos juntos oyeron la hermosa frase de los violines.

Después Giuseppina pidió el coche.

—¿Si quieres, Fernando?—dijo á su marido.

Ya no tenía nada que hacer en el teatro.

—¿Irá usted mañana al Bois, príncipe?—preguntó ella á Pradine.

—Si va usted, duquesa.

—Iré.

En el coche el duque ajustaba esta cuenta.

Un hombre encantador. Un bonito nombre de lo más puro de su raza y de la más alta aristocracia. Y además una salud tan hermosa y una sangre tan pura.

En la puerta del cuarto de su mujer, el duque se detuvo. La italiana estaba encantadora, con sus ojos húmedos y brillantes como las luciérnagas.

—¿Qué te ha predicho el doctor?—preguntó la duquesa.

—¡Cosas horribles!

—¿Y le escuchas?

—¡Con disgusto!

Besó tiernamente la mano de la despechada Giuseppina y cerró lentamente la puerta.

—Si ese Saville heredase—pensaba llegando á su cuarto,—sería verdaderamente una desgracia.

XIV

RESOLUCIONES INTERIORES

El bazar de San Germán no había cambiado nada. La traviesa Cipriana seguía enviándole besos á su marido; era un tiroteo continuo de miradas cariñosas y de suspiros conmovedores.

Algunos inspectores pretendían que esta llama conyugal encendía otras, y que habían sorprendido á las señoritas de la lencería, que con el pretexto de acompañar á los clientes se habían perdido entre las sombrillas y los *en-tout-cas* y habían emprendido la tarea de distraer de sus deberes á las neófitas de los paraguas.

El señor Labievre se vió obligado á hacer algunas observaciones, instigadas por su gran propensión á disculpar los pecados de las mujeres bonitas. Se había dirigido particularmente á varias muchachas de la sección del calzado, que se tomaban la libertad de charlar por detrás de las columnas con alguno de los vecinos de la sección de sombreros. Habían creído oír algunos ruidos sospechosos... Pero, cuando se acercaban para ver de dónde procedía aquel murmullo, sólo se veían unos jóvenes muy serios cargados de calcetines ó de elásticas para subirlos, y algunas señoritas

muy dignas, que debían ser algo sordas, y que por eso se admiraban de que les preguntasen por algo que no habían oído.

Pero como era menester apagar ese principio de incendio, habían encargado al señor Labievre que vigilase á la inflamable Cipriana para que suprimiera su entusiasmo, por muy legítimo que fuese.

Desde entonces Cipriana se había vuelto pensativa. Padecía durante el día de languideces muy divertidas para los demás; pero se desquitaba por la noche cuando se reunía con Sosthene, su marido, en la calle, y se marchaban cogidos del brazo.

No hubiera cabido entre los dos una aguja de hacer media.

Cuando el señor Labievre estaba de guardia en la puerta y disfrutaba del espectáculo de aquella explosión de cariño, decía, siguiendo á los recién casados con una mirada llena de ternura y dirigiéndose con su voz aflautada al señor Perrolet, ó al señor Baudricourt, ó al señor Anselmo Ferrouillat, y, si no estaba ninguno de ellos, al primer dependiente que pasase:

—¡Mirad á esos muchachos! ¡Qué monada! ¡Y luego dicen que el dinero da la felicidad!

Las cosas seguían su curso.

Siempre había la misma afluencia, la misma actividad entre los empleados del señor Bouret. Sin embargo, se hubiera podido anotar un detalle que se perdía entre el conjunto, que desaparecía en la inmensidad del San Germán, como una tablilla en el Sena.

Este detalle os lo voy á decir.

El señor Perrolet estaba preocupado, Andrés

—Si ese Saville heredase—pensaba llegando á su cuarto,—sería verdaderamente una desgracia.

XIV

RESOLUCIONES INTERIORES

El bazar de San Germán no había cambiado nada. La traviesa Cipriana seguía enviándole besos á su marido; era un tiroteo continuo de miradas cariñosas y de suspiros conmovedores.

Algunos inspectores pretendían que esta llama conyugal encendía otras, y que habían sorprendido á las señoritas de la lencería, que con el pretexto de acompañar á los clientes se habían perdido entre las sombrillas y los *en-tout-cas* y habían emprendido la tarea de distraer de sus deberes á las neófitas de los paraguas.

El señor Labievre se vió obligado á hacer algunas observaciones, instigadas por su gran propensión á disculpar los pecados de las mujeres bonitas. Se había dirigido particularmente á varias muchachas de la sección del calzado, que se tomaban la libertad de charlar por detrás de las columnas con alguno de los vecinos de la sección de sombreros. Habían creído oír algunos ruidos sospechosos... Pero, cuando se acercaban para ver de dónde procedía aquel murmullo, sólo se veían unos jóvenes muy serios cargados de calcetines ó de elásticas para subirlos, y algunas señoritas

muy dignas, que debían ser algo sordas, y que por eso se admiraban de que les preguntasen por algo que no habían oído.

Pero como era menester apagar ese principio de incendio, habían encargado al señor Labievre que vigilase á la inflamable Cipriana para que suprimiera su entusiasmo, por muy legítimo que fuese.

Desde entonces Cipriana se había vuelto pensativa. Padecía durante el día de languideces muy divertidas para los demás; pero se desquitaba por la noche cuando se reunía con Sosthene, su marido, en la calle, y se marchaban cogidos del brazo.

No hubiera cabido entre los dos una aguja de hacer media.

Cuando el señor Labievre estaba de guardia en la puerta y disfrutaba del espectáculo de aquella explosión de cariño, decía, siguiendo á los recién casados con una mirada llena de ternura y dirigiéndose con su voz aflautada al señor Perrolet, ó al señor Baudricourt, ó al señor Anselmo Ferrouillat, y, si no estaba ninguno de ellos, al primer dependiente que pasase:

—¡Mirad á esos muchachos! ¡Qué monada! ¡Y luego dicen que el dinero da la felicidad!

Las cosas seguían su curso.

Siempre había la misma afluencia, la misma actividad entre los empleados del señor Bouret. Sin embargo, se hubiera podido anotar un detalle que se perdía entre el conjunto, que desaparecía en la inmensidad del San Germán, como una tablilla en el Sena.

Este detalle os lo voy á decir.

El señor Perrolet estaba preocupado, Andrés

Josselin estaba preocupado, y Germana estaba más preocupada que ellos dos; pero un poco de melancolía en la frente de un patrón, una nube sobre la cabeza de un cajero y una tempestad sobre los rubios cabellos de una señorita de las modas, no producían ningún efecto digno de apreciarse en una barahunda tan formidable.

Además, este pequeño mundo aparte, encerrado en esa plaza fuerte de la vanidad femenina, entre aquella multitud de *bibélots*, entre aquellos depósitos de objetos de tocador, tiene las mismas pasiones que el resto del mundo.

Cada cual está preocupado con su ambición, con su avaricia y con su amor, y no presta apenas atención á la ambición, á la vanidad ó la codicia de los demás.

El cajero seguía en su puesto siempre atento, servicial como antes; pero había perdido la vivacidad, que era su cualidad saliente.

Perdió aquel espíritu cáustico que le distinguía de los demás; sobre su frente veíanse profundas arrugas. Trabajaba con la cabeza tan baja, que se daba de narices en los libros. Los grupos ya no repetían sus frases, y no animaba con una palabra alegre aquellos á quienes el resultado poco satisfactorio del día los había consternado.

Porque también hay alzas y bajas en los negocios de los empleados del señor Bouret.

El sueldo fijo no es nada.

Su beneficio consiste en el interés que tienen en las ventas, que depende de la clientela del día.

Este beneficio se llama *ventaja*, término nuevo que significa una cosa nueva: la asociación del

dependiente en los beneficios del patrón. Así es que hay días desgraciados para un vendedor.

No os escandalicéis, señoras; un condenado tiene veinticuatro horas para renegar de su juez; un dependiente que ha sacado una pila de telas, alta como una pirámide, sin tener en ello ventaja ni recompensa ninguna, no tiene nada de extraño que durante dos minutos reniegue de su verdugo.

Como, en general, la cliente que va á molestar se la conoce desde lejos, en su aspecto tardío, en la cara indiferente, en la manera de andar, en el traje, y como tiene algún parecido con los grotescos dibujos de Callot, que ha dejado una colección tan admirable, immortalizando tales tipos, se les ha bautizado con el nombre de *Callots*.

El empleado, hombre ó mujer, que ve á un *Callot* dirigirse hacia él, trata de evitarle por una táctica muy habilidosa y se lo endosa amistosamente á cualquiera de sus compañeros.

Generalmente, el *Callot* revuelve el cielo y la tierra, manda revolver los estantes á los dependientes, pondera lo que no ve, critica todo lo que le enseñan, y, jamás satisfecho, se marcha sin haber gastado ni diez céntimos.

Y es muy raro que, como acción de gracias por vuestra solicitud en servirle, no diga al salir:

— ¡Es extraño! ¡Qué mal surtido está esto! Resulta mucho mejor en la Villa de Pekín ó en las Tullerías.

Todos odian al *Callot*; pero cuando está presente no tienen más remedio que sonreirse agradablemente, aunque por lo bajo le llamen mil perrierías, cuando ya el *Callot* se aleja y toma e.

ómnibus para Batignoles ó para Belleville, con enlace para la Bastilla ó Vincennes.

Ésta es la regla general.

Si el *Callot* busca una sombrilla de dos francos, aunque le ofrezcáis cincuenta sombrillas parecidas de algodón, de seda, de alpaca, de todas hechuras, de todos precios y de todos los países, nada le parecerá bien, nada encontrará de su gusto y se marchará refunfuñando.

Otras veces Josselin, con su alegría meridional, animaba á las infortunadas víctimas de los *Callots*. Josselin los vengaba con una sátira ingeniosa, que á veces llegaba á oídos del *Callot*.

Era la alegría permanente, el consuelo de los principiantes. Le daban vascas y tenía días de alegría exuberante; otras veces tomaba actitudes trágicas como el primer galán del *Ambigu*, según decía él mismo; tenía horas de alegría, días de tristeza, en los cuales se reconcentraba en sí mismo.

En sus buenos momentos, no había un patrón cuya gravedad resistiese á su ingenio, y se veían forzados á sonreirse. Hasta el señor Perrolet se sonreía algunas veces, á pesar de la antipatía involuntaria que tenía al cajero, aquel quidam lo bastante atrevido para levantar los ojos hasta su estrella, cuando él, el patrón, casi no se atrevía á admirarla, sino tímidamente y cuando nadie lo veía. El señor Anselmo Ferrouillat, el primero de la sección de las telas, bajo cuya vigilancia estaban los manteles, las servilletas, con la gravedad de un obispo que oficia, se moría de risa si en el comedor le contaban sus compañeros algún chiste de Josselin.

Pero ya toda esta alegría se había acabado.

Cayó una tormenta, y se mojaron los cohetes.

¡Qué pasaba en aquella cabeza altiva, que las señoras miraban con complacencia al tiempo de entregarle con sus enguantadas manitas los billetes de Banco, mientras él, con su voz melodiosa, decía con una rapidez extraordinaria:

—Son sesenta y nueve francos, cuarenta y cinco.

Ó si no:

—Señora, trescientos cincuenta y seis francos con veinte.

Lo que pasaba es que Andrés se volvía loco, pero así, loco de amor, desde que Germana le impusiera silencio.

En el momento de la partida para Chantilly, creía llegar al fin de sus deseos; creía no tener más que alargar la mano para coger á Germana, y ahora la adorable rubia se le escapaba de entre las manos.

Sucedía que no pudiendo hablar, pues ella evitaba su presencia, se pasaba las noches escribiéndola y rompiendo lo que había escrito; nunca encontraba la frase bastante elocuente; por fin había escrito una carta que le había parecido capaz de enternecer á una pantera, y en la cual puso toda su alma, su corazón y el fuego que le devoraba; carta que él mismo llevó al portero de Germana para estar seguro de que se la entregarían.

Dos días después, cuando se dirigía al almacén por el camino más largo, con la esperanza de encontrar á la modista, la vió, en efecto, andando muy despacio; se acercó á ella con la ilusión de que, conmovida con su prosa incandescente, abreviaría su tortura; le recibió con una sonrisa un poco forzada, pero amable y bondadosa; le en-

tregó furtivamente una carta que sacó del bolsillo, y le dijo:

—¿Por qué falta á su promesa? Estoy muy atormentada. No aumente mi pena, que ya tengo bastantes.

La dejó pasar, y cuando estuvo lejos sacó el billete que le había entregado, y se quedó estupefacto al ver que la muchacha le devolvía su propia carta sin haber roto el sobre.

¡El desastre no podía ser mayor! Era el final de sus esperanzas.

A este dolor se unían otras heridas que le lastimaban en lo más vivo.

Su amor propio estaba acribillado de picaduras.

La boda de Josselin y Germana era un hecho sobre el cual no quedaba ninguna duda.

Los camaradas del cajero le acosaban con sus preguntas, á veces maliciosas, pues envidiaban su buena suerte.

El envidioso le clavaba las flechas con una cara muy amable.

—¿Cuándo es la boda?

—¿Han reñido los enamorados?

—¿Ya hay disgustos entre los novios?

—¿El pájaro no se deja cortar las alas?

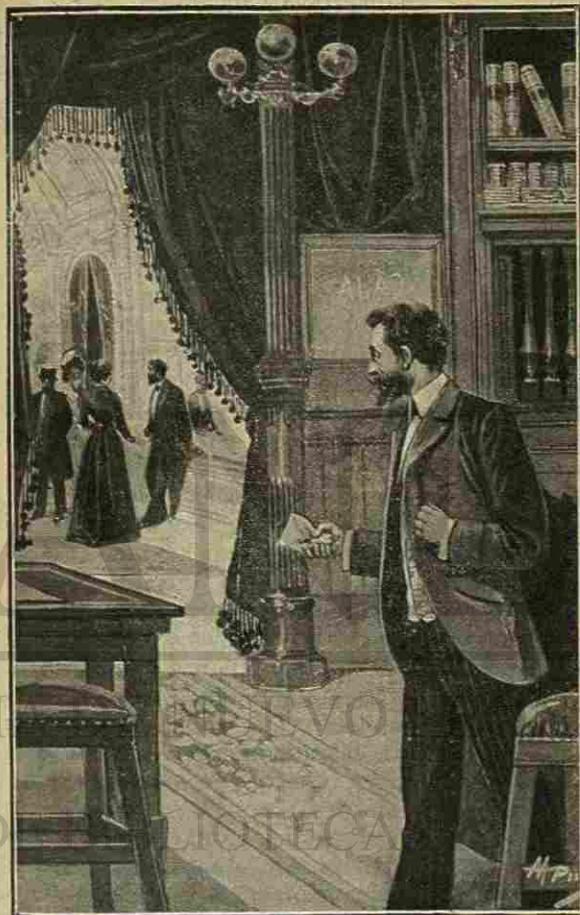
Á veces la mujer cambia. Pero ¿es cierto?

—No os ven *flirtear*. ¿Habéis concluído ya?

Hasta el pequeño Galeron, un principiante finfimo de la mercería, que tenía á su cargo deshacer los paquetes, le había dicho con tono malicioso:

—¡Dígame si hay que despedir ya los coches!

Cuando vió la mirada que le dirigía Josselin, el muchachito se quedó aterrado.



... al ver que la muchacha le devolvía su propia carta, sin haber roto el sobre.

Felizmente, el cajero estaba rodeado de señoras y no podía moverse.

Tranquilizado y despechado por el miedo que había tenido, dijo á media voz á Josselin:

—Si hace falta, no tiene más que hacer una seña.

Ningún detalle se escapa en una casa donde hay tantos ojos abiertos.

Germana evitaba encontrárselo.

En los corredores no le veía nunca.

No sabía qué decirle, y, no queriendo ni engañarle ni darle esperanzas quiméricas, evitaba toda explicación.

Si en los raros momentos en que estaba ocupado trataba de mirarla por entre los armarios y las clientes del salón de modas, ella volvía la cabeza, procurando substraerse á sus miradas.

Cuando iba á comer ó á cenar, tenía buen cuidado de ir con dos compañeras, hablando de cosas importantes que no podían interrumpirse.

El amor de Josselin se exasperaba con estas dificultades imprevistas, y al mismo tiempo se le agriaba el carácter con la influencia perniciosa de las burlas de que se creía objeto.

Durante dos años, Germana le había animado; había tenido para él preferencias muy marcadas, que á veces equivalían á una promesa.

Entonces era sincera.

No la faltaban pretendientes en el bazar de San Germán. Pero Josselin, con su buena estatura, su cara pálida, sus ojos expresivos, era entre sus camaradas como un planeta entre las nebulosas.

Germana adivinó muy pronto en él una gran superioridad sobre todos.

Había tomado el gusto á su conversación; le

había favorecido ostensiblemente; en fin, él se creyó amado.

Pero, al presente, todos habían notado el cambio de la modista. Por lo menos entre los enamorados había mucha frialdad, casi una ruptura.

Desconocían la causa del enigma, incluso Josselin, que se desesperaba al ver la imposibilidad de descubrirlo.

Capricho, la envidia de todos, había cambiado de rumbo; pero ¿hacia qué lado?

No la conocían otros afectos.

En el bazar de San Germán, la luz que cae del cielo y los focos de gas producen una claridad demasiado brillante para poder ocultar un secreto. Las intrigas se descubren en seguida. Las que se atan, y á veces se desatan por medio del casamiento, se ven desde el principio. Si algún amor nuevo revolotease en rededor de Germana, se hubiera sabido cinco minutos después de su primera tentativa.

No daba la gentil Cipriana ni un furtivo apretón de manos á su marido detrás de una columna; la gruesa Pulcheria, la del calzado, no escuchaba, estremecida, ni una palabra galante en el entresuelo, sin que en seguida una voz desconocida hiciese correr la noticia, con la rapidez de un teléfono, desde la parte baja á los sotabancos del edificio. No se encontraba una carta en el lavabo sin que al día siguiente la crónica escandalosa no dijera cuáles eran los delincuentes, como si una policía secreta lo vigilara todo con ojos de linçe.

Á pesar de esto, no se decía nada de Germana.

No había ninguna señal.

Y... existía una; Josselin lo presentía, como durante la noche presiente el marino la proximidad de las rocas por los movimientos de su barco.

Germana no podía haber cambiado tanto sin una causa.

¡Ah! Si aquel hijo de salvajes hubiese sabido dónde estaba su adversario, hubiera puesto en práctica las lecciones que le daban, cuando era pequeño, los piemonteses que se mataban como perros á navajazos por una palabra malsonante, ó por gusto, como los duelistas de la plaza Real y de Marion Delorme.

Estaba enuelto en una intriga cuyos hilos eran tan finos que no se distinguían.

Ignoraba qué mano tejía aquella tela, semejante á la que hace una araña en un rincón del techo, olvidada por la escoba de una criada Perezosa.

En cuanto al propósito de ese rival, estaba claro.

Lo que quería era Germana, su Germana, que era suya; esa criatura de tez pálida, ojos lánguidos, húmedos, de formas correctas, que ya no se veía sino á lo lejos en la galería, entre flores y telas, arrastrando su traje negro por la alfombra con movimiento armonioso.

Germana le negaba los gozes de sus conversaciones íntimas, sus sonrisas, todo, en fin; y de día inclinado sobre sus libros, ó de noche en su cuarto solitario, se dirigía continuamente esta pregunta:

—¿Por qué? Pero ¿por qué?

Una noche que entraba en su casa desolado, abatido, sin saber á qué santo encomendarse, al

pasar por delante del cuchitril de la portera, á quien hablaba muy raras veces, oyó la voz de la señora Joseph que le decía:

—¡Señor Josselin!

XV

DONDE YAGO DESCORRE UNA PUNTA
DEL VELO

LA antigua portera del hotel de Rochebonne era brusca, pero tenía todavía algo de buen corazón bajo su traje de algodón rayado, de una irreprochable limpieza.

La gustaban los cuentos, los chismes, como á toda buena portera digna de ser tal; pero ¿qué otras distracciones podía tener, encerrada en su cajón? Todo el horizonte de la señora Joseph consistía en un rincón de la calle de Vaneau. Esta calle estaba tan desierta como el Sahara, cuya vegetación no tiene ni vigor ni encanto.

La señora Joseph se interesaba por su inquietud, aun cuando, hasta en sus momentos de felicidad, Josselin reservaba sus expansiones de buen humor para sus camaradas.

Parecía que la antigua criada de Rochebonne le agradecía al muchacho su actitud reservada y sus aires de gentilhombre, tan acordes con su figura. La señora Joseph le consideraba como un reflejo de las personas que había conocido y admirado en otros tiempos.

Y... existía una; Josselin lo presentía, como durante la noche presiente el marino la proximidad de las rocas por los movimientos de su barco.

Germana no podía haber cambiado tanto sin una causa.

¡Ah! Si aquel hijo de salvajes hubiese sabido dónde estaba su adversario, hubiera puesto en práctica las lecciones que le daban, cuando era pequeño, los piemonteses que se mataban como perros á navajazos por una palabra malsonante, ó por gusto, como los duelistas de la plaza Real y de Marion Delorme.

Estaba enuelto en una intriga cuyos hilos eran tan finos que no se distinguían.

Ignoraba qué mano tejía aquella tela, semejante á la que hace una araña en un rincón del techo, olvidada por la escoba de una criada Perezosa.

En cuanto al propósito de ese rival, estaba claro.

Lo que quería era Germana, su Germana, que era suya; esa criatura de tez pálida, ojos lánguidos, húmedos, de formas correctas, que ya no se veía sino á lo lejos en la galería, entre flores y telas, arrastrando su traje negro por la alfombra con movimiento armonioso.

Germana le negaba los gozes de sus conversaciones íntimas, sus sonrisas, todo, en fin; y de día inclinado sobre sus libros, ó de noche en su cuarto solitario, se dirigía continuamente esta pregunta:

—¿Por qué? Pero ¿por qué?

Una noche que entraba en su casa desolado, abatido, sin saber á qué santo encomendarse, al

pasar por delante del cuchitril de la portera, á quien hablaba muy raras veces, oyó la voz de la señora Joseph que le decía:

—¡Señor Josselin!

XV

DONDE YAGO DESCORRE UNA PUNTA
DEL VELO

LA antigua portera del hotel de Rochebonne era brusca, pero tenía todavía algo de buen corazón bajo su traje de algodón rayado, de una irreprochable limpieza.

La gustaban los cuentos, los chismes, como á toda buena portera digna de ser tal; pero ¿qué otras distracciones podía tener, encerrada en su cajón? Todo el horizonte de la señora Joseph consistía en un rincón de la calle de Vaneau. Esta calle estaba tan desierta como el Sahara, cuya vegetación no tiene ni vigor ni encanto.

La señora Joseph se interesaba por su inquilino, aun cuando, hasta en sus momentos de felicidad, Josselin reservaba sus expansiones de buen humor para sus camaradas.

Parecía que la antigua criada de Rochebonne le agradecía al muchacho su actitud reservada y sus aires de gentilhombre, tan acordes con su figura. La señora Joseph le consideraba como un reflejo de las personas que había conocido y admirado en otros tiempos.

No siempre había tenido sesenta y cinco años, y conservaba en los rincones de su memoria imágenes grabadas que le recordaban mucho la fisonomía caballeresca y altiva del cajero.

Cuidaba el cuarto del joven, y á veces dejaba este cuidado á la mujer que la ayudaba á barrer y fregar la escalera, algunos días á la semana.

Le repasaba la ropa y le hacía toda clase de pequeños servicios, por diez francos al mes.

El desdichado llegó á la calle Vaneau en uno de esos momentos en los cuales **confiaría uno sus penas á los árboles, ó á un buey si se está en el campo, ó á un mendigo si se está en un camino.**

Que la portera le llamara, fué un bálsamo para sus heridas. Le pareció que la voz ronca de la portera era armoniosa y suave, y la escuchó con tanto agrado como si hubiera oído á una contralto de la más melodiosa voz.

Entró en la portería, un pequeño saloncito alumbrado por un brazo de gas, con una alcoba muy oscura, cerrada con cortinas de damasco verde de seda muy ajada ya. Era evidente que procedían del deshecho del mobiliario de Rochebonne.

Dos butacas de terciopelo de Utrecht, verdoso, bastante bonito, y dos mesas completaban el mobiliario de este recinto, en el que se adivinaba el recuerdo de una opulencia abandonada por los años á los criados.

La casa de la calle Vaneau era muy antigua y pertenecía á los Rochebonne desde tiempo inmemorial. Es una especie de hotel, que en un principio debió ser casa de recreo, construída en el tiempo de Enrique IV, en pleno campo y que permanecía en pie por efecto de la casualidad, á pesar de las transformaciones del barrio.

Todo en ella tenía un sello especial, distinto de las demás casas.

Confiársela á la guarda de la señora Joseph era darle una prueba de confianza, porque la casa era casi un objeto de arte.

—¿Qué quiere usted, señora Joseph?—preguntó el joven.

—Nada; hablarle.

—¡Ah!

—Sí. Ya no se le ve; pasa usted como un rayo. Siéntese un momento.

Josselin no se hizo de rogar. Por fin iba á tener frente á él una cara humana. En su cuarto estaba entre cuatro paredes, como un preso, y la soledad aumenta los pensamientos sombríos.

—Señor Josselin, me preocupa usted—dijo la vieja á su inquilino cuando éste se hubo sentado en una butaca, colocándose cómodamente.

—¿Por qué, señora Joseph?

—Porque ha cambiado mucho. Se ha vuelto usted raro. Está mudo como un pez. No se le oye. ¿Quiere que le diga una cosa? Tiene usted aires de enterrador. Me figuro que le pasa algo, y el pañuelo del otro día debe significar...

—¡El pañuelo! ¿Qué pañuelo?—preguntó el cajero.

—¡Es verdad que no sabe usted!... Éste—señaló á Yago que estaba en una silla y que escuchaba atentamente,—este chico le seguía por casualidad, hará próximamente un mes. Era muy tarde. Recogió el pañuelo en la acera y entró para devolvérselo, creyendo que le había usted perdido. Vi que no era el suyo y le guardé en mi cajón. ¡Una perfumería, señor Josselin; está lleno de perfumes, y muy buenos!

Luego prosiguió:

—He visto que no era el suyo, á menos que una duquesa tuviera ciertas bondades para usted.

Le enseñó una corona que había bordada en una de las esquinas del pañuelo.

El cajero miraba menos la batista del pañuelo que la fisonomía del negrillo.

Yago vestía su librea de *groom*.

No era fácil olvidar aquella cabeza cuyos ojos muy blancos resaltaban sobre la piel bronceada.

Josselin se preguntaba dónde había podido encontrarse aquel mono.

De pronto se fijaron sus ideas. Recordó su paseo de Chantilly, y su regreso por la noche. Había visto que aquel tipo tan feo le seguía.

Creyó que tenía en su poder uno de los hilos del enigma que le preocupaba.

—No hay ninguna duquesa que piense en mí, señora Joseph—dijo.

—¿Por qué no? Es usted guapo, sabio. Debía haber sido militar. Las mujeres se volverían locas por usted. Les gustan mucho los pantalones encarnados.

—Sí, pero soy un empleado de un almacén, y las mujeres no se ocupan de nosotros. Necesitan uniformes con galones, los atrevimientos de los húsares...

—¿Por qué habla mal de las mujeres, señor Josselin? ¿Qué le han hecho?

El cajero se mordió los labios y no contestó.

Sí que le habían hecho daño, ó al menos, por causa de una, sufría cruelmente.

—Está triste; alguna pena—continuó la portera;—ya lo había yo notado. No lo puede ocultar. Salta á la vista. Yo he observado una cosa.

—¿El qué, señora Joseph?—dijo Josselin.

—Pues que los hombres no están tristes más que cuando pierden su dinero ó les preocupa una mujer.

—Es usted muy perspicaz, señora Joseph.

—Gracias. Usted no ha perdido dinero.

—No lo tengo.

—Es tan económico como una hormiga y tiene un buen destino en casa del señor Bouret, el rey de los hombres, según dicen, pues yo no le conozco. Entonces es una mujer la que le contraría, ¿verdad?

—Puede ser.

—Una de esas señoritas del almacén. Dicen que las hay muy bonitas. Yo nunca puedo ir á verlas. Pero su vecina, la señora Ladureau, la del tercero, asegura que las hay preciosas. Y entiende de eso la señora; porque, aunque tiene aire tan digno, se sabe que, cuando era joven, fué muy amiga de divertirse, á pesar de no haber sido una gran cosa. Yo, si fuera hombre, en vez de ir á dar en manos de esas mujeres pintadas y feas, me pasearía por los almacenes de la ciudad de Pekin, ó de la Campana de Oro, y escogería entre las más bellas. Las daría todo lo que quisieran; pero, entre nosotros, le diré que los hombres son como los carneros: por donde va uno van todos. Se van tras de una escoba con tal de que vayan bien vestidas, y que tengan brillantes, sortijas, brazaletes, adquiridos ya se sabe cómo, pagados por unos y otros cuando los pagan, mientras que esas pequeñas son sencillas modistas muy amables con la gente, y la educación siempre es agradable.

Josselin opinó como la señora Joseph, pero in-



Le enseñó una corona que había bordada en una de las esquinas del pañuelo.

teriormente pensó que las chiquitas sencillas y modestas hubieran llamado á la señora Joseph su *Callot*.

—Lo que yo digo, ¡los hombres no lo entienden!

—Según—dijo Yago desde su rincón. Tenía sus ideas.

—¿Por qué según, negrillo?—dijo la portera.

—Los hay que hacen lo que usted dice.

—¿Conoces á alguien?

—Sí.

—¿Quién?

—El señor duque, por ejemplo.

Josselin levantó la cabeza. ¿El señor duque? ¿Qué duque? ¡Conque había un duque que andaba detrás de las señoritas de San Germán!

—¿Qué duque?—preguntó en voz alta.

—Es verdad—dijo la portera.—Este extracto de hombre está en casa del señor duque de Rochebonne, nuestro propietario.

—¿Y qué más?

—Según parece, el duque hace la corte á una de las señoritas del Bazar de San Germán.

—¿Cómo es el duque de Rochebonne?

—Como su difunto padre: rubio, distinguido, pero con muy poca vida por delante.

—¿Alto?

—Bastante alto.

—¿No hará próximamente un mes que fué un día á Chantilly?

—¿Oyes, Yago?—dijo la señora Joseph.

—No sé—dijo el indio.

—Aunque lo supiera no lo diría, señor Josselin. Estos salvajes son tan callados como los confesores. Puedes hablar, negro. ¿Qué le importa al

señor Josselin que tu amo vaya ó no á pasarse á casa del señor Bouret?

—No lo sé—repitió Yago.

Pero el cajero ya tenía la certeza. Aquel viajero tan elegante, que había hablado á Germana en el vagón, no podía ser más que el duque de Rochebonne.

Josselin recordó que aquel día había visto al *groom*.

—Pero hace un mes, un domingo, estaba usted en Chantilly—dijo el cajero.—Parece que le estoy viendo; debía usted seguirme, por casualidad, ¿es claro!

Yago alzó los hombros y se acurrucó en la silla, y, semejante á un gato que refunfuña, dijo:

—No lo sé.

—Sí, puesto que has traído el pañuelo—dijo la portera.

Esta vez Josselin le miró con fijeza. El negro hizo como un esfuerzo de memoria, abrió mucho los ojos y meneó la cabeza.

Eso fué todo.

El cajero examinó el pañuelo.

Vió la corona sobre estas iniciales, G. R. Este indicio le chocó. Era el duque de Rochebonne el que estaba en Chantilly. ¿Pero por qué se ocuparía de él? Eso era lo que no podía comprender.

Lo que sí estaba muy claro era que el duque perseguía á Germana.

—¿Es suya esta casa?—preguntó.

—Ésta y muchas más.

—¿Vive?...

—Lo debe usted saber, todo el mundo lo sabe: en ese hotel que tiene un jardín, cerca del hotel de Luynes.

—¡Ah, sí!—dijo Josselin maquinalmente, donde se ven árboles tan bonitos.

—Exactamente.

—¿Está casado?

—Sí, por cierto, está casado.

—¿Con quién?

—Con una italiana, la mujer más bonita de París, la señorita Giuseppina, hija de la princesa de Trani.

—¿Por qué no dice usted del príncipe Trani?

—¿Qué quiere usted? Tengo mi concepto formado: se puede estar seguro de la madre. Los Trani no eran ricos, pero sí de una gran familia, tipos magníficos. Siempre con los ojos en el dinero. Y el duque tiene trigo para hacer moler su molino. Es la dulzura personificada. El retrato de su padre. Cuando se le mete un capricho en la cabeza, no desiste de él. Pero se cansa en seguida. Además es gracioso, simpático y generoso como un rey.

—Ella no es lo mismo que él.

—No hable usted mal de ella, pues este ogro le devoraría. Adora á su señora; yo no la conozco mucho. Cuando el señor duque se casó, José ya se había muerto; entonces me retiraron á este nido, un miserable retiro; pero el duque me da una pensión además.

—¿Entonces es muy rico?

—¡Rico!—ya lo creo. Tiene casas en París, castillos, bosques, haciendas, prados y dinero. El difunto duque era muy sencillo. Daba mucho, pero gastaba poco, y dejó muchas economías. No tenía más hijo que Fernando, que era muy enfermizo. ¡El temperamento de su madre, que murió muy joven!

Josselin ya no escuchaba. Estaba muy satisfecho de haberse detenido en la portería. Tenía la seguridad de que el duque de Rochebonne era su rival. De ahí provenían las dudas y las negativas de Germana. Ahora sabía hacia dónde dirigir sus pasos. Había hecho mal en acusar al señor Perrolet. El mal venía de otra parte. ¡Quizá estuviera á tiempo todavía!

Las costumbres de la muchacha no habían cambiado.

Todos los días llegaba á su hora, más bien antes, tan sencilla como siempre. Se marchaba con sus compañeras, sin prisa ninguna.

Solamente se advertía en su fisonomía cierta expresión de cansancio. No se reía como otras veces.

Con toda seguridad, en su interior se libraba un combate. Pero él la hablaría. No podía descender tanto como pertenecer á un hombre casado, como el duque de Rochebonne, que, no pudiendo hacerla su mujer, procuraría hacerla su amante.

Si se hubiera atrevido, hubiera ido á verla al momento, pero era muy tarde. Sería ridículo, y además no le recibiría.

Estaba absorto en sus pensamientos cuando la portera le preguntó:

—¿Es bonita esa pequeña, señor Josselin?

—Sí —contestó maquinalmente.

—¿Rubia ó morena?

—Rubia.

—Tiene usted buen gusto. El hombre debe ser moreno, la mujer rubia. ¿En qué se ocupa?

—En trabajar, lo mismo que yo.

—¿Se llama?...

—¡Ah!, no la puedo nombrar: más tarde, veremos. Buenas noches, señora Joseph. Tengo que madrugar mucho.

Se fué después de saludar con la cabeza; la portera le dijo amistosamente:

—¡Buenas noches, señor Josselin, buenas noches!

Cuando le oyó subir la escalera y cerrar la puerta de su cuarto, la portera se volvió hacia Yago, que se levantaba torpemente y se disponía á salir.

—Es discreto. Tiene razón. Además, ¿qué nos importan á nosotros los asuntos de los demás?

—¿Quiere usted saber su nombre?—dijo el *groom*.

—¿Le sabes tú?

—¡Ya lo creo! Se llama Germana.

—¿Es bonita?

—¡Preciosa! Si no, no se ocuparían de ella.

—¿Buena?

—¡Bah!

—¿Qué sabes tú?

—Lo mismo que los demás.

—¿Estás seguro, mala pieza?

—¡La chica de una tienda! ¿Cree usted que no se sentirá halagada por la distinción?

—¿Te lo ha contado ella, mal hombre?

—No. ¿Pero no tengo ojos? ¿Cree usted que me los dejo en casa cuando voy á flanear por ahí? ¡Yo he visto lo que he visto, señora Joseph!

—¿Y qué has visto?

—He visto á la chica en un coche con mi amo. ¿Cree usted que iban á oír un sermón á las nueve de la noche?

La portera hizo un gesto, que indicaba muy claramente que el caso era grave.

—Entonces comprendo que mi inquilino tenga mal humor. Por eso está tan triste desde hace algún tiempo.

—¡Él! ¡Ni se lo figurará! ¡Son tan listas las mujeres! Se burlan de los hombres, y hasta los más listos se dejan engañar.

—¡Y es verdad lo que dice este chico! —dijo la portera levantándose.— Vamos fuera, turco; ya es hora de meterse entre las sábanas.

—Buenas noches, señora Joseph.

Y Yago salió silbando como un mirlo.

Cuando estuvo á alguna distancia, murmuró:

—Después de todo, ¿á mí qué me importa?
¡Que se arreglen!

XVI

UN MARIDO MAQUIAVÉLICO

YAGO contó fielmente á su ama lo que había sucedido la víspera.

La duquesa estaba contenta. El cajero vigilaría á Germana. Era saboyano, con mezcla de piamontés, y debía ser celoso como un tigre. Giuseppa los conocía, eran casi compatriotas. El montañés impediría las entrevistas del duque y su amada. Esas gentes son despiertas, decididas, y no retroceden ante ningún obstáculo. Para cosas de amor tienen la sangre ardiente.

Giuseppa se frotó las manos. Esta aventura de Fernando aumentaba el amor que le tenía. Los celos producen esos efectos. No quería que se lo

quitasen. Esta naturaleza vehemente se acomodaba á la del pálido heredero, más débil en apariencia que en realidad.

Germana iba á encontrar grandes obstáculos. Josselin estaba advertido; por el momento no era menester nada más.

El duque afectaba estar más abatido que de costumbre. Estaba tumbado en una *chaise longue*. Parecía que iba á desfallecer y su languidez se complicaba con una especie de indiferencia.

Al almorzar tenía muy buen cuidado de poner entre él y su mujer una muralla de periódicos. Aquel día había doblado *La Unión*, que parecía demasiado ligera, y había desplegado *El Tiempo*, cuyo papel era más fuerte y grueso, limitándose á contestar á varias preguntas de la italiana con frases breves é insignificantes. Después subió á su cuarto, para fumar tranquilamente un cigarro habano.

Sentado en el balcón, á la sombra de un toldo rayado de blanco y azul, contemplaba con su indolencia eterna los frescos macizos de geranios, de verbenas y de rosas. El esplendor de las orquídeas y de las tuberosas le daban á aquel rincón el aspecto de una *serre* que completaban algunas plantas exóticas, hábilmente colocadas.

En el momento en que el duque sacudía por la barandilla del balcón la ceniza de su cigarro, oyó el ruido de unas faldas, y Giuseppa, con traje muy ligero, abierto en lo alto, se acercó á su butaca.

La duquesa, con sus trenzas negras que caían cubriendo á medias su nuca, sobre la cual juguetaban algunos rizos; los labios de púrpura húmedos, los ojos brillantes, sus dientes que resplan-

—Entonces comprendo que mi inquilino tenga mal humor. Por eso está tan triste desde hace algún tiempo.

—¡Él! ¡Ni se lo figurará! ¡Son tan listas las mujeres! Se burlan de los hombres, y hasta los más listos se dejan engañar.

—¡Y es verdad lo que dice este chico! —dijo la portera levantándose.— Vamos fuera, turco; ya es hora de meterse entre las sábanas.

—Buenas noches, señora Joseph.

Y Yago salió silbando como un mirlo.

Cuando estuvo á alguna distancia, murmuró:

—Después de todo, ¿á mí qué me importa?

¡Que se arreglen!

XVI

UN MARIDO MAQUIAVÉLICO

YAGO contó fielmente á su ama lo que había sucedido la víspera.

La duquesa estaba contenta. El cajero vigilaría á Germana. Era saboyano, con mezcla de piamontés, y debía ser celoso como un tigre. Giuseppa los conocía, eran casi compatriotas. El montañés impediría las entrevistas del duque y su amada. Esas gentes son despiertas, decididas, y no retroceden ante ningún obstáculo. Para cosas de amor tienen la sangre ardiente.

Giuseppa se frotó las manos. Esta aventura de Fernando aumentaba el amor que le tenía. Los celos producen esos efectos. No quería que se lo

quitasen. Esta naturaleza vehemente se acomodaba á la del pálido heredero, más débil en apariencia que en realidad.

Germana iba á encontrar grandes obstáculos. Josselin estaba advertido; por el momento no era menester nada más.

El duque afectaba estar más abatido que de costumbre. Estaba tumbado en una *chaise longue*. Parecía que iba á desfallecer y su languidez se complicaba con una especie de indiferencia.

Al almorzar tenía muy buen cuidado de poner entre él y su mujer una muralla de periódicos. Aquel día había doblado *La Unión*, que parecía demasiado ligera, y había desplegado *El Tiempo*, cuyo papel era más fuerte y grueso, limitándose á contestar á varias preguntas de la italiana con frases breves é insignificantes. Después subió á su cuarto, para fumar tranquilamente un cigarro habano.

Sentado en el balcón, á la sombra de un toldo rayado de blanco y azul, contemplaba con su indolencia eterna los frescos macizos de geranios, de verbenas y de rosas. El esplendor de las orquídeas y de las tuberosas le daban á aquel rincón el aspecto de una *serre* que completaban algunas plantas exóticas, hábilmente colocadas.

En el momento en que el duque sacudía por la barandilla del balcón la ceniza de su cigarro, oyó el ruido de unas faldas, y Giuseppa, con traje muy ligero, abierto en lo alto, se acercó á su butaca.

La duquesa, con sus trenzas negras que caían cubriendo á medias su nuca, sobre la cual juguetaban algunos rizos; los labios de púrpura húmedos, los ojos brillantes, sus dientes que resplan-

decían en su boca medio abierta, y los brazos casi desnudos, respiraba por toda su carne palpitante el amor y la pasión. Estaba tan sugestiva como esas flores sobre las cuales las abejas se precipitan, como la fruta que cuelga fuera de un muro, y hacia la cual parece que no hay más que extender la mano.

Pero Rochebonne no se sintió conmovido, ó por lo menos no quería parecerlo.

Levantó la cabeza y miró á la italiana, que estaba apoyada en el respaldo de su asiento.

—¿Qué es?—dijo haciendo un esfuerzo.

—¡Fernando, me aburro!

El duque la miró con aire compasivo.

—¿Por qué te aburres, querida amiga?

—No lo sé.

—¿Tienes el aburrimiento en el alma? Es la enfermedad de los desocupados. Hay que buscar distracciones. ¡El aburrimiento! Le conozco muy bien. Yo vivo en su compañía, me abandona rara vez, exceptuando los momentos de felicidad que te debo, Giuseppa; pero pasan con una rapidez vertiginosa, y no está en mi poder renovarlos. ¿Qué es la vida, sino un aburrimiento continuo para la gente que no tiene nada que hacer? Hay momentos en que quisiera ser barrendero, palabra, ó peón, para huir de este inevitable enemigo que nos persigue. ¿Qué quieres ser para escapar-te tú, Giuseppina?

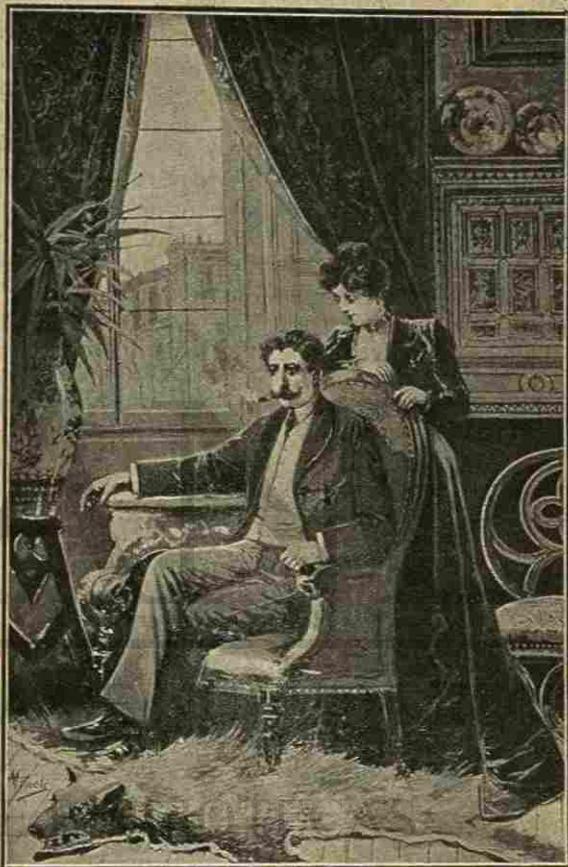
—¡Siempre bromeando, Fernando!

—No. Pienso lo que digo, y digo lo que pienso.

—¡Si nos marcháramos!

—¿Adónde?

—A Dieppe ó á Trouville. Allí hay animación, modas nuevas...



... y Giuseppa, con traje muy ligero, abierto en lo alto, se acercó á su butaca.

—Eso es precisamente lo que no puedo sufrir. ¡No hay nada más burgués que refugiarse en esos rincones para huir de la turba banal! Y ahí es donde está. Es lo mismo que tirarse al agua por miedo á mojarse. ¡Ir á ver personas que parece se divierten tomando el ruido por alegría! Imbéciles; en vez de disfrutar del mar, de pasearse por las rocas, de bañarse con libertad ó de pescar, se amontonan en los hoteles, donde sólo se oye gritar; donde se cierran las puertas con estrépito y se sientan entre desconocidos, sin otro placer que el de criticar el traje de su vecina de la derecha, y la cara del vecino de la izquierda; que por la noche van al Casino para oír una música peor que la de la Ópera; donde se vive entre polvo, codo con codo con el dentista, con el zapatero; escuchando en las altas horas de la madrugada los zumbidos de los mosquitos y el suspirar de la señora del cuarto de al lado. ¡No, no! No te gustaría, Giuseppina.

—Vamos á Rochebonne.

—Sí, pero dentro de un mes. Haz tus visitas.

—No hay nadie ya en París.

—Eso he oído decir, pero estoy seguro de lo contrario. Están los parisienses, los verdaderos, los que prefieren las escobas del boulevard á los robles más majestuosos de las provincias, y yo soy de esos.

—¿Son los árboles del boulevard los que te retienen?

El duque puso un dedo sobre los labios.

—¿Y nuestro convenio?

—¿Dura todavía? ¿Lo exiges?

—¡Ya lo creo! Tienes á la señora Storr. Ve á verla. Es una húngara parisién. No abandona á

París hasta el último extremo: lo mismo que yo.

La italiana se inclinó todavía más sobre la cabeza de su marido, hasta tocarle en la frente con sus rizos. Una de sus trenzas se deshizo y rozó al duque en la cara.

—Me inundas de perfumes—dijo éste besando los cabellos de su mujer.

La duquesa se puso de rodillas delante de él y le dijo:

—Sujétame los.

No se dió muy mala maña, y tuvo unos momentos entre sus brazos á la duquesa.

—Esta miraba fijamente á su marido.

—Fernando, dime que valgo más que ella.

—¿Ella? ¿Quién?

—Ya lo sabes.

—¡Niña! Vales más que todas las mujeres. Sólo que eres demasiado hermosa para mí. No deseas mi muerte, ¿verdad?

La rechazó suspirando.

Ella se levantó pensativa.

—Ve á casa de la señora Storr: es amiga tuya. Será una manera de matar la tarde. Hablaréis mal del prójimo; luego habrá gente, el príncipe Pradine, sin duda.

—¿Por qué nombras al príncipe más que á otro? No vayas á figurarte que por su causa...

—¡Yo! ¡Vaya una idea! Yo no me figuro nada. ¿Soy yo de esos que hacen vigilar á su mujer? Esos están predestinados. Además, un tesoro que tiene que guardarse con una compañía, no vale la pena de lo que cuesta. Tengo en ti una confianza ilimitada. Está muy lejos de mí la idea de acusar al príncipe. Si me hubieras de engañar, prefiero que sea con él que con otro.

Sonó un discreto golpe en la puerta, advirtiéndolo al duque que le llamaban.

—Es el marqués de Saville, que desea ver al señor duque—dijo el criado.

—¿Está ahí?

—Sí, señor duque.

—¿Quieres recibirle, Guiseppina?

Esta hizo una mueca negativa.

—Yo tampoco; me ataca á los nervios.

—Di á Saville que la duquesa va á salir, que yo estoy muy delicado; pero que venga mañana á almorzar, si puede, ¿entiendes?

El criado salió.

—Contesto que estoy delicado porque es verdad, lo primero; luego, porque tengo la costumbre de no disgustar á nadie, cuando puedo hacerlo. Le convidó á almorzar, porque es de la familia y merece atenciones. La educación ante todo. Anda, siéntate cerca de mí, más cerca.

Cogió entre las suyas las manos de la duquesa.

—Me ves muy á menudo triste, ¿verdad?, pensativo, desagradable. ¿Quieres saber por qué?

—Ya lo sé; porque no me amas.

La dió un beso en la frente; su mujer había andado la mitad del camino.

—¡Qué horror! ¿Me hubiera casado contigo si no te quisiera?

—¿De verdad?

—Ya lo creo.

—Entonces, esa tristeza...

—¿Has visto á Saville? Viene todos los días, está á cada minuto, obsequioso, correcto. Galante siempre, incapaz de una mala acción. No te puedes figurar lo que me fastidia pensar que ése sea mi heredero. ¿Sabes lo que hace con su

actitud de clérigo, sus modales de abate y sus atenciones? Vigila su herencia. Calcula en qué época tomará posesión. Estudia mi palidez, escucha mi tos y me mira de reojo. Si se atreviera, cogería un metro para ver si tu talle se deforma, y cuántos milímetros aumenta ó disminuye.

Ese es el objeto de sus visitas. Me molestan, pero es mi único primo. Su madre era una Rochebonne, no se puede prescindir de eso; él heredará. No le perjudicaré en un céntimo, lo mismo que él es incapaz de ponerme arsénico en el plato. Es honrado, pero vela por sus intereses. Tiene hijos; son feos, pero son sus hijos. Cuando me casé contigo tenía una esperanza muy grande; pensaba que con una criatura tan magnífica como tú, con esa fortaleza de tu raza se restauraría la nuestra, y... Nada.

—Entonces, ¿eso te apena?

—Sí, mucho.

—¿Tengo yo la culpa?

—No, ¡pobre hija!... ¡No! No te acuso. Te compadezco; sobre todo, me compadezco á mí mismo.

—Quizá haya alguna esperanza—dijo ella, acercándose á él.

—Ninguna.

—¿Quién te lo ha dicho?

—He visto ayer al doctor, mientras te paseabas por el *foyer* con tu esclavo, con Pradine. ¡Qué feliz es él por haber nacido en sus bosques!

—Dejemos á ese extranjero. ¿Qué te decía el doctor?

—¿Él? Cosas desoladoras y tristes.

—Pero ¿qué cosas?

—¿Quieres saberlo?

—Sí.
 —Si ya te lo figuras, *carissima*.
 —Dímelo.
 —Me decía que Saville heredaría.
 —Seguramente.
 —Con dos condiciones.
 —¿Hay dos condiciones?
 —Sí.
 —¿Cuáles?
 —La primera es que él me entierre á mí.
 —¿La segunda?
 —¡Es que seas formal! Lo que no es dudoso, Guiseppina.

—¡Desgraciadamente!—dijo con malicia.
 —¡Qué horrible pensamiento! No me hagas decir lo que no digo, querida amiga. Por eso estoy tan melancólico. Tener un *bambino* entre nosotros que nos sirviese de unión. Ver á ese angelito rodar por la hierba, ó sobre un tapiz. ¡Oírle llorar por la mañana, cuando el ama le trajera á nuestro lecho; después, verle crecer, hacerse un hombre, montar á caballo, en un *poney*, por los paseos de Rochebonne, por donde se paseará ese Saville. ¿Verdad que sería una dicha sin igual? No nos hubiera faltado nada. Pero es menester que siempre nos falte alguna cosa.

—¿Me hubieras querido más, Fernando?
 —¡Te hubiera adorado!
 —¿Y por eso me desprecias?

La cogió la cabeza y apoyó sus labios sobre su cabello.

—Pero ¿te desprecio yo, inocente? Eres hermosa; estás hecha para inspirar amor á los ángeles. Lo que nos sucede no es culpa tuya. Es mía, ó, mejor dicho, de mi padre, de mi abue-

lo, de mi bisabuelo, de la decadencia, de nuestras costumbres que nos marchitan y nos blandecen. Esa es la palabra innoble, pero verdadera. Cuando veo uno de esos salvajes que salen de un bosque, ó, de entre la nieve, con la energía de la raza joven, con el color sano, les tengo envidia y siento deseos de gritarles: Rejuvenecednos, dadnos lo que nos falta: introducid en las venas de nuestra generación esa sangre vivificante y generosa, en vez de la linfa que nos han transmitido nuestros antepasados después de doscientos años de excesos. ¡Pero es imposible!

—Pero ese imposible ¿será siempre?

—Sí, desgraciadamente—dijo el duque, recostándose en el respaldo de la butaca.

—Sí será una desgracia, amigo mío—replicó gravemente la joven.

—¿No sales, Guiseppina?

—Sí.

—¿Adónde vas?

—No lo sé. Quizá vaya á casa de la señora Storr.

Estaba ya en la puerta, cuando volvió hacia su marido.

—Repíteme que me hubieras adorado.

—¡Como un loco!

—¿Es cierto?

—¡Cuando te lo digo!—añadió él acariciándola.

Se fué; el duque oyó el ruido del coche que se alejaba, sin emoción.

Tenía necesidad de respirar, no le cabía el corazón en el pecho. Iban á dar las tres, y cogió el sombrero, los guantes y salió á su vez.

XVII

LO QUE CUESTA UNA CONCIENCIA
DE PORTERO

ROCHEBONNE siguió la calle de Solferino, pasó el puente, atravesó las Tullerías y llegó por la calle de Castiglione á la calle de la Paz.

Entró en casa de Rassot, y escogió, por la módica suma de tres mil francos, un ópalo rodeado de brillantes, que componían una sortija preciosa.

Luego bajó la calle des Petits-Champs; en el rincón de la calle de la Sourdière buscó el número 37, y entró en el cuarto del portero.

Era éste un sastre que cosía ropa nueva y repasaba las de su clientela.

La mujer del portero, la señora Pellerin, estaba sola.

Su esposo había salido á entregar.

Al duque le encantó esta noticia; era más fácil tratar del asunto que allí le llevaba con una mujer, aunque fuera devota, que con un hombre, aunque fuera librepensador.

La mujer del sastre estaba haciendo la limpieza. Los antiguos arquitectos instalaban muy bien á los inquilinos, pero trataban muy mal á los porteros.

El cuarto de la señora Pellerin era, sencillamente, un nicho.

La portera, antigua cocinera de una buena casa, era una viejecita de sesenta años, despierta, jovial y fina.

Se apoyó en la escoba y miró al visitante, que por su aspecto no podía ser un cliente de su marido.

La fisonomía distinguida del personaje le gustó.

—¿Es usted la portera de esta casa?— preguntó Rochebonne.

—Sí, señor.

—¿Señora de...?

—Pellerin. Mi marido ha ido á entregar un gabán; vuelve en seguida.

—Es con usted con quien deseo hablar. Quizá sea un poco largo; pero nada perderá.

—Hágame el favor de sentarse. ¿Con quién tengo el honor de hablar?

—Con el duque de Rochebonne.

La señora de Pellerin estuvo á punto de desfallecer cuando oyó este nombre.

No se puede creer hasta qué extremo halaga hablar á una portera con un título, aun en este tiempo de democracia.

La portería la pareció más pequeña, más miserable.

—¿En qué puedo servirle?

—Este es el caso. Hay entre sus inquilinos una muchacha por quien me intereso mucho.

—¿La señorita Germana?— dijo la portera.

—Justamente.

—La señorita Germana, una muchacha encantadora, y que paga con regularidad. Es joven, fresca, ordenada, formal. ¡Es la única que hay así en la casa!

Al oír esta confesión exenta de artificios, Rochebonne acercó su silla á la de la vieja.

—Parece usted ser muy amable, señora...

—Pellerin.

—Perdón. Oiga lo que deseo obtener. ¿Está usted en buena armonía con la señorita Germana?

—Tengo toda su confianza, puedo decirlo. Yo le arreglo su casa.

—Entonces, además de su confianza, tiene usted su llave.

—Sin duda.

La portera tuvo un movimiento de desconfianza que hizo sonreír á Rochebonne.

—¿Su llave? ¿Para qué? ¡Si fuera un falso duque! ¡un ladrón! ¡Se han visto cosas tan raras! Pero Fernando tenía argumentos muy persuasivos.

Sacó del bolsillo un puñado de luises.

—Para que no se engañe respecto de mis intenciones, señora Pellerin — le dijo, — la ofrezco este adelanto sobre lo que me propongo darle á cambio de sus servicios.

Dejó unos quince luises sobre la mesa.

La portera, deslumbrada, retrocedió primero ante la lluvia de oro con la cual aquel Júpiter de americana azul empezaba la eterna historia de la corrupción de las mujeres.

Protestó de su desinterés, pero se guardó en el bolsillo de su delantal las monedas de veinte francos, que hicieron un ruido muy agradable.

El conocimiento se había hecho, el hielo estaba roto. El duque explicó á la señora Pellerin, con mucha claridad, que había decidido que Germana fuese su amada; que la muchacha parecía muy dispuesta á serlo; para llegar á sus fines, hubiera comprado la casa y colocado en ella gentes suyas, pero que en el aire inteligente de la portera había comprendido que se entenderían á

las mil maravillas; que no retrocedía ante ningún sacrificio, y que no valía para nada haber nacido duque y ser muy rico si no se conseguían los caprichos; que deseaba mucha discreción y que recompensaría los más pequeños favores de la señora Pellerin y de su marido de modo que no les disgustaría, habiendo de pedirles sólo cosas muy sencillas y sin importancia, y que la mujer más honrada del mundo podía hacer.

Después de este preámbulo, lleno de promesas, mezcladas con algunas amenazas, fáciles de realizar, y sobre las cuales la pobre mujer no dudó un momento, pues el nombre de Rochebonne era muy conocido en París, el duque se puso á hablar de la muchacha.

Contó á la portera, á quien esta historia divertía, cómo había conocido á Germana; que le llamó la atención su elegancia; que quería su felicidad; que, ayudándole, no haría más que ser útil á esa persona por quien tenía tanto interés.

No era difícil prever que, con su edad y sus condiciones, un día ú otro Germana tendría un novio. Estaba escrito. Casarse, á no ser con una proporción muy buena ó inesperada, en su esfera, era echarse á rodar. Y no tenía interés en casarse, puesto que estaba todavía soltera.

Tuvo frases que enloquecieron á la antigua cocinera...

Aduló su amor propio de mujer...

Había sido guapa ella también, saltaba á la vista.

Suponiendo que hubiera tenido un partido semejante, ¿no le hubiera aceptado? Estaría más desahogada ahora. El amante puede que hubiera desaparecido, pero los beneficios hubieran per-

manecido, y la señora Pellerin disfrutaría su renta con su marido en vez de vegetar en la portería, cuidando de los cuartos por casi nada, y privándose de muchas dulzuras.

La vieja movía la cabeza, como convencida, y miraba al duque.

Rochebonne era joven; además vestía con una corrección irreprochable; el nudo de la corbata estaba hecho de mano maestra, un poco al descuido. Su tipo aristocrático fino maravillaba á la vieja.

¡Era un encanto de hombre!

¡Qué suerte tenía Germana!

Pero la portera, en el fondo, era buena mujer que ya no tenía envidia.

Después de todo, ella no perdía nada con esta aventura galante. Además, aquello le tenía cuenta.

El duque la interrogó.

¿Cómo vivía Germana?

Si recibía visitas; si había tenido algún amador.

La señora Pellerin rechazó esta terrible suposición indignada.

Nunca, jamás había entrado un hombre en su casa, exceptuando el tapicero del Bazar de San Germán. Después, nadie.

Ofració á Rochebonne enseñarle el piso de su inquilina. Así se daría cuenta de sus costumbres. Vería qué distinguida era en todo.

Al oírla hablar así se hubiera podido creer que la señora Pellerin alababa á Germana como á una mercancia y temía que el comprador se alejara desencantado de lo que había visto.

La portera descolgó la llave de una tablita, dividida en pequeños estantes, donde ponía las cartas de sus inquilinos.

—Si el señor duque quiere tomarse la molestia de seguirme...

La escalera de aquel antiguo hotel señorial convertido ahora en casa de vecindad, conservaba buen aspecto todavía; era de piedra, con los escalones un poco gastados en el centro por el uso de varias generaciones; y la barandilla de hierro forjado tenía bonitos dibujos, de un trabajo desconocido en nuestros tiempos.

En el piso cuarto, la portera se paró rendida.

—Aquí es—dijo.

Rochebonne sintió un ligero estremecimiento al entrar por primera vez en este santuario que él profanaba.

Hubiera querido cantar el aire de *Fausto* en el jardín, tan conocido por los concurrentes á la ópera. Un escalofrío corrió por sus venas. ¿Qué trafa él en lugar de la calma que reinaba en aquel modesto cuarto?

Es verdad que podía reparar el mal con dinero, ese dios malhechor; pero eso no es el todo en la vida. También hay el respeto de sí misma, la serenidad del alma, la limpieza de esa fuente tan fácil de enturbiar, la conciencia.

Estas ideas le absorbieron unos momentos, pero fué una impresión fugitiva.

—¿Me ha dicho usted que no recibe á nadie?

—A nadie.

—De aquí á esta noche vigilará usted, ¿verdad?

—Puede estar tranquilo el señor duque.

Rochebonne cogió una tarjeta, sacó el estuche que había comprado en la calle de la Paz y lo puso sobre un mueble al lado de la cama.

Dirigió la última mirada á este refugio de la pobreza honrada, y dijo á la señora Pellerin:



Rochebonne sacó el estuche que había comprado
y lo puso sobre un mueble...

—¿Vámonos?

Bajó la escalera sin que un remordimiento de conciencia le rozara con sus alas de pájaro nocturno.

Al separarse de la portera, en la puerta, le hizo con la cabeza una seña amistosa.

—Hasta pronto; y gracias.

La majestad del nombre de Rochebonne clavó á la portera en el suelo, hasta que éste hubo desaparecido.

Luego pudo más la curiosidad que la discreción y subió con presteza al cuarto de Germana y abrió el estuche.

Cuando vió los brillantes y el ópalo, dió un grito de admiración.

En la tarjeta se leían estas palabras:

«¡Amo á usted!»

—¡Qué suerte tiene esta muchacha!

Toda la moral de la señora Pellerin y de muchas otras se encierra en esa exclamación.

XVIII

EL DUQUE SE DIVIERTE

El duque se fué á pasear El tiempo estaba ligeramente nublado. Había llovido por la mañana. No había polvo y el calor era muy soportable. La arena crujía blandamente bajo los pies, y las aceras, casi no del todo secas, aparecían muy limpias.

En los dos lados de la calle de Bac, los bebe-



Rochebonne sacó el estuche que había comprado
y lo puso sobre un mueble...

—¿Vámonos?

Bajó la escalera sin que un remordimiento de conciencia le rozara con sus alas de pájaro nocturno.

Al separarse de la portera, en la puerta, le hizo con la cabeza una seña amistosa.

—Hasta pronto; y gracias.

La majestad del nombre de Rochebonne clavó á la portera en el suelo, hasta que éste hubo desaparecido.

Luego pudo más la curiosidad que la discreción y subió con presteza al cuarto de Germana y abrió el estuche.

Cuando vió los brillantes y el ópalo, dió un grito de admiración.

En la tarjeta se leían estas palabras:

«¡Amo á usted!»

—¡Qué suerte tiene esta muchacha!

Toda la moral de la señora Pellerin y de muchas otras se encierra en esa exclamación.

XVIII

EL DUQUE SE DIVIERTE

El duque se fué á pasear El tiempo estaba ligeramente nublado. Había llovido por la mañana. No había polvo y el calor era muy soportable. La arena crujía blandamente bajo los pies, y las aceras, casi no del todo secas, aparecían muy limpias.

En los dos lados de la calle de Bac, los bebe-

dores de cerveza invadían los cafés cercanos de la Porte-Royal. Rochebonne marchaba despacio, se paraba en los escaparates de los comerciantes de estampas y vendedores de libros viejos que abundan en el barrio, y en los de los joyeros antiguos, con sucursales en Trouville y Dieppe—que fabrican sus joyas por gruesas en Popincourt y que venden en verano á los *amateurs* de las cosas antiguas.

Pero Rochebonne no pensaba en las cruces hechas con piedras del Rhin, ni en las estampas de Callot, ni en los bebedores de bocks de Pont Royal. Pensaba en que decididamente no estaba tan enamorado como creía.

No era más que un capricho lo que experimentaba y una distracción que quería proporcionarse.

Esto era tan cierto, que ahora prefería á su mujer, aquella Giuseppina soberbia, que tan cariñosa había estado con él antes de salir.

¡Qué cabeza y qué cabellos tan abundantes!

¡Qué brillo en sus ojos embriagadores! Sus hermosos brazos le estrechaban con tanto ardor que aún se estremecía! Era una rosa encarnada abierta por completo con perfumes excitantes, de colores aterciopelados, que anonadaba á las flores modestas que la rodeaban.

El calor de la ternura de la ardiente milanesa le envolvía como esas ráfagas de aire caliente que se respira con tanta alegría en los primeros días de la primavera.

¿Eran los celos los que le hacían pensar en la duquesa? Puede ser.

Giuseppina le amaba: en algunos momentos lo dudaba; después de todo, era muy posible.

Germana también le amaría, estaba seguro de ello, y, sin causarle una alegría inmensa, esta idea le hacía entrever perspectivas agradables.

Más agradables, puesto que seguía dueño de sí mismo y podía dirigir la aventura á su gusto, sin dejarse arrastrar por una pasión loca fuera de los límites en que el amante deja de ser libre y es absorbido por el ser amado, como los ríos por el Océano.

El amor, según había oído decir, pues no le conocía más que de nombre, causa tantas penas como alegrías; los caprichos no proporcionan más que placeres.

Le agradecía á la muchacha que no le inspirara más que ese sentimiento dulce y fácil. Se divertía con esta intriga, como con una novela que le interesara, aunque la juzgaba un poco burguesa para él. Estaba acostumbrado á ver un lujo refinado en casa de sus amigas de ocasión, pero la hermosura de Germana bastaba por el momento para embellecer la casa, sin pretensiones, en que vivía. Más tarde, ya vería lo que había que hacer.

Sus pensamientos, color de rosa, se reflejaban en su fisonomía. Marchaba más ligero y se sentía más contento que de ordinario. Los transeuntes que se cruzaban con él debían suponer que habían visto la cara de un hombre feliz, lo cual es tan raro como ver un mirlo blanco ó un pájaro azul.

Es verdad que había muy pocas personas que se pudieran comparar con el joven duque Fernando Fortunato de Rochebonne, único representante de una casa célebre, que se iba á extinguir con él, á menos que no ocurriera un milagro.

Estaba contento del día; como Tito, no lo había perdido. Había derramado sus favores sobre la portera de la calle de la Sourdière, con la cual trabara una de esas amistades que tienen el interés por base.

El duque estaba radiante.

Acababa de atravesar el boulevard San Germán; maquinalmente se internó en la calle de Bac, parándose en las tiendas, examinando las porcelanas de Limoges, expuestas detrás de los cristales; las partituras de música, las sombrererías, luciendo sombreros de cardenal, cuando de pronto, y sin pensarlo, conducido por el viento que nos impulsa hacia donde están nuestras pasiones, vió que se encontraba cerca del Bazar de San Germán.

Las calles cercanas estaban llenas de carruajes de todas clases. Una hilera de coches de punto se extendía a todo lo largo de la fachada principal; los ómnibus se paraban dejando en la puerta del almacén gran número de compradores.

Por todas partes la multitud invadía las galerías, cruzándose con otras multitudes que salían cargadas de cajas de cartón, de paquetes con la etiqueta del Bazar de San Germán.

En la acera, debajo de las marquesinas, dependientes vigilantes vendían por nada sombreros de paja, telas, sombrillas, objetos de toda naturaleza que se los llevaba la gente con una rapidez vertiginosa, desapareciendo de la misma manera que si los hubiese derretido el calor del sol, para ser en seguida remplazados por invisibles acreedores.

Era un ruido de feria; un sin fin de mujeres se empujaban con prisa de entrar, cual si temie-



...parándose en las tiendas... examinando las partituras de música...

ran no encontrar nada porque otras pasaran delante.

Rochebonne siguió á la multitud y se internó en la inmensidad del almacén, donde los clientes estaban tan apretados que no cabía un alfiler.

Daban las cinco.

Aun cuando era la peor estación, sin embargo, el Bazar de San Germán ofrecía un espectáculo único para los extranjeros de todos los países.

El gran hormiguero estaba en plena actividad. La multitud se cruzaba, se desperdigaba mariposeando. Los mil colores de telas femeninas se tendían en un conjunto armonioso, como los acordes de una orquesta en donde cada cual da una nota y ninguna se distingue.

El duque subió la escalera principal, cuyas vueltas de una ligereza audaz llegan hasta los últimos pisos, en el que se reúnen y forman balcón, desde el cual la vista abarca aquella efervescente multitud de compradores que se agolpan en las cajas.

Cuando llegó al primer piso se apoyó en la barandilla y miró á su alrededor.

Las arañas, iguales que las de los teatros, estaban sujetas á las bóvedas con cadenas de bronce.

Á su derecha, alrededor de las mesas cubiertas con tapices verdes, donde había todos los periódicos del mundo, clientes, extranjeros en general, escribían su correspondencia en un salón, suspendido como por encanto en el espacio, en el que se veía una chimenea monumental, el busto del señor Bouret esculpido por Chapú y los techos con copias de los cuadros del Louvre, por Enrique Levy.

El marqués de Chamberjot, del Gran Club, el

hombre galante más temible de la *high-life*, hablaba en un rincón con la condesa de Rouille, con quien se había citado en aquel sitio. En estos terrenos neutrales se forja gran número de intrigas; pues como todo el mundo puede encontrarse sin despertar sospecha, la idea del delito desaparece, ó por lo menos se hace más dudosa.

Un poco más lejos, los lacayos servían á las señoras refrescos profusamente.

Alrededor de Rochebonne se veían los mostradores llenos de encajes, de perfumería y de mercancías sin fin; tapices de Oriente, los bastantes para cubrir los boulevards en un día de fiesta; telas de colores para adornar todas las fachadas desde la Bastilla hasta la Magdalena; muebles de lujo, telas de lana y de seda, terror de los maridos, á quienes tantas tentaciones vacían poco á poco la bolsa hasta el último céntimo.

El duque se quedó un momento suspenso delante de las prodigiosas riquezas de este bazar grandioso.

Sin embargo, ya le conocía.

Olvidó el objeto de su visita y se entretuvo en mirar á las mujeres, bonitas la mayor parte, que circulaban por su alrededor.

Iban y venían libremente, sin que las fatigasen con ofertas; las dejaban errar á su gusto, examinando los objetos.

Los dependientes seguían silenciosos, como el pescador que ha echado el anzuelo y espera que los peces del río se acerquen y se dejen enganchar.

Las mujeres, esas mariposas encantadoras y frívolas, ¿cómo no se habían de quemar las alas en aquellas llamas que las atraen y las deslum-

bran desde cualquier lado al que se vuelvan, en ese palacio colmado de galas destinadas á embellecerlas, á hacerlas más perturbadoras, según la expresión de moda?

Bien pronto volvió el duque á la idea que le preocupaba y trató de orientarse.

Subió otro piso y llegó á una galería más cuidada que las demás, con el suelo cubierto por frescos tapices.

Muchachas esbeltas y agradables estaban muy ocupadas enseñando trajes y vestidos.

En un salón contiguo otras probaban sombreros á sus clientas.

Las dos galerías estaban llenas de señoras. Era la hora de las *mondaines*.

Rochebonne miró de una á otra buscando una cabecita entre aquel gentío.

De pronto, una imperceptible sonrisa se dibujó en sus labios, y siguió su camino con aire indiferente y aburrido.

Su mirada había encontrado la de Germana.

La muchacha palideció horriblemente.

Se apoyó en una mesa y se puso la mano en la frente para ocultar su emoción.

El duque había pasado.

Pero otra persona había visto esta escena desde su sitio.

Josselin, preso en su caja, escribía febrilmente las notas que le dictaban, sin descanso, pero se fijaba muy poco en lo que hacía, exponiéndose á cometer errores. La máquina funcionaba, pero la cabeza estaba ausente. Estudiaba la fisonomía de Germana y no apartaba los ojos de ella.

Desde que entrara en el departamento de las modas había reconocido al duque de Rochebonne

y poco faltó para que se arrojara sobre él y diera un escándalo.

Pero, á pesar de su odio, no se atrevió á levantarse de su sitio. El miedo al ridículo le clavó en la silla.

¿Era un leproso el duque de Rochebonne?
¿Le podían prohibir que entrara en un bazar público?

¿No tenía el mismo derecho que todo el mundo para examinar la sedería, los tapices de Oriente, las porcelanas de China, los broncees japoneses, las telas de Venecia, de dos mil francos el metro, los bastones y los paraguas, los guantes, las *toilettes* Pompadour, los sombreros Niniche, los trajes para baños de mar, de río ó los de jardín, para su mujer, ó para sus amigas, ó para su primogenitura?

¿Le estaba prohibido al paseante mirar curiosamente, y hasta con impertinencia, á las señoritas de los sombreros ó de los trajes? ¿Había alguien que le prohibiera mirar á las costureras ó á las de la sección del calzado?

¿Qué contestaría él, Andrés Josselin, el empleado de tres mil francos al año, á ese personaje impasible y frío, cristalizado en su dignidad por un privilegio de nacimiento, cuando le dijera?: «¿De dónde sale usted, caballero? ¿Qué mosca le ha picado? ¡No le conozco! ¡Hágase presentar, si gusta!»

¿Y qué pensaría el señor Bouret de un empleado que por una mirada dirigida á una modista, y sin cambiar una palabra, daba el espectáculo de una escena violenta é insensata?

No sería pequeño el escándalo, en el noble *fábourg*, cuando se supiera que en el Bazar de San

Germán había ocurrido escena tan deplorable por una cosa tan insignificante y por la cual habían ofendido al duque de Rochebonne, uno de los primeros títulos de la aristocracia, el cual estaba allí entre los mil curiosos, sin decir palabra y examinando las mercancías como los demás.

Precisamente era un honor para el señor Bouret la presencia de un personaje tan respetable. Sus rivales del Capullo de Oro, del Otoño y las Tullerías se alegrarían de ello. La casa se perjudicaría.

¡Cuánto ganarían los otros con esta decadencia! Sin remisión pondrían á Andrés en medio de la calle, de donde le habían recogido.

Por mucho que se quiera á sus empleados, hay una cosa que se prefiere siempre: la casa, la clientela, la reputación, y el señor Bouret adoraba su obra por encima de todo.

Josselin lo comprendía, aunque rabiaba al considerarse impotente.

Un detalle le había llamado la atención.

Germana esperaba al duque. No se había movido de su sitio. El cambio de miradas indicaba que se entendían perfectamente.

Su palidez súbita la vendió.

Á Josselin le pareció que se llevaba una mano al pecho para comprimirle.

¿De dónde provenía tanta emoción, sino de un amor correspondido?

El cajero seguía escribiendo mientras esta tormenta se desataba en su interior. Cogía los billetes de Banco y devolvía las monedas con la precisión mecánica de un autómatas que tiene cuerda hasta por cierto número de horas.

Contaba con gran rapidez los veinte ó treinta

artículos que cada dependiente le decía; pasaba su pluma por cada columna y de un golpe hacía la suma, sin equivocarse, sin hablar una palabra con nadie.

Por momentos, una lágrima ardiente asomaba á sus ojos, lágrima de despecho y de dolor, y con un movimiento, rápido como un rayo, se la secaba con los dedos.

Germana le vió y se sonrojó, inquieta y triste.

Los demás que ignoraban la causa del mal humor del cajero se admiraban al verle, triste y taciturno, con las narices metidas en sus libros de caja.

El joven Galeron quiso bromear con él y recibió un puntapié. Le fué diciendo á los demás:

—¿Qué le pasa á ese saboyano?

Germana sabía muy bien lo que le sucedía.

Pasado el primer momento, comenzó á dirigirle á cada minuto miradas suplicantes, ó coléricas hasta el punto de comprometerla.

Tanto, que ella cambió de sitio y se puso en un rincón al lado de un armario, donde él no podía verla.

El señor Perrolet se paseaba por su territorio estudiando las mejoras que sin cesar le ocupaban el cerebro. Siempre soñaba con algo mejor que lo que había organizado. Sobre todo observaba á Germana. Se acercó á ella y dió principio á un discurso sobre las mejoras que había ideado para la instalación de las modas.

Se puede agrandar el salón, cogiendo algo del de los vestidos, que se agrandará á su vez con el de los muebles, que ocupa demasiado.

Lo que no era del dominio del señor Perrolet siempre ocupaba demasiado sitio.

Si Germana opinaba como él, hablaría en seguida al Consejo—el Consejo de los Diez formado por los accionistas; el Consejo de Estado del señor Bouret.

Los negocios iban en auge y era menester ensanchar el local.

El señor Perrolet era muy profuso en sus explicaciones, sobre todo cuando hablaba con Germana.

¡Pobre hombre! ¡Se sentía tan feliz cuando se podía aproximar á su adorada!

Expuso lentamente sus teorías, mirando con alegría al gentío que invadía los departamentos que estaban bajo su dirección.

—Buen día, señorita Germana—dijo frotándose las manos.

La segunda contestaba con monosílabos. De ordinario, era más atenta con su jefe.

El señor Perrolet la encontró distraída, menos atenta de lo que él hubiera querido. Adoptaba sus ideas según se las indicaba, sin discutir las. El señor Perrolet no era enemigo de la contradicción, siempre que acabaran por ser de su misma manera de pensar.

Esta vez, Germana opinaba siempre como el jefe y contestaba demasiado de prisa, con razón ó sin ella.

—Sí, señor Perrolet.

—Sin duda, señor Perrolet.

—Seguramente, señor Perrolet.

El patrón, impaciente, calló.

Germana se volvió hacia otro lado para vigilar las ventas, mirando á las vendedoras que probaban los sombreros para enseñárselos á las señoras, ó se los probaban á sus clientas que se mira-

ban con complacencia en los espejos donde se veían por todos lados.

Pero, con su mirada escudriñadora, el señor Perrolet vió que estaba preocupada y que algo la molestaba.

Entonces él también se preocupó. ¿Estaría indispuesta su adorada? ¿Tendría alguna pena?

Con una voz dulce como la miel y casi temblando, la dijo:

—¿Qué tiene usted, hija mía?

—Nada, señor Perrolet, nada absolutamente, se lo aseguro.

Pero mentía descaradamente, pues una lágrima de pena salió de sus ojos y se paró en sus negras pestañas, que tanta expresión daban á su mirada.

El señor Perrolet lo vió y, con voz más dulce todavía y muy turbado, repuso:

—Ya ve usted que me engaña ó que se engaña á sí misma, puesto que llora, Germana.

Por primera vez, y debido á su emoción, dijo Germana á secas.

Se iba á reprender, cuando la muchacha se volvió vivamente y, metiendo la cabeza en un armario, se echó á llorar, cubriéndose el rostro con el pañuelo.

—Vamos—dijo el excelente hombre con amabilidad y á punto de llorar también,—tranquílcese, hija mía; eso es nervioso. Hay momentos en que se llora sin saber por qué. Eso no será nada.

Y se alejó, temiendo no poderse contener y dejar escapar su secreto.

Un momento después volvió, seguido por el señor Labievre, que traía un vaso de agua.

—Beba usted, señorita Germana—dijo.—Es un poco de azahar.

Las pequeñas de la moda y de los trajes, que seguían al patrón con los ojos, se miraban y se sonreían con burla.

—¡Si será coqueta esta Germana!—dijo Cipriana, despechada porque no había visto desde hacía mucho tiempo á su querido Sosthène.—No sólo es el *Capricho* de sus clientes, sino también el del patrón.

—¿Y qué?—contestó la señora Chapius, una mujer muy alta, y con el pelo rojo, pero muy buena muchacha.—¡Si ése es el gusto del señor Perrolet!... ¡También tú quisieras ser su preferida!

—¡Yo!—dijo Cipriana riéndose;—con mi Sosthène tengo bastante.

Josselin hubiera querido hablar á Germana aquella misma noche.

Durante el resto del día se desesperó de su impotencia. Quería una solución, pues no podía vivir con tal incertidumbre.

Esperar el plazo marcado por Germana, era superior á sus fuerzas.

Además, su indiferencia hacia él estaba clara. Cuando una persona como el duque persigue á una muchacha como Germana, el nombre, las riquezas tienen que fascinarla y poder más que la antigua amistad que la muchacha había demostrado á un camarada más pobre que ella. Así pensando se dejaba llevar por las diatribas de los amantes derrotados contra las mujeres.

Germana era como las demás. Caprichosa, ligera y vanidosa; deseaba el lujo, como otra cualquiera.

Una de tantas y nada más; es decir, todas las

debilidades, todos los engaños y todas las crueldades.

La avaricia en carne y hueso.

No la perdonaba ni esta injuria á ella, tan desinteresada, tan ajena á todo cálculo.

¡Cómo le iba á decir todo esto! No tendría más remedio que oírle, cuando estuviera cerca de ella y no pudiera evitar una explicación necesaria y decisiva.

Decisiva, ¡pues no la volvería á ver! Buscaría otra mujer sencilla y buena, á la que pudiera unirse; mejor dicho, viviría solo, pues eran todas iguales y formadas de materia inferior y vil.

Pero no había contado con el señor Perrolet.

El bueno del señor Perrolet no era malicioso, pero estaba escrito que estropeará los proyectos del cajero, como una golondrina cuando tropieza en una tela de araña.

XIX

DESPOSORIOS

Generalmente, las muchachas que estaban á sus órdenes consagraban al menos una hora desde el toque de campana, para sacudir y guardar en los armarios los sombreros, envolviéndoles entre papel de seda, doblando los vestidos, empaquetando en las cajas lo que tenían que enviar fuera.

Aquella noche el señor Perrolet no dejó su dis-

—Beba usted, señorita Germana—dijo.—Es un poco de azahar.

Las pequeñas de la moda y de los trajes, que seguían al patrón con los ojos, se miraban y se sonreían con burla.

—¡Si será coqueta esta Germana!—dijo Cipriana, despechada porque no había visto desde hacía mucho tiempo á su querido Sosthène.—No sólo es el *Capricho* de sus clientes, sino también el del patrón.

—¿Y qué?—contestó la señora Chapius, una mujer muy alta, y con el pelo rojo, pero muy buena muchacha.—¡Si ése es el gusto del señor Perrolet!... ¡También tú quisieras ser su preferida!

—¡Yo!—dijo Cipriana riéndose;—con mi Sosthène tengo bastante.

Josselin hubiera querido hablar á Germana aquella misma noche.

Durante el resto del día se desesperó de su impotencia. Quería una solución, pues no podía vivir con tal incertidumbre.

Esperar el plazo marcado por Germana, era superior á sus fuerzas.

Además, su indiferencia hacia él estaba clara. Cuando una persona como el duque persigue á una muchacha como Germana, el nombre, las riquezas tienen que fascinarla y poder más que la antigua amistad que la muchacha había demostrado á un camarada más pobre que ella. Así pensando se dejaba llevar por las diatribas de los amantes derrotados contra las mujeres.

Germana era como las demás. Caprichosa, ligera y vanidosa; deseaba el lujo, como otra cualquiera.

Una de tantas y nada más; es decir, todas las

debilidades, todos los engaños y todas las crueldades.

La avaricia en carne y hueso.

No la perdonaba ni esta injuria á ella, tan desinteresada, tan ajena á todo cálculo.

¡Cómo le iba á decir todo esto! No tendría más remedio que oírle, cuando estuviera cerca de ella y no pudiera evitar una explicación necesaria y decisiva.

Decisiva, ¡pues no la volvería á ver! Buscaría otra mujer sencilla y buena, á la que pudiera unirse; mejor dicho, viviría solo, pues eran todas iguales y formadas de materia inferior y vil.

Pero no había contado con el señor Perrolet.

El bueno del señor Perrolet no era malicioso, pero estaba escrito que estropeará los proyectos del cajero, como una golondrina cuando tropieza en una tela de araña.

XIX

DESPOSORIOS

Generalmente, las muchachas que estaban á sus órdenes consagraban al menos una hora desde el toque de campana, para sacudir y guardar en los armarios los sombreros, envolviéndoles entre papel de seda, doblando los vestidos, empaquetando en las cajas lo que tenían que enviar fuera.

Aquella noche el señor Perrolet no dejó su dis-

trito. Si se había alejado, era pensando en volver; sobre todo se había guardado muy bien de alejarse y de ir á pasearse por las calles ó al bosque con su amigo Vicente.

En cuanto acabó de comer, bajó á sus salones, donde había aguijoneado á todo el mundo, dándole prisa á uno, fastidiando á otro, molestando al señor Verduret, primer funcionario del bajalato, apremiando á la señorita Thomas para que diera pronto la salida á aquellos pájaros que tenía en la jaula.

¡Era una vergüenza obligar á las muchachas á velar hasta tan tarde! ¡Había que poner fin á aquellas lentitudes!

— Las mujeres no son máquinas, señor Verduret, sino seres que necesitan descanso.

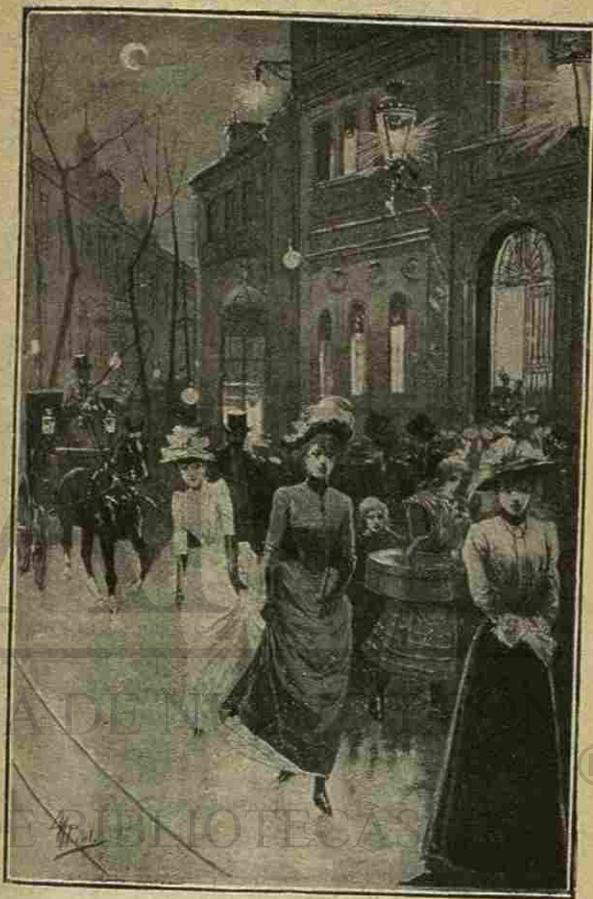
Se presentaba bajo un nuevo aspecto, humanitario hasta la punta de las uñas, siempre apurando al personal; se extendía en reflexiones muy bien pensadas sobre la barbarie de privar del sueño á los empleados, sobre quien se manda.

Todas estas reflexiones las hacía por Germana, que sin duda estaba enferma.

Pero todos al oírle se apresuraron á poner en orden las salas, y así pudieron ir escapando á este flujo de elocuencia filantrópica.

Josselin vió con desesperación, cuando terminaba su trabajo, que las pensionistas del señor Perrolet huían como huye una bandada de gorriones que un chico espanta. El grupo de modistas se precipitaba hacia la puerta, é invadía la calle, después de dirigir un saludo al excelente señor Labievre, el favorito de las señoritas, que vigilaba la salida.

El señor Perrolet hubiera podido hacer salir



El grupo de modistas se precipitaba hacia la puerta é invadía la calle.

á su Germana antes que las demás; pero tenía por principio no hacer ninguna excepcion, y el señor Perrolet era esclavo de sus principios.

Había despedido á todo el mundo, haciendo un gesto amistoso á su protegida, indicándola que por ella se hacía este favor, poco acostumbrado.

El cajero trató en vano de hacerse comprender de la segunda, dirigiéndola una mirada que significaba claramente:

—Espérame.

La muchacha hizo como que no le había entendido, y desapareció con el grupo.

Necesitaba estar sola.

Lo que le sucedía desde hacía algunas semanas, le trastornaba.

Estaba, en efecto, enferma; pero se encontraba peor de espíritu que de cuerpo: sin embargo, viendo su aire lánguido y su color de convaleciente, era fácil engañarse.

El cielo estaba despejado; las estrellas empezaban á lucir, indicando que la noche se acercaba.

Germana hubiera querido poder vagar una hora bajo los árboles de las Tullerías, pero no se atrevió. Temía encontrarse con el duque. No la inspiraba miedo, pero temía á su propia debilidad.

Hasta entonces, había mandado sobre sus pasiones á su gusto; ahora, sus pasiones la dominaban á ella.

No sabía con precisión lo que quería. Sus amigas trataron de llevársela consigo á cualquier parte para celebrar la generosidad del señor Perrolet. Podrían permitirse todas juntas el lujo de una hora ó dos en coche en el Bosque por una

sola vez, y tomarían además unos *bocks* en la Cascada.

¡La Cascada! ¿Volver á la Cascada? ¡No se atrevería nunca!

—No puedo, tengo que hacer.

¡Tenía que hacer! ¡Era aguarles la fiesta! ¡Se hubieran divertido un rato!

Se negó rotundamente.

Tenía que arreglar su casa, coser un poco.

Entonces se ofrecieron á acompañarla hasta su domicilio, y esto la gustó mucho. Era una guardia que la tranquilizaba.

—Te dejamos en San Roque—dijeron las otras.

La portera la recibió con una deferencia muy marcada, y Germana la pareció ver en ella algo inusitado cuando cogió su llave.

La vieja tenía actitudes misteriosas.

—Vuelve usted muy temprano esta noche—dijo.

Germana no contestó.

—Hay un paquetito sobre su velador. Un señor lo ha traído, él mismo, con su tarjeta.

Insistió sobre la palabra *el mismo*, con malicia.

—No lo he querido dejar aquí, rodando. Desde hace algún tiempo no está muy seguro este barrio.

La muchacha tuvo un presentimiento. ¡Si sería el duque! ¡Siempre él! ¿No la dejaría ni un minuto?

No quiso interrogar á la señora Pellerin. Pero comprendía que estaba sofocada; ardían sus mejillas.

Al llegar á su cuarto encendió una bujía y abrió el estuche.

La sortija era magnífica; brillaba en la penumbra como los ojos de un gato en una caverna.

Germana admiraba los resplandores fosforescentes de aquella piedra melancólica, que parece que vive, y en efecto muere cuando sus resplandores se acaban.

—Es un ópalo — dijo, — una piedra que trae desdichas.

Pero era tan bonita, que se la puso en un dedo de la mano izquierda, lo mismo que se había puesto los solitarios en las orejas.

Luego cerró la puerta con llave, y se metió en la cama rendida y como temerosa de que le acometiese una enfermedad grave.

Casi en seguida se durmió, con un sueño pesado y agitado, lleno de fantasmas semejantes á las extrañas figuras que la fantasía de los artistas de la Edad Media tallaba en los pórticos de las catedrales.

Tenía en el dedo la sortija de sus desposorios, traída por el tentador. El anillo le abrasaba como un hierro al rojo blanco. Los resplandores del ópalo se volvieron vidriosos; tenía un reflejo de fuego fatuo, verdoso; parecía que se extinguía como la vida en los ojos de un animal herido de muerte, y que ella misma, sin sacudimientos, bajaba á un abismo sin fondo, la tumba donde iba á dormir el sueño eterno.

Había bastado el capricho de un desocupado para desviar esta alma tierna, llena de sentimientos de honor, de aspiraciones honradas, y remover en ella el fango que existe en el fondo de todo lo humano, hasta en las naturalezas privilegiadas.

No quería sucumbir; resistía con la energía de su pureza inocente; pero sostenía una lucha en la cual no era ella la más fuerte.

Las muchachas rodeadas de la protección de una familia, cobijadas bajo el amor maternal, vigiladas por sus institutrices, distraídas por los placeres y las caricias del hogar, tienen menos trabajo para defenderse.

Germana no tenía á nadie que la protegiese. Tendría que entregarse sin armas á un enemigo elegante, con todos los medios de seducción, bastante rico para comprar la conciencia de los auxiliares útiles, bastante generoso para pagar de buen grado el precio que pusieran por su complicidad con él, y sus traiciones respecto á los demás.

Si hubiera tenido en el corazón un amor verdadero; si hubiera tenido por Josselin un poco de esa pasión exaltada que él tenía por ella, este amor la hubiera preservado. Pero Josselin le daba lástima nada más. Hubiera querido amarle, pero no le amaba. Estimaba al señor Perrolet; tenía por él algo más que estima, afecto, pero respetuoso y filial.

El que la atraía con un poder magnético; el hombre al cual, al acercarse á ella, la dominaba con ese encanto que lleva á las mujeres á los brazos de su vencedor, de su dueño, era Rochebonne.

Sus grandes ojos le forzaban á mirarle; no podía apartar de ellos los suyos. Era como una sugestión á la cual no sabía abstraerse.

Vibraba al verle, como un arpa al soplo del viento, como los hilos telegráficos que cantan por la noche, cuando el huracán los sacude.

Al día siguiente fué al almacén abatida, sin atreverse á levantar los ojos, casi avergonzada, como si hubieran podido leer en el fondo de su alma y comprender el secreto de su malestar.

Cuando iba á comer, en uno de los pasillos sintió que la cogía una mano nerviosa y que la decían al oído:

—Espéreme esta noche, quiero hablarla. Que me espere; ¡lo quiero!

Se volvió y vió á Josselin que se alejaba entre un grupo de camaradas.

Le dirigió una mirada casi suplicante que él no vió.

Dos amigas suyas se unieron á ella, y algunos pasos más lejos oyeron ruido de besos detrás de la puerta del lavabo.

—No es preciso ver para saber quiénes son— dijo Pulchería;— es la señora Menoit, que parte el postre.

Y dió un golpe en la puerta.

En efecto, era la señora Sosthene con su marido.

—Vamos, un poco de corrección, tú, monina— dijo una de la ropa blanca que, aunque sin pruebas, pasaba por haber tropezado alguna vez...

Cipriana, roja como la cresta de un gallo, se marchó murmurando:

—Las peores son siempre las que se asustan. ¡Vaya con Sofial!

El señor Labievre, que apareció á lo lejos, dió fin á estos síntomas de guerra y dispersó á los batallones contrarios.

El día se pasó sin incidentes para Germana.

Hubo mucha gente.

Sin embargo, era la peor estación para San

Germán y para todos los comercios. Las vacaciones se acercaban y las gentes iban á tonificarse á orilla del mar ó en el campo.

Lo que se vendió en sombreros de formas ex-céntricas, pero que resultan graciosos en las cabezas bonitas, *Fraillasson*, con grupos de *bleuets* y amapolas ó rosas, gorras para baño y adornos de cabeza campestres, es incalculable. Pero también es verdad que harían falta cantidades fabulosas para llenar los cajones de la casa de montones de oro y de billetes de Banco de mil francos.

Cuando llegó la noche, Germana, temiendo las violencias y los reproches de Josselin, salió decidida á negarle la entrevista con que la había amenazado.

Se puso en marcha rápidamente por el lado contrario de donde solía ir.

Por un momento creyó que él había renunciado á atormentarla; pero en la esquina de la calle de la Chaisse, al volver á la de L'Albayeau Mois, el cajero la alcanzó y, pasando su brazo entre el de la modista, la dijo duramente:

—Hablemos, Germana.

XX

LA NOCHE EN LAS CALLES

GERMANA se resignó. Siguió sin resistencia á su antiguo amigo por sitios desiertos, hacia la encrucijada de la Cruz Roja y de la calle de Rennes.

Al día siguiente fué al almacén abatida, sin atreverse á levantar los ojos, casi avergonzada, como si hubieran podido leer en el fondo de su alma y comprender el secreto de su malestar.

Cuando iba á comer, en uno de los pasillos sintió que la cogía una mano nerviosa y que la decían al oído:

—Espéreme esta noche, quiero hablarla. Que me espere; ¡lo quiero!

Se volvió y vió á Josselin que se alejaba entre un grupo de camaradas.

Le dirigió una mirada casi suplicante que él no vió.

Dos amigas suyas se unieron á ella, y algunos pasos más lejos oyeron ruido de besos detrás de la puerta del lavabo.

—No es preciso ver para saber quiénes son— dijo Pulchería;— es la señora Menoit, que parte el postre.

Y dió un golpe en la puerta.

En efecto, era la señora Sosthene con su marido.

—Vamos, un poco de corrección, tú, monina— dijo una de la ropa blanca que, aunque sin pruebas, pasaba por haber tropezado alguna vez...

Cipriana, roja como la cresta de un gallo, se marchó murmurando:

—Las peores son siempre las que se asustan. ¡Vaya con Sofial!

El señor Labievre, que apareció á lo lejos, dió fin á estos síntomas de guerra y dispersó á los batallones contrarios.

El día se pasó sin incidentes para Germana.

Hubo mucha gente.

Sin embargo, era la peor estación para San

Germán y para todos los comercios. Las vacaciones se acercaban y las gentes iban á tonificarse á orilla del mar ó en el campo.

Lo que se vendió en sombreros de formas excéntricas, pero que resultan graciosos en las cabezas bonitas, *Fraillasson*, con grupos de *bleuets* y amapolas ó rosas, gorras para baño y adornos de cabeza campestres, es incalculable. Pero también es verdad que harían falta cantidades fabulosas para llenar los cajones de la casa de montones de oro y de billetes de Banco de mil francos.

Cuando llegó la noche, Germana, temiendo las violencias y los reproches de Josselin, salió decidida á negarle la entrevista con que la había amenazado.

Se puso en marcha rápidamente por el lado contrario de donde solía ir.

Por un momento creyó que él había renunciado á atormentarla; pero en la esquina de la calle de la Chaisse, al volver á la de L'Albayeau Mois, el cajero la alcanzó y, pasando su brazo entre el de la modista, la dijo duramente:

—Hablemos, Germana.

XX

LA NOCHE EN LAS CALLES

GERMANA se resignó. Siguió sin resistencia á su antiguo amigo por sitios desiertos, hacia la encrucijada de la Cruz Roja y de la calle de Rennes.

Á lo lejos resplandecían las ventanas del Bazar de San Germán.

Había mucha claridad en los pisos superiores, donde se trabajaba todavía.

En el interior del Bazar veíanse pasar rápidamente sombras, semejantes á las de los herreros que laboran en los hornos de Lorena, iluminados por la noche por las rojas llamas de las forjas y del metal en fusión.

Poco después se apagó súbitamente una ventana y quedó en la obscuridad.

El trabajo había concluído por aquel lado. De tiempo en tiempo veíase á los grupos de empleados que marchaban por las aceras.

Germana se tapó la cara con las manos para evitar que sus camaradas la reconocieran.

Los ómnibus marchaban casi vacíos y tirados por caballos rendidos que guiaban cocheros soñolientos. En la imperial los viajeros dormían, dando con la cabeza en el hombro de su vecino.

Las tiendas se iban cerrando una tras de otra. Solamente de las cervecerías y de los cafés abiertos todavía lanzaban fajas luminosas en la obscuridad de la calle.

Josselin estaba muy turbado. No sabía por dónde empezar. Germana estaba tranquila; nunca había tenido con él ningún compromiso formal; ¿qué derechos podía exigir sobre ella?

Por fin se decidió y con tono humilde la dijo:

—¡Germana, creí que era usted mi amiga!

—Y lo era en efecto— balbuceó ella.

—¿Y ahora?

—No he cambiado.

—Sí. Me convenzo de que sí. ¿Por qué huye de mí?

—¿Yo? No huyo, Andrés.

—¡Vamos!

—Le aseguro que no. ¡Se figura usted unas cosas! Sólo que tengo que vigilarme, tener cuidado. No somos libres.

—No trate usted de engañarme. Sé lo que ocurre.

—¿Qué es lo que ocurre?

—¡Otro ha venido á fascinarla con sus ofrecimientos! La amaba demasiado. Hice mal. Debí pensar que una muchacha como usted es un objeto de lujo que no le pertenece á un empleado como yo, pero sí á los millonarios.

—Entonces ¿qué me quiere?

—Quiero evitarla embustes, devolverla su palabra. Me ha pedido dos meses para reflexionar. No servirían para nada. Desde ese día está usted decidida. No puede dudar entre un cajero como yo, con tres mil francos al año, y...

—¿Y qué?

—Y las personas que la pretenden...

—¿Usted qué sabe?

—¿Cree usted que los demás son ciegos? ¿Que no veo quién ronda por la tienda y la dirige miradas expresivas? Por poco doy ayer un espectáculo, al ver á ese odioso duque de Rochebonne. Le he reconocido. Era quien iba á su lado cuando íbamos á Chantilly; era él á quien escuchaba usted con tanta complacencia.

—¿Es culpa mía si le hemos encontrado?

—No lo niegue usted. Ya ve que es verdad. ¿Quién me prueba que usted no le había anunciado aquel paseo? ¡Yo, que creía que en él iba á ser tan feliz! Y fué el principio de nuestra desgracia. ¿Qué quiere ese miserable más que per-

derla? No se casará. Está casado. Quiere hacer de usted su amada y comprarla como se compra á esas desdichadas...

—Déjeme— dijo Germana.

—No, lo oirá usted todo. ¡No lo conseguirá, ya lo sé, con esas proposiciones que indignarían á usted! Es demasiado hábil para hacer eso. Tratará de persuadirla de que la ama, que usted le ha fascinado, que piensa en usted sin cesar. La escribirá cartas apasionadas, sacadas de todas las novelas que encuentre. Tendrá períodos de frases para hacerla declaraciones llenas de elocuencia. ¡Tiene tiempo!

¡Para él no hay amos que le manden! No depende ni del señor Bouret ni de nadie. Ese es el entretenimiento de los desocupados y de los que se aburren. La enviará regalos magníficos, que no le costarán más trabajo que el de entrar en una joyería y escoger lo que más le guste. ¿Qué son dos ó tres mil francos para un hombre que tiene millones de renta, que han venido á sus manos porque sí? La colmará de generosidades. La engañará acerca de sus sentimientos con favores insignificantes que no pesarán en su bolsillo más que si diera diez céntimos á un mendigo.

Cederá usted: las mujeres van á lo que brilla; y, cuando se haya cansado de usted, la arrojará al arroyo, donde se reunirá usted con sus semejantes, las que la hayan precedido.

¡Ah, Germana, qué porvenir más diferente soñaba para usted! Pero todo acabó. Todo se ha perdido. ¿Qué he hecho para que me engañara usted hasta ese extremo? ¿Por qué me ha dado la esperanza, casi la certidumbre, de que me amaba y sería mía, para abandonarme en seguida?

Calló.

Esperaba que ella contestaría tratando de disculparse; que le repetiría lo que tantas veces le había dicho; que tenía interés por su amistad, que tenía necesidad de ella, que se engañaba creyéndola capaz de oír á ningún otro. Pensaba que tal vez se acusaría de haber tenido un momento de coquetería, pero involuntario, sin reflexión.

Mas Germana no despegó los labios.

Herida por los reproches de Josselin, tanto más crueles, cuanto que eran justos, y por las frases que se le escapaban, llenas de cólera, y las expansiones de la bilis contenida, no dijo una palabra.

Entonces él, animado, prosiguió:

—¡Calla usted! Es demasiado franca para excusar su traición, ó, mejor dicho, no comprende el mal que se causa. ¿Y cree usted que eso sucederá sencillamente y sin producir ruido? Se ha divertido usted inspirándome un amor al que no quiere corresponder; ha coqueteado conmigo para distraerse; yo, confiado y sencillo, estaba dispuesto á darle mi vida si me hubiese hecho un gesto indicándomelo, y se burla de mí. ¿Es qué la divierte perturbar la paz de un hombre que no puede olvidarla? ¿Es que la divierte coger un ser que se entrega y luego tirarle como un objeto usado y sin valor? Si creía usted que no me revolvería contra esa manera de tratarme, está usted completamente equivocada.

Luego, parándose bruscamente, la cogió la mano, apretándola hasta hacerla daño:

—¡Qué mal me conoce usted! Pero no hago más que dudar; no estoy seguro. ¡Temo equivocarme! Esperaba que me desmintiera usted, que

gritaría: ¡Te equivocas! Tus celos te han hecho ver mal; ¡te figuras cosas que no existen! ¡No tengo ningún amor! ¡El duque de Rochebonnel ¡Y poco que me río de sus aires apasionados y de sus ridículos suspiros! ¡Soy una mujer honrada! Contaba con que iba usted á repetirme: El casamiento es una cosa grave. Dudo. ¡Se trata de toda la vida! Si te he pedido un plazo es porque tuve un remordimiento. Temí obrar á la ligera. Cuando te prometí casarme contigo, era sincera, pero ahora hay algo que me turba. No me obligues á cumplir mi promesa antes de estar segura de que no echaré nunca de menos mi libertad. Esperaba una palabra; que se excusaría usted del mal que me hace, que me diría alguna cosa, buenas palabras... ¡pero algo! Y ¡nada!

Llegó hasta la injuria más sangrienta.

—¡Ni una palabra! ¿No tiene usted corazón? ¿Está perdida ya para mí? ¡Ah! ¡Si lo supiera! ¡Miserable!

—Y si usted lo supiera, ¡qué!—preguntó Germana levantando la cabeza al oír este ultraje inmerecido y mirando frente á frente á Josselin.

Éste acercó su cara á la muchacha y, hablando bajo, dijo:

—No respondería de mí; perdería la cabeza. ¡Sería capaz de todo! ¡Oiga! Desde hace quince días no duermo, pienso en usted siempre; la veo amando á ese Rochebonne. Me vienen á la imaginación ideas que me espantan. Todo lo veo rojo. ¡Qué suplicio desde ayer! ¡Qué noche! ¡Es usted incapaz de comprender lo que pasa por mí. No sabe lo que son los celos; ese miedo horrible de ver que lo que uno ama es de otro; ese tormento de pensar que la boca amada murmura

al oído de su rival preferido las palabras que quisiera oír uno solo; esa visión que nos persigue siempre. De veras, preferiría verla muerta que entregada á ese bandido que nos desprecia y que cree que, cortejándola, la hace más honor del que usted merece.

Preferiría matarla, sí, y matarme luego para no sobrevivirla ni un momento. ¡Ya ve que estoy loco, pues esto es obra suya! ¡He vivido dos años sin atreverme á decirle una palabra! La adoraba desde lejos. Usted me alentó. Sus sonrisas me han dado esta fiebre. ¿Por qué ha cambiado tan pronto? Todo el mundo me envidiaba. Era feliz. Ya no soy más que un vencido. ¡Una muchacha tan guapa casarse con un cajero! Pero ¿qué es la vanidad al lado de las heridas del corazón? ¡Germana, Germana! ¡Era tan feliz y he sufrido tanto!

Se detuvo.

Se veía en su acento una emoción tan verdadera, el dolor que le sacudía con tanta fuerza, vibraba su voz con tanta pasión, que la muchacha, conmovida con esta pena, quiso endulzarla como otras veces, arrastrada por su bondad, esa bondad divina de las mujeres que saben sacrificarse por la felicidad de los demás.

Llegaban á la esquina de la calle de Megard.®

Estaba completamente desierta.

Se soltó y apoyó sus dos manos en el brazo de Josselin.

—Me quiere mucho, ¿verdad?

—¡Sí, la adoro, Germana!—dijo temblando de emoción:—más que á mi vida, más que á todo. La amo hasta el punto que no veo más que á usted, á usted tan solo. Desde el día en que me per-

mitió hablarla se apoderó de mí para siempre. No he tenido más que un propósito, el de hacerla mi esposa. Dígame qué hay que hacer para lograrlo. Lo haré. No es posible que mis temores sean serios; ¡pero tengo tanto miedo de perderla! Es usted para mí más que la fortuna, tras de la cual suspira el avaro, más que los honores para el vanidoso, más que la gloria para el artista. Mi pensamiento está lleno de usted. Todo es suyo. Si me he prometido trabajar con encarnizamiento es para ganarla, para tener una posición digna de usted. En casa del señor Bouret tenemos las mismas probabilidades que en un regimiento. Se asciende por elección. Yo me veía ya en el puesto del jefe de la contabilidad con sueldo de prefecto. Usted era primera. Hacíamos economías rápidas, y á los pocos años, doce ó quince, nos retirábamos jóvenes todavía al campo, á un rincón que embelleceríamos con los recursos de nuestra inventiva.

Se reía casi al pronunciar estas palabras, pues la esperanza de recuperar la amistad de Germana le hacía pasar de la cólera á la alegría.

—Hubiéramos vivido como unos señores de pueblo. ¡Qué castellana más encantadora sería usted! ¿Si supiera usted qué sitios más admirables hay en nuestra Saboya, el país mejor del mundo? Conozco algunos donde hubiéramos estado como en un paraíso. Hay jardines en medio de los Alpes. Sobre la cabeza se ve la nieve eterna del Monte Blanco, los mares de hielo; los bosques salvajes, torrentes que corren á trescientos metros debajo de nosotros; en ese rincón, el césped y las flores salen como por encanto. Es la primavera entre los hielos del invierno, todas las

estaciones juntas. No hay más que subir ó bajar para pasar del verano más ardiente, con sus frutas y sus flores, á los fríos más terribles; basta extender la mano para coger el hielo de las rocas y helar el champagne.

La felicidad que soñaba con usted no la sabría explicar. Me faltan las palabras. Hubiéramos ido donde hubiera usted querido. No hubiera tenido más voluntad que la suya. El desierto más árido, si lo hubiese usted habitado, me hubiera parecido tan bonito como Versalles. Hay que comprender la inmensidad de mi amor para medir el odio que tengo á ese ser que viene á disputarme su corazón de usted; corazón que no necesita y que á mí me falta. ¿Quién soy yo? Un pobre hombre, educado por caridad en mi pueblo, entre gentes rudas y salvajes, que trabajan en mármol, menos rudo que ellos, que cazan en las montañas y que contrabandean á través de los precipicios y de los torrentes. Cuando salí del seminario no tenía un cuarto. Mis superiores no me perdonaban el que me negase á permitir que pagasen mi educación haciéndome cura, es decir, vendiendo mi carne y mi sangre á cambio del pan con que me habían mantenido. El mundo me atraía.

La vista de una mujer me hacía temblar como la hoja en el árbol. Mi padre murió de una pulmonía. Mi madre, retirada en Lerboz, no carece de nada gracias á mí. Además, allí se vive con muy poco.

Esta historia es muy sencilla y muy vulgar, Germana; ya se la he contado; pero esta juventud de pobre prueba hasta qué punto me deslumbré cuando, después de esa infancia miserable, yo, Andrés Josselin, que vi á usted hermosa entre

las hermosas y radiante de juventud, elegante como una duquesa, pude creer que sería mía, mi bien, mi vida, mi mujer. Tenía una alegría que era para causar envidia á los millonarios más felices.

No hubiera cambiado mi parte de dicha por la fortuna de los judíos, de los nababs, por los esplendores de la gente que va al almacén con lacayos engalonados y cocheros con peluca. Poco me preocupaban los castillos, las rentas y los honores. Con algunos luises en el bolsillo, iría con la cabeza levantada, como un hombre que nada tiene que envidiar á nadie. Mi cuarto con mi cama de hierro, con su silla de paja, la estera en el suelo, decorada la chimenea con un despertador que hace un ruido infernal y que me ha costado cinco pesetas; un candelero de hierro y mi mesa de pino con su jofaina y su jarro; mi cuarto, en fin, me parecía tan brillante como un palacio de hadas y más suntuoso que el Elíseo y que todos los ministerios. Había una obra de arte en la pared. ¡El retrato que me dió usted una noche, cuando era buena para mí!

¡Ah, Germana, me pregunta usted si la quiero! Sí, y mil veces sí; más que á la fortuna, que al cielo, que á mi madre: más que á todo. La quiero tanto, que me tiraré al agua si pierdo la esperanza que todavía conservo. ¡Y lo haré como lo digo!

Hablaba con una sinceridad que conmovió á Germana.

Quizá tuviera razón.

Esa era la vida feliz; la alianza de dos seres jóvenes y robustos. El amor en el bien, en la familia. Le miró casi vencida.

Los ojos de Josselin estaban llenos de lágrimas, que su orgullo quería ocultar. Su cabeza, de expresión altiva, con los cabellos negros rizados sobre la frente, se inclinaba hacia Germana con una expresión tan ardiente, que la hizo estremecerse.

—¡Qué cruel ha sido usted con su coquetería!— dijo con voz alterada.—¿Es una necesidad para las mujeres jugar con el corazón del hombre que las ama?

Ella bajó la cabeza.

—Acompáñeme—dijo.—Es tarde y me quiero recoger.

Volvieron por calles desiertas y sin hablar.

El brazo de Josselin temblaba bajo la presión del de Germana, y su corazón latía con tanta fuerza, que se podían contar sus pulsaciones.

Cuando llegó á la puerta, se soltó.

—¿Cuándo me dirá que sí?—preguntó él.

—No lo sé.

—¿El domingo, quiere, á las diez? Vendré á buscarla.

—Bueno; ya veremos.

—Mañana es sábado. Si pudiera verla de aquí á entonces... Permítame que venga.

—Sea usted razonable, y hasta mañana en la tienda.

Se esquivó enviándole un saludo con la punta de los dedos, que parecía un beso.

Subió á su cuarto y se encerró.

Josselin erraba en la calle, acechando la luz de las ventanas y esperando que Germana se asomara ó levantara los visillos.

Pero al cabo de media hora se apagó la claridad y el cuarto quedó á oscuras.

Germana había encontrado una carta de su preferido.

Era más corta que las otras, pero demostraba algo de impaciencia para llegar al fin.

«Mi querida Germana:

Me es imposible vivir sin usted. Me ama, estoy seguro, aunque no tanto como yo amo á usted, pero lo bastante para comprender que nuestra felicidad está entre sus deditos sonrosados, afilados y encantadores. Cada minuto que dejamos transcurrir sin demostrarnos nuestra amistad, es un minuto perdido. El domingo estará usted libre. Anhele que me dedique ese día entero. Es un sacrificio, lo sé; pero lo ha hecho en Chantilly por otro y también lo hará por mí. Me dirá francamente su resolución. Si nada quiere de mí, también me lo dirá sinceramente. Concédame ese día que pido. Será el único si así lo exige. Me lo debe, en compensación del afecto tierno y sincero que tengo por usted. Iré á buscarla á las diez. Mi coche nos esperará y nos ocultaremos para hablar en un sitio donde no tenga usted nada que temer de oídos indiscretos ni de miradas curiosas. La saludo, adorada Germana, y crea en mi invariable amistad. Dígame si acepta, amor mío.

FERNANDO.

Estaba en el lecho, con la cabeza apoyada en el brazo y el pelo suelto; reflexionaba sobre el partido que debía tomar.

Decididamente, aceptaría ese paseo con el duque.

Además, sólo sería para tener con Rochebonne una última entrevista y desembarazarse de esa obsesión que la causaba verdadera pena, y que acabaría por comprometerla. El duque cometería

alguna imprudencia, y había que hacerle comprender que no podía renunciar á la estimación de la familia que la había recogido; que no tenía ni ambiciones locas ni aspiraciones desordenadas hacia otra esfera, para la que no había nacido.

No sin un poco de pena, muy excusable después de todo, renunciaría á las ventajas de sus relaciones con un amigo tan agradable; pero era su deber, y muchas veces éste impone sacrificios y es preciso resignarse. Se resignaba.

Josselin la preocupaba un poco. Había que advertirle. No sabía cómo arreglarse. Este enamorado le inspiraba siempre algo parecido á la sensación del temor. Las historias de los piemonteses jugando al *tarrau* con los cuchillos sobre la mesa, en el fondo le inquietaban un poco. En ciertos momentos veía en su mirada como una especie de fulgor que demostraba su afinidad de naturaleza con la de esos italianos prontos á encolerizarse. Era del mismo origen. Su padre, el cazador furtivo, no había debido transmitirle instintos pacíficos. Pero era valiente, y Josselin la amaba, con exageración sin duda, pero la amaba, y su elocuencia sincera casi la había persuadido.

Seguía incierta y vacilante respecto de él. El porvenir decidiría. Lo importante era contemporizar con él y deshacerse de ese tentador que le inspiraba pensamientos culpables, como los ángeles malos de la leyenda cristiana.

El día siguiente por la tarde aprovechó la ocasión de pasar por delante de la Caja de Josselin, acompañando á una señora, y cuando era mayor el movimiento de las ventas.

—¿Qué?—la preguntó con los ojos llenos de esperanza.

Le dió volando esta contestación:

—Imposible: mañana, no; más adelante.

—Se lo ruego.

—No, imposible.

—Volvió á su puesto, mientras que él, poseído de un acceso de cólera, rompía la pluma sobre el pupitre; al llegar la noche, ella se apresuró á salir antes que él, y tomó un coche para ir á su casa.

Josselin estaba aterrado.

Volvieron á renacer sus celos y sus temores.

¿Por qué este cambio? Había creído que Germana se había compadecido la víspera con sus ruegos y sus quejas; había tenido acentos de tierna piedad; de esto no podía equivocarse.

¿Era una veleta el corazón de esa mujer? ¿Qué viento había derribado todo otra vez?

Cuando por la noche regresó á su casa, después de haber preguntado por Germana á los ecos de las calles que rodeaban la casa de M. Bouret, entró en la portería sin que la señora Joseph le llamara; necesitaba hablar con alguien... ver una cara, no estar solo.

Allí por lo menos tenía la seguridad de poder hablar del duque de Rochebonne, y esto era casi ocuparse de Germana.

La señora Joseph estaba sola, tendida en su butaca de terciopelo de Utrecht, con el cordón al alcance de su mano y entregada á una digestión difícil. No tenía otras molestias.

Su pensión la bastaba. Cuando ya no sirviera para nada, sus amos la seguirían manteniendo.

En casa de Rochebonne pueden tener muchos defectos, pero no abandonan á los antiguos servidores.

La señora Joseph no era peor que los demás,

al contrario. Acogía á Josselin como á un amigo. Además, las historias de amor entretienen siempre á las viejas. Al oirlas, venían á su memoria recuerdos de otros días. Había tenido mucho partido cuando era joven—hacía de esto mucho tiempo,—y le gustaba mirar la cara del montañés, que le recordaba muchas otras. ¡Si hubiera tenido treinta años menos!

—¡Es usted, señor Andrés! ¡Tan pronto! Ha concluído más temprano.

—Me he matado á escribir para salir más temprano. Estoy malo, fastidiado.

—¡La locura se apodera de usted! Anoche estaba muy contento.

—Los días se suceden—dijo Josselin,—y no todos son iguales.

Se sentó y se pasó la mano por la frente.

—¡No van bien los asuntos!—dijo la señora Joseph, que sabía parte de la historia, gracias á las revelaciones del *groom*.

—No.

—Cuénteme todo. Una mujer vieja no deja de tener experiencia, señor Josselin. ¡A mi edad se han visto tantas cosas! ¡Mi marido y yo estábamos bien colocados para poder estudiar el mundo! Es admirable lo que se aprende en una casa como la de Rochebonne. La portería de una casa como aquella es una de las mejores localidades para poder ver la representación. Esto era una broma de mi difunto, pero era una verdad. Aquí todo está tranquilo, todo está muerto. Se veían cosas muy bonitas. ¡El tiempo pasa tan rápido como un sueño, señor Josselin!

Su pensamiento había dado un salto atrás, pero luego volvió al presente.

—Ayer estaba usted contento; era porque tenía buenas noticias de su novia.

—No es mi novia, señora Joseph.

—Entonces ¿qué?

—Una muchacha honrada, con quien quiero casarme.

—Y ella ¿qué dice?

—Me había dado esperanzas. Debía verla mañana, pasearme con ella, hablarla. Según parece, no puede ser.

—No hay que enfadarse por tan poco. Quizá la detenga algún pariente.

—Es libre. No depende de nadie más que de su trabajo.

—¿No tiene parientes?

—Ninguno.

—¿Y es joven?

—Muy joven, veinticuatro años. Es una hija natural.

—¿Bonita, seguramente?

—Demasiado.

—¿Se llama?

—Germana.

La portera reflexionó. Era la misma de quien la había hablado el *groom*.

—Es un nombre muy bonito—repuso.—Por lo visto ¿no puede salir con usted?

—No.

—¿Por qué?

—No me ha dado la razón. Pero la adivino. ¿Se acuerda usted de lo que ese condenado decía el otro día?

La señora Joseph tenía la conversación muy presente, porque no en balde era mujer.

—No.

—Que el señor Rochebonne hacía la corte á una señorita de la tienda.

—¡Ah, sí!, puede ser; pero ¿qué sabe el negro?

—Tenía razón. Su amo de usted ronda á esa pobre muchacha; y como es un personaje rico, elegante y se llama el duque de Rochebonne, le oye y dejará que la engañe y que la pierda.

Hablaba con voz irónica, pero que sonaba á lágrimas. Era la primera vez que abordaba esta cuestión con la portera; pero estaba solo, no sabía á quién confiarle su tormento. No tenía ningún amigo particular entre sus camaradas del almacén, que le envidiaban, sobre todo á causa de ese casamiento, del cual nadie había dudado. Era demasiado feliz casándose con Germana, la protegida de los patrones, del señor Perrolet primero, del señor Bouret luego, del gran dueño, que no pasaba por su lado sin dirigirla una palabra afectuosa y acariciarla la barbilla con la punta de los dedos.

La señora Joseph no sabía por dónde empezar los consuelos.

La ironía de su inquilino la parecía fuera de tono.

Si realmente el duque de Rochebonne hacía á esa Germana el honor de ocuparse de ella, no veía de color de rosa los asuntos del cajero. En la imaginación de la portera el duque estaba tan por encima de los cajeros, y hasta de los inspectores de corbata blanca, y de los jefes del Bazar de San Germán, que la rivalidad le parecía extravagante. Aunque Germana no fuera tan buena, no por eso la hubiera criticado severamente. ¡El duque! La portera alcanzó todavía los tiempos en que se creía en la corte que era un

honor para una muchacha el dejar entrar en su habitación un rayo del Rey Sol. Se convertían de pronto en duquesas, y, como consecuencia de esta moral, una doncella, honrada con los favores de un conde ó de un marqués, podía considerarse como de la nobleza. La señora Joseph conservaba intactas estas opiniones. No le parecía posible que una muchacha de un almacén resistiera á su amo, más que por el bien parecer.

Su turbación fué tan grande, que renunció á salir de ella.

—Se toma usted grandes penas por cosas bien pequeñas, mi pobre señor Josselin. ¿Qué sabe usted si esa muchacha?... ¿Cómo se llama?

—Germana.

—¿Si esa pequeña Germana es solamente conocida del señor duque! Y aunque hubiesen cambiado una mirada ó un cumplido, ¿es eso bastante motivo para ponerse la cabeza como un bombo? Vaya usted á dormir y espere. Si tanto le preocupa ese paseo, mañana, cuando usted despierte, vaya á sorprenderla de improviso. Tal vez la encuentre mejor dispuesta. Buenas noches, señor Josselin.

Era una pena tener que dejar aquellas historias. La buena señora no quería comprometerse hablando mal de su querido duque, el muy alto y muy poderoso señor de Rochebonne y otros lugares.

El cajero se fué satisfecho.

La señora Joseph le habia dado, por casualidad, un excelente consejo.

Trancurrió la noche, que le pareció un siglo, sin haber podido dormir, y se levantó muy de mañana.

Después de todo, quizá Germana no se enfadaría al verle. Además, él no podía vivir lejos de su presencia. Pero como todavía no era tiempo de ir á alborotar á la casa, dejó transcurrir algunas horas, no sabiendo en qué emplearlas para que le resultasen más cortas.

Trató de leer, pero le sucedía lo que á las mujeres que esperan á sus novios: no veía ni las letras. Tan sólo veía la imagen de Germana.

A las diez menos minutos cruzó el barrio, atravesando las Tullerías, y llegó á la calle de Rívoli, esquina á la calle de Castiglione.

En seguida de llegar, le llamaron la atención dos personas que desembocaban de la calle de San Roque, á unos quince ó veinte pasos de distancia.

Una de ellas era un señor muy elegante, vestido con un traje de paño azul oscuro y con un bastón en la mano.

La otra, una mujer joven, esbelta y graciosa, que llevaba un vestido gris claro y un sombrero de paja obscura, adornado con una pluma gris; enteramente igual al sombrero de Germana, que ella misma habia comprado y adornado, y al cual sus dedos habian impreso una elegancia incontestable.

Al principio dudó; pero como la pareja se acercaba, distinguió más claramente sus facciones. ¡No habia posibilidad de equivocarse! ¡Era ella! Ya tenia el hilo de la intriga y la razón de su negativa de la víspera.

El joven que la acompañaba era el duque.

Josselin experimentó un desvanecimiento. Se apoyó en una de las columnas de la galería que hay á lo largo de la calle de Rívoli, no distin-



Se apoyó en una de las columnas
de la galería...

guiendo nada de lo que pasaba á su alrededor. Pero este desvanecimiento no duró más que medio minuto.

Cuando Josselin se rehizo, pudo darse cuenta clara de todo y comprender lo que había pasado. Un cupé arrastrado con gran rapidez por un hermoso caballo, bayo obscuro, pasaba muy cerca de él.

Las cortinillas iban medio corridas. No pudo reconocer los viajeros que lo ocupaban; pero Germana y el duque habían desaparecido.

Estaba bien claro: ¡su desgracia ya no tenía remedio!

Sin embargo, como existe siempre una duda en la imaginación del que está muy enamorado, después de seguir con la mirada al cupé, que desapareció en la vuelta de la plaza de la Concordia, Josselin se dirigió, con la muerte en el alma, hacia la casa de Germana, en la calle de la Sourdière, y dirigiéndose al portero:

—¿La señorita Beranger?— preguntó.

—¿La señorita Germana?— repitió el sastre.

—Sí.

—No está— dijo secamente la señora Pellerin, mirando desdeñosamente al cajero, un quidan demasiado atrevido para preguntar por la amiga del pródigo que se llamaba el duque de Rochebonne.

—¡Ah!— dijo Josselin, que sintió desgarrarse el corazón.

—Acaba de salir— dijo el sastre.

—¿Hace mucho tiempo?— preguntó maquinalmente Josselin, que no sabía lo que se decía.

—Cinco minutos. Y después de todo, ¿qué le importa?— dijo la señora Pellerin.

—Es verdad— balbuceó Josselin, que saludó y se fué por donde había venido, tambaleándose como un hombre borracho.

XXI

CUAL PLUMA QUE LLEVA EL VIENTO...

GERMANA, al pasar por delante de Josselin, le había visto á través de los cristales del cupé. No dijo nada al duque, que, lleno de alegría por llevarse á su amada, oprimía una de sus manos entre las suyas; pero la joven sintió una gran irritación contra la vigilancia que pesaba sobre ella.

Las objeciones del señor Perrolet contra el matrimonio le parecieron muy fundadas. ¿Qué sería de su independencia si la ponía á merced de aquel sombrío celoso, que no la dejaría ni un minuto y se ofendería por la más pequeña familiaridad que se permitiera con antiguos ó nuevos amigos?

Sus buenas disposiciones hacia Josselin se desvanecieron, y esta vez sin esperanza de que volviese á sentir las. ¡Casarse con él! ¡Ah! ¡No! ¡Eso sería una cadena demasiado pesada! Si se había visto privada de los goces de la familia, en cambio había disfrutado de una cierta libertad debida á su aislamiento, y no quería perderla, sobre todo en los momentos en que podía apreciar sus ventajas.

Se sentía ofendida; tanto más, cuanto que su conciencia la dirigía reproches muy vivos. Se había colocado en una pendiente muy peligrosa.

Verdaderamente se exponía al peligro con una intrepidez que la hacía temblar cuando pensaba en ello.

Es verdad que el duque era un hombre galante, que nunca la hablaba sino con formas de una extremada cortesía; pero las frases que la murmuraba al oído, en aquel momento rebasaban esos límites.

Y en efecto, él debía creer que aceptando este paseo, verdadera fiesta para unos enamorados, ella accedería á sus deseos; de otra manera, su conducta hubiera sido de una ligereza incalificable.

Rochebonne en su carta había hablado del caso en que ella no quisiera aceptar sus relaciones ó seguirlas sin atenuar sus consecuencias; pero ¿no era esto una de esas preocupaciones delicadas, por las cuales un hombre de mundo atenúa la falta de la mujer que se rinde, conduciéndola dulcemente y sin violencia adonde él quiere llevarla?

Germana tenía demasiado entendimiento para no saber apreciar estas transiciones.

Y que las comprendía divinamente lo decía su indecisión, porque buscaba el modo de conciliar su deseo de conservar el aprecio del señor Perrolet y de sus compañeras, evitarle una pena á Josselin y no renunciar al encanto de sus relaciones con su Fernando, hacia el cual se sentía atraída por una corriente más fuerte que su voluntad.

Llegó á decirse que, después de todo, el misterio envolvería su debilidad en una sombra impe-

—Es verdad— balbuceó Josselin, que saludó y se fué por donde había venido, tambaleándose como un hombre borracho.

XXI

CUAL PLUMA QUE LLEVA EL VIENTO...

GERMANA, al pasar por delante de Josselin, le había visto á través de los cristales del cupé. No dijo nada al duque, que, lleno de alegría por llevarse á su amada, oprimía una de sus manos entre las suyas; pero la joven sintió una gran irritación contra la vigilancia que pesaba sobre ella.

Las objeciones del señor Perrolet contra el matrimonio le parecieron muy fundadas. ¿Qué sería de su independencia si la ponía á merced de aquel sombrío celoso, que no la dejaría ni un minuto y se ofendería por la más pequeña familiaridad que se permitiera con antiguos ó nuevos amigos?

Sus buenas disposiciones hacia Josselin se desvanecieron, y esta vez sin esperanza de que volviese á sentir las. ¡Casarse con él! ¡Ah! ¡No! ¡Eso sería una cadena demasiado pesada! Si se había visto privada de los goces de la familia, en cambio había disfrutado de una cierta libertad debida á su aislamiento, y no quería perderla, sobre todo en los momentos en que podía apreciar sus ventajas.

Se sentía ofendida; tanto más, cuanto que su conciencia la dirigía reproches muy vivos. Se había colocado en una pendiente muy peligrosa.

Verdaderamente se exponía al peligro con una intrepidez que la hacía temblar cuando pensaba en ello.

Es verdad que el duque era un hombre galante, que nunca la hablaba sino con formas de una extremada cortesía; pero las frases que la murmuraba al oído, en aquel momento rebasaban esos límites.

Y en efecto, él debía creer que aceptando este paseo, verdadera fiesta para unos enamorados, ella accedería á sus deseos; de otra manera, su conducta hubiera sido de una ligereza incalificable.

Rochebonne en su carta había hablado del caso en que ella no quisiera aceptar sus relaciones ó seguirlas sin atenuar sus consecuencias; pero ¿no era esto una de esas preocupaciones delicadas, por las cuales un hombre de mundo atenúa la falta de la mujer que se rinde, conduciéndola dulcemente y sin violencia adonde él quiere llevarla?

Germana tenía demasiado entendimiento para no saber apreciar estas transiciones.

Y que las comprendía divinamente lo decía su indecisión, porque buscaba el modo de conciliar su deseo de conservar el aprecio del señor Perrolet y de sus compañeras, evitarle una pena á Josselin y no renunciar al encanto de sus relaciones con su Fernando, hacia el cual se sentía atraída por una corriente más fuerte que su voluntad.

Llegó á decirse que, después de todo, el misterio envolvería su debilidad en una sombra impe-

netrable; que al duque no le hacía traición, y que aquel amor secreto de ambos tan sólo tendría una dulzura más.

Todas estas reflexiones le acudían á un tiempo á la mente en el instante en que debía tomar una decisión, aun cuando procurase engañarse diciéndose que el peligro estaba todavía lejano; pero no sabía qué partido iba á tomar ni cómo sustraerse á las instancias y á los ruegos de su amante.

Con sus estúpidos celos, Josselin daba nueva fuerza á un rival ya de por sí tan peligroso.

Felizmente, ella no estaría sola con el duque.

¿Adónde irían? No lo sabía. Sin duda á los alrededores, á algún restaurant á la moda, donde pudieran hablar á su gusto.

Efectivamente, el cupé había tomado por los Campos Eliseos.

Subía por la avenida, todo derecho, como en la noche en que por primera vez Rochebonne la había llevado á la Cascada.

—¿Quiere usted dar una vuelta por el bosque antes de almorzar?— preguntó el duque.

Ella acababa de pensar que era inútil prever los acontecimientos. Ya los vería cuando fuese llegando. Por el momento, lo importante era gozar aquella mañana magnífica.

Le contestó con un aire malicioso y decidido:

—¿Y si nos encontramos, yo al señor Bouret y usted á la señora Rochebonne?

—Pequeña mía, la señora Rochebonne no piensa en nosotros— dijo el duque.—Ella va donde quiere. Está en Seine et Marne, en casa de la princesa de Storr, una amiga suya; tiene otras preocupaciones. En cuanto al señor Bouret, esté

usted segura que no la verá en todo el día. Me pertenece usted hasta esta noche. ¿Se arrepiente usted?

Ella no contestó; la voz de Rochebonne la llegaba al corazón. Aquella voz era bien timbrada, acariciadora; la envolvía como una música deliciosa.

Esa impresión no se la causaban los arrebatos feroces de pasión de Josselin; era como la canción arrulladora y tierna con que se hace dormir á los niños y les sume poco á poco en un sueño poblado de imágenes agradables.

Y todo, alrededor de ella, en el aire perfumado, en la hierba refrescada por la lluvia que el sol no había enjugado todavía, en la enramada del bosque donde entraron, todo reía, todo estaba verde y todo perfumado.

Los pocos paseantes que había vestían la ropa dominguera; algunos, elegantes, volvían ya de su paseo matinal, conversando alegremente.

—Han barrido y regado estos paseos para nosotros—dijo el duque;—sabían que íbamos á pasear juntos.

Y aproximándose á ella la pasó el brazo alrededor de su talle.

—¿No es ésta nuestra mañana de boda?—dijo él.

Ella movió la cabeza.

—No—suspiró.—Bien sabe usted que no. Eso, entre usted y yo, es imposible.

El volvió á empezar sus declaraciones, graduándolas con un arte infinito, respondiendo á sus escrúpulos, pintando la felicidad tan grande, tan íntima de unas relaciones ignoradas de todos; ella, con su apoyo, segura de su afección poderoso.

sa, sin tenerse que preocupar del porvenir; él, confiado en ella como en su mejor amiga, no ocultándola nada.

—Yo no quiero—dijo ella.—¿Qué pensarían de mí?

Él la tranquilizó; no la exigiría que abandonase su posición, puesto que tanto la agradaba. Quedaba en libertad. Se verían á menudo; él la escribiría todos los días. Si ella obtenía un permiso, la llevaría á hacer un viaje. ¿Es que se puede vivir sin amor? ¿Por qué había de rechazarle á él precisamente, que estaba tan dispuesto á obedecer á todos sus caprichos? ¿Por quién? Por uno de sus iguales, un empleado que no la guardaría las atenciones que ella se merecía; que tal vez fuera un tirano, exigente y grosero; que no sabría apreciar la inestimable joya que la casualidad le arrojaba entre sus manos.

Así le habló largo rato; unas veces tierno, más á menudo jovial, espiritual, burlándose de las casas burguesas, donde todo es pequeño, mezquino y limitado, los espíritus como los muebles, el carácter como las cosas. Ella había nacido princesa por el aire, por la imaginación, por la belleza; y una existencia así era la que le cuadraba.

El cupé había dado la vuelta á los lagos; á una seña del duque, el caballo salió al trote largo.

Enfiló el camino de Bagatelle, pasó por delante de Madrid y, atravesando la avenida de Courbevoie, se internó en un dédalo de caminos y calles, entrelazados como los senderos de un laberinto.

—¿Dónde estamos?—preguntó Germana.

—En el parque de Neuilly. ¿No conoce usted este hermoso sitio?

Las avenidas de plátanos y tilos estaban bordeadas de villas burguesas, plantadas en medio de jardines cuidados como salones, con dos ó tres macizos cada uno, donde las flores dibujaban arabescos.

De trecho en trecho se veían terrenos incultos rodeados de verjas ó de muros en mal estado. Estos terrenos los había invadido la vegetación espontánea.

Los sicómoros sembrados por el viento crecían en libertad entre las hierbas y las flores de campo.

Era una mezcla de riqueza y de pobreza abandonada.

Este antiguo parque real sufrió extrañas metamorfosis.

Floreciente antes de la guerra, había sido arrasado en un principio por el vandalismo de los voluntarios móviles; en seguida saqueado y destruído por los bandos de la Commune.

Los destrozos que causaron aquellos salvajes no están todavía más que muy imperfectamente reparados. Por todas partes subsisten tapias y ruinas de casas, que sus propietarios no han vuelto á reparar.

El cupé pasó el boulevard de la Saussaie y entró en la calle Barghèse, situada casi en el centro del parque.

Pronto franqueó una verja abierta, rodó por un largo paseo cubierto y se paró delante de una casa soberbia.

—Estamos en nuestra casa—dijo el duque.

Germana saltó del cupé á la meseta de la escalinata y miró con admiración el sitio adonde la habían conducido.

Era un verdadero parque formado en el antiguo dominio del rey Luis Felipe; un oasis fresco, perfumado, lleno de flores y de sombra.

Este jardín de hadas había sido trazado por un artista y lo cuidaban otros. Es imposible ver un rincón de tierra más seductor, con más sombra, más fresco, en la atmósfera sofocante de París.

Por ningún lado se divisaban las casas vecinas. Altos muros, cubiertos por masas de plantas trepadoras, formaban una yalla de hojarasca verdeante en la verdura más tierna del césped y de los bosquecillos; ¡verde sobre verde!

La casa, de estilo Renacimiento, con los entrepisos de ladrillos rosa, encuadrados por piedra de talla sobre un zócalo de granito azul, era una maravilla de buen gusto.

Desde la escalinata se dominaba el parque con sus paseos, sus campos de césped y sus árboles exóticos.

—¿Qué es esto?—preguntó Germana.

—Tu casa, querido ángel, si te gusta—respondió el duque.—No tienes más que hacer una señal y te pertenece.

—¿Y la duquesa?—dijo ella.

Rochebonne se sonrió.

—La duquesa no la conoce, jamás ha entrado en ella ni sospecha su existencia. Es una locura de mi juventud, mi reino; tú puedes reinar en él, yo te le ofrezco.

—¿Por dos horas?

—Para siempre si quieres.

—Dígame si quiere usted, se lo ruego.

Aquel lujo la aturdió. Las gentes que pueden pagarse fantasías tan costosas, la parecían de otro mundo. Sentía como una especie de vértigo.

La vara mágica de un hada había cambiado su existencia. Se creía en otro planeta.

Aquel coche forrado de satin que la había llevado á aquel lugar desconocido; aquel gran parque plantado de macizos de caña en flor, de tilos, de acacias, de árboles verdes de formas gigantes, como si creciesen en los trópicos; aquellas avenidas que se alargaban; aquel silencio que la rodeaba, este espectáculo nuevo para ella, le sumía en una pesadez parecida á la de un fumador de opio ó de *haschich* oriental.

Se quedó inmóvil y como soñando.

El duque la condujo hacia el vestíbulo, en el fondo del cual se veía la gran escalera de mármol con barandilla dorada que conducía al primer piso.

Dos estatuas de mujeres desnudas, de tamaño natural, sostenían candelabros de bronce dorado.

Tres salones cubiertos con tapicería antigua se abrían sobre el vestíbulo, y en el fondo, en un comedor, alegre como el *boudoir* de una mujer joven y bonita, se veía ya servido el almuerzo.

Este comedor estaba artesonado con maderas pintadas en blanco y oro, y decorado con una serie de retratos de mujeres de cierto carácter y bailarinas vestidas con trajes á la Pompadour ó Luis XVI, unas más lindas que otras.

Eran los antiguos amores de Rochebonne.

Germana dió la vuelta al comedor y las miró con atención.

—No las mire usted—dijo el duque.

—¿Por qué no?

—Las haría usted ruborizarse. ¿No es usted la más bella?

Y la condujo á la mesa.

—Pensemos en lo sólido y almorcemos. Ésta es la prosa, la vil prosa: la poesía vendrá en seguida—dijo el duque.

—Jamás—dijo débilmente Germana.

Esta frase temeraria provocó una sonrisa irónica en los labios de Rochebonne.

Ya sabía á qué atenerse sobre la resistencia de las mujeres que franqueaban el umbral de aquel lugar.

Si Germana hubiera tenido más experiencia, desde los primeros pasos en aquel paraíso hubiera adivinado á qué diosa estaba consagrado.

La desnudez de las estatuas, las escenas de los tapices ó de los cuadros de costumbres, sin traspasar el límite donde la gracia licenciosa cae en el libertinaje y la obscenidad, eran de un descoco que sólo un celibatario ó un museo artístico podían exhibir á sus visitantes.

Allí estaba él, el tentador, gozando de las sensaciones que tan claramente veía pasar sobre la fisonomía de Germana como el vuelo del pájaro en los paseos de su parque.

La había hecho sentar cerca de él; sus cubiertos se tocaban casi.

Los criados que les servían se parecían á las gentes del salmo que dice: tienen oídos, pero no oyen; tienen ojos, pero no ven.

El duque no les concedía más atención que si hubieran sido de cera ó de madera.

Germana se admiraba de este servicio discreto, rápido y silencioso. Rochebonne guardaba para ella todas las atenciones que hubiera tenido para una reina. No la habló más de sus deseos ni de su amor. La entretenía con sus anécdotas mundanas,

y con frases joviales la animaba á beber, de vez en cuando, un vaso de Madera, de Borgoña ó de Champagne helado, que estaba allí, al lado de ella, en una jarra de plata. Aludía con una que otra frase discreta el capítulo de la vida dichosa de dos en aquel nido encantado.

Germana bebía poco, pero con frecuencia, excitada por el ejemplo de Fernando.

—Yo cometo una locura—le dijo ella.—No la volveré á cometer, pero ésta me quedará para siempre en la memoria como un sueño. ¿No es esto un verdadero sueño?

Poco á poco se iba desvaneciendo.

El duque se burlaba y le daba bromas sobre su timidez. El no era como Josselin, no tenía nada de trágico. Se reía del señor Bouret y del señor Perrolet, que no los habían visto en la Cascada.

—¡Qué miedo pasó usted! Temblaba como una hoja.

Y después hacía consideraciones burlonas sobre la autoridad de aquellos poderosos personajes y del rigor de que hubieran dado pruebas si la hubieran cogido en flagrante delito de coqueteo con un audaz que se atrevía á hablar de amor á una muchacha tan á propósito para inspirarlo y que ellos apartaban de su destino, empleándola en fútiles y miserables ocupaciones.

Su voz tenía á veces inflexiones de extremada ternura.

Germana sentía entonces una molestia que se reflejaba en su cara.

Pero en seguida él cambiaba de conversación y vertía un dedo de vino de España ó de Chambertin en uno de los vasos de su convidada.

—No insista usted—dijo ella;—¿quiere, quizás, emborracharme?

Ella mojaba solamente los labios.

—¡Los vasos son tan pequeños!—objetaba Rochebonne.

Eran pequeños, en efecto, pero pasaban ya de media docena.

Al final del almuerzo, Germana se sentía como aturdida. Los vapores de la embriaguez, de una embriaguez ligera, pero enervante, la subían á la cabeza.

Los criados habían desaparecido.

Rochebonne llevó á Germana á un diván, y allí, sentado cerca de ella, volvió á sus declamaciones amorosas.

—¿Piensa usted—la dijo—que sea un crimen amar? Está usted en la primavera de la vida; es bella. ¿Quién la ha dado esa belleza sino la Naturaleza, que nos crea? Dejemos al mundo y sus necedades. Las fuentes existen para apagar nuestra sed y para que podamos bañarnos; los frutos para cogerlos, los vinos para que se beban, las flores para que se las aspire, y las mujeres para que se las ame. No pensemos más que en nosotros; y si tiene miedo de la opinión de los demás, aunque no se preocupan ni de mí ni de usted, ni se ocupan, egoístas como son, más que de sus propios placeres, piense en el misterio que nos rodea, en el secreto que nos guarda, en las paredes que nos defienden.

Ella le escuchaba con la cabeza pesada. La voz de Rochebonne la mecía. No comprendía bien el sentido de sus frases, pero él estaba allí con sus hermosos ojos azules que penetraban en los suyos.

Germana se llevó la mano á la frente:

—Yo no sé lo que tengo—murmuró.

Él la ayudó á levantarse y la condujo al jardín.

—Venga usted—la dijo;—el aire la sentará bien.

Se paseó con ella por los senderos, durante algunos minutos, pero tenía que sostenerla. El aire libre, en lugar de despejar su cabeza, agravaba su malestar.

—Soy muy tonta—dijo ella con una sonrisa como de niña para su madre.—¿Qué es esto que me ha dado á beber?

Y le miraba con ojos turbados y dulces. Una sonrisa vaga erraba en sus labios.

—Creo que tengo gana de dormir—dijo ella.

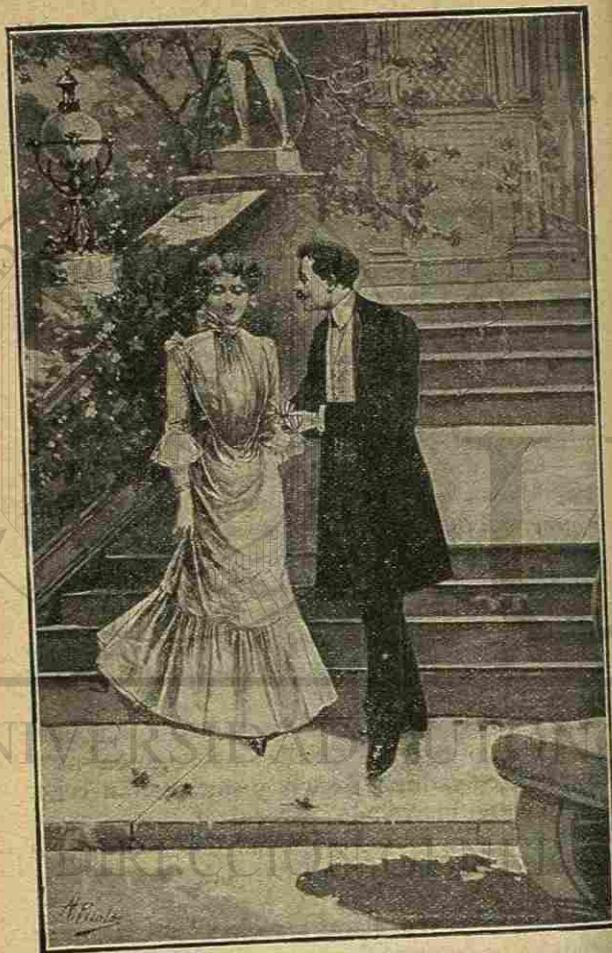
Entonces la llevó suavemente por la escalera de mármol donde estaban las *cariátides* y las mujeres desnudas sosteniendo los candelabros.

Llegaron al descanso de la escalera, atravesaron una larga galería llena de cuadros y de broncees, con los techos pintados al fresco, copiados de los del Louvre, con arañas de cristal de roca y taburetes dorados.

En esta galería se abría á su extremo un cuarto, tapizado de raso azul, con una cama muy baja con colgaduras de tela y cortinas tan espesas, que una luz velada, parecida á un crepúsculo, se reflejaba sobre el tapiz, ahogada por la doble barrera de visillos corridos y de persianas cerradas.

Un ligero olor á ilang y violetas de Parma se extendía en la atmósfera tibia de este nido lujoso; un verdadero cuarto de duquesa, según la expresión de Germana.

—¿No eres tú la mía?—dijo Rochebonne.



Él la ayudó á levantarse y la condujo al jardín.

—Júreme que me amaré siempre, siempre— dijo ella.

Por la noche, hacia las ocho, el duque abandonó la casa del parque de Neuilly con su adorable Germana.

Al salir, ésta arrojó una mirada enternecida y dolorosa á este rincón de tierra que ya no podría olvidar.

Estaba marcado con esa fecha que en la memoria de la mujer queda grabada con caracteres imborrables, como esas cifras esculpidas en caracteres groseros del siglo XII sobre el granito de las tumbas.

El duque, para distraerla y terminar dignamente el día, la llevó al pabellón de Armenouville. El lujoso restaurant estaba rodeado de carruajes y lleno de luz y de ruido.

En las ventanas, mujeres con trajes llamativos, cubiertas de alhajas, mostraban sus caras blanqueadas con polvos de arroz.

—Augusto— dijo Rochebonne al criado que venía á su encuentro, —¿hay todavía algún gabinete?

—Para el señor duque, siempre, y si no lo hubiere se improvisaría en seguida.

—Veamos, pues.

Augusto volvió haciendo un signo afirmativo.

Rochebonne ofreció la mano á Germana, que se apeó del cupé y se instaló con él en un saloncito, hacia el centro del pabellón.

Había en él una mesa con dos cubiertos, una bonita araña de bronce, un diván de seda roja y pesadas cortinas de damasco.

Era íntimo y profano. La comida fué excelente, pero Germana no tenía apetito.

Oía en derredor suyo el ruido del cristal, las carcajadas de falsa alegría, el final de frases, de las que algunas palabras expresivas llegaban hasta ella, entrecortadas por risas y acompañadas por los ruidos de la vajilla y la cristalería.

Ella miraba sobre los espejos los nombres enlazados y grabados con la punta de un brillante. Había allí Octavios, Marietas, Gontrán, Angeles y tantos otros.

Toda la legión de la galantería había pasado por allí.

El duque, en los entre actos de los platos que servían, recorría este registro de amores ligeros.

—No hay Germana...—observó él,—ni nada para escribirlo. Yo la daré lo que es necesario y volveremos.

—Yo no quiero que mi nombre se escriba en ese espejo—dijo ella vivamente.

En la vecindad, una voz agria y enronquecida por las noches de orgía, cantaba trozos de *La Mascota*.

—Tú serás mi Mascota—dijo él—y me traerás suerte.

Ella no comía casi nada; apenas tocaba alguna que otra vez lo que servían; pero sonreía con una expresión de ternura resignada.

Bruscamente dijo al duque:

—¡Vámonos, se lo ruego!

Rochebonne frunció las cejas, pero se contentó.

—Tienes razón—dijo él, con una sombra de burla;—es tarde, y para una persona que tiene que cumplir sus obligaciones desde las primeras horas de la mañana, las veladas no son sanas.

Pagó la cuenta, mientras que Germana, delan-

te del espejo, se ponía el sombrero, después de arreglarse apresuradamente los cabellos con la mano.

Al bajar el duque, se encontró con uno de sus conocidos, el marqués de Fresnois, que salía acompañado de dos señoras jóvenes.

—¡Peste!—dijo el otro,—¿dónde has pescado esta perla? ¡Di, querido! No hay otro como tú para estos descubrimientos.

Germana se había ocultado en el cupé.

Todo el mundo la miraba.

—¡Chist!—dijo el duque dando la mano al marqués.—Es una virtud, amigo mío.

Subió al lado de Germana, cerró la portezuela y el cupé se alejó al trote largo.

—¡Una virtud!—dijo la rubia Nanine, una celebridad del perejil que estaba á la derecha del marqués.—Ya conoce Rochebonne sus virtuosas. Son como los albaricoques expuestos al viento: cuando están maduros, caen.

—¡Estos maridos todos son iguales!—dijo Fresnois.—Aunque tengan mujeres bonitas, conservan sus costumbres de solteros y se divierten... ¡No tenía el aire alegre ese pobre Fernando!

—¡Y la rubia es gallardamente bella!

—Por eso, sin duda—dijo Nanine,—es por lo que se emancipa también su bella Trani: son represalias justas.

—¿Qué sabes tú—preguntó el marqués,—encanto de mis ojos?

—¿Has acabado con tus piropos? ¿Es que ciertas cosas se pueden ocultar? ¿Crees tú que, aunque sea una princesa, no ha de conducirse lo mismo que las demás? ¡Está buena tu sociedad, lo mismo que tus duquesas! ¿Quieres que te lo

diga? Son como vosotros, lo mismo. No te cases, marqués; ya tienes bastante con nosotras para meterte en eso.

—Hablas como un ángel. Dime, pues, lo que has visto, alegría de mi corazón.

—Lo que he visto, sin ir más lejos, fué ayer noche. Un señor y una dama, ambos en un coche. El coche se paró en el café de Orsay. Yo estaba en la ventana. Por lo visto, el sitio es una especialidad para ciertas citas. Allí van señores serios con damas del gran mundo, naturalmente. ¡La dama llevaba un velo, pero tan espeso! No era encaje, amigo mío, sino una colgadura de entierro de primera clase. Pero esto no importa nada. No hay dos que tengan sus líneas: ¡son características! ¡Y sobre todo sus cabellos! Un moño tan abultado como un melón y de un negro lustrado. No lo tienen más que las italianas, ¿comprendes?

—Sí; ¿y el señor?

—Pradine, ese bruto de Pradine, un salvaje hermoso...

—Continúa: eso tiene un interés palpitante.

—Ayer nos dedicamos á escuchar. Figúrate tú que se metieron en el gabinete de al lado. ¡Los tabiques! ¡Son traidores! Han estado dos horas. Nosotros también: porque, claro, nos aburríamos. ¡Ah!, amigo mío, y así se habla de nosotras.

—¡Toma, toma, toma!—dijo el marqués con una graduación expresiva.—Si Saville supiese estas cosas, á buen seguro que no serían de su gusto.

—¡Oh!, á fe mía—dijo Nanine, que comprendió,—han hecho bien. ¡Saville es un monigote!

XXII

DESPUÉS DEL PRIMER PASO

GERMANA estaba echada en su cama; cerca de ella ardía todavía la lámpara, cuya pantalla atenuaba la luz.

El despertador, colocado en la chimenea, hacía oír su *tic tac* monótono y exasperante, que anuncia la huída continua de las horas de la noche.

La joven dormía.

El cansancio se había sobrepuesto á las preocupaciones que la habían dominado á su regreso, después de un día tan accidentado y que había ido á reunirse con los otros en los abismos sin fondo del pasado.

Sus cabellos sueltos formaban en su cabeza una aureola, y como una corona de mártir. Bajo sus párpados, la laxitud había marcado sus huellas, y sobre sus labios persistía, á pesar del reposo, una expresión de profundo sufrimiento, como el del de un paciente á quien un cirujano hubiese operado después de haberle dormido con cloroformo.

Su brazo desnudo, digno de que lo copiase un estatuario, descansaba sobre las ropas, y en sus dedos tenía una carta arrugada.

El reloj señalaba las tres y media.

Germana, que había regresado un poco antes de media noche, había encontrado aquella carta que el cajero llevara al anochecer.

Josselin la había escrito bajo el imperio de la

diga? Son como vosotros, lo mismo. No te cases, marqués; ya tienes bastante con nosotras para meterte en eso.

—Hablas como un ángel. Dime, pues, lo que has visto, alegría de mi corazón.

—Lo que he visto, sin ir más lejos, fué ayer noche. Un señor y una dama, ambos en un coche. El coche se paró en el café de Orsay. Yo estaba en la ventana. Por lo visto, el sitio es una especialidad para ciertas citas. Allí van señores serios con damas del gran mundo, naturalmente. ¡La dama llevaba un velo, pero tan espeso! No era encaje, amigo mío, sino una colgadura de entierro de primera clase. Pero esto no importa nada. No hay dos que tengan sus líneas: ¡son características! ¡Y sobre todo sus cabellos! Un moño tan abultado como un melón y de un negro lustrado. No lo tienen más que las italianas, ¿comprendes?

—Sí, ¿y el señor?

—Pradine, ese bruto de Pradine, un salvaje hermoso...

—Continúa: eso tiene un interés palpitante.

—Ayer nos dedicamos á escuchar. Figúrate tú que se metieron en el gabinete de al lado. ¡Los tabiques! ¡Son traidores! Han estado dos horas. Nosotros también: porque, claro, nos aburríamos. ¡Ah!, amigo mío, y así se habla de nosotras.

—¡Toma, toma, toma!—dijo el marqués con una graduación expresiva.—Si Saville supiese estas cosas, á buen seguro que no serían de su gusto.

—¡Oh!, á fe mía—dijo Nanine, que comprendió,—han hecho bien. ¡Saville es un monigote!

XXII

DESPUÉS DEL PRIMER PASO

GERMANA estaba echada en su cama; cerca de ella ardía todavía la lámpara, cuya pantalla atenuaba la luz.

El despertador, colocado en la chimenea, hacía oír su *tic tac* monótono y exasperante, que anuncia la huída continua de las horas de la noche.

La joven dormía.

El cansancio se había sobrepuesto á las preocupaciones que la habían dominado á su regreso, después de un día tan accidentado y que había ido á reunirse con los otros en los abismos sin fondo del pasado.

Sus cabellos sueltos formaban en su cabeza una aureola, y como una corona de mártir. Bajo sus párpados, la laxitud había marcado sus huellas, y sobre sus labios persistía, á pesar del reposo, una expresión de profundo sufrimiento, como el del de un paciente á quien un cirujano hubiese operado después de haberle dormido con cloroformo.

Su brazo desnudo, digno de que lo copiase un estatuario, descansaba sobre las ropas, y en sus dedos tenía una carta arrugada.

El reloj señalaba las tres y media.

Germana, que había regresado un poco antes de media noche, había encontrado aquella carta que el cajero llevara al anocheecer.

Josselin la había escrito bajo el imperio de la

cólera más violenta que pueda dominar el corazón y la cabeza de un hombre. Si Germana hubiera sido su mujer, no hubiera sufrido él más terrible acceso de rabia.

Había cogido á bulto todas las injurias, todos los ultrajes, y se los había arrojado á la cara de la desgraciada.

La contaba cómo la había sorprendido con el duque.

«Es usted una bribona hipócrita—le decía.

¿Qué necesidad tenía de mentir y de engañar? Ahora sí que todo ha concluido. Puede usted arrojar la máscara; lo sé todo. La aborrezco tanto como la he amado, y la desprecio todavía más de lo que la detesto.

La casualidad, que se encarga de revelar las bajezas y las cobardías, la ha vendido. No había usted contado con eso. La he espiado; y no me ruborizo de haberlo hecho. Tengo por excusa el amor imbécil que la profesaba.

La he visto en ese coche que la conducía á su perdición, al lado de ese vencedor, que tiene títulos para deslumbrar, lacayos para servirla y oro para pagarla».

Después de un diluvio de epítetos recogidos en el arroyo, decía:

«No sé lo que será de mí. Estoy aterrado con este odioso descubrimiento, que ha reducido á polvo mis esperanzas. No tengo más que un deseo, el de no encontrarme jamás frente á usted. Espero no volver á verla.

El sonrojo de la vergüenza la delataría si tuviera usted el descaro de aparecer entre nosotros. Además, ¿qué necesidad tiene ya de la modesta posición de que vivía? El duque es bastante rico para darla

lo que la ha tentado: un hotel, carruajes, diamantes y rentas. Puesto que ha caído, trate de recoger el precio de su infamia y deje á otra el puesto que para nada puede servirla ya. ¡Ah, Germana, tome ese partido, porque si, por mi desgracia, la volviese á encontrar, no sé de lo que sería capaz!

La hubiera perdonado que amase á otro y no á mí; pero haberse vendido, jamás. No dudo de que tendrá su pena: el mismo que ha abusado de su credulidad se encargará de castigarla.

Pronto se cansará de usted, como de tantas otras, é irá á reunirse con sus compañeras en el fango por donde ruedan. Lo que ha sucedido estaba escrito. ¿No tenía usted sangre de perdida en las venas? Adiós. La odio, porque veo mis ilusiones arrastradas por el lodo, por la doblez de su conducta, por el mal que me ha hecho. ¡Plegue á Dios que no la vea más y ruéguele, si sabe aún pronunciar su nombre, que me haga olvidar el de usted!

JOSSELIN».

Germana había leído y releído esta carta con estremecimientos de cólera contra aquel amante desdeñado. Después, cuando le pasó el primer momento de su ira, estuvo á punto de disculpar á Josselin. Su bondad natural se sobreponía en ella. ¿Qué no se le perdona á un amor exaltado? ¿Y qué probaba el espionaje del cajero más que una indomable pasión? ¿Qué probaba aquella diatriba sino la explosión de un dolor agudo, la rabia de la derrota, dando la medida de la intensidad de los deseos concebidos?

Por otro lado, Germana se veía obligada á reconocer que merecía aquellos reproches. ¿Qué había hecho? ¿Adónde había ido? ¿Con quién? ¿Cómo había vuelto? ¿Había circunstancia algu-

na que pudiera atenuar su falta y hacerla disculpable? Evidentemente, no. En su candor, ella se condenaba con más dureza que lo hubieran podido hacer los más severos jueces.

Había caído de repente, sin darse cuenta, por coquetería, como una chiquilla que era, por adulación, porque se creía bella y la agradaba oírsele decir:

Aquella casa adonde el duque la había conducido, ¿qué era más que una de esas locuras de príncipes que viven dedicados al placer y á las orgías, que se quieren ocultar en la sombra? Una especie de harén por donde otras habían pasado antes que ella, como por aquel gabinete de allá abajo—como lo había contado Nanine,— que le había causado horror.

Mil detalles se le venían á la imaginación, y en los cuales no se había fijado en el primer momento.

En el cuarto de vestir, al lado de aquel otro que nunca olvidaría y dejaba en ella un poso de remordimiento, había visto, á pesar de la obscuridad artificial de las ventanas cerradas, ciertos objetos cuyo significado comprendiera demasiado tarde: abanicos rotos, encajes destrozados, en los cajones guantes olvidados. La mujer del jardinero, que le había servido de doncella, no había podido contener una sonrisa expresiva al poner un poco de orden en la habitación, mientras que el duque, pretextando un gran cansancio, dejaba á Germana haciendo su *toilette*.

Aquella mujer había visto á las otras.

Germana estaba más furiosa contra ella misma que contra las demás.

Se sentía humillada, avergonzada. ¡Había caí-

do tan tontamente en el lazo que la habían tendido! Había jugado, como los niños, con el fuego, y se había quemado los dedos; en un solo día había rodado de la cima, donde estaba, hasta el fondo del precipicio. ¡Si todavía esta caída hubiera quedado ignorada! Pero había tenido un testigo, al que tenía que ver todos los días frente á ella, y delante del cual tendría que bajar la cabeza y que podría obligarla á que comprase su silencio.

La quedaba el recurso de negar, de mentir, de buscar un motivo cualquiera para justificar el paseo.

Pero esta doblez la repugnaba.

Por un momento tuvo la idea de aceptar los ofrecimientos del duque y no volver á su puesto; pero se arrepintió y la rechazó con energía. ¡No ser sino una muchacha que se vende! ¡Justificar los ultrajes de Josselin! ¡Era demasiado vergonzoso!

Tomó rápidamente una resolución.

Renunciaría, si era necesario, á sus relaciones con Rochebonne, suplicándole que no turbase más su tranquilidad.

Había cometido una falta; sufriría las consecuencias.

En cuanto á Josselin, no le contestaría ni le daría ninguna explicación; ella no le debía nada.

Se levantó muy temprano, se vistió con mucho esmero, resignada á todo, y con la cara fatigada é inquieta llegó al almacén un poco antes de la hora...

En el momento en que ella entraba, se encontraba el cajero, de pie, en la acera.

Se estremeció y dió un paso hacia la joven;

pero ella volvió la cabeza á otro lado, como si mirase alguna cosa al pasar.

El señor Bouret estaba á algunos metros de distancia. La dirigió un amistoso saludo.

—Buenos días, pequeña.

El señor Labievre y el señor Perrolet la acogieron con una sonrisa.

Estaba admirada de esta amabilidad.

Suponía que todo el mundo leería en su cara la falta cometida.

Si toda aquella gran familia la hubiera echado, no se hubiera rebelado contra esa severidad; tan justo le parecía que no se la quisiera ya en aquella casa, desde el momento en que tan gran deshonra cayera sobre ella.

Una hora después, al verse rodeada de tantas simpatías y distraída con sus ocupaciones ordinarias, se había tranquilizado por completo.

Ya no temía ni al mismo Josselin.

Reaccionaba y pasó de un extremo al otro.

Tomó cierto aire de resolución que la sentaba á maravilla. Se ocupaba de su servicio con una desenvoltura y un aplomo sorprendentes.

También en su modo de andar había una ligereza y soltura que la hacían más graciosa; parecía que no pesaba *ni una onza*; se la había quitado un peso enorme, como á los estudiantes que acaban de pasar su examen y han salido triunfantes de la prueba.

Al medio día no le quedaban huellas de sus inquietudes.

Decididamente no había cambiado nada en su existencia. Tenía un amigo más, esto era todo.

Josselin había chillado como un pavo enfurecido.

¡Bueno! ¿Qué pretendería? ¿Pensaría inmiscuirse en sus actos é impedirle arreglar su vida como á ella le pareciese?

¡Ah, pero no! Era dueña de sus acciones, y, si quería ser de otro, eso no le importaba á nadie más que á ella. ¿El escándalo? Cierto que ella no lo quería; pero, en el almacén, ¿es que no había algunas en el almacén de quienes contaban anécdotas algo libres y que quizás no fuesen ciertas? Y fuesen ó no, ¿les impedía ser buenas empleadas, fieles y afectas al señor Bouret y á la casa?

Germana se hacía mil razonamientos, procurando demostrarse que no era tan culpable como lo había creído; todo esto se lo decía enderezando con la punta de los dedos un sombrero colocado en su percha ó dando informes á las señoras que se los pedían, con su finura acostumbrada.

¿Por qué tenía que reprocharle aquel animal de Josselin su conducta? ¿Qué le importaba á él? ¿Quería acaso dinero? ¿Es que el duque se lo hubiera ofrecido? Esta injusticia le sulfuraba. ¿De dónde sacaba que ella fuese ligera? ¿De dónde? ¿De dónde?

Alguna vez le asomaba á los ojos una lágrima de despecho; pero la enjugaba en seguida por dignidad, antes de que la percibiesen.

El señor Perrolet estaba en sus glorias.

Nunca Germana había demostrado tanta animación. Nunca había tenido tan buen color, tanta vida.

Se lo dijo á su amigo el señor Labievre, que se paseaba inspeccionando á las señoritas, como era su obligación.

También el señor Labievre estaba contento y disgustado á la vez.

Acababa de sorprender á una señora del gran mundo en sus bolsillos, grandes y anchos, hechos expofeso, todo lo que encontraba al alcance de su mano, pañuelos, puntillas de á dos reales metro, guantes, etc., etc.

—Una monomaniaca, señor Perrolet—decía él.—Hemos encargado sencillamente á su familia que la vigile. ¡Estas pobres gentes!

Si hubiese robado encajes de mil quinientos francos el metro, el señor Labievre hubiera repetido: «¡Una monomaniaca!»

—¡Oh, señor Labievre! Incapaz de hacer mal, no sospechaba que hubiese quien quiera hacerlo.

—Mire usted la pequeña Germana—le dijo el señor Perrolet:—¡parece una rosa!

El cambio era tan marcado, que no pudo por menos de inquirir la causa.

Llamó á su segunda y la hizo sentar entre el señor Labievre y él.

La joven había sentido como una puñalada en el corazón al oír al patrón:

—¡Señorita Germana!

—¿Qué iría á preguntarle? Había hablado confidencialmente con el inspector, volviéndose á mirarla. ¿Tendrá alguna sospecha?

Se aproximó temblando.

—Vamos, hija mía, la dijo el señor Perrolet,—¿qué la sucede hoy?

—¿Por qué me hace esa pregunta, señor Perrolet?

—Porque me parece que ha cambiado usted.

—¿En mal, señor Perrolet?

—No, al contrario. En estos últimos tiempos estaba usted tan triste como un gorro de dormir.

—¿Y hoy?

—Está usted ligera como una mariposa, alerta como un centinela, alegre como una golondrina. ¿Qué hay de nuevo?

—Hay—dijo Germana con embarazo,—que he reflexionado desde el otro día.

—¿Sobre qué?

—Sobre lo que usted me ha dicho á propósito del matrimonio, y...

—¿Y qué?—dijo Perrolet inquieto.

—Que ya me he decidido.

El patrón se puso pálido.

—¡Ah!

—Sí.

—¿Y qué ha decidido usted, hija mía?

—¡Pues bien, no quiero casarme, no, nunca! Y con su airecito atrevido añadió:

—¡Eso es todo!

El señor Perrolet tenía una gana loca de abrazarla, pero el decoro la retuvo en su diván.

—¡Y ese pobre Josselin!—murmuró el señor Labievre, siempre compasivo.

El señor Perrolet tenía una verdadera amistad por el inspector, que era un antiguo conocimiento suyo; pero le lanzó una mirada furibunda, capaz de meter debajo de la tierra á un ser menos tímido.

El digno inspector se contentó con acariciarse la barba, meditando, y guardó sus reflexiones para sí.

Germana se había levantado y había vuelto á sus sombreros.

XXIII

EL DÍA SIGUIENTE DE UNA CAÍDA

Por la noche, después de un día empezado en medio de angustias punzantes y felizmente terminado, Germana comprendió, al llegar á su casa, por los aires misteriosos de la portera, que tenía una comisión diplomática que cumplir con ella.

La señora Pellerin tenía fuego en los ojos y cierta animación maliciosa, como si lo que pasaba tuviera el privilegio de hacer revivir en ella impresiones de otro tiempo.

También el viejo sastre, acurrucado en su rincón como un vendedor marroquí de dátiles, bajo un mechero de gas, cuya luz alumbraba su cabeza calva, coronada de pelos grises, y su gabán polvoriento, reflejaba en su rostro cierta camandulería voluptuosa.

—Señorita Germana— dijo la señora Pellerin á media voz.

—¿Qué hay?

—Una cosa que no me atrevo á decírsela.

—¿Qué es ello?

—Un señor. Figúrese, señorita Germana— la portera acentuó ese *señorita Germana* como un cortesano podía decir *su alteza* ó *vuestra majestad*,— que un señor, no un cualquiera, sino uno muy elegante, muy distinguido, ha entrado aquí hace un instante. Me preguntó por usted; si había venido. Tenía á la puerta un carruaje soberbio, con unos caballos que piafaban...

—¿Y qué?

—Como no estaba usted aquí, nos ha explicado muy cortésmente que tenía algo muy grave que decirle. Me ha rogado que le condujese á su cuarto, donde la esperaría. No era cosa de que esperase en la calle, ¿no es verdad? He creído que hacía bien. ¡Un señor tan elegante!

—Está bien, está bien.

—Está en su cuarto.

—Bueno, ya voy.

El duque había tomado asiento en la única butaca que había, un poco turbado al ver aquel cuarto modesto, que era para él como la revelación de otro mundo, honrado, pero sencillo y mal instalado.

Hallábase inquieto, como si hubiera cometido una especie de sacrilegio, una profanación en una iglesia.

La llegada de Germana disipó aquellas nubes. Le pareció que la obscuridad del cuarto desaparecía también repentinamente.

—¿Me perdona usted la libertad que me he tomado?— dijo él.— Era preciso que la viese. ¡Un día sin verla, sería demasiado largo!

No se atrevía á tutearla. Tenía miedo de que ella no le quisiese, por el lazo que la había tendido.

Germana no contestó en seguida. Se había quitado su sombrero y atusado sus cabellos, que estaban en desorden después de un día de trabajo. Cuando volvió cerca de él, le dirigió una mirada tierna y sumisa.

—¿No me ha olvidado?— dijo.— Eso es muy generoso, y, la verdad, no lo esperaba.

—¿Y si no hubiese vuelto?

—Sin duda alguna, eso hubiera sido mejor.

—¿Por qué?

—Le hubiese olvidado ya y hubiera sido feliz seguramente. Recordaría mi aventura de ayer como una leyenda ó una fábula que hubiese leído en un libro. Lo que me ha sucedido es tan inverosímil, que apenas lo creo. Está usted ahí; lo veo y me pregunto si es usted, y si no sueño despierta.

Ella sonreía dulcemente.

—Después de todo —dijo,— ¿quién puede asegurarnos que la vida es otra cosa que una ilusión, un sueño?

Hablaba tranquilamente, sin fiebre, sin embarazo, de pie, delante de su amante.

—¿Quiere usted que le cuente una historia? —dijo ella sentándose á su lado; esto le distraerá. Lo que busca son distracciones, ¿no es verdad? No me persuadirá usted de que le haya inspirado una gran pasión. No valgo para inspirarla, y, no le creería. Yo no soy romántica. He reflexionado sobre lo que me ha sucedido. Se ha divertido como si hubiera ido al *Francés* ó al *Vaudeville* á ver una comedia nueva. La nuestra le agradaba, tanto más, cuanto que usted es el autor. Ha desempeñado bien su papel; ha estado galante, amable, gracioso. Yo he estado tonta, presuntuosa. Siempre se cree una con un valor que raramente se tiene. No le dirijo ningún reproche. Soy más justa. ¡Solamente yo los merezco! Puedo entonar el *mea culpa* golpeándome el pecho.

Cuando regresé, estaba destrozada, cansada. ¿Qué es lo que recibí para acabar de aplanarme? Una carta de ese cajero del almacén, que quería

casarse conmigo. Nos había espiado por la mañana y me vió partir con usted. Le juro que en aquel momento me había prometido no acceder á sus deseos y decirle sin enfado: Pero ¿por qué habré tenido ese *vis-à-vis* con usted?; que no nos veríamos más. La casualidad lo ha dispuesto de otro modo. El cajero me ha tratado como á la última de las últimas. Me ha arrojado á la cara todas las infamias que ha recogido en el arroyo. ¡Pobre muchacho! ¡No es él, son sus celos los que hablan!

Al ir esta mañana al bazar, estaba muy inquieta. Me figuraba que todo el mundo, el inspector, el dueño señor Perrolet, el señor Bouret, iban á comprender lo que me había pasado. Yo me ponía encarnada, verde, pálida, de mil colores, según las gentes con quien me encontraba. Por mi cara han debido pasar todos los colores del arcoiris. ¡Es extraño! Nadie se ha dado cuenta de nada. Entonces experimenté una alegría loca. ¿Qué quiere usted? Amo esa casa, amo la figura, la buena figura del señor Bouret, como la de mi jefe el señor Perrolet, como la del señor Labievre. ¿Usted no los conoce? Son muy buenas personas. Yo esperaba reproches. En vez de eso he recibido mil cumplidos.

He aquí por qué estoy alegre esta noche. He sido muy dichosa al ver que no leían nada en mi cara, que no adivinaban mi tontería y que me hallaban cambiada con ventaja mía. Debo decirle que desde que yo hube recibido sus cartas perdí mi buen humor. Estaba sombría como mi traje de toda la semana. Al ver mi cambio han venido á felicitarme. No había nadie más que Josse-
lin que me mirase con ojos amenazadores.

—¿Quién es Josselin?

—El cajero, mi enamorado trágico. Un saboyano del lado del Piamonte.

—¿El que la ha espiado, Germana?

—Sí; pero no es culpa mía: él ama con la violencia propia de las gentes de su país. Yo no sé qué es lo que me ha sucedido; había nacido, como tantas otras, para ser una buena madre de familia, muy sencilla, muy tranquila. Los grandes amores me asustan, me estremecen. No me gustan.

Aquí, para *inter nos*, eso es bueno en las novelas, pero enojoso para la vida de todos los días. ¿Creerá usted que por las noches, cuando me acompañaba, me contaba para asustarme historias de puñaladas?

En su país se apuñalan por poco más de nada, jugando á las bolas, al piquet. ¡Tienen la sangre muy caliente! Vuelvo á mi asunto: no saben en el almacén lo que ha pasado; nada me impide que conserve mi puesto. ¡Esto es lo que me causaba miedo! En fin, todo va bien. ¡Si supiera usted cuántas muchachas hay que no pueden procurarse un empleo! ¡Un miserable empleillo donde les dan para vivir treinta ó cuarenta francos al mes, menos de lo que ganan las cocineras y las doncellas! ¡Me hubiera causado una pena inmensa tener que separarme de los que me aman y que tan buenos son para mí! ¡No cambiaré en nada mi manera de vivir! Lo he decidido.

—¿Y de mí? ¿Qué es lo que va usted á hacer de mí en sus arreglos?

—¿De usted?

—Sí.

—Nada.

—Gracias; pero es muy poca cosa.

—Un amigo, si quiere usted.

—¿Nada más que un amigo?

Ella movió la cabeza con coquetería.

Después, levantándose, le puso las manos sobre los hombros.

—Veamos, sea usted franco, le dijo.—¿Es que usted siente algo más?

—¿Puede usted dudarlo?

—Mucho.

Él la atrajo hacia sí, electrizado por aquella gracia inocente y llena de encanto.

—¿Usted me cree de hierro ó de mármol?— dijo.—Escúcheme á su vez. La he dejado hablar tanto como ha querido. Yo había previsto otra existencia para usted. Yo quería sacarla de esa casa donde se consume, en una ocupación que la marchita y la aja sin enriquecerla. La hubiera dado lo que pudiera desear. Nada le faltaría. Escogería su retiro para disponerlo en seguida, según su fantasía, y aseguraría su porvenir. Tendría usted sus criadas, lo ordenaría todo según su capricho. No tenga escrúpulos, corte por lo sano: nada me costará prepararla un nido digno de usted. Solamente la pido que me conceda el derecho de verla, de amarla, de recibir mis amigos, al menos los que sepan agradarla. ¿Es esto tan difícil? Contésteme. ¿Acepta?

—No. He podido sufrir un extravío, pero no quiero venderme.

—¿Entonces todo se ha concluído?

—Compréndame bien, Fernando—dijo ella con melancólica resignación.—Yo no soy mala, se lo aseguro. Si me ama usted verdaderamen-

te, que lo dudo, rodeado como está de mujeres admirables, más bellas que yo, no quiero hacerle sufrir con mi negativa. Venga aquí cuantas veces quiera, como esta noche. ¡En obsequio á mi honor, no lo diga! Sea usted mi amigo, mi... —y dijo una palabra en voz muy baja, como si le quemara los labios— puesto que es así como hay que decirlo ahora; he sido bastante débil y ligera para ceder ayer; no me arrepiento hoy. Ámeme como pueda. Tengo el presentimiento de que este amor no durará. Cuando deje de amarme, me lo confesará francamente. Espero que me estimará lo bastante para decirme la verdad. Yo no tengo energía, pero usted no tendrá derecho para acusarme. Es todo lo que le pido. ¿Quiere?

—¡Eres adorable, eres un ángel de bondad!

—Quiere decir que me ama usted todavía. No es más que el segundo día —dijo ella contando con los dedos.

Desde la acera de enfrente, Josselin, que había reconocido el carruaje del duque en el rincón de la calle des Petits Champs, espiaba las sombras que pasaban por las cortinas.

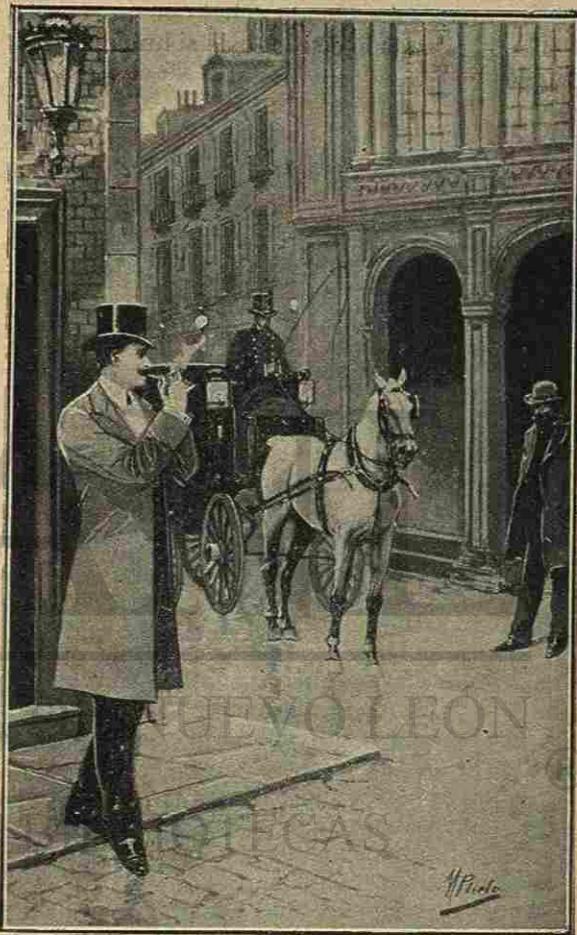
La tranquilidad de Germana en el almacén le había despistado.

Había concebido dudas. ¡Tal vez no fuese ella tan culpable como él había creído! Hasta había imaginado suposiciones en favor de la causa de Germana contra él mismo.

Pero la certidumbre estaba allí.

¿No era esto claro? La verdad saltaba á los ojos.

Cuando á las once y media el duque se fue con un cigarro en la boca, pasó casi rozando al



...el duque, con un cigarro en la boca,
pasó casi rozando al cajero,

cajero, que estaba parado debajo de un soportal, y le hubiera matado con los ojos si hubiera tenido en ellos poder. Así que desapareció el cupé, Josselin se alejó con la muerte en el corazón, después de arrojar una mirada á la ventana, que había quedado sumida en la obscuridad.

XXIV

EL DÍA Y LA NOCHE

A partir de aquella noche, una nueva vida comenzó para Germana, vida por partida doble.

Durante el día, la dedicaba toda entera á sus asuntos y á su ocupación en el almacén.

Por la noche, al entrar en su casa, encontraba á menudo al duque, que la esperaba.

No sorprenderemos á nadie al afirmar que ella era feliz los días en que no encontraba á nadie y podía dormir en paz como otras veces.

Germana había sido débil. Su caída había sido una sorpresa de los sentidos.

Cedió por bondad; pero cuanto más tiempo pasaba, mejor comprendía que no amaba á Rochebonne, y que, por ambos lados, la hora de la saciedad no tardaría en sonar.

Aquel desocupado, que hablaba de todo con un escepticismo sardónico; que durante su juventud se había acostumbrado á despreciar á las mujeres, porque no había tratado más que á las que

no eran honradas; ese privilegiado que tenía, á pesar de sus formas corteses, guardados todos los prejuicios del nacimiento y de la sangre, perdía cada día terreno en su corazón, á pesar de sus atenciones y la reserva delicada que le imponía la naturaleza de sensitiva y la distinción suprema de Germana.

Ella se arrepentía amargamente de haberse arrojado en sus brazos en un momento de extravío y de vértigo; pero no tenía el valor de romper unas relaciones que el tiempo se encargaría de desatar. Él, sin sentir una pasión violenta, de lo que era incapaz, gustaba mucho de su amada; conocía demasiado el mundo para no apreciar las exquisitas cualidades de esta mujer esencialmente buena y graciosa.

No hubiera retrocedido ante ningún sacrificio para asegurarse la posesión, pero la posesión fácil, cómoda, libre y sin trabas, en la casa suntuosa que la dedicase, en medio de ese lujo que es á la belleza lo que el marco al cuadro, donde hubiera podido entrar á todas horas, llevar á sus amigos y gozar con las envidias que despertase. Porque, en el amor caprichoso, la vanidad satisfecha entra por más de la mitad.

Diferentes veces trató de encaminarla para que le diese esta satisfacción.

—No puede usted comprender hasta qué punto seríamos felices—la decía él.—Se marchitará pronto con tantas fatigas. ¿Por qué persiste en su resolución?

Ella fué inexorable.

—No me quite usted mi última ilusión—respondía sonriendo.—¡Me creo todavía una muchacha honrada! ¿Y después?

cajero, que estaba parado debajo de un soportal, y le hubiera matado con los ojos si hubiera tenido en ellos poder. Así que desapareció el cupé, Josselin se alejó con la muerte en el corazón, después de arrojar una mirada á la ventana, que había quedado sumida en la obscuridad.

XXIV

EL DÍA Y LA NOCHE

A partir de aquella noche, una nueva vida comenzó para Germana, vida por partida doble.

Durante el día, la dedicaba toda entera á sus asuntos y á su ocupación en el almacén.

Por la noche, al entrar en su casa, encontraba á menudo al duque, que la esperaba.

No sorprenderemos á nadie al afirmar que ella era feliz los días en que no encontraba á nadie y podía dormir en paz como otras veces.

Germana había sido débil. Su caída había sido una sorpresa de los sentidos.

Cedió por bondad; pero cuanto más tiempo pasaba, mejor comprendía que no amaba á Rochebonne, y que, por ambos lados, la hora de la saciedad no tardaría en sonar.

Aquel desocupado, que hablaba de todo con un escepticismo sardónico; que durante su juventud se había acostumbrado á despreciar á las mujeres, porque no había tratado más que á las que

no eran honradas; ese privilegiado que tenía, á pesar de sus formas corteses, guardados todos los prejuicios del nacimiento y de la sangre, perdía cada día terreno en su corazón, á pesar de sus atenciones y la reserva delicada que le imponía la naturaleza de sensitiva y la distinción suprema de Germana.

Ella se arrepentía amargamente de haberse arrojado en sus brazos en un momento de extravío y de vértigo; pero no tenía el valor de romper unas relaciones que el tiempo se encargaría de desatar. Él, sin sentir una pasión violenta, de lo que era incapaz, gustaba mucho de su amada; conocía demasiado el mundo para no apreciar las exquisitas cualidades de esta mujer esencialmente buena y graciosa.

No hubiera retrocedido ante ningún sacrificio para asegurarse la posesión, pero la posesión fácil, cómoda, libre y sin trabas, en la casa suntuosa que la dedicase, en medio de ese lujo que es á la belleza lo que el marco al cuadro, donde hubiera podido entrar á todas horas, llevar á sus amigos y gozar con las envidias que despertase. Porque, en el amor caprichoso, la vanidad satisfecha entra por más de la mitad.

Diferentes veces trató de encaminarla para que le diese esta satisfacción.

—No puede usted comprender hasta qué punto seríamos felices—la decía él.—Se marchitará pronto con tantas fatigas. ¿Por qué persiste en su resolución?

Ella fué inexorable.

—No me quite usted mi última ilusión—respondía sonriendo.—¡Me creo todavía una muchacha honrada! ¿Y después?

Poco á poco él fué sintiendo el peso de las trabas que le imponía; se veía obligado á emplear mil subterfugios para substraerse á sus obligaciones mundanas. Había concluído por no ir más que en coche de alquiler á la calle de la Sourdière, él, un *gentleman*.

La duquesa, muy al corriente de todas estas idas y venidas por Yago, que había cogido el hilo de esta intriga, no le hablaba de la señorita del Bazar de San Germán; pero tenía una manera de mirarle cuando la dejaba ó cuando se excusaba de acompañarla en sociedad, que le probaba que sabía lo que sucedía.

Sin embargo, redoblaba para él la gracia y la dulzura.

Había momentos en que fijaba la mirada de sus ojos húmedos y brillantes como carbunclos en la de Fernando, con el fuego del primer día de su matrimonio.

Parecía decirle:

—¿Es que no valgo más que la que prefieres?

Y, en verdad, estaba tan radiante y bella, que era cosa de preguntarse qué más podía desear un hombre vanidoso ó apasionado que aquella magnífica criatura.

La duquesa se proponía despertar el amor de su marido, reavivándolo como á un fuego apagado, del cual todavía quedan algunos carbones encendidos; pero las ternuras del duque no eran más que fuego de paja.

Sin embargo, á veces conseguía hacer brillar en sus ojos la llama del amor.

Entonces él sentía un deseo furioso de probar que él era el dueño de aquella mujer tan admira-

da y que le pertenecía; pero se resistía al primer impulso, besaba la mano de Giuseppina y se iba á reunir con Germana, mientras que por su lado Giuseppina corría á casa de la señora Storr ó al Bosque, donde estaba segura de encontrar al príncipe Pradine, que ya no se separaba de ella.

Les llamaban los inseparables. Se les veía en todas partes juntos, á caballo por la mañana, en coche por la tarde y en la Ópera por la noche.

También iban muy á menudo al Sagrado Corazón, donde Marietta Trani terminaba su educación. Marietta se había hecho una soberbia rubia; el retrato de la duquesa, con la sola diferencia del color del cabello y de las cejas.

El mismo fuego en las pupilas, la misma gracia felina, la misma elegancia.

—¡Pobre pequeña!—decía la duquesa á Pradine.—¿Quién la querrá sin dote?

Muchas veces el príncipe la había acompañado al Bazar de San Germán, en donde ella gastaba sumas locas en bagatelas, de las que no tenía necesidad ninguna. Compraba encajes de punto antiguo de Venecia, que ya no existían apenas, y que pagaba á tres ó cuatro mil francos el metro, y que lo valían; tapices de Oriente, sobre los cuales los sacerdotes turcos habían hecho sus oraciones desde hacia medio siglo; porcelanas de China, broncees japoneses, que llenaban el castillo de Rochebonne, por no tener sitio en el hotel de París.

Ó bien piezas de lienzo, telas destinadas á los pobres, y trajes que distribuía.

Cada vez que atravesaba el salón de modas dirigía á la desdichada Germana una mirada desdenosa.

El señor Perrolet había sorprendido estas miradas de la duquesa; pero no se atrevía a preguntar la causa de ellas.

Varios días se había acercado a la Caja de Josselin y había examinado el aspecto de este amante cada vez más desesperado.

Al primer golpe de vista se comprendía lo violentas que eran las penas de Josselin desde que rompiera con Germana.

Estaba completamente desfigurado. Tenía los ojos hundidos en las órbitas, enrojecidos los párpados y rodeados de un círculo negro. Su tez adquiría los reflejos de la epidermis abrasada por la fiebre.

Le surcaban la frente dos arrugas paralelas a las cejas. Estaba mucho más delgado. Casi no se ocupaba de peinarse, él, que tanto se había cuidado el cabello.

Sus camaradas se preguntaban si esta ruptura, que todos conocían, le habría hecho perder el juicio.

Galeron renunciaba a sus bromas pesadas. Además, él no era un perverso, y la fisonomía del cajero le daba lástima.

Josselin había enviado varias cartas a Germana, que ésta le había devuelto sin abrir.

Desde entonces ya no le volvió a escribir. Germana, viéndole tan acabado y tan triste, se conmovía. Tenía compasión de Josselin; pero por orgullo no quería hablarle.

Además, tenía muy presentes las amenazas del cajero. Estaba asustada al ver su exaltación, aun cuando trataba de disimularla, pero que dejaba ver cuando la muchacha pasaba por su lado.

Se había dado cuenta de su miedo y el odio



Germana, viéndole tan acabado y tan triste, se conmovía.

aumentaba, odio tan parecido al amor y tan fácil de confundirse con él.

Un día le llevaron á la tienda una carta de una persona desconocida.

XXV

EL FIN DE UN CAPRICHIO

La carta que trajeron á Josselin no contenía más que estas líneas en italiano:

«Es un cobarde aquel que, siendo engañado, pierde su amor para siempre y no piensa en la venganza».

Este aviso era de la duquesa. Bien se veía que era italiana y que en ella alentaban todas las pasiones; pero iba á tener un resultado que no había previsto.

Finalizaba en aquellos días el mes de Agosto. Este consejo, tan conforme á la cólera sorda de Josselin, le decidió á poner en ejecución un proyecto que había trazado desde hacía mucho tiempo.

Quería matar al duque delante de la casa de Germana.

Dos días seguidos le esperó; pero el duque no fué.

¡Suerte grande! Las visitas empezaban á ser raras.

La duquesa ganaba terreno, conforme Germana lo perdía.

Rochebonne se molestaba cada vez que la muchacha se negaba á dejar su empleo.

Acostumbrado al lujo de los *boudoirs* célebres, se cansaba de ir á aquel cuarto modesto de la calle de la Sourdière, un barrio en el que no se puede vivir.

Por la noche, Germana volvía cansada de estar todo el día trabajando. El duque tenía remordimientos por abusar de la bondad que le demostraba y quitarle el descanso necesario.

Á pesar de su cansancio, siempre la encontraba con una dulzura inalterable, y al ver su desinterés comprendía que tenía que habérselas con una naturaleza privilegiada, incorruptible, sobre la que las tentaciones no ejercían ascendiente alguno.

El tercer día, Josselin tuvo que estar en la tienda hasta más tarde, y fué á casa de Germana en el momento en que el duque salía.

Le detuvo con esta palabra:

—Caballero.

—¿Quién es usted?—dijo Rochebonne tranquilamente.—No le conozco.

—Andrés Josselin, cajero del Bazar de San Germán.

—¿Qué es lo que quiere?

—Una explicación. Es usted el amante de una mujer con quien debía yo casarme, y que usted me ha robado. ¡Le aborrezco!

—Es mucho honor el que usted me hace—dijo el duque con calma;—pero ha perdido usted la cabeza. No he robado nada á nadie, quizá porque no he tenido necesidad de ello. Soy el duque de Rochebonne. Se puede ser cajero y *gentleman*. Una cosa no quita la otra. No es el nombre el que

aumentaba, odio tan parecido al amor y tan fácil de confundirse con él.

Un día le llevaron á la tienda una carta de una persona desconocida.

XXV

EL FIN DE UN CAPRICHIO

La carta que trajeron á Josselin no contenía más que estas líneas en italiano:

«Es un cobarde aquel que, siendo engañado, pierde su amor para siempre y no piensa en la venganza».

Este aviso era de la duquesa. Bien se veía que era italiana y que en ella alentaban todas las pasiones; pero iba á tener un resultado que no había previsto.

Finalizaba en aquellos días el mes de Agosto. Este consejo, tan conforme á la cólera sorda de Josselin, le decidió á poner en ejecución un proyecto que había trazado desde hacía mucho tiempo.

Quería matar al duque delante de la casa de Germana.

Dos días seguidos le esperó; pero el duque no fué.

¡Suerte grande! Las visitas empezaban á ser raras.

La duquesa ganaba terreno, conforme Germana lo perdía.

Rochebonne se molestaba cada vez que la muchacha se negaba á dejar su empleo.

Acostumbrado al lujo de los *boudoirs* célebres, se cansaba de ir á aquel cuarto modesto de la calle de la Sourdière, un barrio en el que no se puede vivir.

Por la noche, Germana volvía cansada de estar todo el día trabajando. El duque tenía remordimientos por abusar de la bondad que le demostraba y quitarle el descanso necesario.

Á pesar de su cansancio, siempre la encontraba con una dulzura inalterable, y al ver su desinterés comprendía que tenía que habérselas con una naturaleza privilegiada, incorruptible, sobre la que las tentaciones no ejercían ascendiente alguno.

El tercer día, Josselin tuvo que estar en la tienda hasta más tarde, y fué á casa de Germana en el momento en que el duque salía.

Le detuvo con esta palabra:

—Caballero.

—¿Quién es usted?—dijo Rochebonne tranquilamente.—No le conozco.

—Andrés Josselin, cajero del Bazar de San Germán.

—¿Qué es lo que quiere?

—Una explicación. Es usted el amante de una mujer con quien debía yo casarme, y que usted me ha robado. ¡Le aborrezco!

—Es mucho honor el que usted me hace—dijo el duque con calma;—pero ha perdido usted la cabeza. No he robado nada á nadie, quizá porque no he tenido necesidad de ello. Soy el duque de Rochebonne. Se puede ser cajero y *gentleman*. Una cosa no quita la otra. No es el nombre el que

hace al hombre, sino el carácter. Estoy dispuesto á darle todas las explicaciones posibles sobre lo que desea. Envieme sus testigos. Los recibiré, le doy mi palabra. Respecto á las mujeres, sus secretos les pertenecen. Tenga usted presente que no se consigue de ellas más que lo que quieren dar. Con un poco de justicia puede concedérselas el derecho de elegir sus amigos. Tengo el honor de saludarle.

Se alejó, y dos pasos más allá se subió en un coche de punto que le esperaba.

Jossélin se quedó atónito, petrificado, por la sangre fría de su adversario, á quien la costumbre del mando le daba tal dominio sobre sí mismo y una superioridad tan grande para con los demás.

Entró en su casa cuando daban las doce, ulcerado con esta humillación y con la conciencia del papel estúpido que había representado.

Esta escena impresionó mal á Rochebonne; quería, ante todo, su tranquilidad, y este encuentro le hacía presentir otros.

Aquella cara desfigurada que había encontrado en la calle, tenía cierto parecido con las de los bandidos que esperan á los viajeros con la escopeta en la mano en los Abruzzos.

Entonces se preguntó si no era propicio el momento para romper unas relaciones que á él sólo le proporcionaban molestias, sin compensación para su vanidad, y á Germana, á quien tenía una gran amistad, le producían una tristeza tan profunda que ni aun en su presencia podía dominar.

Además, llegaba un momento en que no podía justificar su presencia en París.

Todos los años, al comenzar el mes de Septiem-

bre, iba á pasar una temporada á su castillo de Rochebonne, y sus amigos se admirarían de no verle en su casa.

Su cuñada Marietta, que había salido del colegio para no volver, pero que seguía siendo tan traviesa, le preguntaba cien veces al día sentándose en sus rodillas:

—¿Fernando, cuándo nos vamos? ¡Fernandito, vámonos!

No había medio de negarse.

Pradine, que era de la casa, con gran sentimiento de Saville, siempre preocupado con sus antigüedades y con la salud de su primo, pero siempre frío y ceremonioso; Pradine, decimos, unía sus instancias á las de la duquesa.

—Vamos, amigo mío, no puede usted dejar que languidezcan aquí más tiempo estas señoras. Es preciso marchar.

Al cabo de mil vacilaciones, pues la belleza de Germana abogaba en su favor, cada vez que la visitaba, haciéndole retroceder ante una separación difícil, y después de inclinarse á todos lados, unas veces queriendo renunciar á Germana, otras veces más enamorado que nunca de ella, decidió romper y anunció á sus amigos su marcha para Rochebonne.

Estaban á mediados de Septiembre. ®

Consiguó que Germana, antes de una ausencia demasiado larga, á pesar suyo, pasara un domingo con él en Neuilly.

El día les pareció un minuto.

Germana estaba tan alegre como siempre.

Cuando llegó la noche, cogida del brazo de su Fernando y paseando por las avenidas del parque, cubiertas ya con las hojas secas que se des-

prendieran de los árboles en aquel jardín que había visto tan florido y tan fresco como sus amores de los primeros tiempos, le dijo:

—Aquí me prometió usted amarme siempre. Sea usted sincero. ¿Verdad que nuestra eternidad ya ha concluido? Ha durado tres meses, la cuarta parte de un año. ¡Es mucho, señor duque!

—¡Será un sueño para los dos!—prosiguió.—
¡Todo pasa! Las rosas de nuestros días de primavera ya no existen. Deseo que no le quede á usted más amargura que á mí. Merece usted ser feliz. Es usted bueno y generoso en el fondo. Sólo que la vida le ha maleado un poco. Está usted educado como un príncipe y habituado á sacrificarlo todo á sus caprichos. Sea usted bueno en el porvenir. Por mi parte yo trataré de serlo también. El recuerdo de usted me ayudará. Al menos me habrá usted hecho un gran servicio.

Estaba encantadora al hablar así.

Entraron: empezaban á sentir frío.

En su cuarto, en aquel cuarto que nunca olvidaría, había una gran chimenea encendida.

Germana se había engalanado para aquella entrevista, que adivinaba que había de ser la última, como se compone uno para una fiesta.

Llevaba un traje de seda negro, muy elegante.

El duque trató de tranquilizarla, sin atreverse á decirle la verdad. Volvería á fin de mes, quizá dentro de tres semanas. Tenía que atender á ciertos deberes de familia, pero se escaparía pronto, la escribiría á menudo.

—No me engañes—le dijo.—Es indigno de ti é indigno de mí.

No sabía qué decir, volvía á estar indeciso.

Al ver aquella gracia tan perfecta, al ver aquel

cuerpo tan joven, tan fresco, no tenía fuerza para renunciar á su posesión, cuyo valor comprendía en el momento de perderla.

Ella adivinó su incertidumbre.

—Créame usted—le dijo;—más vale que no vuelva. He visto muy á menudo á la duquesa en estos últimos días. Es más hermosa que yo. He comprendido que, cuando tanto me odia, es que le ama á usted mucho. Ámela también. Pensará usted algunas veces en mí, como en una buena muchacha que le ha dejado aspirar lo mejor de su corazón. Consérveme un poco de amistad. Quizá la necesite. No soy ambiciosa; espero bastarme á mí misma y vivir conforme á mis gustos; pero estoy rodeada de odios; primero el de la duquesa, que le perdono, y el de otra persona á quien he herido. Si me sucediera una desgracia, recurriría á usted como á mi mejor amigo, se lo prometo. Yo—dijo al terminar—pensaré en usted muy á menudo, y si alguna vez le viese en medio de sus esplendores, no volveré la cabeza, sonreiré si está usted solo. ¿Quiere?

—Ya veremos—dijo él.—Más adelante trataremos de esas cuestiones graves. No perturbemos los últimos momentos que tenemos que pasar juntos, antes de una separación de unos días. Te juro que, al separarme de ti, tengo una pena tan grande como si perdiera la mitad de mí mismo.

—¿Es de veras?

—Sí.

—Bueno; pues gracias por esa palabra y vámonos. Es tarde.

Cuando llegó á la escalinata, dispuesta para marchar, dirigió una mirada á aquella casa, en la que dejaba una parte de su vida. Cuando entró



—No me engañes—le dijo.—Es indigno de ti
é indigno de mí.

en ella, era la primavera. Ahora es el otoño; las viñas vírgenes daban á las paredes un reflejo es-carlata, las flores de los plátanos se destacaban de las ramas, los tintes oscuros habían remplazado á las rosas y al verde claro.

—Las lilas están cortadas—dijo Germana es-forzándose por aparecer alegre.—Adiós sueño de una hora, has acabado.

Y rompiendo á llorar se echó al cuello de su amante y ocultó la cabeza contra su pecho.

El duque era horriblemente escéptico, pero no pudo substraerse á la emoción que se apoderaba de él, y sus lágrimas se confundieron en un últi-mo beso.

XXVI

REVELACIÓN

El castillo de Rochebonne es una de las resi-dencias más hermosas de Francia.

Situado en la Somme, poco más ó menos á me-dio camino entre la villa de Eu y la de Saint-Va-lery, está construido en una altura desde la cual se domina el mar.

El bosque, de tres leguas de largo, que lo ro-dea, está cortado por pantanos en donde, en casi todas las estaciones, se cazan innumerables clases de pájaros y patos.

La finca es de valor considerable, y quedan muy pocas de esta importancia.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
ABD. 1625 MONTERREY, MEXICO



—No me engañes—le dijo.—Es indigno de ti
é indigno de mí.

en ella, era la primavera. Ahora es el otoño; las viñas vírgenes daban á las paredes un reflejo es-carlata, las flores de los plátanos se destacaban de las ramas, los tintes oscuros habían remplazado á las rosas y al verde claro.

—Las lilas están cortadas—dijo Germana es-forzándose por aparecer alegre.—Adiós sueño de una hora, has acabado.

Y rompiendo á llorar se echó al cuello de su amante y ocultó la cabeza contra su pecho.

El duque era horriblemente escéptico, pero no pudo substraerse á la emoción que se apoderaba de él, y sus lágrimas se confundieron en un últi-mo beso.

XXVI

REVELACIÓN

El castillo de Rochebonne es una de las resi-dencias más hermosas de Francia.

Situado en la Somme, poco más ó menos á me-dio camino entre la villa de Eu y la de Saint-Va-lery, está construido en una altura desde la cual se domina el mar.

El bosque, de tres leguas de largo, que lo ro-dea, está cortado por pantanos en donde, en casi todas las estaciones, se cazan innumerables clases de pájaros y patos.

La finca es de valor considerable, y quedan muy pocas de esta importancia.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
ABD. 1625 MONTERREY, MEXICO

Haciendas excelentes, pastos hermosos dependen de ella, y la vecindad de la Mancha le da mucho más valor.

En la extremidad de una escarpadura rodeada por uno de los afluentes del Somme, la Sauldre, que es más bien una continuación sucesiva de estanques que un río, existen todavía las ruinas de una especie de convento fortificado ó de un castillo, cuyo torreón casi intacto es una de las especialidades más curiosas de la arquitectura militar de la Edad Media.

El gran castillo nada ofrece de extraordinario. Su posición vale más que su forma.

Es un inmenso cuadrilátero, con torres en los cuatro ángulos. Las murallas son de espesor extraordinario: pueden resistir á los más violentos huracanes del mar.

Los vapores salinos de la costa han blanqueado sus muros, lo mismo que las pizarras de los techos.

Una ancha escalinata de granito, de doble revolución, circular, fuerte y curiosamente trabajada, da acceso al vestíbulo.

Esta construcción data del reinado de Enrique IV.

Es una de las más vastas viviendas de la Picardía, y el dominio es el más extenso de la provincia.

Allí se disfruta de todas las ventajas de la hermosa y sana campiña, y sobre todo de la caza, muy abundante en los bosques.

El 20 de Septiembre, la antigua mansión estaba animadísima.

Los cocineros, con sus gorros y sus trajes blancos, se encontraban en sus puestos. Desde las en-

cendidas hornillas, las salsas exquisitas esparcían olores apetitosos.

El negro de la duquesa estaba en sus glorias, y con su chaqueta de cuello encarnado se paseaba orgullosamente, como un personaje de importancia, en medio de los jardineros y de los campesinos empleados en el cuidado del parque y de los parterres. Había entre él y aquellos subalternos la distancia que separa al servidor de confianza de su amo y los criados dedicados al cultivo de sus dominios.

El negrito era cada día más feo y más cazarro. Giuseppa Trani estaba más hermosa que nunca. Se mostraba en todo su esplendor, con una amplitud de formas perfecta, un brillo en los ojos capaz de tentar al más indiferente.

Se leía en su rostro una alegría que la transfiguraba.

Andaba ligeramente por las terrazas del lado del mar, que sostenían murallas de granito de veinte metros de altura; experimentaba alegrías de niño al ver las gaviotas que pasaban volando sobre su cabeza, aunque el castillo se hallaba á tres kilómetros del acantilado.

Serían las cuatro de la tarde; la duquesa estaba sentada bajo un grupo de tilos, delante del castillo. El sol alumbraba las ruinas, que se veían en lontananza por un ancho boquete abierto entre el follaje. El cielo era azul y despejado. Por un lado se divisaban las aguas de los estanques; por el otro lado el mar, que extendía hasta lo infinito sus aguas brillantes, sobre cuyas olas parecían relucir lentejuelas de plata.

La duquesa contemplaba, sin cansarse, el espectáculo, siempre nuevo, que se desarrollaba

delante de ella. Miraba fijamente el movimiento de las aguas, cuando uno de sus invitados se acercó á ella y, con la educación exquisita de un hombre de mundo, la dijo:

—¿Está usted admirando, duquesa, lo mucho que hay que admirar aquí? ¡El efecto es maravilloso!

—Verdad —dijo Giuseppina con la malicia de una colegiala que quiere jugarle una mala partida á una de sus celadoras.

—Esta propiedad de Rochebonne es única. Hay de todo: mar, bosques, árboles, sol, pantanos verdes en verano, inundados en invierno. ¡Qué desgracia que ese pobre Fernando no tenga un heredero á quien transmitirlo!

—¡Bah! ¡Quién sabe! —dijo con orgullo la italiana.

Saville, pues era él —estaba en Rochebonne desde hacía una hora, —hizo una mueca muy diplomática. Sabía ó creía saber á qué atenerse.

—¿A quién espera usted aquí? —preguntó á la duquesa.

A mucha gente. Vendrán varios amigos á comer, á las siete: Chateaufort, Courcelles, el marqués de Roiville, madame Storr...

—Entonces veremos á Pradine.

—El príncipe está aquí.

—¿Desde cuándo?

—Vino ayer con nosotros.

—Deberían ustedes casarle. ¡Buen nombre, gran fortuna! ¿Es verdad que tiene minas de oro en el Oural?

—No lo sé.

—¡Bah! Creía que le contaba á usted sus negocios.

—Sí, pero nunca habla de sus bienes. Puede usted interrogarle; allí viene.

—¿Le quiere usted mucho?

—En efecto, es muy afectuoso, muy delicado. Á veces esos extranjeros valen más que nosotros, y sus formas son más caballerescas. Creo al príncipe Pradine capaz de acciones nobles y grandes.

Pradine se acercaba dando el brazo á Marietta. La colegiala unía á los atractivos de una mujer las gracias de una niña.

Estaba encarnada por la animación. Agitaba con la mano izquierda un abanico de encajes que el príncipe le había enviado algunos días antes y del que no se separaba.

Marietta era una belleza completa, lo mismo que su hermana.

Sus formas esculturales parecían la obra de un artista divino. Se admiraba su esbeltez, sus finas extremidades y el óvalo de su cara, donde todas las facciones eran perfectas.

—Hacen buena pareja —dijo Saville á la duquesa.

—Marietta quiere al príncipe tanto como yo. ¡Es tan bueno con ella! La visitaba todas las semanas en el Sagrado Corazón y la llevaba muchos regalos. La regalaba cestas de bombones de casa de Gonache ó Boisier. Tenía para todas sus compañeras y los distribuía en seguida, porque es de una naturaleza generosa.

—¡Como el príncipe! Se entenderán á las mil maravillas.

Pradine y Marietta entraban en la terraza. La duquesa les llamó, levantándose.

—¿Quiere darme el brazo? —le dijo al príncipe.

—¿Me lo quieres quitar?—dijo Marietta confusa.—Tenemos que hablar; déjanos.

—¿De qué habláis?

—Del matrimonio.

—Tienes tiempo todavía para pensar en eso, querida mía—dijo la hermana mayor.

—Es verdad. Pero el matrimonio no se ha hecho para mí—suspiró la muchacha.

—¿Por qué?—preguntó Saville.

—Porque soy pobre, y cuando se es pobre se queda una para vestir imágenes.

—¿Es eso lo que os enseñan en el convento, Marietta?

—Seguramente. No se oye hablar más que de dinero. Hay señoritas de agentes de cambio que sólo hablan de Bolsa. Cierito que á mí no me importa eso. No tengo un cuarto.

—No hay que desesperar, Marietta—dijo el príncipe.—¿No es usted la hermana de Giuseppina y Giuseppina es duquesa?

—Es verdad, ¡pero es tan guapa Giuseppina!

Se echó en sus brazos y la cubrió de besos. Aquel grupo era el más delicioso que podía concebir un artista.

La duquesa cogió el brazo de Pradine y se le llevó hacia las ruinas.

—¿Quiere usted que visitemos las ruinas?—le preguntó.—falta todavía una hora para comer.

Y como Marietta quisiera seguirles,

—Déjanos—le dijo:—yo también tengo que hablar con el príncipe.

Y luego en voz baja añadió:

—Eres ya bastante crecida y puede ser que hablemos de ti.

Pradine se alejó por entre los paseos de árboles

y desapareció con la duquesa en el final de una avenida de olmos que formaban una bóveda oji-val á más de treinta metros de altura.

Pero alguien había ido antes que ellos á las ruinas del convento.

Era el duque.

Desde que saliera de París echaba de menos á Germana. La fisonomía dulce de la muchacha la tenía impresa en su alma, con esa aureola que da el alejamiento de la persona amada.

En la misma mañana de su partida la había escrito una carta anunciándola que no la volvería á ver, pero no había tenido valor para enviársela. Tenía la carta en su bolsillo, y le daban tentaciones de romperla.

Necesitaba estar solo. Ese día se había entregado á sus ideas melancólicas y las paseaba, buscando la soledad, en aquellos claustros destruidos, de los que no quedaban más que algunas columnas y trozos de los muros.

Llegado hacía un momento, un rumor de conversación le distrajo de sus pensamientos. Dos paseantes entraron en el patio interior de las ruinas mientras él se escondía detrás de los restos de la pared de una sala que debía haber sido el rectorio de los frailes.

Los paseantes se sentaron á pocos pasos de él, en un banco de granito que permanecía en pie entre el césped que crecía por todas partes.

Eran Giuseppina y Pradine.

Se podía ver en la fisonomía del príncipe cierta inquietud. Se preguntaba qué confiancias tenía que hacerle la duquesa con tanta solemnidad.

—Giuseppina, ya no me quiere usted—la dijo.

Ella le dirigió una sonrisa, levantó los hombros, se mordió los labios, sus labios como los clavos rojos.

—Pero, amigo mío, está usted equivocado; nunca le quise.

La cara del ruso expresó una sorpresa muy natural.

—Sin embargo, había creído... — balbuceó.

Se detuvo ella moviendo la cabeza y levantando el índice hasta la boca.

—Sí, esperaba esa contestación. ¡Había usted creído!... ¡Las apariencias engañan! Pero se ha equivocado. Hay muchas cosas que uno cree que existen y no existen. Son quimeras. Ha vivido usted uno ó dos meses en el mundo de las quimeras. Hay que olvidarlo. ¿Me oye usted? Es necesario. Yo nunca le he amado; yo nunca le amaré. ¿Comprende?

No.

Bueno; usted me ama, ¿verdad?

—Sí.

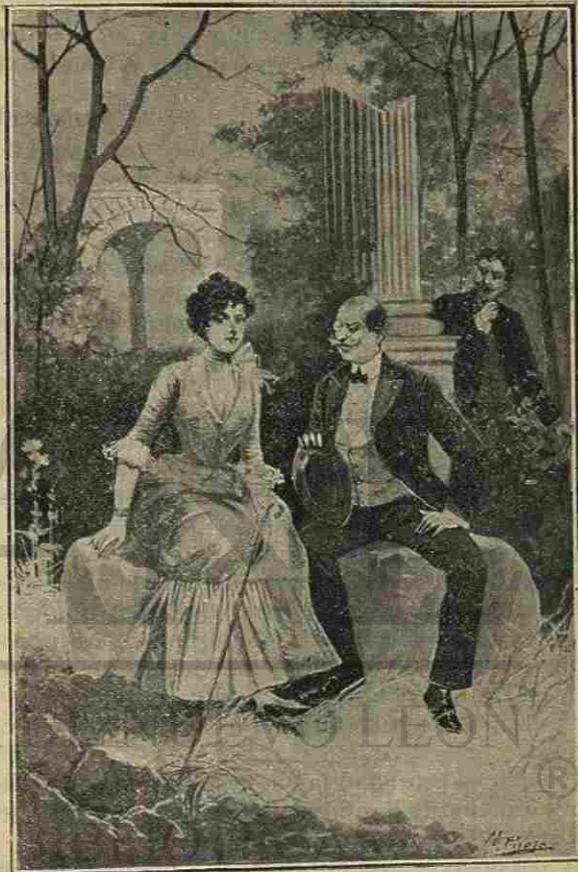
—Lo ha creído usted. Lo mismo da.

—No, la amo, Giuseppina, con toda mi alma.

—Sea. Pero hágame un favor. No trate usted de comprender. No hay más que un hombre en el mundo á quien yo amo, y ese hombre es mi marido. Más tarde, dentro de veinte años, si estamos todavía en este mundo, le explicaré este enigma. Por el momento se acabó. Cuando le digo que no le amo, le debo una explicación. Le quiero como á mi mejor amigo, como á un corazón noble. En conciencia, no puede usted exigir más.

El príncipe era presa de una agitación rara; creía que todo era una alucinación, una pesadilla.

La vista de la duquesa, de aquella mujer her-



[...No hay más que un hombre en el mundo á quien yo amo...

mosa á quien había visto tan apasionada y que ahora le hablaba con tanta calma y frialdad, le dejaba estupefacto.

—¿Qué cambio era ése?

—Veamos, Giuseppina, esto es un juego. Yo no puedo creerla. ¿Quiere usted ponerme á prueba?

—No, nada hay más cierto.

—Entonces estoy dormido. No es usted la que está ahí, es su sombra. ¡Esto es un sueño!

—¡El pasado sí que es un sueño! Óigame. Es menester que tenga usted fe y que me obedezca ciegamente; es preciso que me crea. Sí, se ha equivocado usted, amigo mío. Se ha alucinado con una tontería; ha leído una novela que le ha seducido. Su buena fe le ha transportado una noche á un país encantado. Ha vuelto usted á la realidad. ¿Dónde estamos?

—En su casa, Giuseppina.

—No, en casa del duque Fernando de Rochebonne. El duque tiene para con usted una gran estimación, la confianza de un amigo. No puede usted abusar de esta confianza, usted, un caballero de los tiempos pasados. ¿No es verdad?

—¡Es decir, que no sé si existo ó si me vuelvo loco!

—Yo—prosiguió la duquesa—se lo debo todo á Fernando, y le quiero á él solo. No es perfecto; pero ¿dónde hay un hombre que lo sea?

—Señora—dijo el príncipe,—me destroza usted el corazón. Le suplico que me explique todo esto. Hay aquí un misterio que se me escapa.

—Dentro de veinte años—dijo la italiana.

—¡Pero eso es la eternidad! De aquí á allá perderé el juicio.

—Yo le he prometido ser su amiga, si lo quiere.

—¿Nada más?

—Nada más. Sólo para justificar esta amistad, pues hay un tirano, un déspota receloso que sospecha de nosotros, hace falta un pretexto. Su continua estancia á mi lado, sus asiduidades en París, nuestros paseos, han sido mal interpretados. Mire: el marqués de Roiville, esa mala lengua, me lo indicaba hace un momento. ¿Sabe usted lo que decían en Deauville, de donde viene de casa de la duquesa de Arcos?

—¿Qué decían?

—Que es usted... nada menos.

—Pero ¿quién lo decía?

—Todos y todas.

—Un nombre.

—Escoja el que quiera. ¿No he citado á Fresnois, ese marqués que siempre va acompañado de mujeres alegres?

—Le mataré.

—¿Con qué derecho? ¿Es usted mi marido? ¡Qué escándalo! ¿Quiere perderme? No, hay que inventar otra cosa. Busque usted.

—¿Una razón para esas asiduidades que la comprometen?

—Sin duda.

El príncipe reflexionaba.

Rochebonne no perdía una palabra de esta conversación.

Al cabo de medio minuto, Pradine levantó la cabeza.

—Giuseppina—dijo,—creo que he encontrado el medio de salvar á usted. ¿Quiere usted concederme la mano de su hermana Marietta? La pro-

meto amarla como un hombre honrado, aunque sólo habrá en mi vida un amor. ¿Cree usted que el mundo estará satisfecho?

—Tiene usted un corazón de oro; pero Marietta es pobre como yo lo era.

—Lo que ha hecho el duque, ¿cree usted que soy incapaz de hacerlo yo? Soy rico por los dos.

—Es casi una niña.

—Mañana será una mujer. Esperaré.

—Tiene usted contestación para todo. ¡Qué feliz será Marietta! Tendrá el derecho de amarle; tentada estoy de tenerla envidia.

El príncipe cogió la mano de Giuseppina y la besó.

—¿Hablará usted á Marietta?

—Esta noche.

—¿Me responde usted de su consentimiento?

—Con dos condiciones, sí.

—¿La primera?

—Es que no me volverá usted á hablar de amor. Júrelo.

—Puesto que lo exige usted...

—La segunda es que, después de casarse, pasarán un año en sus propiedades de Crimea.

—Puesto que también lo exige usted...

—¿Concedido?

—Sí—suspiró el príncipe.

—Es usted un caballero.

La comida se servía en el comedor del castillo, que era un inmenso salón.

La mesa estaba resplandeciente.

La vajilla de plata con las armas de Rochebonne, las cestas de flores, diseminadas en profusión, y la brillante cristalería, se destacaban sobre el mantel, de deslumbrante blancura.

La duquesa, muy descotada, con traje de baile, no tenía sonrisas más que para su marido.

Pradine estaba al lado de Marietta, que le miraba con ojos de niña enamorada.

Su hermana no le había dicho más que una frase:

—Marietta, ¿quieres casarte?

Ella había contestado:

—Sí, con tal que sea con mi amigo el príncipe Pradine. Te ha dicho algo, ¿verdad?

Había comprendido que ninguno de los que allí había hubiera tenido la generosidad de quererla sin fortuna.

En los postres, el duque se levantó con una copa de champagne en la mano:

—Señoras y señores: si os parece bien, os propongo que bebáis á la salud de los futuros esposos el príncipe Nicolás Pradine y la señorita Marietta Trani.

—Vamos—dijo Roiville á su vecino Courcelles.—Esta boda me produce una gran satisfacción. Contesta á las calumnias que corrían respecto á la pobre duquesa.

—¿Qué calumnias, marqués?—dijo Courcelles.

—Ya sabe usted: unos amores con el príncipe. Yo no lo creía; pero se hablaba mucho de ello.

—¡Ah!—dijo Courcelles con indiferencia,—si hubiera que averiguar todos los amores, no tendría un tiempo ni de comer ni de dormir. Por eso yo no me ocupo jamás de esas cosas.

—Es una heroicidad del príncipe esta petición—continuó el marqués con malicia.

—¿Por qué?

—¡Las Trani son tan pobres!

—¡Las Trani son tan bellas!— contestó Courcelles.

A las diez, los invitados de Rochebonne se habían retirado á sus habitaciones. La jornada debía ser ruda al día siguiente. Los animales de pluma y pelo no lo iban á pasar muy bien.

Giuseppa se había encerrado en su cuarto, el cual se comunicaba con el de su marido por el tocador.

Escuchaba los ruidos de fuera, del parque y del bosque, y los chillidos de los mochuelos en los árboles.

Se oyó un golpe tímido en la puerta del tocador.

Ella se levantó precipitadamente, abrió la puerta y se encontró con su marido.

El duque había enviado á Germana su carta por el expés.

—¡Tú!—le dijo.—¡Qué sorpresa!

—Sí, yo; ¿no me esperabas?

—Lo confieso. Eres tan raro desde hace algún tiempo...

—No se deshonra uno reconociendo sus faltas. Vengo á pedirte perdón.

—Tengo razones para no escucharte.

—Si quieres, Giuseppina, hagamos un convenio.

—¿Uno nuevo?

—¿Por qué uno nuevo?

—¿No me propusiste otro allá en tiempos, no te acuerdas?

—Sí, absurdo. Dejémoslo á un lado, ¿verdad?

El duque inclinó lentamente la cabeza.

—¿Y ese nuevo convenio?—dijo ella.

—Es no hablar nunca del pasado.

—Sea.

—Y vivir como si fuéramos recién casados. La experiencia demuestra, amor mío, que á veces se busca en otra parte lo que se tiene en casa.

—¿Es verdad?

—Completamente.

—¿Desde cuándo?

—Desde un paseo que he dado por las ruinas del convento, ¿sabes?

Por su mente cruzó una sospecha.

—¿A qué hora?—preguntó.

—A las cinco.

Él lo había oído todo.

Ella cogió con violencia las manos de su marido.

—¿No has olvidado tu promesa, Fernando?

—¿Cuál?

—La de adorarme si...

—¡Bah!

—Tu doctor Guérin se equivocaba como un médico de pueblo. ¿Me amarás ahora?

—¡Como un loco! Lo he dicho. Cumpliré mi palabra.

—Y además, ¿no valgo tanto como las otras?—

Soy tu mujer, soy algo tuyo, de la que puedes estar orgulloso, dispuesta á satisfacer tus caprichos, á obedecerte, aunque tus órdenes me lastimen en el fondo del corazón. ¡Di, voluble!

—¡Eres un ángel!—exclamó el duque estrechándola en sus brazos,—y no lo olvidaré.

Y como en él la malicia no perdía nunca sus derechos, añadió interiormente:

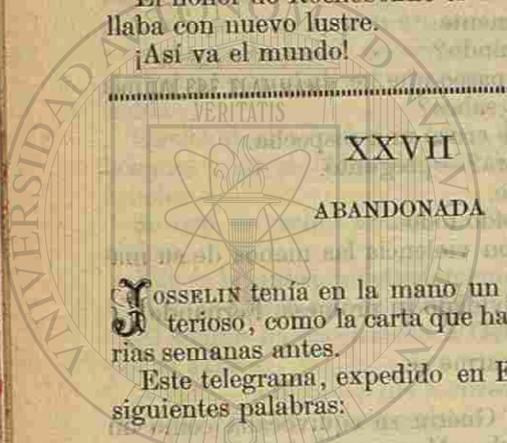
—Saville es el que no va á estar contento.

Dos días después, en Trouville, el duque le

daba una estocada al marqués de Fresnois, que le obligó á guardar cama seis ó siete semanas, por haber hablado con ligereza respecto de la duquesa.

El honor de Rochebonne estaba á salvo, y brillaba con nuevo lustre.

¡Así va el mundo!



XXVII

ABANDONADA

JOSSELIN tenía en la mano un telegrama misterioso, como la carta que había recibido varias semanas antes.

Este telegrama, expedido en Eu, contenía las siguientes palabras:

Finita la commedia.

L'amica trabasciata, ricca, libera.

Al entrar en casa de la señora Joseph, Josselin iba triunfante, con una alegría malsana.

No dudó un momento de que fuese la duquesa la que había puesto el telegrama. Solamente ella podía hacerlo. Casi era compatriota suya, y cuando anima á los italianos el ardor de sentimientos de odio ó de amor, no andan con escrúpulos para escoger el medio de poner en práctica aquello que proporciona una satisfacción. Lo que nos parece infame, á ellos les parece lo más recto del mundo. La intriga es su elemento.

—¿Qué le sucede, señor Josselin?— le preguntó la portera:—¿acaso alguna buena noticia?

En efecto, la cara del cajero se había iluminado; disfrutaba con la desgracia de Germana.

Los términos del telegrama eran bien claros.

Había sido abandonada, dejada—*trabasciata*.—Se habían cansado de ella. La habían agradecido lo que había hecho y le habían ofrecido una indemnización—*ricca*.—Se había dejado coger en la red que la habían tendido, pero el telón había caído en el último acto de la comedia, en el del abandono—*¡Finita la commedia!*

Josselin estaba encantado; ¡otro le proporcionaba la venganza! ¡Era cosa tan dulce para los de su tierra!—¡rabiosos, violentos, rencorosos!

¡Cómo la vejaría ahora con sus palabras de doble sentido, comprensibles para ella solo! ¡Cómo la haría sangrar con sus alfilerazos! ¡Ah!, Germana le había devuelto sus cartas sin leerlas. ¡Le había anonadado con su indiferencia! ¡Ahora él tenía la revancha; le había llegado la vez!

—¿Le sucede á usted algo bueno?— añadió la portera.—¿Alguna herencia, sin duda?

Sus labios se plegaban con ironía, y sus ojos centelleaban.

¡Una herencia! Pudiera ser. La palabra del telegrama—*libera*—no significaba otra cosa. Germana estaba libre; sería del primero que llegase; estaba vacante, como una casa sin inquilino.

—No, señora Joseph— contestó.—Es porque le sucede una cosa mala á otra persona.

—Y esa noticia ¿le causa á usted alegría?

—Una alegría enorme.

—¡Creea que era usted bueno!

—No. Me he vuelto malo. Esa desgracia le su-

daba una estocada al marqués de Fresnois, que le obligó á guardar cama seis ó siete semanas, por haber hablado con ligereza respecto de la duquesa.

El honor de Rochebonne estaba á salvo, y brillaba con nuevo lustre.

¡Así va el mundo!



XXVII

ABANDONADA

JOSSELIN tenía en la mano un telegrama misterioso, como la carta que había recibido varias semanas antes.

Este telegrama, expedido en Eu, contenía las siguientes palabras:

Finita la commedia.

L'amica trabasciata, ricca, libera.

Al entrar en casa de la señora Joseph, Josselin iba triunfante, con una alegría malsana.

No dudó un momento de que fuese la duquesa la que había puesto el telegrama. Solamente ella podía hacerlo. Casi era compatriota suya, y cuando anima á los italianos el ardor de sentimientos de odio ó de amor, no andan con escrúpulos para escoger el medio de poner en práctica aquello que proporciona una satisfacción. Lo que nos parece infame, á ellos les parece lo más recto del mundo. La intriga es su elemento.

—¿Qué le sucede, señor Josselin?— le preguntó la portera:—¿acaso alguna buena noticia?

En efecto, la cara del cajero se había iluminado; disfrutaba con la desgracia de Germana.

Los términos del telegrama eran bien claros.

Había sido abandonada, dejada—*trabasciata*.—Se habían cansado de ella. La habían agradecido lo que había hecho y le habían ofrecido una indemnización—*ricca*.—Se había dejado coger en la red que la habían tendido, pero el telón había caído en el último acto de la comedia, en el del abandono—*¡Finita la commedia!*

Josselin estaba encantado; ¡otro le proporcionaba la venganza! ¡Era cosa tan dulce para los de su tierra!—¡rabiosos, violentos, rencorosos!

¡Cómo la vejaría ahora con sus palabras de doble sentido, comprensibles para ella solo! ¡Cómo la haría sangrar con sus alfilerazos! ¡Ah!, Germana le había devuelto sus cartas sin leerlas. ¡Le había anonadado con su indiferencia! ¡Ahora él tenía la revancha; le había llegado la vez!

—¿Le sucede á usted algo bueno?— añadió la portera.—¿Alguna herencia, sin duda?

Sus labios se plegaban con ironía, y sus ojos centelleaban.

¡Una herencia! Pudiera ser. La palabra del telegrama—*libera*—no significaba otra cosa. Germana estaba libre; sería del primero que llegase; estaba vacante, como una casa sin inquilino.

—No, señora Joseph— contestó.—Es porque le sucede una cosa mala á otra persona.

—Y esa noticia ¿le causa á usted alegría?

—Una alegría enorme.

—¡Creea que era usted bueno!

—No. Me he vuelto malo. Esa desgracia le su-

cede á una mujer que he querido demasiado. Me ha hecho sufrir mucho. Ahora sufre ella. Me ha despreciado, y á su vez la desprecian.

La señora Joseph había amasado una buena dosis de filosofía en su larga vida.

Y moviendo la cabeza, le dijo:

—¿Ha querido usted mucho á esa muchacha?

—Sí.

—¿Y se regocija de lo malo que la sucede?

—Sí.

—¿Sabe usted lo que prueba eso? Que la quiere usted tanto ahora ó más que antes.

Josselin se estremeció. La portera había puesto el dedo en la llaga.

—Puede ser—murmuró el cajero.

—Tiene usted que decirselo. ¿Quién sabe? ¡Acaso le quiera!

—¿Casarme con ella después de lo que ha sucedido?

—¿Por qué no?

—¡Habiendo sido de otro!

La señora Joseph abrió exageradamente los ojos y se aseguró las gafas sobre las narices para examinar con atención á su inquilino. Visiblemente, el argumento del cajero no la emocionó. ¿No se había casado ella con el señor Joseph, el portero de casa de Rochebonne, un hombre muy de bien? ¿No había sido feliz? ¡Y, sin embargo, si hubiese escudrinado su pasado! Pero, en fin, no dudó más. Imitó á los marinos que tienen el viento de frente y, bordeando la cuestión, dijo:

—Ese otro es el duque, si no recuerdo mal.

—Bien lo sabe usted. Ese aborto de negro ¿se lo ha dicho?

—¿Se pierde uno por un mal paso? ¿Sabe us-

ted, señor Josselin, que debe tener buenas alhajas, y quizá rentas también?

La portera coincidía con los términos del telegrama—*ricca*.

—Si es rica, es una razón para no casarse con ella—dijo Josselin.—¡Dar su nombre á una muchacha enriquecida por su amante! Éramos pobres allí, en Servoz, en la montaña; se vivía del contrabando, pero no habría un picapedrero que comiese de ese pan.

—Sea; pero todavía queda un medio, ya que es usted tan puritano.

—¿Cuál?

—Hacer como el señor duque.—No casarse. ¿Comprende usted?

—Es un medio, en efecto. El telegrama lo insinúa también—*libera*.

—Piénselo—dijo la señora Joseph.—Las mujeres son volubles. Hoy de este lado, mañana del otro; hay que aprovecharse cuando sopla el viento favorable, y no desesperarse cuando es contrario. ¿Es una gran desgracia que un hombre galante, rico y generoso haya hecho durante un poco de tiempo la corte á esa chiquita? Cuando la vuelva usted á ver dulce, complaciente, linda, ni se acordará ya de lo que antes le ponía fuera de sí.

Á la misma hora, un señor de cierta edad, de aspecto grave, vestido de negro, con corbata blanca, esperaba en la portería de la calle de la Sourdière á que volviese Germaina.

Cuando entró y cogió la llave y una carta que había llegado por la mañana, la conoció en seguida, aunque no la había visto nunca.

El personaje era el señor Perrin, doctor en De-

recho, domiciliado en la calle de Jacob, el intendente de la familia de Rochebonne.

—¿La señorita Beranger?—dijo al verla.

—Yo soy.

—¿Quiere usted concederme algunos momentos? Tengo que hablarla de asuntos muy importantes.

El corazón de la muchacha se oprimió.

Esos negocios importantes, ¿qué podían ser?

—Con mucho gusto—dijo.—Haga el favor de pasar.

El señor Perrin, que es un hombre de talento, digno y serio, como debe de ser un juriscónsulto en el ejercicio de sus funciones, siguió á Germana, no sin haberla analizado con un golpe de vista rápido que le produjo cierta satisfacción, pues dejó escapar de entre sus labios una exclamación de elogio:

—¡Caramba!

La muchacha encendió la lámpara, colgó su sombrero en una de las guardamalletas de las cortinas é indicó un asiento á aquel visitante, cuya presencia le intrigaba, y se sentó enfrente de él, del otro lado de la mesa.

—Le escucho, caballero.

El hombre de leyes se sintió ligeramente embarazado; su excitación se revelaba por un castañeteo de lengua que le era familiar en los casos difíciles.

—Señorita—empezó,—tengo que cumplir cerca de usted una misión delicada. Soy el apoderado del señor duque de Rochebonne. De padres á hijos, desde hace más de un siglo, venimos administrando los bienes de esta familia.

Hizo aquí una pausa intencionada.

—¿Me permite usted una observación?—la dijo.—Esa carta que tiene usted en la mano es del duque. Léala, se lo suplico. Se relacionará, sin duda ninguna, con el asunto que me trae.

Germana no podía pedir cosa mejor.

Aquella carta, llegada al mismo tiempo que aquel mensajero solemne, le quemaba las manos.

Al leerla, palideció.

El duque, protestando de su inalterable afecto, la declaraba que iba á estar ausente mucho tiempo; que no quería ser una traba para su porvenir, con un amor sin objeto; que había reconocido en ella tales sentimientos de honor, que desesperaba de decidirla á que sacrificase por él una parte de la estimación del mundo, y que creía que sería un crimen turbar una vida que ella quería que fuese sencilla, honrada y modesta.

La carta no era una despedida banal.

Estaba llena de un cariño emocionante. En ella demostraba un pesar sincero por no poder conservar á la muchacha como su amada, puesto que el destino quería que no pudiera ser su mujer. La daba seguridades sobre su eterna amistad.

Será usted—la decía al terminar—el más encantador, el más delicioso y el más puro recuerdo de mi vida.

—Esto ha concluido—dijo ella.—Al menos estoy agradecida al señor duque de Rochebonne por su delicadeza. Le dará usted las gracias por mí.

Pronunció estas palabras con tan sencilla y noble dignidad, que el doctor en leyes se sintió ligeramente emocionado.

Tosió antes de volver á tomar la palabra. Varias veces había sido encargado de llevar á las antiguas amigas de su cliente sumas destinadas á atenuar el sentimiento de una separación definitiva, pero no tenían ningún parecido con Germana.

La joven le imponía.

En fin, se decidió.

—Señorita— dijo,— el señor duque tiene por usted un vivo interés. Como usted sabe, sin duda ninguna, posee una gran fortuna, y todos los años economiza de sus rentas, á pesar de sostener una casa tan fuerte, sumas considerables. La digo esto para quitarle toda clase de escrúpulos y que pueda aceptar lo que me ha encargado que la ofreciera. Quiere, y en eso no verá usted más que la prueba de un afecto que me explico perfectamente, que esté usted al abrigo de los acontecimientos que pueden sobrevenirle. Podría usted caer enferma, le pueden ocurrir apuros. Nadie está libre de una desgracia. Me ha encargado que la entregue una cantidad suficiente para asegurarla su independencia. He pensado que una renta de seis mil francos, en valores del Estado al tres por ciento, respondería á sus intenciones. Aquí se la traigo. Tome usted los títulos.

Germana se sonrió con tristeza.

Examinó las láminas tan conocidas de los acreedores del Tesoro y se las devolvió al señor Perrin.

—Dará usted las gracias de mi parte al duque de Rochebonne.

—Acepta, ¿verdad?

—No acepto. Esa suma enturbiaría el recuerdo de ciertos días que acaban de pasar...

—Pero, señorita...

—No insista usted. Esperaba esta generosidad del señor de Rochebonne. No me ofende. Me demuestra su amistad. Si alguna vez la necesidad me obligase, le escribiría. Creo que siempre podré bastarme á mí misma. Mi cariño por él ha sido exento de todo cálculo. Le estaré á usted muy agradecida si le devuelve también estos brillantes, que no puedo ni llevar ni conservar. Me quedo con este ópalo que me ha regalado. Debía de traernos mala sombra. Mírelo. Era magnífico; se ha apagado, se ha muerto. El amor ha concluído, como él.

Se levantó.

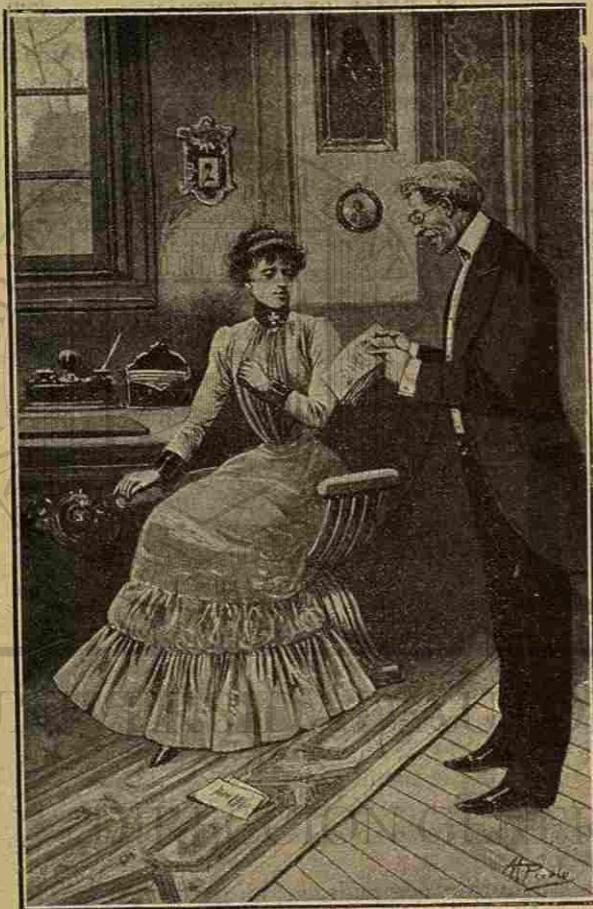
—Adiós, señor— dijo.— Es una historia muy sencilla la mía. Se parece á muchas otras. Me aburría;— ¡es tan triste estar sola!— El señor Rochebonne pasó entonces por mi lado y le escuché. He sido débil. Procuraré no serlo más. Eso es todo. Ruéguele que piense en mí alguna vez como en una buena muchacha. No le pido nada más.

El señor Perrin, doctor en leyes, dejó su tarjeta encima de la mesa.

Era hombre de imaginación penetrante. No hay en París dos hombres de negocios que sepan apreciar como él, al primer golpe de vista, todas las fases de un asunto.

Comprendió que la resolución de Germana era irrevocable. Cerró su cartera y se la puso debajo del brazo.

—Señorita, compadezco, en general, á la mujer más que la admiro. Pero jamás seré yo el que tire la primera piedra. La vida nos enseña á ser indulgentes. Permitame que la diga que guardaré de esta entrevista un recuerdo inestimable por



...le devuelve también estos brillantes, que no puedo ni llevar ni conservar.

su carácter y que veré con envidia al hombre honrado que ponga su mano entre las de usted.

Y cuando salió, á pesar de la sequedad característica de los hombres de ley, vertió una lágrima.

XXVIII

UN RAYO DE LUZ

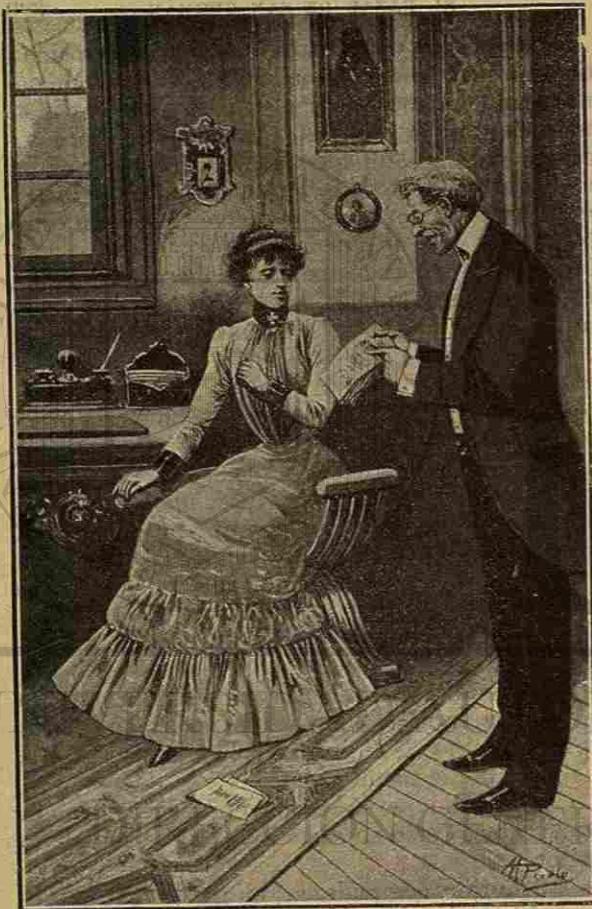
PASARON unos días en completa calma. Fué como un rayo de sol entre dos tormentas. A Germana le acometían á veces palpitaciones de corazón pensando en la primavera pasada y en sus flores marchitas; pero se había entregado á su vida de siempre.

Por la mañana llegaba fresca y risueña; tan elegante como sencilla, y más amable é indulgente para los demás, como si se quisiera hacer perdonar su falta.

El duque no la había escrito. Tampoco oía hablar de él. Repetidas veces había pasado por delante de su hotel, cuyas ventanas estaban cerradas, indicando que los amos se hallaban ausentes.

Un día leyó en un periódico de la mañana que el duque se marchaba con la duquesa de Rochebonne á Milán, donde pensaban dar en el palacio de Trani grandes fiestas para celebrar el casamiento de Marietta con el príncipe Nicolás Pradine.

Esta noticia le produjo gran bienestar. Temía verle volver, aunque se sentía bastante fuerte para rechazarle. Pero ¿no había tenido ya una vez



...le devuelve también estos brillantes, que no puedo ni llevar ni conservar.

su carácter y que veré con envidia al hombre honrado que ponga su mano entre las de usted.

Y cuando salió, á pesar de la sequedad característica de los hombres de ley, vertió una lágrima.

XXVIII

UN RAYO DE LUZ

PASARON unos días en completa calma. Fué como un rayo de sol entre dos tormentas. A Germana le acometían á veces palpitaciones de corazón pensando en la primavera pasada y en sus flores marchitas; pero se había entregado á su vida de siempre.

Por la mañana llegaba fresca y risueña; tan elegante como sencilla, y más amable é indulgente para los demás, como si se quisiera hacer perdonar su falta.

El duque no la había escrito. Tampoco oía hablar de él. Repetidas veces había pasado por delante de su hotel, cuyas ventanas estaban cerradas, indicando que los amos se hallaban ausentes.

Un día leyó en un periódico de la mañana que el duque se marchaba con la duquesa de Rochebonne á Milán, donde pensaban dar en el palacio de Trani grandes fiestas para celebrar el casamiento de Marietta con el príncipe Nicolás Pradine.

Esta noticia le produjo gran bienestar. Temía verle volver, aunque se sentía bastante fuerte para rechazarle. Pero ¿no había tenido ya una vez

esa confianza temeraria? Los acontecimientos se encargaron de demostrarle su debilidad.

Volvió á estar serena como antes.

El señor Bouret seguía dirigiéndole cumplidos.

El señor Labievre no la abordaba sin decirle alguna frase melosa como un epitalamio.

—Señorita Germana, la alegría ha florecido en sus labios de rosa.

Ó bien:

—¿El sol ha disipado los nubarrones?

El señor Perrolet se envalentonaba. Estaba decidido á tomar una resolución.

Dentro de algunos días quemaría sus naves. Se encontraba muy valiente.

Sólo Josselin preocupaba á Germana.

El cajero, aunque parecía absorto en sus funciones, no perdía una ocasión de lanzarle un sarcasmo siempre que pasaba por su lado.

La repetía una á una las palabras del telegrama, hiriéndole con ellas en mitad del corazón.

En vano trataba de parecer indiferente ó hacía que no le oía.

Jamás le contestaba ni levantaba los ojos hacia él. Hubiera querido tratarle como á un extraño y obrar como si no existiera. En el fondo le tenía más lástima que cólera. Se decía que si el saboyano había envejecido, era por culpa suya; había sido ligera, y el odio que la demostraba con esas injurias no era quizá más que un exceso de amor.

Tenía razón.

Pero aquel amor salvaje era además un deseo exasperado por la continua presencia de muchacha tan esbelta y graciosa, y tan á propósito para inspirar una pasión indomable.

En vano evitaba todas las ocasiones de contacto con él.

El servicio los reunía constantemente. Estaba obligada á conducir los clientes á su Caja, y no se atrevía á pedirle al señor Perrolet, que se hubiera apresurado á complacerla, que cambiara de puesto á Josselin, á quien hubieran podido colocar en el otro extremo del bazar.

Temía perjudicar al desgraciado que tanto sufría por ella, y también temía que Josselin provocase una escena escandalosa; y, al fin y al cabo, era dueño de un secreto que no quería que descubriese.

Varias veces el cajero la había pedido un momento de conversación; pero había hecho que no le comprendía, y para no encontrársele, cuando salía de la tienda al mismo tiempo que él, tomaba un coche ó se marchaba á su casa por sitios no acostumbrados.

Esperaba que el tiempo calmaría esta fiebre, y que su indiferencia, más aparente que real, vencería á su perseguidor de la inutilidad de sus amenazas y de sus súplicas.

Hacia el mes de Octubre, Josselin, durante algunos días, suspendió sus hostilidades y estaba más tranquilo. Sus palabras eran menos amargas.

Es que había tomado una resolución definitiva.

Un día que no fué al Bazar de San Germán, con pretexto de una indisposición, la esperó en la puerta de su casa.

Era la víspera de una fiesta que daba el señor Bouret al comercio de París, un concierto y luego baile.

Esos días los almacenes se transforman como por encanto en salas de espectáculo, y se podía

asegurar que habría pocos soberanos que pudiesen recibir en salones tan hermosos á sus invitados.

El señor Bouret había enviado las tarjetas de invitación señalando la fiesta para el 20 de Octubre.

Josselin aparecía sombrío y abatido.

—¿Quiere usted concederme un momento de atención? Este momento decidirá de mi vida.

—Vaya usted á casa; yo también deseo hablarle. Su situación y la mía son intolerables.

Le condujo á su cuarto; pero antes advirtió á la portera que estuviera con cuidado por si llamaba.

—Es un pobre muchacho que está loco. Desea hablarme y no puedo negarme.

Quería sobre todo que la señora Pellerin no supiera que era una mujer capaz de recibir á otro hombre inmediatamente después de Rochebonne.

En el cuarto de Germana, donde Josselin entraba por primera vez, se apoderó de él un temblor convulsivo. Le sacudía la emoción, como á una hoja una tormenta. Le brillaban los ojos con un resplandor febril y le castañeteaban los dientes.

Germana, muy asustada, le preguntó con dulzura:

—¿Qué tiene, Andrés?

—Nada. Pasará en seguida. ¿Quiere usted darme un vaso de agua?

Se lo bebió de un golpe.

—Estoy ardiendo...—dijo llevándose la mano al pecho.

Entonces empezó su historia, es decir, sus quejas.

—Si quiere usted saber cuánto he sufrido desde hace dos meses, míreme, Germana.

Tenía el rostro completamente cambiado.

—No tengo más que veintiocho años, y represento cincuenta.

Le explicó todo lo que había hecho.

—La he seguido, he ido pisando sus talones. La he visto con Rochebonne. He sabido día por día todo lo que hacía usted. Había previsto lo que ha sucedido. Otra persona me advertía, una mujer sin duda que la aborrece á usted, como yo aborrezco al duque, ese bandido que se apoderó de usted para abandonarla, para reirse de usted después. En efecto, la ha dejado. En el primer momento me alegré de su desgracia, tuve alegrías locas al saber que debía usted sufrir tanto como yo. Hice mal. No hay que desear el mal de nadie. La muerte es menos cruel. Escúcheme, Germana: lo que tengo que decirle es una bajeza, lo sé. Pero me es imposible vivir sin usted. Devuélvame su amistad, borremos el pasado, ¿quiere?

—Es demasiado tarde—dijo ella.—He cometido una falta, no lo niego, pero no me la perdonará usted nunca. La vida entre los dos sería un infierno. Sea justo y comprendalo.

—No. Sólo exijo una cosa. Devuélvame todo lo que la ha dado.

—Ya ve usted que me desprecia demasiado para que sea su mujer, puesto que me cree capaz de aceptar dinero de ese hombre.

Entonces él la enseñó el telegrama de la duquesa:

¡Tralasciata, libera, ricca!

Sonrió amargamente.

—Italiana también—dijo ella con desprecio.—

Una carta anónima, y cree usted en ella. ¡Siempre la venganza odiosa! No la conozco; no somos del mismo país. Decididamente veo, Andrés, que no hemos nacido el uno para el otro. Créame, olvidemos estas locuras. Sea usted libre. Respecto á mí, puesto que ese enemigo desconocido me concede esa gracia—*libera*,—quiero conservar la ventaja. No me casaré nunca, y nadie tendrá el derecho de pedirme cuentas del pasado ni del presente.

Al decir esto le miró.

Seguía sentado, con los dedos crispados en la butaca. Vió ella la cólera que le dominaba, pero siguió impassible.

—Compréndame, Andrés. Yo no soy la causa de esa pasión que cree usted tener por mí. Si otras veces, al ver que era usted feliz con una palabra ó con un encuentro, no se los negaba, era que me conmovía el honor que me hacía al ofrecermé un apellido, á mí, que carezco de él. No he tenido valor para encadenarme. Estaba en mi derecho; usted me ha vigilado como si fuera su mujer, su amante ó su hermana. Se lo perdono, puesto que es una prueba de amor, según usted. Ha sorprendido usted un secreto, es usted un caballero, puesto que nada ha dicho. Sólo me he perjudicado á mí misma y no me casaré con nadie, sin confesar mi falta. Pero no me casaré. Busque otra mujer. Habrá muchas que estarán orgullosas de pertenecerle. Yo he tomado esta resolución; no seré de nadie.

—No. Las otras mujeres me inspiran horror; ¡jes á ti á quien quiero!

Dió algunos pasos por la habitación y volvió hacia Germana.

—Dices que hay que concluir y tienes razón. Tu secreto me pertenece. Sé dónde has ido con el duque de Rochebonne, á Neuilly; sé cuándo ha venido aquí, cuanto tiempo ha permanecido en esta casa. Has sido su amada durante tres meses. Sé la mía durante ese tiempo y me callaré. No diré nada. Si me muero luego, habré disfrutado de la única felicidad que envidio. Después de ese tiempo eres libre.

—Eso que está usted diciendo es odioso.

—¡Crees que no lo sé! Soy vil, despreciable, sin corazón, sin alma; pero está dicho; este amor me hace capaz de todas las bajezas. ¿Quieres saberlo todo? He estado á punto de matarte más de diez veces en la tienda, delante del señor Perrolet, de ése que se oponía á nuestro casamiento. Estoy seguro. ¿Crees que se cambia en pocas semanas de fisonomía y de carácter, de sentimientos y de todo, sin que haya en nosotros un combate desesperado? Es amor, pero es nuestro enemigo. Has sido el mal, sé el remedio. Si no lo haces por bondad, hazlo por lástima; si no es por lástima, cede por temor. Antes me querías. Así me lo has dicho. ¿Por qué me engañabas? Por último, los razonamientos no sirven de nada. Hace tres meses que razono, y ya me parece que basta. Hoy, aunque esto sea una locura, una cobardía, una infamia, poco me importa, serás mía ó...

Se detuvo; no se atrevió á seguir. Su pensamiento le aterraba. Daba espanto verle. Sus facciones estaban contraídas, como si tuviera un acceso de locura. Pero Germana era valiente. Hubiera cedido por piedad; mas su orgullo se indignaba ante aquella amenaza.

—¡Acaba!— le dijo mirándole de frente.

—O no amarás á nadie— dijo él con un rugido salvaje.

—Mátame— gritó exasperada:— tienes el valor de amenazar á una mujer porque tiene la desgracia de no amarte. ¡Como si esto fuera un crimen! ¿Es que no soy libre para entregarme á quien me parezca y ser una mujer cualquiera si se me antoja? ¿Te importa á ti algo? Sí, le amaba á él porque era cortés, fino, galante; porque no tenía insolencias en la boca, porque no hablaba de venderme, no me insultaba; porque no me espionaba, porque no me amenazaba con darme de puñaladas, como los salvajes de tus montañas. ¡No, puesto que quieres saberlo, no seré tu mujer! ¡No seré tuya, ni como mujer ni como amante! Y si quieres saber por qué dejé de quererte, cuando estaba inclinada á ello, te lo diré; fué porque tuve miedo cuando se despertaron tus celos. Ahora puedes hacer lo que gustes. Hemos hablado bastante. Tengo que dormir esta noche; pues, pienses lo que quieras, tengo que ganarme la vida mañana, como ayer. El duque de Rochebonne me ha ofrecido una cantidad cuando se separó de mí, y no cuando vino á hablarme de amor. He tenido la dignidad de no aceptar. Me entregué á él porque me gustaba, ¿lo oyes? Y ahora, adiós, señor Josselin, y acuérdate de estas palabras: ¡No le conozco!

Estaba pálida por la cólera y por su orgullo herido. Josselin tuvo un remordimiento; la suplicó que olvidase. Se puso humilde, tierno; se puso de rodillas.

No le escuchaba, era inflexible.

Á las once y media se disponía á marcharse.



...se puso de rodillas. No le escuchaba,
era inflexible,

—¿Es ésa su última palabra, Germana?

—Sí.

—¡Tenga usted cuidado! ¡Me vuelve loco!

Ella alzó los hombros con desdén.

—Que sea lo que Dios quiera.

Josselin se marchó desesperado.

Al día siguiente volvió á ocupar su sitio en la caja; pero estaba tan pálido, tan lívido como un calenturiento; tanto, que el señor Perrolet, aunque no le quería mucho, se acercó á él.

—Si está usted enfermo—le dijo con amabilidad,—es preciso que se acueste; haré que le remplacen.

Rehusó. Era un malestar que se iría como había venido.

Durante todo el día trató de llamar la atención de Germana, pero no lo consiguió.

El bazar se cerró dos horas antes que de costumbre, para hacer los preparativos de la fiesta.

Á las diez se abrieron las puertas para los convidados del señor Bouret.

XXIX

UNA FIESTA EN UNA TIENDA

Las fachadas del bazar de San Germán resplandecían de luces. Era como una irradiación de meteoros en las calles vecinas.

Los bajos relieves de las paredes, los dorados de los pórticos, las cariatides grandiosas de la entrada principal, estaban inundadas de claridad. Guir-

naldas de fuego corrían sobre las cornisas del monumental edificio; las lámparas de mil mecheros de gas despedían reflejos de incendio por todos los costados de este palacio del comercio.

En el interior, las sederías, los lienzos, las diversas mercancías, los muebles, las cajas, habían desaparecido.

¿En dónde habían metido todos aquellos millones de objetos y cómo los habían transportado? No se podía adivinar. No quedaba nada. Parecía que un hada los había hecho desaparecer con su varita mágica.

Muchas veces nos admiramos del trabajo de esas bestiecillas que siempre se ofrecen como modelo de actividad y que se llaman hormigas.

Levantán montañas, cavan subterráneos, dibujan caminos y amontonan en sus graneros ó en sus cuevas provisiones enormes.

Es el número concertado por la unión lo que produce este milagro.

El almacén estaba convertido á la vez en sala de espectáculo ó de baile, sala de concierto y salón, pero ¡qué salón!, inmenso, monumental.

En las galerías que formaban las escaleras al reunirse en los rellanos, veíanse grandes tapices, como en otros tiempos los terciopelos y los tisúes en los balcones de los palacios de Milán y de Florencia.

En los *panneaux* se veían jarrones raros y decorativos y cuadros de celebrados maestros, procedentes de la galería del señor Bouret.

Uno de los salones, el de la biblioteca, había sido convertido en *buffet*.

Era extraordinario el cúmulo de manjares y de botellas. Los cocineros del dueño habían echado

—¿Es ésa su última palabra, Germana?

—Sí.

—¡Tenga usted cuidado! ¡Me vuelve loco!

Ella alzó los hombros con desdén.

—Que sea lo que Dios quiera.

Josselin se marchó desesperado.

Al día siguiente volvió á ocupar su sitio en la caja; pero estaba tan pálido, tan lívido como un calenturiento; tanto, que el señor Perrolet, aunque no le quería mucho, se acercó á él.

—Si está usted enfermo—le dijo con amabilidad,—es preciso que se acueste; haré que le remplacen.

Rehusó. Era un malestar que se iría como había venido.

Durante todo el día trató de llamar la atención de Germana, pero no lo consiguió.

El bazar se cerró dos horas antes que de costumbre, para hacer los preparativos de la fiesta.

Á las diez se abrieron las puertas para los convidados del señor Bouret.

XXIX

UNA FIESTA EN UNA TIENDA

Las fachadas del bazar de San Germán resplandecían de luces. Era como una irradiación de meteoros en las calles vecinas.

Los bajos relieves de las paredes, los dorados de los pórticos, las cariatides grandiosas de la entrada principal, estaban inundadas de claridad. Guir-

naldas de fuego corrían sobre las cornisas del monumental edificio; las lámparas de mil mecheros de gas despedían reflejos de incendio por todos los costados de este palacio del comercio.

En el interior, las sederías, los lienzos, las diversas mercancías, los muebles, las cajas, habían desaparecido.

¿En dónde habían metido todos aquellos millones de objetos y cómo los habían transportado? No se podía adivinar. No quedaba nada. Parecía que un hada los había hecho desaparecer con su varita mágica.

Muchas veces nos admiramos del trabajo de esas bestiecillas que siempre se ofrecen como modelo de actividad y que se llaman hormigas.

Levantán montañas, cavan subterráneos, dibujan caminos y amontonan en sus graneros ó en sus cuevas provisiones enormes.

Es el número concertado por la unión lo que produce este milagro.

El almacén estaba convertido á la vez en sala de espectáculo ó de baile, sala de concierto y salón, pero ¡qué salón!, inmenso, monumental.

En las galerías que formaban las escaleras al reunirse en los rellanos, veíanse grandes tapices, como en otros tiempos los terciopelos y los tisúes en los balcones de los palacios de Milán y de Florencia.

En los *panneaux* se veían jarrones raros y decorativos y cuadros de celebrados maestros, procedentes de la galería del señor Bouret.

Uno de los salones, el de la biblioteca, había sido convertido en *buffet*.

Era extraordinario el cúmulo de manjares y de botellas. Los cocineros del dueño habían echado

el resto de su ciencia. El gusto y la esplendidez se habían unido, ayudándose para obsequiar á los invitados.

La orquesta de la casa, colocada en el *hall* del centro, bajo la colosal araña en la que el oro del gas se fundía con la plata pálida de la luz eléctrica, dió comienzo al concierto con la óvertura de *Semíramis*.

Los invitados ocupaban el mejor sitio. Los empleados, hasta el fin del concierto, estaban relegados en las galerías superiores, desde donde se disfrutaba de un golpe de vista encantador.

El Bazar de San Germán es tan espacioso, que los diez mil invitados del señor Bouret podían circular por grupos, apoyarse en las balaustradas y sentarse sobre banquetas de terciopelo.

Allí estaba el alto y el mediano comercio de París; todo lo que tenía alguna relación con los bazares en donde se venden esos millares de objetos relacionados con la *toilette* de la mujer. Los fabricantes de perfumería, de pasamanería, de sedas, de paños, de telas, se encontraban en gran cantidad. Era una barahunda de gente, menos compacta, sin embargo, que la de los grandes días de venta; las señoras iban vestidas de baile y los hombres de frac, formando un conjunto abigarrado, variado, aquella diversidad de trajes de todos colores, de hombros descubiertos, de gargantas al aire, en donde los brillantes relumbraban como multitudes de estrellas.

Al comercio le gustan los brillantes sólidos, y las perlas son tan hermosas sobre la piel de una burguesa como sobre la de una reina, cuando la burguesa es fresca y bonita, lo que es muy frecuente entre el mundo parisién.

En un rincón, en el tercer piso, Josselin, con traje negro y corbata blanca, estaba apoyado, inmóvil, buscando una sola cabeza entre aquella muchedumbre, indiferente en apariencia á lo que pasaba en rededor suyo.

—Mira—dijo Cipriana bastante alto para que la oyesen,—Josselin está esperando á *Capricho*. Ni siquiera se volvió.

Muchas de aquellas señoritas lucían hermosos trajes.

La señorita de almacén ó de bazar es muy elegante cuando ella quiere. No hay que juzgar sus gustos por los trajes sencillos y casi uniformes que llevan para el trabajo. Los días de salida ya no parecen las mismas.

La crisálida se vuelve mariposa.

Esa noche había una infinidad de crisálidas transfiguradas en los pisos superiores. Las había morenas, rubias y rojizas. Las había delgadas, distinguidas, bien formadas. Las había escualidas y rechonchas, pero no estaba Germana.

Germana dudaba si ir ó no; Germana, á pesar de su bravura, tenía miedo. La excitación del cajero le asustaba. Las amenazas del saboyano zumbaban en sus oídos. No lo creía; pero ¿y si le daba la locura? Los periódicos estaban llenos de dramas por celos, en donde el vitriolo, ¡el espantoso vitriolo!, el puñal y el revólver tenían un papel muy importante.

El señor Labievre había estado rondando todo el día en rededor de aquellas señoritas.

Al pasar por la sección del calzado, había dicho á la gorda Pulcheria:

—¡Eh, señorita! ¡Esta noche va usted á mostrarse en todo su esplendor!

Al oído de Cipriana había dicho:

— ¡Se va á poder bailar con su Sosthene!

Á Germana la había recomendado mucho que se pudiese guapa para deslumbrar á los burgueses que acudiesen á la fiesta.

— ¡Queremos lucir nuestras maravillas!

Nada hay que adorne un salón en un día de fiesta como una muchacha hermosa.

Habría que estar en su puesto para sostener firme y muy alto el pabellón de la casa Bouret.

¿Y á quién confiárselo sino á la señorita Germana, la más guapa entre las guapas?

Á la pobre muchacha la temblaban todos sus miembros solamente al pensarlo, oyendo al señor Labievre.

Ella no había prometido nada al inspector, pero el señor Perrolet se había mezclado en el asunto y había insistido, en unión del señor Bouret.

El señor Perrolet le suplicaba con la mirada. Quería verla en todo el esplendor de su belleza, como el señor Labievre. Y acaso, en medio de la animación del baile, encontraría la energía suficiente para hacerla su declaración.

Tanto había insistido, repitiéndola veinte veces: «¿Vendrá usted, hija mía?», que ella había concluido por contestar, con una palpitación en el corazón:

— Sí, señor Perrolet.

El concierto concluía sin que se la viese aparecer. La estrella no se alzaba en el horizonte.

Josselin estaba inquieto.

En aquel hormiguero no veía más que tinieblas. La que para él era la única luz, el solo astro que podía disiparlas, no se encontraba allí.

El señor Perrolet estaba también sobre ascuas.

Después de la orquesta, los solistas interpretaron diferentes trozos musicales, que fueron muy aplaudidos.

El señor Bouret, cuando se le metía en la cabeza dar un festival, quería que fuese completo. Había hecho bien las cosas y había invitado á los más notables de los violoncelistas de París, en donde, si hay pobres compositores, hay también *virtuosos* de verdadero genio musical.

Ravinel, el amable flautista; Marix, el maravilloso violinista, acababan de tocar las variaciones de un concierto, en el que habían demostrado sus cualidades exquisitas.

Una señorita de la ropa blanca, que se obstinaba, no se sabe por qué, en vender pañuelos y cuellos, cuando podría debutar en la *Ópera Comica*, acababa de cantar, con una hermosa voz de contralto, el aria del *Pré-aux-Cleres*.

Y Germana no parecía.

El señor Perrolet ya no podía más; tenía impaciencia hasta en las falanges de los dedos y le zumbaban los oídos.

Diez veces estuvo á punto de salir, meterse en un coche y correr á la calle de la Sourdrière para saber á qué causa obedecía la ausencia.

¡Una desgracia sucede tan pronto!

Por fuerza debía de sucederle algo á Germana. Ella, tan exacta de ordinario, se retrasaba de un modo que no se explicaba sino habiéndole ocurrido un accidente.

Podía ser también que estuviese detenida en el barullo de carruajes de las calles colindantes con el Bazar, pues todo el barrio se hallaba en movimiento con motivo de la fiesta solemne, ó

que á última hora se encontrase con que le faltaba algún objeto indispensable para su *toilette*.

El señor Perrolet se consumía.

Vió á su amigo Labievre, que se paseaba, radiante como un ministro, entre los grupos, dirigiendo sus felicitaciones á unos, recibiendo los cumplidos de otros por la buena organización de la fiesta, con la dignidad de un hombre que triunfa, pero que tiene la costumbre de ello.

—En casa del señor Bouret no hay nada imposible —decía él. —¡Qué es lo que no se haría para ser agradable á un hombre tan bueno! ¿Y qué es lo que no hace por su clientela y sus amigos?

Por nada, el excelente inspector hubiese repetido á todos los concurrentes el sistema de ventas de la casa. «El sistema es venderlo todo con poco beneficio...; y todo objeto que pueda no gustar...» etcétera, etc.

—¡Ah!, señores —repetía;— esto está muy bonito, ¿no es verdad? Pero si supiésemos que había quien lo hiciese mejor que nosotros, no podríamos dormir un solo momento.

Presidía el reparto de los refrescos, que hacía circular con gran prodigalidad en los intermedios de la música.

Los inspectores y los principales empleados se multiplicaban para agasajar á los invitados, recibiendo á los que llegaban tarde con una amabilidad para cada uno.

El señor Perrolet, al contrario, estaba completamente apartado de todo lo que pasaba.

Su intranquilidad y su inquietud eran visibles para todo el mundo. Ni siquiera trataba de disimularlas.

Nunca se le había descompuesto su fisonomía hasta el punto en que se le descompusiera aquella noche.

Á todos cuantos encontraba les pedía noticias de su adorada; así, que desde una punta á otra de la galería volaba una frase de boca en boca.

—¿Habéis visto á *Capricho*? ¡Se le ha perdido al señor Perrolet!

Y el eco repetía: ¡*Capricho!* ¡*Capricho!*

La gorda Pulcheria se reía como una loca.

El señor Perrolet, desesperado, se acercó al señor Labievre, que por casualidad se hallaba desocupado en aquel momento.

—¿No la ha visto usted? —le preguntó.

—¿Á quién, señor Perrolet?

—Á la señorita Germana.

—¡Pues es verdad! Ahora me hace usted pensar en ella. No, no la he visto.

—Sin embargo, ella me ha prometido venir.

—En efecto, señor Perrolet. Estará escondida en algún grupo. ¡Hay tanta gente esta noche aquí!

Esta reflexión le tranquilizó durante un momento.

Á esa hora había una concurrencia imponente.

Eran casi las doce.

El señor Perrolet continuó sus pesquisas.

Orfeo, después de la huida de Eurydice, no había pasado por trances más crueles que el señor Perrolet.

Á las doce en punto el concierto concluía; las últimas notas de *La Invitación al Vals*, ejecutada magistralmente por la orquesta, vibraban todavía en los ecos de la tienda, y Germana continuaba invisible.

Entonces hubo un gran movimiento en la concurrencia.

El baile iba á suceder al concierto. Cada uno tomaba sus disposiciones y se preparaba á sacar pareja.

Todas las señoritas de la lencería, de los vestidos, de las canastillas, de las modas y hasta de las botas, con sus mejores trajes, se precipitaban por las grandes escaleras, dándose golpecitos en sus faldas y mirándose en los espejos de los salones, para asegurarse de que sus cabellos, sus cuerpos y sus ramos de flores estaban impecables, y dirigirse esa mirada de muchacha bonita que se encuentra bien.

La rubia Pulcheria, la reina de las botas, apretada en su vestido de cachemir azul claro, el cuerpo muy atrevidamente escotado, radiante de alegría, ardiente de placer, buena muchacha en el fondo, pasaba al lado de Josselin, siempre clavado en su sitio.

Ella notó el aire lúgubre del cajero.

—¿No baila, señor Josselin?—le preguntó:

Él sacudió la cabeza.

—¿Es Germana la que le pone triste?

—No.

—Sea franco. Ella no le quiere, según dicen. ¿En dónde está el mal? Deje á esa coqueta. Una perdida, dos encontradas. Así hay que ser. ¿Verdad, Cipriana?

—¡Oh!—dijo Cipriana.—Yo, si Sosthene me engañase, no sé lo que haría.

—¿Te tirarías acaso al agua?

—¡Es posible! Pero no me engañarás, ¿verdad, Sosthene? Júralo.

—Yo lo juro—dijo el ardiente tendero de som-

brillas y bastones.—¡Antes me atravesaría el cuerpo con un paraguas!

—¡Son estúpidos todos estos jóvenes!—pensó la gorda Pulcheria bajando la escalera.—Si se matasen por tan poco, pronto se quedaba París sin nadie. No quedaría ni uno siquiera para enterrar á los otros.

Estaba en lo cierto la alegre muchacha.

El señor Perrolet, desesperado, se decidió á salir de la tienda, para ponerse á buscar á Germana.

La fiesta estaba en todo su apogeo.

En aquel momento, un coche se paró delante de él, y la segunda de las modas bajó.

El señor Perrolet lanzó un suspiro de satisfacción.

—¡Por fin!

Había esperado, pero podía estar orgulloso de su protegida.

Entre las mujeres que allí había, y algunas eran singularmente guapas, ninguna podía compararse con ella.

Germana estaba en la plenitud de la hermosura. Su traje era una obra de arte, de sencillez y buen gusto; todo blanco, pero de ese blanco crema que es una caricia para los ojos, discretamente escotado y cerrado, con un ramo de rosas pálidas.

El traje no era de mucho valor, pero las mujeres apreciaron este detalle que se sobrepone á todos los demás: estaba divinamente hecho.

El señor Perrolet no pudo contener una exclamación de admiración.

—¡Por poco no vengo!—dijo Germana excusándose.

Culpó á la modista que no la había llevado el traje hasta última hora, y ésa era la causa del retraso.

Mentía; pero ¿podía confesar la verdad sin exponerse á que échasen á Josselin, que le daba miedo?

¡Amenazar á Germana! ¡Un cajero que decía estar enamorado de ella! ¡Hablar de venganza y de muerte!

Entonces el patrón, aquel modelo de bondad y de misericordia, hubiese tenido su primer acceso de cólera. El cajero se hubiera encontrado con que, antes de darse cuenta, le habrían enviado á sus tierras saboyanas, en la garganta de Anterne y de Servoz ó Chamounix, á jugar al *tarrau* con los piemonteses, á la choza de su padre, el cazador furtivo, y todo hubiera concluído.

Germana estaba allí y no decía nada; pero había dudado mucho antes de ir.

Sin dar crédito á las amenazas del irascible enamorado, le acometieron ciertos presentimientos. Se había vestido muy despacio, y, mientras se ponía guapa, tenía como una vaga presunción de que era la última vez que se componía, y que lo estaba haciendo para la muerte.

Se reía de su miedo mientras se retorcía el pelo delante del espejo. Pero por mucho que se repetía:—Soy bastante estúpida para pensar en esos horrores,—sentía escalofríos.

Cuando estuvo ya vestida, puso en un dedo, por última coquetería, la sortija verdaderamente magnífica que su amante la había regalado, y que era lo único que había conservado de él.

Se entretenía en ver las luces que arrojaban los brillantes alrededor del ópalo muerto.

No se hubiera atrevido á llevarla con la mano desnuda.

Pero no se la verían debajo del guante. Y la conservó puesta.

Durante todo el camino fué preocupada.

Pero cuando entró en la casa, al verse en medio del tumulto de la fiesta, con el ruido de la orquesta y de la multitud, entre los grupos de las que bailaban y daban vueltas entusiasmadas con el célebre vals de Strauss *La vida del artista*, sintió que se disipaban sus temores como la visión de un sueño interrumpido.

La animación de los otros le contagió.

En un cerrar y abrir de ojos la separó del señor Perrolet una oleada de gente que se disputaba el atrayente vals.

Desde aquel momento no se dió cuenta de nada; en el torbellino de mazurkas, en los lanceiros, Germana lo olvidaba todo, Josselin como lo demás.

Apenas ella le entrevió en el balcón, donde estaba solo, inmóvil, como un ave de rapiña sobre una rama.

Concedió con una gracia encantadora al señor Perrolet, que era un bailarín del antiguo régimen, una modesta cuadrilla en la cual él desplegó una coreografía especial. Entonces fue cuando se atrevió, por primera vez, á apretarla la punta de los dedos y, dando suspiros, hacerla declaraciones de amor, cuya expresiva intención no pasaba de estas palabras:

—¡Ah! Señorita Germana, ¡si quisiera usted!...

—¿Qué, señor Perrolet?

—¡Sería usted la más dichosa de las mujeres!

—Si yo no soy desgraciada, señor Perrolet.

—Quiero decir la más adorada.

—¡Ah! Eso sí que es más raro— dijo ella sonriendo tristemente.

Sabía por experiencia que las adoraciones de los hombres no duran más que un poco y pasan.

A las tres y media, algunos convidados empezaron á desaparecer.

El *buffet* sufría un verdadero asalto.

Pero quedaban todavía rabiosos aficionados al baile: los jóvenes; la animación era todavía ensoberdecidora y la música se oía siempre.

La orquesta redoblaba su energía y transportaba de tal modo, que en los rincones más apartados, algunos bailarines, más atrevidos que otros, estrechaban suavemente á sus parejas.

La gruesa Pulcheria levantaba demasiado los pies para que los curiosos pudieran ver sus medias de seda azuladas, parecidas á su traje.

El champagne que los amigos de la sombrerera la habían hecho beber, comenzaba á producir su efecto.

La pequeña Cipriana, asida del brazo de su muy feliz Sosthene, se apoyaba en él, cansada ya por una serie de valsés galopantes.

—Vámonos— repetía ella con voz moribunda á cada instante.

Y se acercaba á su oído, murmurando con abandono:

—Sosthene, vámonos.

Él se resistía por la primera vez á las instancias de su adorada. Tenía unas ganas locas de emanciparse, pues empezaba á sentir el peso de una fidelidad demasiado prolongada.

Al fin Cipriana triunfó en estas fatales tentaciones, y desaparecieron.

Germana acababa de bailar una mazurka con un *gentleman* de la alta industria, que la era completamente desconocido, y la dejaba en el *buffet*, siempre presidido por el señor Labievre, cuando en el ángulo del gran salón, en el que los dorados resplandecían de luces, se encontró frente á frente con Josselin. Instintivamente retrocedió; pero tenía el aire tan triste, que no quiso huir.

Además, se tranquilizaba viendo los numerosos grupos que pasaban cerca de ellos con ese alocamiento de las gentes que corren tras de sus placeres y aprovechan los últimos momentos de una fiesta.

—¿No se va usted todavía, Germana?— la dijo él con dulzura.

—No. ¿Por qué esa pregunta?

—La hubiera ofrecido acompañarla.

Ella enderezó la cabeza con un gesto de susto.

—¡Oh! ¡Después de la escena de ayer! No lo piense usted.

—Sí, esperaba que me hubiese usted perdonado.

—¿Por qué?

—Porque la amo.

—Dejemos eso— dijo ella.— Deseo que se le pase su locura. El señor Perrolet debe acompañarme— añadió aturdidamente.

—¡Ah!— dijo.— ¡El señor Perrolet! ¡También él la ama!

—Yo no sé nada: no me lo ha dicho.

—¡Es el dueño, el señor Perrolet! Usted escuchará al señor Perrolet como al duque de Rochelbonne.

Él hablaba sin levantar la voz; despacio, pero con un acento amargo.

Germana trató de alejarse.

—Es usted siempre el mismo—dijo ella.— Tal vez no sea culpa suya. Yo no puedo amarle. Adiós.

—No, todavía un minuto, el último. ¿No tendrá usted compasión de mí?

—Se engaña usted, Andrés. Si yo no me compadeciese de usted, hubiera revelado su conducta con respecto á mí y sus amenazas, y ya no estaría usted en esta casa, ¿no es verdad?

—¡Sí! Pero no es de esa clase la compasión de que la hablo. ¿Qué me importa estar aquí ó en otra parte, picar piedras en Servoz ó envolver papel en una tienda? Mire—dijo conteniéndose,— nos observan. Tome usted mi brazo. Escuche mi última palabra. Me voy á marchar. Voy á dejarla para siempre, á separarme de usted. Me voy á un sitio en donde no se ocuparán de mí, donde yo no estaré en lucha con las miradas irónicas, con las burlas de los envidiosos estúpidos que se alegran del mal que me ha hecho usted.

—¿Parte usted?

—Sí.

Él la había arrastrado dulcemente hacia una galería en plena luz, á dos pasos del *buffet*, pero donde no había nadie.

Arrojó una mirada rápida en derredor suyo. Bruscamente la cogió por los puños.

—¡Pero usted partirá conmigo!—dijo él.

Ella trató de pedir socorro; pero su voz, ahogada por el susto, se perdió entre el ruido del baile y de la música.

La fisonomía de Josselin estaba descompuesta; sus ojos encarnados, ardientes, asustados, se fijaban en ella como los de un loco.

—¡No quieres ser mía!—murmuró él apretándola los brazos hasta casi rompérselos.

—¡No!

—Ya te lo había advertido, Germana. ¡Tú no serás de nadie!

Lanzó un grito ahogado.

—¡Miserable!—dijo ella.

Algunos segundos después, el señor Labievre, al salir del gran salón, distinguió una masa blanca caída en la galería, se aproximó á examinarla y retrocedió asustado ante el aspecto de la joven tendida á sus pies.

Un grupo de curiosos los rodeaba ya.

Se arrodilló cerca de la desgraciada, que seguía sin conocimiento.

La cabeza de Germana, apoyada en la balaustrada dorada, tenía una lividez mortal.

Su brazo izquierdo, que aparecía doblado sobre el pecho, estaba ensangrentado. El inspector creyó que se había herido al caerse y la arrancó el guante, que debía de ocultar alguna herida.

La sortija de diamantes se le apareció con sus luces brilladoras.

Era una revelación; pero en su indulgente bondad la hizo deslizar de la mano de Germana á la suya y ocultó á los ojos del señor Perrolet, que acudía apresuradamente, aquel signo acusador.

—¿Qué hay?—preguntó el amigo de Bouret.

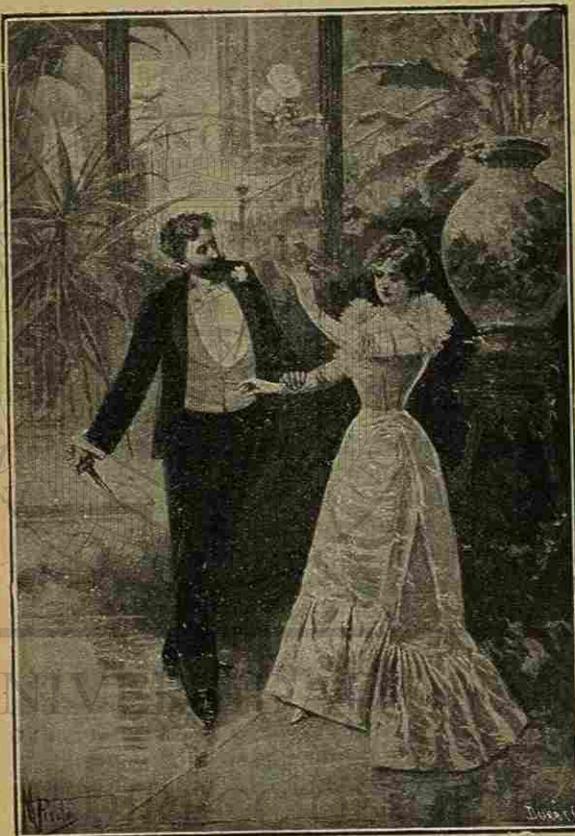
—¡Una desgracia!

Pero se ignoraba su gravedad.

De repente el señor Labievre se levantó blanco de terror.

—¡Ay, Dios mío!—exclamó.

Un hilo de sangre corría del costado de la joven y se esparcía por el suelo.



—¿No quieres ser mía?— murmuró él...
¡Pues no serás de nadie!

—¡Un médico!— gritó el señor Perrolet desesperado.—¡Un médico!

El doctor Auger, joven y ya célebre, amigo de la casa, estaba allí todavía, divirtiéndose como un simple mortal y bailando con un ardor que le recordaba sus buenos tiempos del barrio Latino.

Corrió con el señor Bouret y examinó la herida.

El señor Bouret, impasible, pero profundamente turbado— los hombres verdaderamente valientes saben ocultar sus impresiones á los demás,— esperaba la sentencia del doctor.

El señor Perrolet, más pálido que la herida, se apoyaba en la barandilla con un temblor nervioso.

Cuando el doctor se levantó, le echó una mirada llena de mortal ansiedad.

—Esto ha concluído— dijo el cirujano.

El señor Perrolet ahogó un grito desesperado y se desplomó como una masa.

—Llévadle— ordenó el señor Bouret á los mozos— á mi casa y tened cuidado de él.

Y, dirigiéndose al cirujano:

—¿Es un crimen?

—Lo parece.

La han sujetado el brazo con una mano y la han dado el golpe con la otra. Mire usted.

—¿No hay esperanza?

El doctor aplicó el oído al pecho de la joven. Se le oía el estertor.

—Ruegue á todo el mundo que se retire— dijo el médico.— Solamente un milagro puede salvarla. La herida es muy profunda.

En aquel momento Germana entreabrió los ojos.

—¿Quién es el que la ha herido, hija mía?—
la preguntó el señor Bouret.

Ella contestó con una sublime mentira:

—Yo no lo sé.

Y cayó en un anonadamiento.

XXX

JUSTICIA

A pesar del silencio de su víctima, la culpabilidad de Josselin no tardó en saberse.

Al día siguiente por la mañana no pareció por el bazar de San Germán.

El señor Bouret, que tenía sus dudas, envió á su casa.

La portera no le había visto bajar. Había debido entrar al amanecer, y sin duda debía estar en su cuarto todavía.

Subieron. El cuarto estaba cerrado.

Llamaron y no contestó.

Entonces forzaron la puerta.

Un espectáculo horrible se ofreció ante los ojos de los asistentes.

Josselin, completamente vestido, estaba tendido en su cama, con el pecho atravesado por dos espantosas heridas.

El puñal que había herido á la pobre niña lo tenía clavado en la segunda herida.

En la mesa, cerca de la cama, se veía una carta abierta.

Contenía estas palabras:

«Germana mía:

Voy á reunirme contigo. No has querido amarme en este mundo; tal vez me ames en el otro. Me mato con el cuchillo rojo con tu sangre, y eso es una dicha que me hace olvidar las torturas que te debo.

Espérame. Te adoro.

JOSSELIN».

Estaba muerto.

Debía haber sufrido cruelmente.

Tenía los dedos clavados en las ropas desgarradas, pero sus facciones habían recobrado la calma que la muerte, después de las últimas convulsiones, imprime en la fisonomía del hombre.

Había pagado su deuda.

El arma de que se había servido era un pequeño puñal, con la hoja triangular muy afilada. Como recuerdo quizá de su primera educación, el puñal tenía la forma de una cruz.

Se había dado las puñaladas tan fuertemente, que la hoja había entrado hasta el puño.

El asunto hizo poco ruido.

Los periódicos hablaron de ello algunos días, con frases encubiertas y sin precisar detalles. Tal vez no conocían más que imperfectamente las circunstancias de este drama íntimo.

La mayoría de los invitados del señor Bouret á la fiesta del bazar de San Germán no oyeron hablar más que muy confusamente de ello. Supieron que una joven había sido herida y que se trataba de una escena de celos, pero no se explicaban otra cosa.

Algunas semanas después, gracias al hábil cirujano que la curaba y á la solicitud del señor Bouret, y gracias también á la abnegación del se-

—¿Quién es el que la ha herido, hija mía?—
la preguntó el señor Bouret.

Ella contestó con una sublime mentira:

—Yo no lo sé.

Y cayó en un anonadamiento.

XXX

JUSTICIA

A pesar del silencio de su víctima, la culpabilidad de Josselin no tardó en saberse.

Al día siguiente por la mañana no pareció por el bazar de San Germán.

El señor Bouret, que tenía sus dudas, envió á su casa.

La portera no le había visto bajar. Había debido entrar al amanecer, y sin duda debía estar en su cuarto todavía.

Subieron. El cuarto estaba cerrado.

Llamaron y no contestó.

Entonces forzaron la puerta.

Un espectáculo horrible se ofreció ante los ojos de los asistentes.

Josselin, completamente vestido, estaba tendido en su cama, con el pecho atravesado por dos espantosas heridas.

El puñal que había herido á la pobre niña lo tenía clavado en la segunda herida.

En la mesa, cerca de la cama, se veía una carta abierta.

Contenía estas palabras:

«Germana mía:

Voy á reunirme contigo. No has querido amarme en este mundo; tal vez me ames en el otro. Me mato con el cuchillo rojo con tu sangre, y eso es una dicha que me hace olvidar las torturas que te debo.

Espérame. Te adoro.

JOSSELIN».

Estaba muerto.

Debía haber sufrido cruelmente.

Tenía los dedos clavados en las ropas desgarradas, pero sus facciones habían recobrado la calma que la muerte, después de las últimas convulsiones, imprime en la fisonomía del hombre.

Había pagado su deuda.

El arma de que se había servido era un pequeño puñal, con la hoja triangular muy afilada. Como recuerdo quizá de su primera educación, el puñal tenía la forma de una cruz.

Se había dado las puñaladas tan fuertemente, que la hoja había entrado hasta el puño.

El asunto hizo poco ruido.

Los periódicos hablaron de ello algunos días, con frases encubiertas y sin precisar detalles. Tal vez no conocían más que imperfectamente las circunstancias de este drama íntimo.

La mayoría de los invitados del señor Bouret á la fiesta del bazar de San Germán no oyeron hablar más que muy confusamente de ello. Supieron que una joven había sido herida y que se trataba de una escena de celos, pero no se explicaban otra cosa.

Algunas semanas después, gracias al hábil cirujano que la curaba y á la solicitud del señor Bouret, y gracias también á la abnegación del se-



Se había dado las puñaladas tan fuertemente, que la hoja había entrado hasta el puño.

ñor Perrolet, que pasaba los días y las noches á su cabecera, Germana, después de haber estado un mes entre la vida y la muerte, fué al fin declarada fuera de peligro.

Jamás enferma alguna se vió rodeada de más delicadas atenciones.

El patrón del San Germán la había llevado á su casa, á una hermosa y vasta habitación, donde nada le faltaba.

El señor Labievre iba á menudo á visitarla.

Un día que estaba solo con ella, la dijo:

—Señorita Germana, ha perdido usted una sortija el día de ese terrible accidente. ¿Lo recuerda?

Un ligero rubor coloreó su fisonomía blanca como la muselina de sus ropas de cama.

—Es verdad, una sortija—murmuró ella.

—Soy yo el que la ha cogido. ¿Comprende, verdad? Si el señor Perrolet la hubiera visto, ¡qué pena para él!

Ella inclinó dulcemente la cabeza.

—Gracias—dijo ella,—es usted muy bueno.

—Cuando puedo. Eso no tiene gran mérito. Es natural.

Él se acercó más todavía.

—Y el que se la ha dado, ¿pregunta por usted al menos?

Una lágrima brilló en sus ojos.

—No—dijo ella.

—Entonces, esa alhaja tan magnífica...

—Se ha concluído. No es más que un recuerdo.

Ella bajó la cabeza y su pensamiento se transportó á aquellos días que tan rápidamente transcurrieran y que habían trastornado su vida.

—¿Y Josselin?—preguntó ella.

—Ha muerto. Consigo no ha fallado. Amaba de mala manera á usted, pero ¿es uno dueño de sus sentimientos?

—¡Pobre muchacho!—murmuró ella.

Esta exclamación era su adiós al pasado.

Sin embargo, se equivocaba.

El duque de Rochebonne, que había venido á París cuando supo esta catástrofe, enviaba todos los días á saber de ella, por la portera de la calle de la Sourdière.

No regresó á Milán hasta que pasó todo peligro para aquella angelical criatura, á la que involuntariamente había causado tantos sufrimientos.

La señora Pellerin, que la vió un día en que corría gran peligro, se echó á llorar. Se puede tener debilidades y no ser un malvado.

—Ha venido—dijo ella;—la ama siempre.

—Le dará usted las gracias, pero no nos veremos más—respondió Germana.

Trató de sonreirse y añadió:

—Ya ve lo que se gana con no ser juicioso.

Dígale que lo sea y que no cause la desgracia de nadie más. Dígale también que yo se lo perdono todo.

El 1.º de Enero por la mañana, cuando ya el día blanqueaba las ventanas del cuarto, el señor Bouret, que entraba con el cirujano, vió al señor Perrolet que, rendido por el cansancio, dormía con la cabeza echada sobre el respaldo de su butaca, cerca de la enferma.

El doctor declaró que ya no había que hacer otra cosa que recobrar las fuerzas perdidas, por que Germana entraba en la convalecencia.

La joven, al sentir ruido de pasos, aunque ligeros, sobre el tapiz, abrió los ojos.

Tuvo una mirada de gratitud para aquel hombre tan agobiado de quehaceres y que, sin embargo, la llenaba de atenciones, teniendo tiempo para consagrárselo todos los días.

—Y bien—la preguntó él, como en el tiempo en que, atravesando el almacén, la acariciaba la barbilla. ¿Hemos resucitado ya, hija mía?

—Gracias á usted y al doctor.

—Gracias á Dios—dijo el cirujano.—¡Ah! ¡Puede usted alabarse de que vuelve de muy lejos!

La joven les señaló á Perrolet dormido.

—Es su enfermero—dijo Bouret. ¡No se ha separado de usted! No vive desde que la dieron esa puñalada; parece que la ha recibido él en el corazón.

Perrolet dormía con un sueño pesado, pero siempre cuidadoso; su traje estaba tan correcto como si estuviera á la cabeza de sus empleados del San Germán.

—Lo que ha sufrido es inconcebible—repitió el señor Bouret. Este pobre Josephin parecía más muerto que vivo. ¡Estaba peor que usted, pobre niña! Pero la ha velado como una hermana de la Caridad y no se ha alejado ni un segundo, guardándola como si fuera usted un tesoro inestimable para él; bien debe usted conocer el motivo. ®

Ella bajó la cabeza.

—Es que la ama, que es usted su pasión. Hace tiempo ya; pero es tan tímido el pobre, que no se lo confesaría nunca. Escúcheme, Germana: yo la quiero también, hija mía; me ha inspirado usted siempre una gran simpatía. ¿Por qué? No lo sé. Yo no la amo como Perrolet. Mi cariño es paternal. Tengo demasiadas muchachas que vigilar para tener tiempo de enamorarme, ni de la una

ni de la otra. Mire á Josephin: no es ya joven; no es ni feo ni guapo, pero es un hermoso corazón y un hombre galante. Aun cuando se habla con desprecio de los comerciantes, les hay que son más *gentilmente* que los marqueses, que poseen pergaminos auténticos. Se le garantizo á usted: él la haría feliz. ¿Quiere usted ser su mujer?

Un torrente de lágrimas corrió de los ojos de Germana, que guardó silencio.

—Respóndame y sea sincera. Su corazón está libre, ¿verdad?

—Sí.

—Entonces ¿por qué rechazarlo?

—Yo no he dicho eso, señor; solamente que, antes de comprometerme, deseo tener con él un momento de conversación.

—¿Con quién?

—Con él—dijo señalando á Perrolet.

—¡Josephin!—dijo el señor Bouret despertando á su amigo;—la confesión está hecha; os dejo á los dos. Arreglaos; eso es cosa vuestra.

Y desapareció con el doctor.

—Señor Perrolet—exclamó la joven temblando,—me dicen que me ama usted.

—Sí, la amo, Germana; sí, ¡la amo! Hace mucho tiempo; solamente que no tenía valor para decírselo. Es ridículo de mi parte, ¿no es verdad? ¡Soy un comerciante viejo, una bestia vieja, un campesino, porque yo he seguido siendo siempre campesino!

Ella vaciló un momento y se mordió los labios para contener un sollozo.

—Antes de ir más lejos—añadió,—tengo una confesión que hacerle.

—¿Una confesión?—dijo él vivamente.—¿Qué confesión? ¡No quiero oír nada! La prohibo hablar.

—Sí, debe usted saberlo todo.

Él la puso la mano en la boca.

—No. Calle usted. Si ha cometido usted errores ó tenido debilidades que hacerse perdonar, mi pobre Germana, ¿es que yo no necesito también de su indulgencia? ¿Es que no es preciso que me perdone mi edad, mis cabellos grises, mi ignorancia? Guarde usted sus secretos; yo no se los pregunto. La amo ardientemente, Germana. ¡La amo por su dulzura, por su bondad, de la que he tenido la prueba! ¡Quién de nosotros es perfecto, hija mía! La amo tal cual es; estoy seguro de que será usted una mujer honrada. Dígame solamente: Consiento en llevar su nombre, en darle mi mano, y yo seré el más feliz de los hombres. ¿Quiere usted?

—Sí, señor Perrolet.

—Y yo juro hacerle la vida dichosa, tranquila y dulce; consagrarme á usted por entero, á su felicidad. Yo no dejaré á mi amigo Bouret; usted no me lo exigirá tampoco. Sin embargo, usted es la dueña. ¡Es usted la que mandará!

Ella dejó caer su blanca mano sobre la del excelente hombre, que se puso de rodillas y se la besó con transportes de cariño.

—¡Ah! Germana—dijo él,—¡qué felicidad debo á usted, y cuán reconocido he de estarle!

El casamiento se efectuó en la primavera, en Santo Tomás de Aquino.

Si vais al Bazar de San Germán, ya no veréis á la señora Perrolet.

Sus cien mil libras de renta la dispensan de

ocupar una plaza en los almacenes del señor Bouret, donde, según es muy verosímil, su marido vivirá hasta el fin de sus días.

Ella emplea su fortuna en hacer caridades.

Ha conseguido de su marido que le pase una renta á la madre del desgraciado Josselin.

La pobre anciana recibe dos de manos del cura de Servoz, pero ignorando la procedencia.

La otra procede del duque de Rochebonne.

Los porteros de la calle de la Sourdière han perdido su encantadora inquilina, pero viven muy á gusto. El antiguo amado de Germana, que á veces la echa de menos, los ha enriquecido, á condición de que guarden silencio absoluto, silencio que ellos, por su parte, no tienen deseos de romper.

Cuando la señora Perrolet pasea en coche por el Bosque de Bolonia, y por casualidad encuentra á Rochebonne, éste la saluda con profundo respeto, haciendo justicia á tan admirable mujer.

Los hijos abandonados en las condiciones de esta mujer tan dulce y que no tienen más que una falta de qué acusarse, son dignos de respeto; no han tenido quien los defienda ni los ampare contra las asechanzas del mundo.

El príncipe Pradine se ha casado con Marietta Trani en la catedral de Milán, con gran pompa. De continuo habitan su castillo de Crimea, siempre lleno de ruido y de animación.

Por aquellos días bautizaron en Santa Clotilde al niño Sergio Nicolás Fernando de Rochebonne, que tiene ya tres meses, y, según parece, será el único heredero de esta raza histórica.

El marqués de Saville había pensado en un principio que este niño de última hora tendría

todas las señales de la decrepitud y de la debilidad, pero sus esperanzas han salido fallidas.

El niño Sergio Nicolás es notablemente hermoso y fuerte.

El ávido coleccionador de *bibelots* no está contento, pero tiene instantes de gentilhombre y disimula su despecho bajo las formas más corteses.

Giuseppina está más espléndida todavía. La maternidad ha dado la última mano á su hermosura.

Afirman que tiene una prudencia ejemplar y que adora á su marido, quien por su parte ha renunciado á las aventuras.

Yago ha recibido su jubilación. Aquel tunantuelo se puso al servicio de un *pachá* que ocupa una fructífera posición en el Serrallo cerca de Su Alteza el Sultán.

Es un moro; pero en ese país, donde las intrigas de los harenes abundan tanto, con su audacia y su habilidad hasta los moros pueden llegar á todo.

El Bazar de San Germán está más en boga que nunca; según todas las apariencias, se sostendrá durante medio siglo sin cambiar nada en sus costumbres.

Después... ¡quién sabe dónde estaremos y él también!

Pero eso ¿qué nos importa?

FIN

ÍNDICE

Páginas.

I.—El señor Perrolet	7
II.—Capricho	18
III.—En el Bazar de San Germán	29
IV.—Las teorías del señor Perrolet	37
V.—Invasión en el aprisco	45
VI.—Un hogar regio	53
VII.—Idilio	68
VIII.—Diplomacia de un negro	105
IX.—La carta	112
X.—Ansiedades	128
XI.—Postración	136
XII.—Las incertidumbres del señor Perrolet	151
XIII.—Por caminos de travesía	161
XIV.—Resoluciones interiores	178
XV.—Donde Yago descubre una punta del velo	189
XVI.—Un marido maquiavélico	200
XVII.—Lo que cuesta una conciencia de portero	210
XVIII.—El duque se divierte	217
XIX.—Desposorios	231
XX.—La noche en las calles	239
XXI.—Cual pluma que lleva el viento	260
XXII.—Después del primer paso	277
XXIII.—El día siguiente de una caída	286
XXIV.—El día y la noche	294
XXV.—El fin de un capricho	300
XXVI.—Revelación	307
XXVII.—Abandonada	322
XXVIII.—Un rayo de luz	331
XXIX.—Una fiesta en una tienda	340
XXX.—Justicia	358

F. D. C.

EC